



Estudios del Hombre

Números 13 y 14
2001

Jalisco al cierre del siglo XX Lecturas antropológicas

*Lorenza López • Carlos López • Daniel Barragán • Rosa Yáñez
Guillermo de la Peña • Patricia Arias • Rodolfo Fernández • Renée de la Torre
Gerardo Bernache • Mercedes González de la Rocha • Ricardo Ávila
Teresa Ruiz • Bogar Escobar • Paul Taylor • Agustín Hernández.*

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS DEL HOMBRE

Fe de erratas

Relación de erratas detectadas en Estudios del Hombre, números 13 y 14

Contraportada	Párrafo tercero	1	Dice: arquiológico	Debe decir: arqueológico
	Párrafo tercero	7	Dice: sobre vivencia	Debe decir: sobrevivencia

En la estructura faltaron los siguientes apartados:

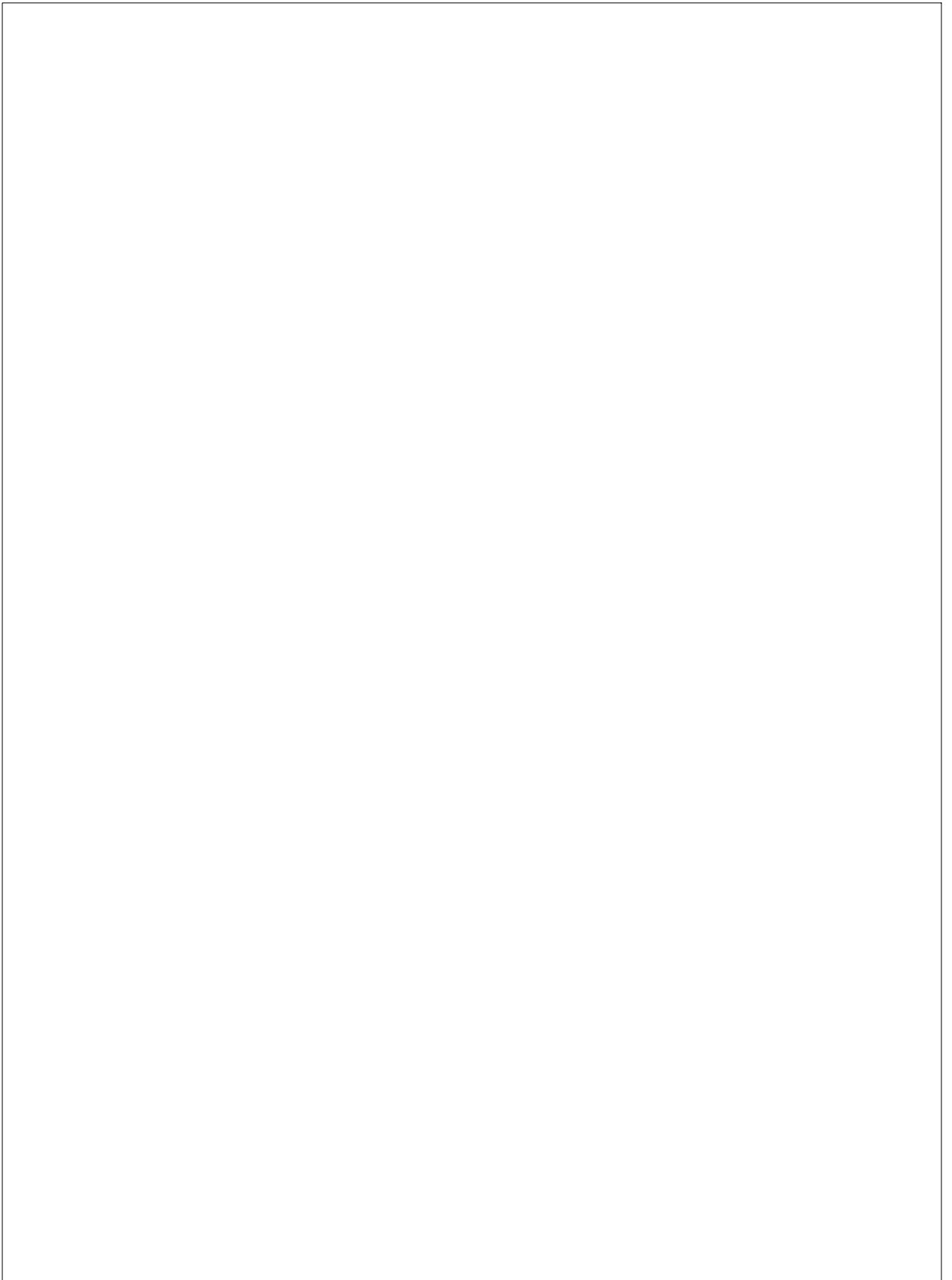
Autores e instituciones; autoridades del C.U.C.S.H.; el anuncio de los próximos números; y el Exordio no conservó su forma anterior.

Pág.	Párrafo	Renglón	Nota	Dice	Debe decir
62	primero	4		<i>Arte de la lengua mexicana de fray Juan Guerra</i>	<i>Arte de la lengua mexicana de fray Juan Guerra</i>
67		1		de náhuatl	de náhuatl
69	primero de la cita	3		"del grupo Yutoazteca..."	"del grupo Yuto-azteca..."
71	segundo de la cita	1		"Más propio sería llamar no mexicano corrompido sino cazcano corrompido, al de los últimos años...".	"Más propio sería llamar no mexicano corrompido sino cazcano corrompido, al de los últimos años...".
86		2	117	("=La "découverte" des langues...).	("=La "découverte" des langues...).
88	En el Cuadro 1, se omitió, en la última llave que se abre, el nombre del pueblo Coatepec, Méx. Es decir, debe haber dos pueblos con el mismo nombre de Coatepec, uno es Coatepec Costales, Guerrero y el otro es sólo Coatepec, en el Estado de México.				

Estudios del Hombre 13-14

Jalisco al cierre del siglo XX
Lecturas antropológicas

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



Estudios del Hombre 13-14

Rodolfo Fernández
Ricardo Ávila
Guillermo de la Peña
Coordinadores

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Director
Ricardo Ávila

Comité Científico Editorial

• Patricia Arias • Francisco Barbosa • Gerardo Bernache •
Daria E. Deraga • Andrés Fábregas • Rodolfo Fernández •
Américo Peraza • Otto Schöndube • Rosa H. Yáñez.

Consejo de Asesores

• Maurice Aymard • Roque de Barros Laraia • Pierre Beaucage •
Bruce Benz • Avital Bloch • Tomás Calvo Buezas • Dominique
Fournier • Enrique Jardel Peláez • Lothar Knauth • Daniel Lévine •
Eduardo López Moreno • Carmen Ramos • Aurelio Rigoli •
Pedro Romero de Solís • Gabriel Uruñuela • Francisco Valdez

Portada: Máscara ceremonial huichola, procedente de Santa Catarina
Cuexcomatlán, Jalisco (Detalle)

D.R. 2002, Universidad de Guadalajara
Departamento de Estudios del Hombre
Apartado postal 39-185, CP 44100
Guadalajara, Jalisco, México
Tel. 38269820; fax 38272446
Impreso y hecho en México
Printed and made in México
ISSN 1405-1117
E-mail: dhombre@csh.udg.mx

ÍNDICE

Presentación	9
Artículos	
La arqueología del occidente de México durante el siglo XX <i>Lorenza López Mestas Camberos</i> <i>Carlos López Cruz</i>	14
Investigaciones sobre las lenguas indígenas en Jalisco, siglo XX <i>Daniel Barragán Trejo</i> <i>Rosa H. Yáñez Rosales</i>	61
Apuntes sobre los indigenismos en Jalisco <i>Guillermo de la Peña</i>	95
Miradas antropológicas al campo jalisciense <i>Patricia Arias</i> <i>Rodolfo Fernández</i>	119
La antropología en los estudios sobre el fenómeno religioso en Jalisco <i>Renée de la Torre</i>	165
Jalisco: sociedad y medio ambiente <i>Gerardo Bernache</i>	189
Los límites de las estrategias de sobrevivencia: viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas <i>Mercedes González de la Rocha</i>	219
Ser historiador en Jalisco <i>Ricardo Ávila</i> <i>María Teresa Ruiz</i> <i>Bogar Escobar</i>	239

Documentos

El arte de hacer cántaros en San José Tateposco, Jalisco 279
Paul Taylor

Historia y fiesta en Ocotlán, Jalisco: la representación social del espacio 287
Agustín Hernández Ceja

Reseñas

El discurso sobre “el otro” en la *Crónica Miscelánea...* 309
de fray Antonio Tello
Ivonne del Valle Wiarco

Sociedades en Construcción: la Nueva Galicia según las visitas de sus oidores (1606-1616) 319
Jean-Pierre Berthe
Thomas Calvo
Agueda Jiménez Pelayo

Oblatos–Colonias. Andanzas tapatías 323
Juan José Doñan

Exordio

Las universidades hoy. Su perspectiva futura 329
Adrián Acosta Silva

Guía para colaboradores 337

Presentación

Este número de *Estudios del Hombre* fue ideado con el objeto de recapitular sobre el desempeño de las disciplinas antropológicas en Jalisco al cierre del siglo XX, sin tener en mente pretensiones heurísticas ni proyecciones al siglo iniciado. Los autores fueron convocados para hacer un recuento de las actividades académicas, las de sus colegas y las propias, en la centuria que precede, y no a pronosticar sobre lo que habrá de suceder en el siglo actual.

En algunos casos se trata de contribuciones puntuales y directas; en otros, los textos no se han ceñido a la recapitulación de manera específica, pero dejan claramente implícito el avance logrado. Asimismo, en uno de los trabajos, el de arqueología, la reflexión se extendió a todo el occidente de México, rebasando los límites territoriales de un Jalisco que de todos modos no existía en el periodo. Pero la mayoría de los trabajos refleja una amplia gama de estudiosos, de varios niveles de experiencia y registros sociales: desde algunos tonsurados por la sacralidad académica, en el ámbito nacional e internacional, hasta estudiantes de licenciatura.

Engarzando las temáticas tratadas por el hilo temporal, el trabajo de Lorenza López y Carlos López, “La arqueología del occidente de México en el siglo XX: breve repaso historiográfico”, trata aspectos de la antigüedad remota y ágrafa del periodo prehispánico, realizando una presentación temporal de la arqueología del occidente de Mesoamérica, desde los trabajos pioneros realizados por exploradores extranjeros. Describe luego el tiempo en que la arqueología se

formalizó, aunque sus resultados se mantuvieron en el ámbito de lo descriptivo. Luego se ocupa de una etapa en que dominaron las técnicas y enfoques de la nueva arqueología norteamericana, para concluir con las actuales investigaciones de área. Se destacan avances, problemas y disyuntivas que la disciplina presenta.

Con alcances semejantes al anterior pero situado en un periodo histórico menos amplio, Daniel Barragán y Rosa Yáñez aportan un texto titulado “Informes e investigaciones sobre las lenguas indígenas en Jalisco en el siglo XX”, en el que ofrecen una exhaustiva revisión de las investigaciones sobre las lenguas indígenas de Jalisco en ese período. Señalan que los investigadores han seguido dos direcciones. Una que reconstruye el pasado lingüístico de los grupos étnicos que habitaron Jalisco; y otra enfocada en la descripción lingüística en sentido estricto, cuyas manifestaciones más consistentes se han hecho a partir de 1970.

Mediante su trabajo “Apuntes sobre los indigenismos en Jalisco”, Guillermo de la Peña analiza la presencia del Estado mexicano en el mundo indígena de Jalisco. Su propósito es explorar las características del indigenismo en la entidad a partir de 1961, cuando el Instituto Nacional Indigenista fundó ahí su primer Centro Coordinador Corahuichol. El autor apunta que la acción del Estado se llevó a cabo siguiendo tres modelos que corresponden a etapas históricas sucesivas, a saber: el modelo del centro coordinador, el modelo sectorial y el modelo autogestivo. En la primera etapa, un nacionalismo unificador y optimista se conjuntaba con el llamado desarrollo estabilizador y el INI actuaba como fuerza autónoma a través de sus centros coordinadores. En la segunda, el agotamiento de las políticas económicas y el descontento social llevaron al gobierno federal a centralizar el control de las acciones estatales. Entonces, el INI quedó sectorizado y perdió autonomía, creatividad y especificidad de acción. En la tercera, la crisis de las finanzas públicas redujo la posibilidad de gasto social y propició el apoyo a proyectos gestados en las comunidades indígenas, justificados por el multiculturalismo y la autonomía étnica.

En “Miradas antropológicas al campo jalisciense”, Patricia Arias y Rodolfo Fernández, hacen un recuento de la antropología rural. Es

una síntesis de la antropología rural en Jalisco de 1931 a 2000, con ciertos acentos en su desarrollo. Entre 1973 y 1974, consignan el inicio de los grandes proyectos colectivos, que continuaron hasta 1978. Los trabajos sobre migración de mexicanos a los Estados Unidos marcan un hito importante en el texto. A partir de 1988 registran el inicio de estudios regionales sobre la transformación organizativa de las regiones, en función del desplazamiento de la agricultura como actividad productiva predominante, y su sustitución por la agroindustria, la manufactura y las ganaderías industriales. Finalmente, revisan las concepciones tempranas de lo espacial y lo regional, como nuevos enfoques de las mismas ocurridos a partir de 1990.

Sobre un ámbito más bien urbano, Renée de la Torre hace una revisión de las aportaciones antropológicas al estudio del fenómeno religioso por medio de su ensayo “La antropología en los estudios del fenómeno religioso en Jalisco”. Presenta visiones contrastantes y ricas del cambio y la continuidad en la cultura regional de corte religioso. Registra permanencias y cambios, entre los que resalta la emergencia de nuevas iglesias y movimientos religiosos. Destaca la permanencia de la tradición cultural católica, pero también la emergencia de nuevas iglesias y movimientos religiosos.

El tema desarrollado por Gerardo Bernache, “Jalisco: sociedad y medio ambiente”, es de una actualidad y pertinencia apabullantes. Presenta un panorama de los estudios ambientales en Jalisco. Manifiesta que los problemas relacionados con el lago de Chapala fueron el factor detonante de esta línea de investigación. A éstos les siguieron los estudios referentes a los impactos de los procesos y desechos industriales, al manejo precario de los residuos sólidos municipales y la degradación resultante de las actividades agroindustriales.

El artículo de Mercedes González de la Rocha, “Los límites de las estrategias de sobrevivencia: viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas”, aborda las transformaciones más importantes que las familias mexicanas, organizadas en grupos domésticos, experimentaron durante los años noventa del siglo XX, como respuesta al cambio económico. La autora discute el impacto de la erosión del trabajo y el aumento de la precariedad en las econo-

mías domésticas y familiares, a través de una reflexión crítica sobre el enfoque de las estrategias de supervivencia. Propone que dicho enfoque debe ser contrastado con otro que tome en cuenta los límites de dichas estrategias.

El trabajo de Ricardo Avila, María Teresa Ruiz y Bogar Escobar, "Ser historiador en Jalisco", examina textos historiográficos sobre Jalisco y el oeste mexicano y reflexionan buscando elementos de discusión que permitan examinar de manera crítica las condiciones actuales en que se escribe y se retransmite la enseñanza de la historia regional. También se pone en tela de juicio el provincianismo dominante en la mayoría de los estudios historiográficos sobre la entidad.

De la sección de documentos vale la pena resaltar la traducción de un artículo de gran valor etnográfico, de Paul Taylor, cuyo título original es "Making cantaros at San Jose Tateposco, Jalisco, Mexico", publicado por primera vez en 1933, en la revista *American Anthropologist*.

Por último, conviene aclarar que este número que tiene el lector en sus manos es doble (13-14) debido a la riqueza y extensión de los materiales compilados.

R.F.

R.A.

G.P.

ARTÍCULOS

La arqueología del occidente de México durante el siglo XX

*Lorenza López Mestas Camberos
Carlos López Cruz*

RESUMEN

En este trabajo se realiza un recorrido por las distintas etapas de la arqueología del occidente mexicano en el siglo XX. Inicia con las investigaciones de exploradores extranjeros y pasa a una etapa formal, en la que predominan trabajos de corte descriptivo, hasta llegar a una etapa dominada por la corriente de la nueva arqueología americana y concluir con las actuales investigaciones de área. En este recorrido se destacan los avances, problemas y disyuntivas de dicha disciplina.

INTRODUCCIÓN

Ante las nuevas corrientes teóricas en boga en las disciplinas sociales, propagadas bajo el influjo del posmodernismo, conserva su validez la afirmación de que la arqueología genera un conocimiento acumulativo sobre las sociedades del pasado. Sin embargo, el desarrollo de la arqueología del occidente de México está lejos aún de consensos sobre la forma de acercarse a los problemas de estudio pendientes.

El planteamiento de nuevas investigaciones exige un análisis pormenorizado de los trabajos previos sobre el tema, pues cada generación construye sus propios paradigmas sobre la base del conocimiento de sus antecesores. En este sentido, las revisiones históricas e historiográficas acerca del desarrollo de la arqueología son indispensables para obtener una visión de conjunto que permita aquilatar los avances, señalar los vacíos y apuntar el rumbo de la nueva investigación. Conviene examinar su devenir desde una perspectiva histórica que proporcione un punto de vista comparativo, el cual nos permita evaluar los viejos y nuevos problemas arqueológicos planteados por el quehacer científico actual.

En el presente trabajo se traza un bosquejo general del desarrollo de la arqueología en el occidente mexicano desde finales del siglo XIX a la fecha. Es obvio que el análisis de un período tan vasto resulta una tarea monumental, de ahí que nos limitemos a puntualizar algunos de sus rasgos más significativos y a abordar algunos aspectos teóricos que han contribuido a forjar las ideas articuladoras del trabajo arqueológico en la región. Asimismo, en este recuento sólo se considera la arqueología de la zona conocida como el corazón de occidente, es decir, las investigaciones realizadas en los actuales estados de Jalisco, Colima y Nayarit, con algunas referencias a trabajos esenciales llevados a cabo en Sinaloa y Michoacán, que por su importancia repercutieron en el conocimiento del área.

Durante el siglo XX se pueden distinguir cuatro etapas de desarrollo en esta rama disciplinaria. La primera va de finales del siglo XIX a 1930, etapa caracterizada por el arribo de las primeras exploraciones, realizadas sobre todo por extranjeros. La segunda oscila de los años treinta hasta mediados de los cincuenta, en la que predominan los estudios de carácter histórico de corte descriptivo; la escuela norteamericana desempeña un papel primordial en esta labor. La tercera se desarrolla de mediados de siglo hasta entrada la década de los setenta; en este lapso destacan los estudios de índole antropológica para la explicación de los procesos de desarrollo sociocultural de los grupos estudiados. La última etapa comprende desde la segunda mitad de los setenta hasta la actualidad; se puede caracterizar como una prolongación de la anterior, pero con un énfasis particular en los estudios de área.

LOS PRIMEROS EXPLORADORES

En el ámbito arqueológico, el occidente de México es una de las áreas menos conocidas de Mesoamérica, en contraste con el centro y sur del país. Al despuntar el siglo XX, en México se inició una arqueología que sentaría las bases para realizar investigaciones científicas. Fue el momento fundacional de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas en la ciudad de México y de las primeras excavaciones controladas estratigráficamente en Latinoamérica, llevadas a cabo por Manuel Gamio en el valle de Teotihuacán.

Este impulso inicial de la arqueología mexicana se concentró en el centro y sur del país y, prácticamente, ignoró el occidente. En esta región, la mayoría de las aportaciones para el conocimiento del pasado estuvieron restringidas a un puñado de exploradores extranjeros e historiadores locales. No todos los viajeros que pasaron por occidente fueron simples turistas o curiosos, también hubo gente erudita y con experiencia, de la talla de Ales Hrdlicka, León Diguët, Carl Lumholtz, Adela Breton y Eduard Seler.

Un trabajo precursor fue el de la inglesa Adela Breton, quien llegó a México a finales de 1893. Breton, junto a su formación intelectual en el seno de una familia victoriana acomodada, traía consigo su habilidad para el dibujo y la fotografía, aunado a su interés por los vestigios del pasado. Este bagaje cultural la llevó a viajar por caminos de difícil acceso para visitar zonas arqueológicas aún inexploradas. En 1894 dibujó las ruinas de Teotihuacán y los murales de Teopancalco, prestando gran atención a espacios y detalles arquitectónicos. En 1895 viajó a Veracruz donde pintó acuarelas de la pirámide de El Tajín y bocetos de las estructuras de Cempoala.¹

Estas actividades le permitieron continuar con su entrenamiento artístico y arqueológico, aunado a su amistad con renombrados arqueólogos de la época como Alfred P. Maudslay, Zelia Nutall y Auguste Le Plongeon, quienes avivaron su interés por los vestigios arqueológicos. Lo anterior le sirvió de marco en su acercamiento al occidente de México.

1. Graciela Romandía de Cantú, *Adela Breton. Artista Británica en México (1894 – 1907)*. México: Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec – The British Council – Reckitt & Colman, 1993, pp. 11–16.

En 1895 llegó a Guadalajara, de donde partió hacia la Hacienda de Guadalupe, al norte del poblado de Etzatlán; mostró un vivo interés por conocer un montículo de tierra y mampostería parcialmente excavado. En este lugar anotó sus observaciones sobre el entierro encontrado, así como de las esculturas cerámicas, los objetos de concha y obsidiana ofrendados. Además, esbozó una serie de dibujos con una gran exactitud en las escalas y detalle en las ilustraciones de la ornamentación y pintura corporal de las figuras huecas, características de la tradición de las tumbas de tiro.

Posteriormente recorrió la laguna de Magdalena y sus inmediaciones, llegando al pueblo de San Juanito y a una isla de dicha laguna, donde se percató de la existencia de yacimientos de obsidiana y talleres prehispánicos para fabricación de artefactos. También visitó Teuchitlán y el sitio conocido actualmente como El Guachimontón, donde llamaron su atención otros talleres de lítica. Sus observaciones y dibujos se publicaron en breves artículos,² los cuales desgraciadamente han sido poco valorados. Sin embargo, su estudio es importante porque registró con inusual precisión la procedencia y asociaciones *in situ* de las piezas y sitios arqueológicos.³

Contemporáneo de Breton, el antropólogo noruego Carl Lumholtz emprendió viaje desde tierras americanas. En 1892 partió de Arizona, tomando la Sierra Madre Occidental hasta el centro de México; su objetivo era visitar y describir los grupos indígenas que habitaban dicha cadena montañosa. En 1902 publicó *El México Desconocido*, donde plasmó sus travesías de cinco años por las sierras de Chihuahua, Durango, Nayarit, Jalisco y Michoacán.

En 1896, realizó exploraciones arqueológicas en Chihuahua y Durango, tratando de establecer la relación entre la región del suroeste de Estados Unidos y el valle de México. Posteriormente, en ese mismo año, se trasladó a Nayarit, donde describió e ilustró un número considerable de figuras de la tradición de tumbas de tiro de Xalisco, Com-

2. Adela Breton, "Some Mexican Portrait Figures", *Man*, 1903 (Núm. 3), pp. 130–133.

3. Richard Townsend, "Introducción: renovando las investigaciones en el Antiguo Occidente de México", en *El Antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*. México: The Art Institute of Chicago – Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 2000, p. 19. Michael Kan, Clement Meighan y Henry Nicholson, *Sculpture of ancient West Mexico. Nayarit, Jalisco y Colima*. Los Angeles: County Museum of Art, 1970, p. 19.

postela e Ixtlán, con claras referencias sobre su procedencia;⁴ al igual que llevó a cabo descripciones arquitectónicas del basamento circular y estructuras aledañas del sitio Los Toriles. En Teuchitlán, Jalisco, visitó El Guachimontón y compró una colección, pero no informó sobre este sitio ni sobre la existencia de otras ruinas. Continuó por las cuencas lacustres al oeste de Jalisco y se adentró hasta los límites con Colima, siguiendo hacia Michoacán. En el sur de Jalisco llegó a los poblados de Tuxpan, Tamazula y Zapotlán, en los que recopiló información etnográfica y formó una colección de piezas arqueológicas con ilustraciones detalladas.

En *El México Desconocido*, sus capítulos sobre hallazgos arqueológicos son informativos y bien ilustrados pero su relato no brinda una imagen tan sugerente como Breton. A pesar de no ser el primero en emplearlo, Lumholtz contribuyó a la propagación de la etiqueta errónea de “tarascas” a las figuras huecas, aun cuando estaba consciente de que provenían de áreas más hacia el oeste, cuya ocupación por hablantes de purépecha se desconocía.⁵

El arribo de exploradores extranjeros continuó. León Diguét fue otro de los pioneros en la arqueología del occidente. Este estudioso formaba parte de la misión científica del Ministerio de Instrucción Pública de Francia. Su interés se centró, al igual que Lumholtz, en la excavación del basamento circular de Los Toriles, cercano a la población de Ixtlán, en los límites con Jalisco. Sus observaciones fueron publicadas en 1898, en el informe *Notes sur certaines pyramides des environs d'Ixtlan*, con dibujos y planos.

En 1903 presentó su trabajo titulado *Contribution à l'ethnographie Précolombienne du Mexique; Le Chimalhuacan et ses populations avant la Conquête Espagnole*, ante la Sociedad de Americanistas de París. El contenido de esta publicación contribuyó a difundir el mito de la Confederación Chimalhuacana,⁶ que posteriormente fue seguido

4. Carl Lumholtz, *El México Desconocido*, México: Editorial Nacional, 1960 (T. II), pp. 303 – 304.

5. *Ibid.*, p. 309.

6. León Diguét, “Notes sur certaines pyramides des environs d'Ixtlan”, *L'Anthropologie*. Paris, Masson & Cie, 1898 (T. 9). “L'ethnographie précolombienne du Mexique. Le Chimalhuacan et ses populations avant la conquete espagnole”, *Journal de la Société des Américanistes*. Paris: Musée d'Histoire Naturelle, 1903 (T. I). Gabriela Zepeda y Francisco Samaniego, “Cien años de arqueología en Nayarit: un balance historiográfico”, *Revista de Investigación de la Universidad Autónoma de Nayarit*. México: UAN, enero – junio de 1995 (Núm 1), p. 4.

por historiadores locales y nacionales, y condujo a interpretaciones erróneas acerca del grado de desarrollo sociocultural de estos grupos.

Otra presencia importante en el occidente fue la de Ales Hrdlicka, uno de los representantes de la edad moderna de la arqueología americana. Dotado de una excelente preparación como antropólogo, y gracias a su trabajo como curador de la división de antropología física del Museo Nacional de los Estados Unidos, se interesó en los hallazgos del hombre temprano, a los cuales se dedicó con sumo cuidado.

En busca de dichas evidencias, penetró en la región montañosa al norte de México. Llevó a cabo tres expediciones entre 1898 y 1902, en las que recorrió desde el valle de Mezquitic hasta el valle del río Bolaños, en Jalisco. Descubrió varios sitios arqueológicos y describió los materiales recuperados. En el valle de Mezquitic excavó en el conjunto circular del sitio de Totoate. En el montículo central encontró restos óseos humanos cremados junto con ofrendas; para constatar su antigüedad describió la cultura material asociada a ellos. Fue un destacado seguidor de Adolph Bandelier, al entender la arqueología como un medio para remontar la antropología y la historia hasta el pasado más remoto; en este sentido, lo importante no eran los objetos en sí, sino la información que proporcionaban, utilizando como marco de referencia conceptual la evolución social en etapas predecibles. A partir de su conocimiento de la zona, concibió a Bolaños como un centro considerable de población, con una cultura propia, campo virgen para la antropología.⁷

Eduard G. Selser también dejó su huella en el conocimiento del pasado en la región occidental. Además de ser un viajero incansable, se desempeñó como Director de la Sección Americana del Real Museo Etnográfico de Berlín, catedrático de Lingüística, Etnología y Arqueología Americanas en la Universidad de Berlín, así como Primer Director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas en México, actividades que lo convirtieron en un dedicado estudioso de las disciplinas humanistas.⁸

7. Ales Hrdlicka, "The region of the ancient 'Chichimecs' with notes on the Tepecanos and the ruins of La Quemada, Mexico", *American Anthropologist*. Menasha - Wisconsin, 1903 (Vol. 5, Núm. 3).

8. María Teresa Sepúlveda y Herrera, *Eduard Selser en México*. México: INAH, 1992 (Col. Científica, Núm. 251), p. 17.

En 1895 visitó el occidente, llegando a la ciudad de Morelia, donde analizó colecciones de antigüedades tarascas y recorrió sitios arqueológicos en los alrededores del lago de Pátzcuaro y en la sierra de Michoacán. Producto de este viaje fue su escrito *Los antiguos habitantes del país de Michoacán*, publicado en Berlín en 1905.⁹ Posteriormente, al regresar de Guatemala, embarcó en San José Salina Cruz, Oaxaca, y se trasladó hasta Manzanillo y de ahí a la ciudad de Colima.

Curiosamente, sólo dejó una nota referente a su estancia en Colima.¹⁰ Sin embargo, influyó en la vocación por el pasado de colimenses ilustres y prominentes personajes radicados en la entidad. Entre ellos se encontraba el hacendado y cónsul alemán Arnoldo Vogel, en cuya casa se hospedó el matrimonio Seler durante su estancia en la ciudad de Colima. A partir de esta relación, Vogel envió a Alemania una numerosa colección de piezas arqueológicas que conformaron la mayor parte del acervo que el Museo de Berlín tenía de esta región.¹¹

De esta colección derivó un estudio temprano consistente en una discusión sobre los instrumentos musicales de Colima, realizado por Hugo Kunike en 1912.¹² Además, Seler aprovechó su estancia en la región para dotar al Museo de Berlín de colecciones provenientes de Colima y de Tuxpan en el sur de Jalisco, acción que contrastaba con su obsesión a favor de que México contara con una ley que impusiera restricciones a las excavaciones arqueológicas.

Eduard Seler tuvo una gran influencia en el Dr. Miguel Galindo, historiador y político local, quien publicó el primer estudio general sobre la arqueología de Colima, donde incluyó un recuento generalizado de las tumbas de tiro de esta región y varias ilustraciones de figuras funerarias.¹³ Galindo hizo descripciones de los sitios arqueológicos y de

9. Eduard G. Seler, *Die alten Bewohner der Landschaft Michoacan*, G. A. Berlín, 1905 (Vol. III), pp. 33-156.
10. Eduard G. Seler, "Volcán de Colima", *Anales del Museo Nacional de México*. México: Imprenta del Museo Nacional, 1903 (T. VII). Su esposa Cäcilie Seler – Sachs dejó algunas breves menciones referentes a Colima en sus escritos personales; *cfr.* C. Seler-Sachs, *Auf alten Wegen in México und Guatemala*. Berlín, 1900. "Reisen Prof. Dr. Eduard Seler in Amerika", *Festschrift Eduard Seler*. Stuttgart, Alemania, 1922.
11. Dieter Eisleb, *Westmexikanische Keramik*. Germany: Museum für Völkerkunde Berlin, 1971 (Neue Folge 24), p. 6.
12. Hugo Kunike, "Musikinstrumente aus dem alten Michoacán". *Baessler-Archiv*, 1912 (Núm. 2), pp. 282-284.
13. Miguel Galindo, "Bosquejo de la geografía arqueológica del Estado de Colima", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. México, 1922 (T. I, Cuarta época).

los materiales encontrados en ellos. Derivada de sus observaciones realizó una de las primeras clasificaciones de objetos de pueblos antiguos de acuerdo a su posible función. Además, intentó una primera regionalización del territorio colimense en cuatro secciones, de acuerdo a los vestigios arqueológicos; aspecto que lo llevó a hablar de la presencia de dos razas diferentes.¹⁴

En estas ideas se observa cierta influencia de Seler y la escuela alemana de los “Círculos Culturales” (*Kulturkreisse*), cimentada en la teoría de las áreas culturales de Adolph Bastian, colega del propio Seler. Se detectan ideas todavía en boga en el campo de la antropología, como las de Lewis H. Morgan, al tratar de establecer la sucesión de etnias diferentes a través de razas arqueológicas. Sin embargo, el centralismo que tanto ha afectado al desarrollo de la arqueología en el occidente, caló sus interpretaciones, al tratar de adecuar la historia prehispánica de Colima al tren general de Mesoamérica. Ante la ausencia de excavaciones en las que se empleara el método estratigráfico, en sus escritos hay confusión para distinguir temporalidades y, por consiguiente, otorgó poca antigüedad a los grupos que habitaron Colima antes del contacto español, lo cual no es raro, en realidad lo mismo sucedió en todo el occidente.

En torno al contenido de los trabajos desarrollados durante estos años, es destacable su carácter sumamente especulativo, al carecer de descripciones sistemáticas sobre los monumentos, datos y objetos recabados. La ausencia de un cuerpo crítico de datos se tradujo en la formación de mitos generalizados como la aludida Confederación Chimalhuacana, la extensión del imperio tarasco o la presencia de invasores toltecas en Colima.¹⁵ Sin embargo, la presencia de estos destacados estudiosos sentó las bases de la arqueología en el occidente, al llamar la atención sobre los vestigios de su pasado.

Por otra parte, este empuje inicial de la investigación en el occidente, ocasionó el comienzo de un proceso de destrucción de los sitios arqueológicos en busca de piezas para un incipiente –pero creciente– mercado

14 Angeles Olay B., *Memoria del Tiempo. La arqueología de Colima*. México: Universidad de Colima – Gobierno del Estado de Colima – CNCA, 1997 (Historia General de Colima, T. I), p. 91.

15. Es lamentable observar que un siglo después estos errores se siguen cometiendo, véase como un ejemplo: José Luis Razo Zaragoza, *Conquista hispánica de las provincias de los tebles Chichimecas de la América septentrional*. México: Universidad de Guadalajara, 1988 (Colección Historia Regional), pp. 13–23.

regional. A pesar de las restricciones existentes para las investigaciones arqueológicas y la prohibición legal de exportar antigüedades, la actitud tolerante del régimen de Porfirio Díaz con los arqueólogos extranjeros y el interés de museos y universidades por enriquecer sus acervos, propiciaron el contrabando de piezas arqueológicas.

Durante esta etapa, muchos objetos salieron del occidente para llegar a las curadurías de museos europeos y norteamericanos. Adela Breton donó sus figuras y objetos de tumba de tiro al Museo de la ciudad de Bristol, en Inglaterra; Lumholtz y Hrdlicka enviaron amplias colecciones al Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; el Museo Etnográfico de Berlín se nutrió con una buena cantidad de piezas adquiridas por Seler y Vogel; de igual manera, Auguste Genin hizo lo propio enviando piezas con destino al Museo de Etnografía de Trocadéro, en Francia. Este fenómeno no sólo se presentó en el extranjero; es conocido el esfuerzo de Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y de Genaro García, director del Museo Nacional de Arqueología, Etnología e Historia, al tratar de aumentar sus colecciones mediante un viaje al sur de Jalisco y Colima.¹⁶

Los esfuerzos por la conservación del patrimonio arqueológico también comenzaron en este período. Existen ejemplos sobresalientes como la *Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales de Colima*, expedida en 1931 por el gobernador del estado Laureano Cervantes. Existieron ejemplos más modestos, pero significativos, como el esfuerzo de la comunidad indígena de Jalostotitlán, en Los Altos de Jalisco, que por 1922 se esforzaba en preservar el sitio arqueológico de Teocaltitán.¹⁷ Las autoridades estatales de Jalisco también comenzaron su propia tarea en el campo de la protección de los vestigios arqueológicos y para 1923 habían suspendido los trabajos de excavación en los montículos de Santa Inés, cerca de

16. Sonia Lombardo, *El pasado prehispánico en la cultura nacional. Memoria hemerográfica, 1877-1911*. México: INAH, 1994 (Col. Antologías, Serie Arqueología, Vol. II), Nota núm. 566.

17. Esta Ley fue publicada por Olay en su sección de Anexos, *op. cit.*, pp. 227 – 240. Sobre Teocaltitán véase: Oficio de L. Jiménez, Presidente Municipal de Jalostotitlán, al Gobernador del Estado, Jalostotitlán, Jalisco, a 18 de abril de 1922; Archivo Histórico de Jalisco, Ramo Gobernación, Expediente G-1-922/JAN 3524.

Sayula, iniciados por Gonzalo Pérez Castro, Jefe de la Oficina del Timbre de la localidad.¹⁸

LA FORMALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA EN EL OCCIDENTE DE MÉXICO

La arqueología del occidente alcanzó su formalización a partir de la llegada a esta región de la Escuela Norteamericana, representada inicialmente por Carl O. Sauer, quien se desempeñó como jefe del Departamento de Geografía de la Universidad de California, y por su colega Donald D. Brand. A raíz de este hecho, la arqueología dejó de ser un simple recuento de curiosidades del pasado, para convertirse en una disciplina académica y profesional. Se llevaron a cabo estudios con objetivos de investigación específicos y se recurrió al estudio sistemático de los materiales arqueológicos, con un énfasis especial en la cerámica.

En este contexto histórico se ubican los trabajos de Sauer y Brand en la zona costera de Nayarit y Sinaloa, cuyo principal objetivo perseguía el reconocimiento de un posible nexo entre las culturas del suroeste de Estados Unidos, el Occidente y Mesoamérica, a partir de las relaciones mostradas por el complejo Aztatlán del occidente con el centro de México.¹⁹ Éste fue el primer proyecto que formalmente consideró la investigación de área, mismo que logró la definición de la tradición Aztatlán como una extensión de la cultura mesoamericana durante el Postclásico.

La preparación y experiencia de Sauer lo llevaron a realizar trabajos de corte interdisciplinario. Junto con Brand analizó documentos del siglo XVI, buscando referencias que se pudieran aplicar a la cultura material y que pudieran ser confirmadas por la arqueología.²⁰ Un excelente ejemplo es su obra *Colima of New Spain in the Sixteenth Century*. En este trabajo

18. Federico Munguía Cárdenas, *La Provincia de Ávalos*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 3ª Edición, 1999, p. 259.

19. Daniel Levine, *Contribution à l'archéologie de l'ouest Mexicain: etats de Colima, Jalisco, Nayarit*. París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1984 (Tesis doctoral, T. I) p. 22. Clement W. Meighan, "Archaeology of Sinaloa", *Handbook of Middle American Indians*. R. Wauchope (Ed.), 1971, (Vol. II), p. 757.

20. Carl O. Sauer y Donald D. Brand, *Aztatlan: prehistoric Mexican frontier on the Pacific coast*. University of California Press, 1932 (Ibero-Americana, Núm. 1), p. 51.

llegó al conocimiento del pasado prehispánico de la región, mediante el estudio de las fuentes coloniales, logrando la conjunción de la geografía, la historia y la antropología; obtuvo así un acercamiento histórico directo al usar la analogía etnográfica para la interpretación arqueológica.²¹

Junto a Sauer llegó una de sus más destacadas alumnas en las cátedras de Berkeley: Isabel T. Kelly. Las primeras incursiones de ésta en el occidente las llevó a cabo en el proyecto dirigido por Sauer y Alfred L. Kroeber, cuyas excavaciones en Culiacán y Chametla tenían como objetivo principal la definición de estilos cerámicos regionales de la tradición Aztatlán y el establecimiento de secuencias cronológicas.²²

Al comienzo de los cuarenta, el interés por la cultura Aztatlán continuaba; Gordon F. Ekholm, del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, realizó investigaciones en el sitio de Guasave, Sinaloa, junto con George Vaillant. Sus colecciones de cerámica de la tradición Aztatlán enlazaron la región Hohokam en Arizona, con regiones al sur de Mesoamérica, al igual que le permitieron proponer la hipótesis de una influencia de la cultura mixteca-puebla sobre el complejo Aztatlán como resultado de una migración hacia el noroeste de poblaciones provenientes del centro de México. Así mismo, Ekholm fue el primero en proponer la ruta por la cual viajaron estas influencias, a través de la cuenca del Lerma-Santiago, hasta el sur de Nayarit y, de ahí, por la planicie costera hasta tierras sinaloenses.²³

Hasta la segunda mitad del siglo XX poco se conocía de la zona costera nayarita. Sólo se tenía el informe de Kelly sobre su recorrido por el área de Acaponeta donde los vestigios arqueológicos abundaban, observándose agrupaciones de grandes montículos artificiales en la planicie costera.²⁴ En contraparte, la zona sur de Nayarit, colindante con el altiplano central jalisciense, gozó de una mayor atención. En 1946, Edmund

21. Carl O. Sauer. *Colima de la Nueva España en el siglo XVI*. Ernesto Terréquez (Trad.), Universidad de Colima – Ayuntamiento de Colima, 1990 (Col. Colima, Núm. 1).

22. Isabel T. Kelly, *Excavations at Chametla, Sinaloa*. Berkeley, University of California Press, 1938 (Ibero – Americana, Núm. 14). *Excavations at Culiacan, Sinaloa*. Berkeley: University of California Press, 1945 (Ibero – Americana, Núm. 25).

23. Gordon F. Ekholm, *Excavations at Guasave, Sinaloa, México*. New York: American Museum of Natural History, 1942 (Anthropological Papers, 38), pp. 23 – 139.

24. Isabel T. Kelly, "An archaeological reconnaissance of the west coast: Nayarit to Michoacan, XXVI Congreso Internacional de Americanistas. México, 1947 (Vol. 2), p. 75.

W. Gifford realizó un reconocimiento de los valles de Ahuacatlán, Jala e Ixtlán, donde localizó 16 sitios arqueológicos. Como resultado de sus colecciones de materiales de superficie estableció la secuencia cronológica para la zona, con las limitaciones propias de este tipo de estudios, pues se carecía de un contexto estratigráfico.²⁵

Entre 1947 y 1953, José Corona Núñez supervisó el desarrollo de los primeros trabajos de excavación y conservación del sitio Los Toriles de Ixtlán del Río. Este investigador también realizó trabajos de rescate arqueológico en las tumbas de tiro de El Limón, Corral Falso, El Llano y Los Chiqueros, Nayarit. Con los datos recabados propuso una morfología de tres tipos de tumbas, que tenía implicaciones cronológicas: tumbas de botellón, tumbas de tiro y bóveda y fosas simples.²⁶

A su vez, el interés por el remoto pasado jalisciense se incrementó. Para 1935, José Ramírez, un historiador local, publica un artículo en el cual ilustra y describe materiales arqueológicos de varios sitios de la cuenca de Sayula. Su trabajo ayudó a ubicar geográficamente una tradición cultural con características distintivas propias.²⁷ Más hacia el sur, en Colima, el alemán Hans Dietrich Disselhoff localizó varias tumbas que clasificó en cuatro tipos. Estos hallazgos hicieron posible la publicación de la primera descripción científica detallada de recintos funerarios de esta tradición. Hasta el momento, su trabajo continúa siendo el único tratamiento general sobre este período de Colima.²⁸ Las características de las tumbas de tiro llevaron a Disselhoff a continuar su estudio. En 1946, señaló la similitud existente entre las tumbas de tiro y ciertas cerámicas del occidente y la costa norte de Perú. A pesar de esta novedosa propuesta, no llegó a ninguna conclusión sobre el particular.

25. Edmund W. Gifford, *Surface archaeology of Ixtlan del Rio, Nayarit*. Berkeley: University of California, 1950 (Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 43, Núm. 2).

26. José Corona Núñez, "Informe de las exploraciones llevadas a cabo en Los Toriles, Nayarit", *Archivo Técnico de Monumentos Prehispánicos*. México: INAH, 1948 (T. LXXXII-6). "Diferentes tipos de tumbas prehispánicas en Nayarit", *Ciencias Antropológicas*. México: Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1954 (Núm. 3), pp. 46 – 50.

27. José Ramírez Flores, "La arqueología del sur de Jalisco", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México: Junta Auxiliar Jalisciense, 1935 (Vol. 4, Núm. 2), pp. 41 – 56.

28. Hans Dietrich Disselhoff, "Note sur le résultat de quelques fouilles archéologiques faites à Colima (Mexique)", *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucuman*. 1932 (T. II), pp. 525 – 537.

Por su parte, a partir de 1939, Kelly realizó trabajos de reconocimiento y excavación en varias zonas del occidente: Sayula – Zacoalco, Autlán y Tuxcacuesco – Zapotitlán, en el sur de Jalisco; el valle de Colima, la cuenca del Salado, así como los valles de Tecomán y el bajo Coahuayana, en Colima; y la zona de Apatzingán, en Michoacán.²⁹ Sus trabajos permitieron establecer una serie de complejos artefactuales sobre los cuales se construyeron las secuencias cronológicas de las regiones estudiadas. Muchas de estas cronologías eran tentativas, por apoyarse sobre material arqueológico colectado en superficie. Sin embargo, al ser contrastadas con materiales provenientes de excavaciones hechas en los últimos años, han resultado bastante exactas.

En 1940, en la cuenca del río Salado –en la zona cercana a Los Ortíces–, Kelly registró más de 20 sitios, además de excavar varias tumbas de tiro, entre ellas las de El Manchón. En Chanchopa, cerca de Tecomán, excavó otra tumba de tiro, donde encontró una vasija anaranjado delgado, hallazgo que le permitió establecer una correlación cronológica con la fase clásica Teotihuacán III. Propuso el esquema tradicional para el desarrollo cronológico de Colima, compuesto de cuatro complejos secuenciales (Ortíces, Colima, Armería y Periquillo), mismo que hasta el momento no ha sido superado ni refinado. Posteriormente, esta misma investigadora presentó algunas modificaciones, al agregar dos fases más: la más antigua de la secuencia estaría representada por el complejo Capacha, hacia el Preclásico temprano/medio, mientras que el complejo Ortíces fue dividido en dos momentos correspondientes a las fases Ortíces y Comala. Dichos complejos continúan en operación hasta la fecha.

En 1946, al realizarse la primera mesa redonda sobre el occidente de México, Isabel Kelly presentó un trabajo de síntesis con toda la información recabada en sus andares por el área. A la vasta región comprendida desde Sinaloa hasta Michoacán, la agrupó en 14 provincias cerámicas claramente identificadas.³⁰ En esta publicación, como en la

29. Isabel T. Kelly, *The archaeology of the Autlan – Tuxcacuesco area of Jalisco. I: the Autlan zone*. Berkeley: University of California Press, 1945 (Ibero – Americana, Núm. 26). *Excavations at Apatzingan, Michoacan*. Viking Fund Publications in Anthropology, 1947 (Núm. 7). *The archaeology of Autlan – Tuxcacuesco area of Jalisco. II: the Tuxcacuesco – Zapotitlan zone*. Berkeley: University of California Press, 1949 (Ibero – Americana, Núm. 27).

30. I. Kelly, "Ceramic provinces of northwestern Mexico", *El Occidente de México*. México: Sociedad Mexicana de Antropología, 1948 (Cuarta Reunión de Mesa Redonda), pp. 55 – 71.

mayoría de sus trabajos, se observan ciertas influencias de Franz Boas (particularismo histórico) y de su maestro Kroeber (configuraciones culturales), quienes fueron actores importantes en la edificación de la antropología social americana, de corte antievolucionista, cuyos preceptos pasaron a la práctica arqueológica. Sin embargo, buena parte de la orientación histórica tuvo un sentido limitado a la distribución geográfica y cronológica de los vestigios arqueológicos.

Por otro lado, hacia 1943 se conformó la Sociedad de Exploraciones y Estudios Arqueológicos de Colima, encabezada por el profesor Aniceto Castellanos. Bajo el influjo de estas inquietudes, en 1945 Vladimiro Rosado Ojeda llevó a cabo exploraciones en El Chanal, ubicado en el valle de Colima. Sus resultados le permitieron publicar una breve nota sobre la escalera de una de sus estructuras, donde encontró piedras con representaciones de Tlaloc. Sin embargo, Rosado Ojeda interpretó estas figuras como el dios Curiacaveri, otorgando la etiqueta de tarasco a este sitio.

Paralelamente al incremento en las exploraciones arqueológicas de corte científico, se observó un auge en el vandalismo y saqueo de la región. Los sitios más afectados fueron los pertenecientes a la tradición funeraria de las tumbas de tiro, debido a la gran belleza de sus cerámicas y ofrendas mortuorias. Este saqueo aumentó con la construcción de obras de infraestructura vial como carreteras y vías férreas, lo cual conllevó la destrucción y pérdida de información invaluable para el conocimiento de estos grupos prehispánicos, ya que los “moneros” sólo extraían los artefactos, alterando el contexto arqueológico en donde fueron depositados. Un ejemplo crítico de estos saqueos fue la profanación de la tumba de El Arenal, cerca de la población de Etzatlán, una de las más profundas conocidas hasta el momento, cuyo contenido fue totalmente vaciado; por este motivo, Corona Núñez sólo pudo realizar el trabajo de registro de su arquitectura.³¹

Este fenómeno se propició en gran medida por el crecimiento del coleccionismo. Dicha actividad estaba fundamentada en el creciente renacimiento cultural posterior a la revolución, donde se buscaba indagar en el pasado remoto y magnificante para darle sustento a una ideología de

31. José Corona Núñez, *Tumba de El Arenal, Etzatlán, Jalisco, México*. México: INAH - Dirección de Monumentos Prehispánicos, 1955 (Informes, Núm. 3).

corte nacionalista. Esto auspició que destacados intelectuales de la izquierda mexicana, como Frida Kahlo y Diego Rivera, se interesaran en el arte funerario del occidente, por su plasticidad y por la connotación descriptiva y naturalista que le otorgaron, producto de una supuesta vida comunal.

La colección de Diego Rivera inspiró el catálogo *Art in Ancient México*,³² el cual, desgraciadamente, contribuyó a poner de moda las esculturas de cerámica en el extranjero, en particular entre artistas de Hollywood. En el ámbito local, también se hicieron colecciones modestas, pero sobresalientes, como fue el caso de Rodolfo Baumbach, en el estado de Colima.³³

Pero no fueron únicamente particulares quienes participaron en esta euforia coleccionista; también intervinieron universidades e instituciones culturales. En 1931, la Universidad de California, en Berkeley, adquirió una colección proveniente del sureste nayarita; para 1954, el Southwest Museum en Los Ángeles obtuvo, mediante donación, artefactos provenientes del sitio de Peñitas, cercano a Tuxpan, Nayarit.

En 1946, la fama de las figuras huecas había llegado a tal grado que la Secretaría de Educación Pública organizó una exhibición de piezas del occidente, propiedad de Diego Rivera, la cual culminó con la publicación de un catálogo y una compilación de ensayos de Salvador Toscano, Paul Kirchhoff y Daniel Rubín de la Borbolla.³⁴ A pesar de sus importantes contribuciones, las deducciones que se hacían en torno a estas piezas eran del tenor siguiente: provenían de comunidades arcaicas, pues las comparaciones siempre tuvieron como referencia el arte de regiones al centro y sur de Mesoamérica, lo cual otorgó un carácter de marginalidad al occidente. Esto lleva a recapitular que las investigaciones realizadas en esta región privilegiaron únicamente dos períodos de la historia de su desarrollo sociocultural, el de la tradición de tumbas de tiro y el de la tradición Aztatlán, ambos sobresalientes por sus manifestaciones plásticas.

32. Gilbert Medioni y Marie Therese Pinto, *Art in Ancient Mexico: selected and photographed from the collection of Diego Rivera*. New York, Oxford University Press, 1941.

33. Olay, *op. cit.*, p. 147.

34. *Arte Precolombino del Occidente de México*. México, Secretaría de Educación Pública, 1946.

Durante esta etapa, se abordaron los problemas de definición de áreas culturales, que se realizó mediante la clasificación de los artefactos encontrados en ellas, y su ordenamiento cronológico. Por consiguiente, las tareas fundamentales consistieron en la descripción y la construcción de tipologías básicas, sobre todo en la cerámica, así como la descripción sistemática de los sitios arqueológicos, con el objeto de que éstos coadyuvaran a la definición de tales unidades culturales y su arreglo en el tiempo y el espacio. En este afán se realizaron las primeras excavaciones con una estratigrafía cuidadosamente controlada, dominando un interés histórico y cronológico que dio como resultado las primeras secuencias regionales para los complejos arqueológicos recién bosquejados.

Este trabajo fue básico para la arqueología del occidente. A excepción de las descripciones formales de artefactos y sitios, así como de la determinación de su posición en tiempo y espacio, el análisis y establecimiento de estilos se convirtió en la meta de los arqueólogos profesionales. De esta forma, el contenido de las culturas prehispánicas del occidente estuvo limitado, prácticamente, a tipos cerámicos y, en raras ocasiones, a otros tipos de artefactos, que si bien se describieron, no fueron considerados como parte de una totalidad para establecer las secuencias del desarrollo cultural.

Como es lógico, la manipulación de tipos cerámicos y, por consiguiente, la descripción de culturas en estos términos, facilitó su identificación y su posicionamiento espacio-temporal, pero no se avanzó en el conocimiento de los procesos socioculturales. Sin embargo, estos estudios sentaron las bases para la siguiente etapa, ya que no se podría avanzar en el establecimiento de regularidades en el desarrollo sociocultural de esta vasta región, sin contar con las necesarias y previas reconstrucciones de la cultura material.

LOS ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS

Desde mediados de los cincuenta comenzó a dibujarse una nueva etapa en la arqueología de la región occidental. Se presentó un proceso de transición hacia estudios de corte más antropológico. Una vez más

la Universidad de California se convirtió en la impulsora de estas investigaciones y de los enfoques novedosos que se utilizaron posteriormente en diversas zonas.

A) Los estudios en zonas costeras

Si bien Sinaloa había sido una región privilegiada por la cantidad y calidad de los proyectos que se realizaron en la etapa anterior, el interés de los arqueólogos se tornó hacia Nayarit, olvidando la zona más septentrional del occidente. Es probable que este hecho se debiera a que Sinaloa dejó de ser considerado el corredor principal por el cual rasgos culturales mesoamericanos alcanzaron el suroeste de los Estados Unidos. Se comenzaron a trabajar las tierras altas de Durango, donde Robert H. Lister y J. Charles Kelley consideraban que estos rasgos podían haber seguido una ruta por la parte interior de la cadena montañosa de la Sierra Madre Occidental.³⁵

Los trabajos de Kelley y Howard D. Winters en áreas adyacentes a Sinaloa ayudaron a afinar su cronología y a remontarla en el tiempo, mediante correlaciones a través de piezas de intercambio, debido a la carencia que todavía se tenía de fechas de carbono para esta zona; además establecieron una división del complejo Aztatlán en tres conjuntos que representaban diferencias en tiempo.³⁶ Por su parte, Kelley continuó sus exploraciones hacia el sur; en 1963, trabajó en Totoate, ubicado en el cañón de Bolaños, al extremo norte de Jalisco. En este sitio excavó un conjunto circular con plataformas rectangulares y un altar circular al centro. Los datos colectados permitieron incluir la cuenca del río Bolaños como la frontera noroccidental de la región cazcana.³⁷

35. Robert H. Lister "The Chalchihuites culture of northwestern Mexico", *American Antiquity*. 1955 (Vol. 21), pp. 122–129. J. Charles Kelley, "Reconnaissance and excavation in Durango and Southern Chihuahua, Mexico", *American Philosophical Society*. Philadelphia, 1953 (Year Book), 1953. "Settlement patterns in north – central Mexico", *Prehistoric settlement patterns in the New World*. G. R. Willey (Ed.), Viking Fund Publications in Anthropology, 1956, núm. 23, pp. 128 –139.
36. J. C. Kelley y H. D. Winters, "A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico", *American Antiquity*, 1960 (Vol. 25), pp. 547 – 561.
37. La disposición de este conjunto llevó a que posteriormente fuera considerado como un indicador de la extensión de la tradición Teuchitlán del altiplano central jalisciense hacia el noroeste.

El apogeo de la arqueología nayarita fue impulsada, en gran parte, por la Universidad de California. En 1956, George Brainerd excavó el sitio de Peñitas, ubicado en la planicie del río San Pedro. Mediante el análisis de los materiales encontrados en el lugar, estableció relaciones con la zona central de Mesoamérica.³⁸ La tesis doctoral de Jacques Bordaz, uno de sus alumnos, abordó el análisis del material cerámico, sustentando la secuencia de ocupación del sitio a través de la tipología, y ofreció algunas implicaciones culturales a partir del estudio de hornos para cerámica y el material asociado.³⁹ Hacia el norte de la planicie costera de Nayarit, George E. Fay realizó recorridos de superficie que reportaron varios sitios; su estudio se centró en los tipos cerámicos de la región, que mostraban una relación cercana con los de Peñitas y Amapa, pero careció de un contexto cronológico al no contar con el apoyo de excavaciones controladas.⁴⁰ A pesar de la cantidad de sitios descubiertos, esta zona no volvió a ser estudiada hasta una década después.

La zona costera recibió más atención al retornar las ideas sobre su posible papel de corredor cultural. Dicha zona se contempló como parte de un proyecto mayor dirigido por Clement W. Meighan y Henry B. Nicholson,⁴¹ bajo el auspicio de la Universidad de California en Los Ángeles, y con el apoyo del Institute for Andean Research de la National Science Foundation. El objetivo de esta investigación consistió en estudiar los nexos culturales tempranos compartidos por Mesoamérica y Sudamérica. Para la consecución de este ambicioso proyecto, se planteó la realización de excavaciones a lo largo de la costa central y meridional del Pacífico mexicano. En un primer sector

38. George Brainerd, "Eine keramische dorfgruppe aus dem alten Nayarit im westlichen Mexico", *Amerikanische Miscellen*. Hamburgo: Mitteilungen aus dem Museum für Volkerkunde, 1959 (Vol. XXV).

39. Jacques Bordaz, *Pre-Columbian ceramic kilns at Peñitas, a post-classic site in coastal Nayarit, México*. Columbia University, 1964 (Tesis doctoral).

40. George E. Fay, "A preliminary archaeological survey of the Western Coast of Mexico", *Year Book*. American Philosophical Society of Philadelphia, 1956. *Handbook of pottery types of Nayarit, Mexico*. Interamerican Institute of Magnolia, 1959. *A ceramic study of Nayarit, Mexico*. Santa Fe: Museum of New Mexico, 1960.

41. En adelante UCLA por sus siglas en inglés: University of California at Los Angeles. Henry H. Nicholson y Clement W. Meighan, "The UCLA Department of Anthropology Program in West Mexican Archaeology – Ethnohistory 1956 – 1979", *The Archaeology of West Mexico*. B. Bell (Ed.), México: Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974, pp. 6 – 18.

se llevaron a cabo reconocimientos desde la zona de Los Corchos hasta el norte de la desembocadura del río Grande de Santiago, en Nayarit. Como parte de estas actividades se excavaron pozos de sondeo en los sitios de Chacala y Santa Cruz, además de registrar 34 asentamientos prehispánicos.⁴²

Uno de los sitios escogidos por Meighan y sus alumnos para hacer excavaciones en el marco de un estudio más amplio fue el de Amapa, ubicado al norte del río Santiago y cercano a Peñitas. Sus trabajos sentaron una sólida secuencia cultural, además de establecer nexos con los complejos cerámicos de Sinaloa, Nayarit y Jalisco. Como parte sustancial de las investigaciones emprendidas en este sitio surgieron una serie de publicaciones y tesis doctorales que estructuraron una arqueología con orientación científica en la entidad.⁴³

En el marco del Proyecto de Meighan y Nicholson (titulado proyecto A) también se llevaron a cabo excavaciones en un conchero ubicado en la albufera de Barra de Navidad, en Jalisco.⁴⁴ Estas excavaciones fueron importantes, ya que atrajeron la atención sobre el estudio de sitios de explotación costera, convirtiéndose en el primer conchero trabajado en la región occidental. Los estudios en Barra de Navidad mostraron cerámicas relacionadas con el valle de Autlán, así como con los sitios de la costa colimense. Se proporcionaron las primeras explicaciones sobre las relaciones entre comunidad y medio ambiente: el conchero se consideró como un sitio de carácter estacional para la explotación de la sal y los moluscos.

Por su parte, las excavaciones en el sitio de Morett, ubicado en la parte media del valle de Cihuatlán, fueron innovadoras en cuanto a las técnicas de datación utilizadas, ya que se obtuvieron fechamientos me-

42. Levine, *op. cit.*, pp. 38 – 40.

43. Betty B. Bell, *Analysis of ceramic style: a west Mexican collection*. Los Angeles: University of California, 1960 (Tesis Doctoral). F. J. Clune, *A functional and historical analysis of the ball game in Mesoamerica*. Los Angeles: University of California, 1963 (Tesis Doctoral). G. L. Grosscup, *The ceramics of west Mexico*. Los Angeles: University of California, 1964 (Tesis doctoral). D. M. Pendergast, *The distribution of metal artifacts in prehispanic America*. Los Angeles: University of California, 1960 (Tesis Doctoral). Además se tiene el reporte general de los trabajos en el sitio realizado por Clement Meighan: *The archaeology of Amapa, Nayarit*. Los Angeles: Institute of Archaeology – University of California, 1976.

44. Stanley V. Long y Marcia W. Wire, "Excavations at Barra de Navidad, Jalisco", *Antropológica*. Venezuela: Instituto Caribe de Antropología y Sociología, 1966 (Núm. 18).

diante el empleo de Carbono 14 y de hidratación de obsidiana, al igual que se aplicó el método de seriación cerámica. Los resultados obtenidos proveyeron una de las secuencias cronológicas más seguras del occidente. Además, estas excavaciones mostraron un claro ejemplo de la interdisciplina: se trabajó con un equipo integrado por especialistas en trabajos de laboratorio y análisis de fauna, quienes aportaron un enfoque científico y ecológico en el estudio del material arqueológico. Tanto en Morett como en el sitio de Playa del Tesoro, se encontraron materiales cerámicos que presentaban ciertas similitudes con materiales de las zonas de Autlán y Tuxcacuesco, en Jalisco, así como Ortices, Colima y Apatzingán, Michoacán, lo que permitió dar cuenta de las relaciones de estos sitios costeros con grupos de tierra adentro. Estas investigaciones, junto con las excavaciones del conchero de Barra de Navidad, contribuyeron a fijar la secuencia cultural de la zona costera fronteriza de Jalisco y Colima, la cual comprende desde el Formativo medio hasta el Postclásico tardío. Sin embargo, fue difícil aportar explicaciones en términos sociales, debido a que la excavación se limitó a unos cuantos pozos de sondeo y careció de estudios que abarcaran la totalidad de la costa.⁴⁵

La zona costera de Nayarit y Jalisco, dejada de lado en los sesenta por el Proyecto A de la UCLA, se volvió el foco de interés de los nuevos investigadores. En la zona de Marismas Nacionales, en la parte limítrofe de Sinaloa y Nayarit, un grupo de la Universidad Estatal de Nueva York, dirigido por Stuart Scott, llevó a cabo un reconocimiento arqueológico. Este proyecto también puede considerarse como un ejemplo de interdisciplinaria, con un claro enfoque de ecología cultural, cuyo aporte consistió en varias tesis doctorales en los diversos campos de la antropología.⁴⁶

45. Clement W. Meighan, *Archaeology of the Morett site, Colima*. Berkeley, University of California Press, 1972 (University of California Publications in Anthropology, Vol. 7). Robert H. Crabtree y R. J. Fitzwater, "Test excavations at Playa del Tesoro, Colima, México", *Archivo Centro INAH Colima*. Mecanoscrito, 1963.

46. George W. Gill, *The prehistoric inhabitants of northern coastal Nayarit: skeletal analysis and description of burials*. Lawrence: Department of Anthropology – University of Kansas, 1971 (Tesis doctoral). Richard J. Shenkel, *Cultural adaptation to the mollusk: a methodological survey of shellmound archaeology and a consideration of the shellmounds of the Marismas Nacionales, West Mexico*. Buffalo: Department of Anthropology - State University of New York at Buffalo, 1971

Por su parte, Joseph B. Mountjoy, de la Universidad de Carolina del Norte, realizó una serie de estudios en la zona costera de Nayarit y Jalisco, que se han prolongado por más de tres décadas, aportando un amplio cuerpo documental para la comprensión de los grupos costeros. En los sesenta estudió el área de la bahía de San Blas, estableciendo un complejo cerámico denominado Matanchen, conformado por grupos recolectores de moluscos y otros recursos marinos litorales, con una temporalidad temprana calculada entre 3000 y 1000 a.C. El enfoque de sus investigaciones estuvo influenciado por la corriente de la ecología cultural, como quedó mostrado en la definición del complejo San Blas y su integración con el sistema ecológico.⁴⁷

Posteriormente, Mountjoy perseveró en su interés por la zona costera, trabajando más hacia el sur en la cuenca del río Tomatlán. En este lugar llevó a cabo un amplio proyecto de salvamento arqueológico en coordinación con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, entre 1975 y 1977. Dicho salvamento se dedicó a cubrir la zona del embalse de lo que sería la presa Cajón de Peñas, donde registró 175 sitios arqueológicos. Las secuencias cerámicas ubicaron la ocupación prehispánica del drenaje del río Tomatlán entre el año 1200 a.C. y el momento del contacto español.⁴⁸

B) La arqueología del altiplano

Tierra adentro, arqueólogos de la UCLA excavaron varios sitios en el altiplano central jalisciense y su colindancia con la región sureña nayarita. En 1963 Michael Glassow, asesorado por Stanley V. Long, excavó el sitio de Huistla en Etzatlán.⁴⁹ Estos trabajos formaban parte de un proyecto mayor que tenía por objetivo el reconocimiento de la

(Tesis doctoral). Stuart D. Scott, (Ed.), *Archaeological reconnaissance and excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, Mexico. West Mexican Prehistory*. Mecanoescrito, Department of Anthropology – State University of New York at Buffalo, 1967 – 1972 (6 Vols.).

47. Joseph B. Mountjoy, *Prehispanic culture history and cultural contact on the southern coast of Nayarit, Mexico*. Carbondale: Department of Anthropology – Southern Illinois University, 1970 (Tesis doctoral). “San Blas complex ecology”, *The Archaeology of West Mexico*. B. Bell (Ed.), México: Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974, pp. 106 – 120.

48. Joseph B. Mountjoy, *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico*. México: INAH, 1982 (Col. Científica, Núm. 122).

49. Michael Glassow, “The ceramics of Huistla, a west mexican site in the municipality of Etzatlán, Jalisco”, *American Antiquity*. Salt Lake City, 1967 (Vol. 32, Núm. 1), pp. 64 – 83.

cuenca de Magdalena, labor que permitió el registro de 19 sitios en su parte sur. Las excavaciones en Huistla permitieron a Glassow sugerir una cronología para el sitio a través del estudio cerámico y ayudaron al conocimiento del período Postclásico en la cuenca de Magdalena, así como al comportamiento de las cerámicas relacionadas con el complejo Aztatlán.

Por su parte, Long se basó en el reconocimiento llevado a cabo de 1962 a 1964 por la UCLA, para realizar el estudio de diez tumbas en parte saqueadas localizadas en cinco cementerios del municipio de Etzatlán: San Sebastián, El Arenal, Mary Pérez, Las Cuevas y Santa María. A partir de los datos obtenidos y mediante la reconstitución de la tumba de San Sebastián por medio de los objetos donados al Museo de Los Ángeles, este investigador llegó a varias conclusiones acerca de la cronología y el ritual mortuorio. Al encontrar grupos de huesos desarticulados infirió la costumbre de reutilizar las tumbas a manera de criptas familiares y propuso una secuencia cronológica para las esculturas de cerámica de los estilos San Sebastián rojo, Ameca gris y Arenal café; además brindó una descripción detallada de otros materiales que conformaron el repertorio funerario de esta tradición, casi siempre dejados de lado por los arqueólogos.

Long obtuvo las primeras fechas para ubicar esta tradición funeraria hacia el Formativo tardío y Clásico temprano, a través de diversas técnicas de datación como la hidratación de obsidiana, el Carbono 14, el contenido de nitrógeno y colágeno en huesos, al igual que la fluorescencia de éstos. Los diversos datos colectados en las tumbas de tiro lo llevaron a ofrecer una reconstrucción sociocultural para la cuenca de Magdalena, pero al carecer de datos que provinieran de otros contextos distintos al funerario, ésta resultó sumamente especulativa.⁵⁰ A partir del estudio de los rasgos arquitectónicos de los recintos funerarios, pretendió relacionar las tumbas de tiro del occidente mexicano con sus símiles en Colombia y Ecuador, idea que posteriormente fue retomada por Peter Furst.⁵¹

50. Stanley V. Long, *Archaeology of the Municipio of Etzatlán, Jalisco*. Los Angeles: University of California, 1966 (Tesis doctoral).

51. Stanley V. Long, "Formas y distribución de tumbas de pozo y cámara lateral", *Razón y Fábula*. Colombia: Universidad de los Andes, 1967 (Separata, Núm. 1), pp. 1-15. Peter Furst, "Tumbas de tiro y cámara: un posible eslabón entre México occidental y los Andes", *Eco*. México: Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1967 (Núm. 26).

Furst se cuenta entre los estudiosos de la tradición funeraria de las tumbas de tiro en esta zona. Realizó un reconocimiento en los municipios de Compostela y San Pedro Lagunillas, Nayarit, donde localizó 24 cementerios. En Las Cebollas, cercano a Tequilita, al sureste de Compostela, excavó y reconstruyó una tumba de tiro parcialmente saqueada. Los datos aportados por esta tumba, le permitieron fechar las figuras de estilo Chinesco hacia el Formativo tardío y Clásico temprano (200 a.C. a 330 d.C.), así como dar una explicación tentativa sobre el significado ritual de las figuras huecas. Insertó la utilización de ciertas ofrendas, como caracoles y espejos de pirita, en patrones de uso más amplios y relacionados con Mesoamérica. Sin embargo, abandonó este marco de referencia mesoamericano, por el amplio uso de la analogía etnográfica para interpretar aspectos inherentes al chamanismo, donde se salió del cuerpo básico de conceptos que conformaron la cosmovisión mesoamericana.⁵²

En este período, los trabajos en la zona de Los Toriles, en Ixtlán del Río, continuaron a cargo de Eduardo Contreras, pero se dio prioridad a la excavación de los montículos para la reconstrucción de sus rasgos arquitectónicos.⁵³ En esta entidad la mayoría de los trabajos de los arqueólogos mexicanos se limitaron al inventario de los sitios y su conservación, en programas de protección del patrimonio arqueológico.

Es de llamar la atención el poco interés por estudiar zonas como las del valle de Atemajac, asiento de la ciudad de Guadalajara, donde abundaban los sitios arqueológicos de fácil acceso por su cercanía con la zona urbana. Sólo existen breves reportes acerca de las excavaciones en el sitio de El Ixtepete,⁵⁴ en las que el trabajo se concentró en la reconstrucción del basamento piramidal principal, con

52. Peter Furst. "West mexican tomb sculpture as evidence for shamanism in prehispanic Mesoamerica", *Antropológica*. Venezuela: Instituto Caribe de Antropología y Sociología, 1965 (Núm. 15), pp. 29 – 80. *Shaft tombs, shell trumpets and shamanism: a culture – historical approach to problems in West Mexican Archaeology*. Los Angeles: University of California, 1966 (Tesis doctoral).

53. Eduardo Contreras S., "Trabajos de exploración en la zona arqueológica de Ixtlán del Río, Nayarit", *Boletín del INAH*. México: INAH, 1966 (Núm. 25), pp. 5-10. "Trabajos en la zona arqueológica de Ixtlán del Río, temporada 1967", *Boletín del INAH*. México: INAH, 1968 (Núm. 29), pp. 25-29.

54. José Corona Núñez, "Exploraciones en El Ixtepete", *Eco*. México: Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1960 (Núm. 2). Román Piña Chan, "Las culturas prehispánicas en Jalisco", *Eco*. México: IAH, 1963 (Núm. 4). Cesar Sáenz, "Exploraciones en El Ixtepete, Jalisco", *Boletín del INAH*. México: INAH, 1966 (Núm. 23). "Cabecitas y figurillas de barro del Ixtepete, Jalisco", *Boletín del INAH*. México: INAH, 1966 (Núm. 24).

criterios poco ortodoxos sobre reconstrucción de monumentos arquitectónicos. Esta estructura posee un rasgo arquitectónico que ha generado mucha polémica, debido a la presencia de una subestructura dotada del elemento arquitectónico conocido como talud-tablero, característico de Teotihuacán. A pesar de esto, no se ofrecieron explicaciones tentativas sobre la naturaleza de esta relación y sólo se habló de “influencias teotihuacanas”.⁵⁵

Por el contrario, Cesar Sáenz negó estas relaciones y asignó al Postclásico los materiales arqueológicos recuperados en estas primeras temporadas, ya que carecieron de contextos estratigráficos precisos. Los trabajos posteriores de Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal se dedicaron a consolidar parte de algunas estructuras que estaban por derrumbarse, además de efectuar el levantamiento topográfico del sitio. Tomando como referencia los resultados del análisis cerámico, cifraron cronológicamente el sitio a finales del Clásico y mencionaron las relaciones cerámicas con Colima y el sur del estado de Jalisco. La ausencia de otros rasgos teotihuacanos, como cerámica o figurillas, condujo a que consideraran la influencia de Teotihuacán en el sitio de El Ixtepete como limitada y tardía.⁵⁶

A mediados de los setenta el valle de Atemajac recibió más atención, a partir de los trabajos de rescate en el fraccionamiento Tabachines, en el municipio de Zapopan, al norte de Guadalajara. Este rescate aportó un vasto conocimiento relacionado con el ritual funerario; se encontraron 17 tumbas de tiro, al igual que entierros en fosas, hallazgos que fueron trabajados por Javier Galván y Otto Schöndube.⁵⁷ Los materiales asociados a estas dos tradiciones funerarias permitieron definir las fases Tabachines e Iztepete–El Grillo, además de ubicar temporalmente la ocupación del valle desde el Preclásico hasta el Clásico mayormente.

55. Marcia Castro-Leal y Lorenzo Ochoa, “El Ixtepete como un ejemplo de desarrollo cultural en el Occidente de México”, *Anales del INAH*. México: INAH, 1975 (7ª. Época, V. 5), pp. 121-154.

56. *Ibidem*.

57. Javier Galván Villegas, *Rescate arqueológico en el fraccionamiento Tabachines, Zapopan, Jalisco*. México: Dirección de Centros Regionales–INAH, 1976 (Núm. 28). Otto Schöndube y Javier Galván V., “Salvage archaeology at El Grillo–Tabachines, Zapopan, Jalisco, México”, *Across the Chichimec Sea: papers in honor of J. Charles Kelley*. Caroll L. Riley y Basil C. Hendrick (Eds.), Carbondale: Southern Illinois University Press, 1978, pp. 144 – 154.

Hacia el oriente del valle de Atemajac, se trabajaron dos sitios en la ribera sur del lago de Chapala. En Tizapan el Alto se llevaron a cabo dos temporadas de excavación apoyadas por la UCLA y la Universidad de Guadalajara. Estas actividades recuperaron 54 entierros y sus correspondientes ofrendas funerarias. El estudio de la cerámica y los fechamientos dieron pie al establecimiento de dos complejos ubicados en el Postclásico, mismos que coinciden parcialmente con las propuestas de Lister para el sitio de Cojumatlán. Los estudios en esta zona permitieron conocer la extensión de las cerámicas relacionadas con la tradición Aztatlán.

Pocos investigadores se interesaron por la región conocida como Los Altos de Jalisco, la cual formó parte de la Caxcana y se ubica al noreste del estado. Una excepción fue Betty Bell, quien realizó excavaciones en el sitio de Cerro Encantado, cercano a Teocaltiche.⁵⁸ En este lugar encontró rastros de un complejo similar al de las tumbas de tiro, pero sin la presencia de estos recintos mortuorios. Este complejo estaba compuesto por figuras huecas de estilo “Zacatecas” o “Cornudos”, trompetas de caracol, espejos de pirita, cerámica elaborada al negativo y ornamentos de concha y obsidiana, los cuales se ubican temporalmente hacia 100/200 d.C. Bell concluyó que ésta era una zona de traslape entre la tradición de las tumbas de tiro del oeste y culturas que todavía no eran bien conocidas en ese momento (Chalchihuites, Chupícuaro y Morales, entre otras), ubicadas al norte y este de Los Altos de Jalisco.

Glyn Williams reconoció la cuenca noroeste del río Verde, reportando 13 sitios. Su estudio se centró en la cerámica y las figurillas recuperadas en superficie; al carecer de contextos estratigráficos, así como de colecciones locales para comparación, recurrió a similitudes con figurillas del centro de México, lo que conllevó errores cronológicos, al igual que una cancelación en la comprensión del desarrollo local.⁵⁹ En el sector noreste de la región alteña, Román Piña Chan y Joan

58. Betty Bell, “Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco”, *The Archaeology of West Mexico*. B. Bell (Ed.), México: Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974, pp. 147 – 167.

59. Glyn Williams, “External influence and the upper Rio Verde drainage basin at Los Altos, West Mexico”, *Mesoamerican Archaeology. New approaches*. Norman Hammond (Ed.), Austin: University of Texas Press, 1974, pp. 21-50.

Taylor excavaron el sitio de El Cuarenta. La presencia de elementos arquitectónicos como columnas y los materiales cerámicos permitieron marcar cierta filiación cultural con Durango y Zacatecas, así como con la región del Bajío guanajuatense.⁶⁰

C) *La arqueología en el sur de Jalisco y Colima*

A pesar de su riqueza arqueológica, el Estado de Colima fue poco estudiado en estos años. Sólo se contó con la significativa presencia de Isabel Kelly, quien desde 1966 retornó con sus investigaciones a esta región, donde continuó trabajando sobre los problemas planteados en sus anteriores estudios. Su interés por establecer una cronología firme para el desarrollo sociocultural de Colima, la llevó a continuar sus excavaciones en la cuenca del Salado, en el valle de Colima y en Comala. Fue durante esta nueva estancia en Colima, como ya se mencionó, que los datos obtenidos le permitieron afinar la secuencia temporal al agregar una fase llamada Comala, la cual insertó entre las fases Ortíces y Colima. Esta fase se entiende como una continuación de Ortíces, pero con una mayor elaboración en las cerámicas y las ofrendas funerarias.

Por otra parte, descubrió un nuevo complejo, conocido como Capacha, el cual corresponde a la ocupación sedentaria y cerámica más temprana del occidente, con fechas entre 1750 y 1500 a.C. El problema mayor en su definición es que sólo se conoce a través de ofrendas funerarias, lo que es insuficiente para establecer el grado de complejidad social alcanzado por estas fechas.⁶¹

Las cerámicas recuperadas por esta investigadora brindaron valiosos datos sobre la interacción temprana de la región colimense con zonas aledañas como las de Autlán, Tuxcacuesco, Sayula y el valle de Cihuatlán en Jalisco, además de Apatzingán y la costa michoacana. Dicha interacción se mantuvo hasta el momento de la conquista española y, en ocasiones, rebasó al occidente. Tal es el caso ejemplificado por la cerámica tipo Colima, bandas sombreadas y su símil blanco levantado que

60. Román Piña Chan y Joan Taylor, "Cortas excavaciones en El Cuarenta, Jalisco", *Boletín del Departamento de Monumentos Prehispánicos*. México: INAH, 1976 (Núm. 1), pp. 1 - 14.

61. Isabel T. Kelly, *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*. Tucson: The University of Arizona Press, 1980 (Anthropological Papers of The University of Arizona, Núm. 37).

abundó en Hidalgo, Querétaro y Guanajuato durante el Epiclásico.⁶² Kelly documentó otro caso, marcado por una vasija de anaranjado delgado encontrado en la tumba de tiro de Chanchopa, cerca de Tecomán; con base en este hallazgo Kelly ubicó temporalmente las fases Ortices y Tuxcacuesco con Teotihuacan III. Esta secuencia la corrigió posteriormente, cuando agregó la fase Comala, que también contaba con la presencia de tumbas de tiro, al igual que cuando se conoció que la cerámica anaranjado delgado podía estar presente desde Teotihuacan II e incluso Teotihuacan I tardío. Sin embargo, todas estas sociedades que comenzaban a dibujarse con los hallazgos de este período no fueron suficientes para interesar a más arqueólogos por la región. Fuera del conocimiento de las materiales cerámicos, poco se avanzó en otros aspectos de la organización social de los grupos que la habitaron.

Por otra parte, la abundancia de hallazgos fortuitos relacionados con la tradición de tumbas de tiro, al igual que el saqueo desmesurado de sus ofrendas funerarias, despertaron el interés de historiadores del arte en las esculturas cerámicas del período Formativo en el occidente de México. Destacan las investigaciones de Hasso von Winning, quien organizó una extensa base de datos en la que reunió materiales dispersados por el saqueo, además de llevar a cabo un sistemático y exhaustivo análisis de los estilos e iconografía plasmados en estas figuras, buscando patrones que le permitieran inferir significados culturales.⁶³

Beatriz de la Fuente consideró que estas figuras no presentaban las condiciones propias del arte religioso y oficial mesoamericano, sino más bien representaban “la frescura espontánea de grupos humanos que aún conviven con la naturaleza circundante ... reproduciendo innumerables facetas de la vida cotidiana”.⁶⁴ Con lo anterior, contribuyó a difundir la hipótesis de una región occidental donde no se desarrollaron grupos con una organización social compleja, al tiempo

62. Isabel Kelly y Beatriz Braniff, “Una relación cerámica entre occidente y la mesa central”, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. México: INAH, 1966 (Núm. 23), pp. 26-27.

63. Hasso von Winning, “Ceramic house models and figurine groups from Nayarit”, *Verhandlungen des 39 Internationalen Amerikanistenkongress*. Stuttgart – München, 1969 (Vol. 1), pp. 129 – 132. *The shaft tomb figures of West Mexico*. Los Angeles: Southwest Museum, 1974 (Southwest Museum Papers, Núm. 24). Hasso von Winning y Holga Hammer, *Anecdotal sculpture of ancient West Mexico*. Los Angeles: Ethnic Arts Council, 1972.

64. Beatriz de la Fuente, *Arte Prehispánico funerario. El occidente de México*. México: El Colegio Nacional, 1994, p. 8.

que se limitó a destacar los rasgos artísticos y formales que caracterizaron a estas esculturas. De particular importancia fue la exposición sobre el occidente que se exhibió en el Museo de Arte del Condado de Los Ángeles y el catálogo resultante con el trabajo de Michael Kan, donde describe los estilos dominantes y su distribución, así como el de Nicholson y Meighan, en el que sintetizan el estado de la cuestión arqueológica de la región para ese momento,⁶⁵ con el cual se dio pie al surgimiento de una tendencia que se volvería dominante en el trabajo del occidente.

D) Los trabajos de síntesis arqueológica

Hacia la última década de este período aparecieron los primeros trabajos que pretendieron abordar de una manera global y sintética la arqueología del occidente. Sobresalió el proyecto de publicación de la Universidad de Texas, que dedicó todo un volumen de su colección *Handbook of Middle American Indians* a esta región de Mesoamérica. En esta publicación aparecieron los trabajos de Bell, Lister, Meighan, Chadwick y Kelley, quienes aportaron una perspectiva de conjunto para el estudio de la región occidental, asumiendo de manera implícita las concepciones de la Nueva Arqueología americana.⁶⁶

En este momento, dentro de la arqueología del occidente de México muchos proyectos realizaron reconocimientos de superficie en diversas zonas, contribuyendo a aumentar las colecciones de materiales arqueológicos, pero sin un contexto preciso. Desgraciadamente, muchas de estas colecciones no fueron trabajadas de una manera sistemática que permitiera la comparación entre las zonas de donde provenían. En otras ocasiones, los reportes no fueron publicados y quedaron archivados en universidades del extranjero, resultando de difícil acceso para los arqueólogos que trabajan la región. Cuando fueron publicados estos re-

65. Michael Kan, Clement Meighan y Henry Nicholson, *Sculpture of Ancient West Mexico: Nayarit, Jalisco, Colima*. Los Angeles: Los Angeles County Museum of Art, 1970.

66. Betty Bell, "Archaeology of Nayarit, Jalisco, and Colima", *Handbook of Middle American Indians*. Robert Wauchope (Ed.), Austin: University of Texas Press, 1971 (Vol. 11, Parte 2), pp. 694-753. Robert Chadwick, "Archaeological synthesis of Michoacan and adjacent regions", *Ibid*, pp. 657-693. J. Charles Kelley, "Archaeology of the northern frontier: Zacatecas and Durango", *Ibid*, pp. 768-804. Robert H. Lister, "Archaeological synthesis of Guerrero", *Ibid*, pp. 619-631. Clement W. Meighan, "Archaeology of Sinaloa", *Ibid*, pp. 754-767.

portes, la mayoría hizo hincapié en el material cerámico, describiendo el resto de los objetos como materiales misceláneos, desligados de un contexto más amplio.

Por otra parte, se registró un fuerte desequilibrio en los períodos y las zonas estudiadas: se privilegiaron los proyectos en la región costera y en el altiplano central jalisciense, y se dio prioridad a las investigaciones sobre las tradiciones de las tumbas de tiro (Preclásico tardío) y Aztatlán (Postclásico temprano). Muchas de las generalizaciones sobre aspectos de la tradición funeraria de las tumbas de tiro se elaboraron con base en datos aportados por los propios saqueadores, lo que en ocasiones llevó a interpretaciones erróneas. Así mismo, las investigaciones se centraron en aspectos específicos de estas tradiciones, como sería el patrón funerario en el caso de las tumbas de tiro o la cerámica y sus variaciones en el caso de Aztatlán, olvidándose por completo que formaban parte de una totalidad social concreta.

Continuó un marcado interés por erigir marcos de referencia espacio-temporal para las tipologías cerámicas establecidas, al igual que se realizaron esfuerzos por recobrar los contextos culturales que explicarían los patrones de comportamiento social. El avance de la arqueología del occidente, como se ha visto, marchó junto con las nuevas tecnologías, aplicadas principalmente al fechamiento de los complejos arqueológicos.

El nuevo enfoque contextual, que dejó de lado la vieja arqueología histórico-cultural americana, caracterizó a los artefactos arqueológicos como muestras del comportamiento sociocultural de los grupos prehispánicos, surgiendo así los primeros intentos por explicar la función de éstos. En términos generales, en esta etapa destacaron investigaciones donde se observa un aumento cualitativo de la analogía etnográfica, con la consecuente transferencia de conceptos usados por la etnología y la antropología social en la interpretación de los vestigios arqueológicos. En esta línea se ubica el aludido trabajo de Furst en la zona de Nayarit.

Esta nueva visión implicó el planteamiento y realización de estudios intensivos sobre los materiales arqueológicos, al igual que sobre el entorno natural en el que se asentaron los grupos humanos, para poder hacer inferencias sobre aspectos de tipo ecológico, como se obser-

va en los trabajos de Meighan, Nicholson y Scott, entre otros. Estos aspectos derivaron en una mayor atención hacia modelos ecológicos y de asentamiento, como factores para entender el proceso sociocultural del Occidente. De ahí el aumento de los estudios de área que pretendían registrar sitios arqueológicos, para estudiar su distribución regional y su relación con el medio ambiente, como es el caso de los trabajos de Kelley, en Zacatecas y Durango, y de Scott en Marismas Nacionales, al sur de Sinaloa.

Esta tendencia se engloba en lo que Joseph Cadwell llamó la “nueva arqueología americana”, donde las culturas arqueológicas ya no se consideraban como una suma de sus artefactos, sino que debían examinarse como sistemas funcionalmente integrados.⁶⁷ Pese a seguir este enfoque, en la mayoría de las investigaciones no se esbozaron modelos de interacción social ni se ahondó en la relación funcional de los sistemas sociales, prevaleciendo el interés por el ordenamiento cronológico. En la década final de este período se formularon las primeras síntesis arqueológicas del occidente, que fueron más allá de un recuento histórico y trataron de bosquejar un proceso cultural evolutivo global para la región, a través de materiales, rasgos culturales y cronologías comparadas

LOS ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS

Más que una nueva etapa, este momento del desarrollo de la arqueología en el occidente es una continuación de la anterior. En realidad no existieron cambios en la aplicación de marcos teórico–metodológicos que permitieran considerarla como tal, sino simplemente una intensificación en el número de investigaciones realizadas y una mayor participación de los estudiosos mexicanos.

En 1972 la participación de los arqueólogos nacionales estuvo marcada por la creación de una sede regional del INAH: el Centro Regional de occidente, ubicado en Guadalajara, que se encargó de ejecutar los proyectos de investigación y protección del patrimonio arqueológico llevados a cabo en los estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco

67. Joseph R. Cadwell, “The new American archaeology”, *Science*. 1959 (Núm. 129), pp. 303 – 307.

y Colima. La conformación de delegaciones independientes en cada entidad ha permitido una mayor cobertura en el ámbito regional. De esta manera se constituyeron los centros regionales de Colima (1985), Nayarit (1987) y, posteriormente, Sinaloa (1995).

El trabajo y la investigación arqueológica en esta última entidad no ha estado a tono con los resultados alcanzados en otras zonas de occidente. Las escasas publicaciones sobre el tema provienen de la incursión de algunos historiadores sinaloenses por la bibliografía arqueológica, entre los que se encuentran Herberto Sinagawa y Víctor Vélez.⁶⁸ En el caso de este último, el problema principal estaba en que basa su trabajo en historiadores del siglo XIX, como Eustaquio Buelna⁶⁹ y José López Portillo y Weber, o en historiadores locales más recientes como Antonio Nakayama,⁷⁰ con importantes aportes al estudio del pasado sinaloense pero alejado de la disciplina arqueológica, por lo cual no es extraño que se reproduzcan nuevamente mitos decimonónicos, como las leyendas del paso por Sinaloa de las migraciones toltecas y aztecas en su largo peregrinar hacia el sur, sin detenerse a examinar los continuos y activos procesos de migración que se dieron durante toda la etapa prehispánica, ni considerar la evidencia arqueológica existente, lo que a su vez ocasiona simplificaciones en las explicaciones ofrecidas acerca del desarrollo sociocultural de estas comunidades.⁷¹

Por el contrario, más al sur, la zona costera nayarita y jalisciense continuó siendo un punto de atracción para los investigadores. En 1979 Jacques Soustelle, del Centro de Estudios de Investigación Antropológica de Francia, echó a andar el “Proyecto arqueológico y etnográfico de las culturas de occidente”, cuyo interés no sólo estaba puesto en las culturas locales, sino en las posibles rutas de migración hacia el centro de México. A pesar de que su equipo recorrió la mayo-

68. Víctor A. Vélez. “Época Prehispánica”, *Historia de Sinaloa*. Jorge Verdugo (Coord.), México: Gobierno del Estado de Sinaloa, 1997 (T. I), pp. 9-137. Herberto Sinagawa M, *Sinaloa. Historia y destino*. México: Cahíta, 1986.

69. La visión de este historiador sinaloense decimonónico se puede encontrar en su obra *Peregrinación de los Aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa*. México: Tipografía Literaria de Filomeno Mata, 1887.

70. Antonio Nakayama, *Sinaloa. Un bosquejo de su historia*. Culiacán: UAS, 1982.

71. Eustaquio Buelna, *Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Sinaloa*. México: Imprenta y Litografía de Irineo Paz, 1877. José López Portillo y Weber, *La conquista de la Nueva Galicia*. México: Consorcio Minero Peña Colorada, 1980 (Col. Peña Colorada).

ría de los sitios localizados por el mencionado Proyecto A de la UCLA, su atención se centró en el sitio de Coamiles, cerca de Peñitas.

En 1980 el equipo de Soustelle hizo el levantamiento topográfico de Coamiles y el registro gráfico de tres grandes conjuntos de petroglifos en los alrededores del lugar. También hizo dos pozos de sondeo y llevó a cabo colecciones de superficie. Los materiales colectados sirvieron para establecer la secuencia cerámica del lugar; además el análisis cerámico mostró nexos con el complejo Aztatlán. Entre 1980 y 1988, el Ministerio Nacional de Educación de Francia, a través de su Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, auspició el “Proyecto de Investigaciones Arqueológicas en Coamiles”, con Christian Duverger a la cabeza; desgraciadamente, hasta la fecha no se han publicado los resultados obtenidos.

Para 1984 Daniel Levine, quien había trabajado en el sitio de Peñitas con Duverger, presentó su tesis doctoral, en la que compendió el desarrollo de la arqueología del occidente hasta ese momento. Sin embargo, además de reseñar ampliamente los trabajos existentes, no hace explícita su postura teórica, siendo este un trabajo descriptivo que no superó las síntesis llevadas a cabo más de una década atrás, por el grupo de arqueólogos estadounidenses.⁷²

Por otro lado, el número de reuniones académicas interesadas en la región aumentó. Una de las primeras fue la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA), realizada en Taxco, Guerrero, en 1983. Con esto, la SMA volvió a poner su atención en la región occidental después de 35 años. La mayoría de las ponencias presentaron los avances y resultados de esos momentos y de la década anterior.⁷³

A partir de entonces surgió una interesante polémica acerca del grado de desarrollo sociocultural alcanzado por las sociedades prehispanicas que habitaron esta región. Por una parte, existe una tendencia

72. Daniel Levine, *Contribution à l'Archaeologie de L'Ouest Mexican: Etats de Colima, Jalisco et Nayarit*. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1984 (Tesis doctoral).

73. Éstas se pueden agrupar en estudios que versaron sobre: las tumbas de tiro y materiales asociados (Baus, Cabrero y Jaramillo, Deraga y Fernández y Schöndube); estudios de área y sitios específicos (Duverger y Levine, Kelley, Litvak, Mountjoy, Scott); análisis específicos en materiales arqueológicos (Gill y Case, Hosler, Lagunas, Pompa, Vargas y Murcia, Williams y Guerrero); relaciones con otras áreas (Ochoa); complejidad social (Schöndube, Weigand). Hasta el momento, las memorias de esta reunión no han sido publicadas.

a considerar a las sociedades que se desarrollaron en el occidente de México como marginales o con formas de organización sociocultural simples, mientras que otros investigadores conciben la presencia de modelos organizativos de tipo estatal desde períodos tempranos.⁷⁴

Entre los primeros se tienen trabajos como los de Meighan, quien ha defendido la tesis de cierta marginalidad en el desarrollo del occidente, e incluso ha señalado que el área permaneció fuera de la tradición cultural mesoamericana básica en determinados momentos, principalmente durante el Formativo, conocido por la tradición funeraria de las tumbas de tiro.⁷⁵

Siguiendo esta línea de pensamiento, Otto Schöndube caracterizó al occidente como un mosaico de comunidades, cada una aislada e independiente de las demás. Esta desarticulación y falta de unidad cultural, ocasionada por la diversidad ecológica, no permitió niveles de complejidad social más allá de las sociedades simples, las cuales habían permanecido marginales al transcurrir general mesoamericano.⁷⁶ Fue así como Schöndube postuló un esquema de evolución sociocultural particular para la región occidental, cuya secuencia fue dividida en dos etapas I y II, a la vez subdivididas cada una en dos períodos. La etapa Ia abarcaba de 2400 a 1500 a.C., saltando a la etapa Ib de 500 a.C. a 600 d.C., pero quedaba un vacío cultural de 1000 años explicado por la falta de investigaciones arqueológicas. Esta fue una etapa en que los nexos parecían darse más con la lejana Sudamérica, que con el vecino más cercano constituido por Mesoamérica. La etapa IIa (600 a 900/1000 d.C.) y IIb (900/1000 a la conquista española) correspondió a un occidente mesoamericanizado. Sin embargo, parecen ignorarse las activas dinámicas poblacionales y económicas previas de esta re-

74. Sobre el particular véase a Rodolfo Fernández y Daria Deraga, "La zona occidental en el Clásico", *Historia Antigua de México*. Linda Manzanilla y Leonardo López (Coords.) México: INAH – UNAM – Ed. Porrúa, 2ª Edición, 2001 (Vol. 2), pp. 161 – 201.

75. Clement W. Meighan, "Prehistory of West Mexico", *Science*, 1974 (Núm. 184), p. 1260.

76. Otto Schöndube, "Introducción: algunas consideraciones sobre la arqueología del Occidente de México", *The archaeology of West México*. B. Bell (Ed.), México: Sociedad de Estudios Avanzados del occidente de México, 1974, pp. 1-5. *Tamazula, Tuxpan, Zapotlán. Pueblos de la frontera septentrional de la antigua Colima*. México: ENAH, 1973 (Tesis de maestría). "Epoca prehispánica", *Historia de Jalisco*. José María Murúa (Dir.) México: Gobierno de Jalisco, 1980 (T.I), pp. 113-257.

77.

gión, tanto internas como externas, al explicar este proceso de mesoamericanización.⁷⁷

Esta opinión, antaño generalizada, se apoyó en la carencia de ciertos rasgos que se creían característicos de Mesoamérica y que eran reflejo de una sociedad compleja. En contraparte, se veía al occidente con una organización socioeconómica sumamente sencilla y con grupos inmersos en una serie de prácticas rituales centradas en torno al culto a los ancestros. En contraste con la visión anterior, se cuenta con los resultados arrojados por diversos estudios fincados en proyectos de área, entre los que destacamos algunos de los más importantes.

A) *La tradición Teuchitlán en el altiplano central jalisciense*

Uno de los trabajos pioneros es el de Phil Weigand, quien ha hecho importantes contribuciones al entendimiento de los grupos asentados en occidente, incursionando en los campos de la etnología, la etnohistoria y la arqueología. De la primera se cuentan sus investigaciones sobre grupos indígenas como los huicholes, coras, tecuales, mexicaneros y cazcanes, en las que nunca dejó de lado la vinculación con el pasado más remoto.

Desde la década de los sesenta, Weigand colaboró en los trabajos que Kelley realizó en la zona de la cultura Chalchihuites, al sur de Zacatecas, donde exploró la minería de este importante grupo, investigaciones que le sirvieron de base para posteriormente abordar el estudio de la circulación de la turquesa.⁷⁸ En el marco de la arqueología, su contribución principal es la definición de la tradición Teuchitlán, en los alrededores del volcán de Tequila ubicado en el altiplano central jalisciense.

Posteriormente, Schöndube retomó el tema sobre la marginalidad del occidente respecto a Mesoamérica, recalando que esta supuesta marginación se debió a los aspectos cuantitativos que sirvieron de base a las investigaciones anteriores. Por consiguiente, concibe ahora a un occidente mesoamericanizado pero con una organización social simple o una manifestación rural de la misma. Cfr. Otto Schöndube, "El Occidente de México, ¿marginal a Mesoamérica?", *La validez teórica del concepto de Mesoamérica*. México: INAH, 1990 (Col. Científica, Núm. 198), pp. 129-134.

78. Phil C. Weigand, "The mines and mining techniques of the Chalchihuites culture", *American Antiquity*, 1968 (Vol. 33, Núm. 1), pp. 45-61. "Minería e intercambio de minerales en Zacatecas prehispánica", *Zacatecas III: Anuario de Historia*. C. Esparza (Ed.), México: Departamento de Historia - Universidad Autónoma de Zacatecas, 1980. Phil Weigand, Garman Harbottle y Edward Sayre, "Turquoise sources and source analysis: Mesoamerica and the Southwestern United States", *Exchange systems in Prehistory*. J. Ericson y T. Earle (Eds.), New York: Academic Press, 1977, pp. 15-34.

Las investigaciones de Weigand se centraron en el análisis formal arquitectónico de los patrones circulares monumentales, así como en el desarrollo de inferencias sobre la organización social del complejo funerario de tumbas de tiro asociado a esta tradición. Desde un marco neoevolucionista estableció la secuencia cultural y cronológica de la región donde se ubicó la tradición Teuchitlán, la cual se compone de cinco fases: San Felipe, Arenal, Ahualulco, Teuchitlán I y Teuchitlán II.

Esta tradición inicia con la fase San Felipe (600/500 a 200 a.C.), definida por una población exigua, una incipiente explotación de obsidiana y la presencia de tumbas de tipo Opeño. En la fase Arenal (200 a.C.-200 d.C.) principió el patrón circular característico de este desarrollo y la construcción de tumbas de tiro. Durante la fase Ahualulco (200 a 400 d.C.) se intensificó el uso del patrón arquitectónico circular, exhibiendo cada conjunto ocho plataformas rectangulares alrededor del patio circular; además, aparecieron los juegos de pelota colocados como “apéndices” de los complejos circulares. Algunos sitios se desarrollaron más que otros, destacando el caso de Ahualulco.⁷⁹

La fase Teuchitlán I (400 a 700 d.C.) representó el clímax cultural de esta tradición. La población aumentó su densidad y se concentró en los poblados mayores. Los sitios más importantes llegaron a tener hasta tres círculos unidos y otros aledaños; además, la arquitectura adquirió su monumentalidad máxima con círculos de grandes dimensiones. Algunos de los sitios representativos de esta fase son Teuchitlán y El Refugio que tuvieron zonas habitacionales extensas y dispersas;⁸⁰ con

79. Phil Weigand, “The Ahualulco site and the shaft-tomb complex of the Etzatlán area”, *The archaeology of West Mexico*. Bell (Ed.), México: Sociedad de Estudios Avanzados del occidente de México, 1974, pp. 120-131.

80. Joseph Mountjoy y Phil Weigand, “The habitation zone at Teuchitlan, Jalisco”, *Proceedings of the 1974 International Congress of Americanists*. México, 1976. Phil Weigand, “Circular ceremonial structure complexes in the highlands of Western Mexico”, *Archaeological frontiers: papers on New World high cultures in honor of J. Charles Kelley*. R. Pickering (Ed.), Carbondale, Southern Illinois University, 1976, (Estudios del Museo de la Universidad del Sur de Illinois, Núm. 4), pp. 183-227. *Evolución de una civilización prehispánica*. México: El Colegio de Michoacán, 1993. “The architecture of the Teuchitlán tradition of Mexico’s Occidente”, *Mesoamerican architecture as a cultural symbol*. J. Kowalski (Ed.), Oxford: Oxford University Press, 1999, pp. 87-109. “The evolution and decline of a core civilization: the Teuchitlán tradition and the archaeology of Jalisco”, *Greater Mesoamerica. The archaeology of West and Northwest Mexico*. M. Foster y S. Goenstein (Eds.), Salt Lake City: The University of Utah Press, 2000, pp. 43-58.

talleres donde se explotó y trabajó intensamente la obsidiana.⁸¹ Otros conjuntos localizados en la zona son Aqualulco, Laguna Colorada-Providencia, Las Pilas y Santa Quitería. Por último, la fase Teuchitlán II (700 a 900/1000 d.C.) marcó el colapso y desaparición de la referida tradición: los grandes círculos fueron modificados y sufrieron remodelaciones, con lo que perdieron la simetría original. Al finalizar esta fase se abandonó el patrón circular y la tradición se desintegró.⁸²

Además de la arquitectura monumental elaborada, Weigand explicó el proceso de creciente complejidad social en el manejo y control de recursos escasos que participaron en redes de intercambio extensivas, donde circularon productos tanto locales como alóctonos. Estos factores, al igual que la existencia de un avanzado sistema agrícola, lo llevaron a plantear la existencia de una estructura de tipo estatal en la región, así como a insertarla dentro de los numerosos núcleos culturales que configuraron la sociedad mesoamericana.⁸³

Esta mayor vinculación con Mesoamérica también fue notada por otros investigadores, quienes observaron que tanto los complejos Opeño como Capacha, tuvieron algún tipo de contacto con culturas del centro de México, como Tlatilco y la del río Cuautla, entre 1300 y 900 a.C. Beatriz Braniff, Christine Niederberger y David Grove, desde tiempo atrás, señalaron la presencia de un *tertium quid* en el centro de México, diferenciado de las tradiciones olmeca y de la cuenca de México, cuyo origen estuvo en la región de occidente, abriendo así las posibilidades para el estudio de los nexos entre esta última región y el resto de Mesoamérica.⁸⁴

81. Acerca de los talleres de obsidiana, véase a Dolores Soto de Arechavaleta, *Análisis de la tecnología de producción del taller de obsidiana de Guachimontón, Teuchitlán, Jalisco*. México: ENAH, 1982 (Tesis de licenciatura). Para otro tipo de materiales se tienen los estudios recientes de Christopher Beekman y Phil Weigand, *La cerámica arqueológica de la tradición Teuchitlán, Jalisco*. México: El Colegio de Michoacán – Secretaría de Cultura de Jalisco, 2000.

82. Actualmente Weigand está llevando a cabo la exploración del sitio arqueológico de Teuchitlán, lo que le servirá para corroborar o modificar las hipótesis planteadas en las décadas anteriores.

83. Phil Weigand y Michael S. Foster, "Introduction", *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*. Foster y Weigand (Eds.), Boulder: Westview Press, 1985, pp. 1-8. Phil Weigand y Christopher S. Beekman, "La tradición Teuchitlán: surgimiento de una sociedad parecida al estado", *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*. R. Townsend (Ed.), México: The Art Institute of Chicago – Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, 2000, pp. 39-55.

84. Beatriz Braniff, "The West Mexican tradition and the Southwestern United States", *The Kiva*. Tucson, Arizona, 1975 (Núm. 41, Vol. 2), pp. 215-222. Morales, *Guanajuato, y la tradición Chupicuaro*. México, INAH, 1998 (Col. Científica, Núm. 373), p. 28. David C. Grove, "The Highland Olmec manifestation: a consideration of what is and isn't", *Mesoamerican archaeology. New approaches*.

Así mismo, a partir de los trabajos de rescate y análisis efectuados por Jorge Ramos y Lorenza López Mestas, tras el descubrimiento de una tumba de tiro intacta en el sitio de Huitzilapa, Jalisco, salieron a la luz innumerables datos para corroborar el proceso de creciente complejidad temprana gestada al interior de la tradición Teuchitlán. La cuidadosa excavación de la tumba permitió comprender el ritual funerario, así como diversos aspectos directamente relacionados con la ideología y la diferenciación social de estas comunidades.⁸⁵

El estudio de los materiales ofrendados en esta tumba, perteneciente a un grupo de parentesco de elevada posición social, ha permitido inferir otros patrones de comportamiento social relacionados con la producción, distribución y consumo de bienes, como son la especialización artesanal y estandarización de la manufactura de cerámica; la importación de objetos y materias primas de otras regiones; el uso de objetos (jade y concha) restringidos a un sector de la comunidad y utilizados como símbolo de pertenencia a una posición social privilegiada.⁸⁶ De manera particular, se ha analizado el papel jugado por la ideología en el proceso de transformación del occidente, observando nexos con el resto de Mesoamérica a través de conceptos ideológicos que fueron objetivados en artículos específicos (trompetas de caracol, objetos de concha y jade, punzones de obsidiana), que fueron el vehículo transmisor de acciones simbólicas, por encima de un mero intercambio económico.⁸⁷

El valle de Atemajac cuenta con una mayor atención. Javier Galván lo ha trabajado con amplitud en las últimas tres décadas, registrando cerca de 50 sitios. A su vez, los datos recopilados le permi-

N. Hammond (Ed.), Austin: University of Texas Press, 1974, pp. 109-128. Christine Niederberger, *Paleopaysages et archeologie pre-urbaine du bassin de Mexico*. México: CEMCA, 1987 (Col. Études Mesoamericaines, Núm. 1, 2 Vols.), p. 216.

85. Lorenza López Mestas, Jorge Ramos y Robert Pickering, "Culto funerario y organización social en la tradición Teuchitlán durante el Formativo tardío", *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. México: Universidad de Guadalajara – ORSTOM, 1998.
86. Lorenza López Mestas y Jorge Ramos, "Excavación de la tumba de Huitzilapa", *El Antiguo Occidente de México. Arte y Arqueología de un pasado desconocido*. R. Townsend (Ed.), México: The Art Institute of Chicago – Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco, 2000, pp. 57-74.
87. Lorenza López Mestas C., "La ideología: un punto de acercamiento para el estudio de la interacción entre el Occidente, el centro de México y el resto de Mesoamérica", *Dinámicas culturales entre el Occidente, el Centro-Norte y la Cuenca de México del Preclásico al Epiclásico: trabajos recientes*. México: CEMCA (En prensa).

tieron postular una secuencia cronológica, basada en la cerámica encontrada en las exploraciones de Tabachines, Ixtepete y algunos pozos de sondeo en otros sitios. Es de los pocos investigadores que ha tratado de aplicar la teoría del materialismo histórico para explicar el proceso de desarrollo sociocultural de la zona. Actualmente, se encuentra trabajando en un modelo explicativo para la ocupación prehispánica del valle dándole preponderancia a la presencia de algunos rasgos teotihuacanos.⁸⁸

B) El área norteña

En esta etapa se ha prestado mayor atención a zonas que habían sido poco estudiadas. Un ejemplo de este fenómeno es el Proyecto Sierra del Nayar, que en 1974 inició un reconocimiento de área en los estados de Jalisco, Nayarit y Zacatecas, auspiciado por la Misión Arqueológica Belga. Esta investigación dio como resultado las propuestas de Marie Areti Hers, que a partir de los datos obtenidos en la zona de Huejuquilla el Alto, Jalisco, postuló un origen “norteño” para varios rasgos considerados inicialmente como “toltecas”, entre los que destacan las esculturas de *chacmol*, muros de serpientes o *coatepantlis*, muros con cráneos o *tzompantlis*, entre otros.⁸⁹ Esta nueva evidencia ha aportado fechas más tempranas para esta tradición en el occidente y áreas circunvecinas, permitiendo conocer la gran complejidad de las dinámicas, internas y externas, de estas sociedades.

En la zona aledaña del cañón del río Bolaños, Jalisco, María Teresa Cabrero inició en 1982 un proyecto arqueológico a largo plazo, impulsado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.⁹⁰ El propósito principal consistió en recorrer el cañón de Bolaños hasta su desembocadura en el centro de Jalisco, a partir del valle de Valparaíso donde se excavaron varios sitios, destacando La Flori-

88. Javier Galván, *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco*. México: INAH, 1991 (Col. Científica, Núm. 239). Javier Galván, comunicación personal a Carlos López Cruz, 2001.

89. Marie Areti Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: Instituto de Investigaciones Estéticas – UNAM, 1989.

90. María Teresa Cabrero, “Civilización en el norte de México. Arqueología de la cañada del río Bolaños, Zacatecas y Jalisco”, *Una ruta comercial en la frontera norte de Mesoamérica: El caso del cañón de Bolaños, Jalisco*. México: UNAM, 1989 (Serie Antropológica, Núm. 103.).

da. En el valle de Mezquitic se excavó Cerro Prieto, así como El Piñón y Pochotitan en el valle de San Martín de Bolaños. A lo largo de este proyecto –todavía en marcha– se han localizado 102 sitios, lo que ha proporcionado invaluable datos acerca del patrón de asentamiento de estos grupos prehispánicos, en una zona que se consideraba de difícil acceso.

Con base en los trabajos realizados en la parte norte de dicho cañón, Cabrero propuso dos períodos de ocupación de manera tentativa, debido a la ausencia de fechas absolutas. El período más antiguo (200 a 700 d.C.) se asocia con la presencia de tumbas de tiro y el patrón arquitectónico circular dominante en esa parte del cañón. En el segundo período (700 a 1000 d.C.) se observó un cambio en el patrón arquitectónico circular hacia el rectangular y la inclusión de nuevos y distintos tipos cerámicos.⁹¹

Cabrero descubrió la presencia de tumbas de tiro en los alrededores de los pueblos de Chimaltitán y Bolaños, así como en el sitio El Piñón. En este último lugar se descubrieron cuatro tumbas, tres de ellas se encontraban selladas. El asentamiento ocupa la parte superior del cerro y se extiende hacia las laderas donde el terreno se niveló para formar terrazas artificiales para cultivo y habitación. Las tumbas se construyeron dentro del complejo ceremonial situado en la parte superior.

Por primera vez se tienen fechas de C14 provenientes del interior de las tumbas y de diversas estructuras del complejo ceremonial. Durante el primer siglo de nuestra era penetraron los grupos de la tradición de tumbas de tiro, de esta ocupación inicial se tiene una fecha de 135 d.C. proveniente de uno de los sepulcros. Estos grupos construyeron el centro cívico ceremonial, que se remodeló hacia el 600 d.C., lapso en que se abandonó esa tradición funeraria y se adoptó otra práctica mortuoria con entierros directos flexionados.

El contenido cultural de las tumbas de tiro permitió el conocimiento profundo de esta tradición mortuoria. Se recuperaron objetos fabricados con materias primas alóctonas: concha, caracol y coral negro; hachas y discos hechos de roca basáltica; fragmentos de hematita en polvo proveniente de la zona de Chalchihuites, donde se explotaban

91. Cabrero, *op. cit.*, pp. 283 – 302.

éste y otros recursos minerales. Lo anterior indica un comercio intensivo cruzando el cañón de Bolaños durante el apogeo de las tumbas de tiro; este comercio se extendería, probablemente, hasta después del abandono de esta costumbre funeraria, según lo marcan las fechas provenientes de un entierro directo con ofrendas de concha, caracoles y coral de procedencia marina.⁹²

La atención se dirigió también hacia Los Altos de Jalisco. Carolyn Baus de Czitrom pugnó por ligar las fuentes etnográficas del siglo XVI sobre dos grupos que habitaron en esta región, cocas y tecuexes, con los vestigios arqueológicos detectados hasta ese momento.⁹³ Sin embargo, los datos aportados por el “Proyecto Arqueológico Altos de Jalisco” —iniciado por Jorge Ramos—, que se viene llevando a cabo en esta región desde 1990, no concuerdan con sus propuestas debido a que la totalidad de los sitios encontrados fueron abandonados hacia 900/1000 d.C., fruto de una coyuntura que combinó diversos factores, entre ellos el cambio climático y el movimiento migratorio de grupos más norteros. Este proyecto ha efectuado trabajos de reconocimiento, al igual que de excavación, en los municipios de Tepatitlán, Acatic, Lagos de Moreno, Encarnación de Díaz y Unión de San Antonio. Sus principales aportaciones son el conocimiento del patrón de asentamiento regional, al igual que el establecimiento tentativo de una secuencia cerámica. Sin embargo, todavía se está lejos de alcanzar explicaciones acerca del desarrollo sociocultural de esta gran región.⁹⁴

92. Teresa Cabrero y Carlos López, “Hallazgo de una tumba de tiro sellada en el cañón de Bolaños, Jalisco”, *Antropológicas*. México: UNAM, 1993 (Núm. 8), pp. 74-78. “Hallazgos recientes en el cañón de Bolaños, Jalisco”, *Contribuciones recientes a la arqueología y etnohistoria del occidente de México*. E. Williams (Ed.), México: El Colegio de Michoacán, 1994, pp. 297-321.

93. Carolyn Baus de Czitrom, *Tecuexes y Cocas. Dos grupos de la región Jalisco en el siglo XVI*. México: INAH, 1982 (Col. Científica, Núm. 112).

94. Lorenza López Mestas, Jorge Ramos y Carlos Santos, “Sitios y materiales arqueológicos: avances del Proyecto Arqueológico Altos de Jalisco”, *Contribuciones a la arqueología y Etnohistoria del occidente de México*. E. Williams (Ed.), México: El Colegio de Michoacán, 1994, pp. 279-296. Jorge Ramos y Lorenza López Mestas, “Materiales cerámicos de la región alteña de Jalisco”, *Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma*. E. Williams y P. Weigand (Eds.), México: El Colegio de Michoacán – Centro de Investigación en Matemáticas, 1999, pp. 245-268.

C) La cuenca de Sayula

Otra zona poco estudiada es la comprendida por las cuencas lacustres de Sayula, Zacoalco, San Marcos y Atotonilco. Sin embargo, a principio de la década de los noventa inició un reconocimiento arqueológico sistemático en la cuenca de Sayula, promovido por el Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación, con la colaboración del INAH y de la Universidad de Guadalajara. El objetivo general de este proyecto fue “el estudio del poblamiento y ocupación territorial, en una perspectiva a la vez sincrónica y diacrónica del área”.⁹⁵

Uno de los principales resultados fue la confirmación y la corrección de la secuencia cronológica establecida por Isabel Kelly, apoyándose en el análisis cerámico respaldado con fechas de Carbón 14.⁹⁶ La nueva propuesta cronológica inicia con la fase Usmajac (300 a.C al año uno de nuestra era), la cual corresponde a la tradición de tumbas de tiro; la cerámica encontrada permite relacionar la cuenca con la zona de Ortíces en Colima, Tuxcacuesco en el sur y el valle de Atemajac en el centro del estado.

La fase Verdía (año 1 a 500 d.C.) presentó algunos problemas en su definición que los investigadores del proyecto posteriormente deben resolver. Sin embargo, se propone que el material Verdía es un marcador de grupos de elite en la zona, además de representar un momento de transición entre la tradición tumbas de tiro y la fase Sayula.⁹⁷ Durante la fase Sayula (500 a 1100 d.C.) se alcanzó la mayor complejidad social en la zona, llegando al nivel del cacicazgo. El

95. Jean-Pierre Emphoux, “Investigaciones arqueológicas en la cuenca de Sayula”, *Transformaciones mayores en el Occidente de México*. R. Avila (Coord.), México: Universidad de Guadalajara, 1994, p. 180.

96. Otto Schöndube, “Los trabajos de Isabel Kelly en el occidente de México y su trascendencia para el Proyecto Cuenca de Sayula”, *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. México: Universidad de Guadalajara – ORSTOM, 1998, pp. 95-100. Rosario Acosta, Susana Ramírez y Luis Gómez, “Desarrollo cultural de la cuenca de Sayula durante la época prehispánica”, *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. México: Universidad de Guadalajara – ORSTOM, 1998, pp. 101-118.

97. Jean Gufroy, “Cerritos Colorados: un sitio con arquitectura monumental en la cuenca de Sayula, Jalisco”, *Estudios del Hombre*. México: Universidad de Guadalajara, 1996 (Núm. 3), pp. 37-63. Francisco Valdez, “Tiempo, espacio y cultura en la cuenca de Sayula”, *Estudios del Hombre*, Universidad de Guadalajara, 1996 (Núm. 3), pp. 15-35.

principal producto explotado fue la sal; esta industria les permitió a los grupos asentados en la cuenca mantener relaciones con zonas circunvecinas como la costa de Colima, el sur de Jalisco, el valle de Atemajac y la cuenca de Chapala e indirectamente con Los Altos y norte de Jalisco, al igual que el sur y centro de Zacatecas.⁹⁸ Por último, en la fase Amacueca (1100 a 1520 d. C.) se dio un cambio estilístico en la cerámica, el uso del espacio y el patrón mortuorio, pero el nivel de desarrollo sociocultural se mantuvo en el estadio de cacicazgo.⁹⁹

Actualmente, el proyecto continúa bajo la dirección de Otto Schöndube y Susana Ramírez, quienes han estado excavando varios sitios de la cuenca de Sayula. Es pertinente mencionar que una de las aportaciones cruciales de este proyecto es la búsqueda de explicaciones sobre los procesos de cambio de un estadio a otro, dilucidando con amplitud el trayecto de sociedades aldeanas a sociedades complejas.

D) El área costera

Las investigaciones actuales en la zona costera son realizadas, en gran medida, por estudiosos que han venido trabajando varias décadas en el occidente. Tal es el caso de Joseph Mountjoy, de la Universidad de Carolina del Norte, quien desde finales de los sesenta comenzó sus investigaciones, que se mencionaron con antelación. A partir de 1988, llevó a cabo un reconocimiento en el área de bahía de Banderas, en la zona limítrofe costera de Jalisco y Nayarit, donde encontró una ocupación temprana desde el Formativo medio, así como datos que permiten ampliar la extensión de la tradición Ortíces-Tuxcacuesco por la costa norte. Los resultados aún se encuentran en preparación y sólo han sido publicados como artículos. Actualmente se encuentra trabajando en El Pantano, un sitio en el municipio de Mascota, tierra adentro, donde realizó excavaciones que le están permitiendo definir una ocupación temprana que fecha hacia 700 a.C.¹⁰⁰

98. Catherine Liot, "La sal de Sayula: cronología y papel en la organización del poblamiento prehispánico", *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara – ORSTOM, 1998, pp. 135-155.

99. Ramírez *et al.*, *op. cit.*

100. Joseph Mountjoy, comunicación personal a Carlos López, 2001.

Desde 1994, en este mismo sector de la costa, José Carlos Beltrán, del Centro INAH Nayarit, ha estado realizando trabajos de salvamento en el extremo norte de la bahía de Banderas en la parte conocida como Punta Mita. Esta zona presenta una larga secuencia ocupacional, la cual inició con sitios tempranos donde se encontró cerámica Capacha del Formativo temprano/medio, hasta sitios que tuvieron un componente Postclásico. Su objetivo general busca establecer la relación hombre-naturaleza, de ahí la importancia que han tomado sus estudios sobre la explotación de recursos, fundamentalmente de productos marinos.

Beltrán localizó gran cantidad de sitios a lo largo de la costa entre los que destacan Tintoque, Pontoque, Malinal de Higuera Blanca y Aramara en la isla Marieta Madre, lo que le ha permitido hacer inferencias sobre el patrón de asentamiento complejo, donde se distinguen zonas ceremoniales, áreas habitacionales, áreas de producción y zonas funerarias. En los análisis detectó 48 tipos cerámicos que agrupa en cinco complejos: Punta Mita temprano (Chinesco), Rojo/Bayo Costero, Aztatlán y Banderas. De esta información se desprende el conocimiento de las relaciones con los sitios costeros de Jalisco y Colima, así como del altiplano nayarita.¹⁰¹

Las propuestas de Beltrán representan una continuidad de los trabajos de rescate previamente efectuados en Playa del Tesoro, en la bahía de Salagua, Colima. En esta investigación el énfasis también estuvo puesto en las relaciones con el medio ambiente, en particular en el campo de la explotación y trabajo de la concha. Los materiales arqueológicos recuperados confirmaron la secuencia cronológica de Crabtree y Fitzwater, además de ampliar el repertorio de costumbres funerarias conocidas para la costa colimense.¹⁰²

Algunos kilómetros hacia el norte, en la zona costera limítrofe de Jalisco y Colima, Lorenza López Mestas viene desarrollando el “Pro-

101. José C. Beltrán, “Arqueología de Punta Mita, resultados preliminares”, *Antropología e Historia del Occidente de México. XXIV Mesa Redonda*. México, Sociedad Mexicana de Antropología – UNAM, 1998, (T. II), pp. 715-736. Lourdes González Barajas, “La cerámica de Punta Mita, en la costa sur de Nayarit”, *Antropología e Historia del Occidente de México. XXIV Mesa Redonda*. México, Sociedad Mexicana de Antropología – UNAM, 1998, (T. II), pp. 737-753.

102. José C. Beltrán, *Los concheros del puerto de Salagua (Playa del Tesoro)*. México, ENAH, 1991 (Tesis de licenciatura). José C. Beltrán, *Comentarios arqueológicos sobre el antiguo puerto de Salagua/Playa del Tesoro*. México, Gobierno del Estado de Colima – Universidad de Colima – CNCA, 1994 (Col. Mar del Sur, Vol II).

yecto de Reconocimiento Arqueológico Colimilla – Barra de Navidad”, cuya área de investigación abarca el valle de Cihuatlán y la albufera de Navidad. Sus objetivos principales son el reconocimiento del área y registro de sitios que ayude a comprender el patrón de asentamientos en la zona, así como el planteamiento de las líneas generales del desarrollo sociocultural de los grupos que lo habitaron, y el conocimiento de los patrones de explotación de recursos marinos litorales.

Lo anterior, a partir de la propuesta de que la distribución de los asentamientos en una determinada región refleja el modo como las comunidades resolvieron sus problemas de selección y adaptación al medio ambiente, en función de las necesidades requeridas para su reproducción social. Esto con base en un marco materialista, que permitiera observar las variantes dentro del espacio geográfico, las cuales son entendidas como el resultado de la transformación hacia nuevas formas de aprovechamiento de los recursos disponibles y el desarrollo de nuevos procesos productivos.¹⁰³

Excepto estos proyectos que tienen un largo desarrollo, los demás se han originado por salvamentos y/o denuncias a las delegaciones estatales del INAH. Un caso revelador es el de la Presa Aguamilpa, en Nayarit, donde el trabajo de salvamento estuvo bajo la dirección Ludwig Beutelspacher. Este proyecto realizó un recorrido extenso de la zona, localizando 75 sitios arqueológicos, de los cuales se excavaron varios, pero cuyo resultado no aparece todavía como publicación.

En 1997 dio inicio el salvamento arqueológico “Autopista Entronque San Blas (Nayarit)-Mazatlán (Sinaloa)” con una longitud de 224 km, dirigido por Mauricio Garduño, Lorena Gámez y Manuel Pérez Rivas. Los objetivos del proyecto fueron: reconocimiento, registro, investigación y protección del patrimonio arqueológico. En total se registraron 57 sitios, de los cuales 30 presentaron rasgos arquitectónicos como montículos de arcilla, plataformas de piedra o muros de cimentación. Se realizaron 17 unidades de sondeo en tres sitios: La

103. Lorena López Mestas y Jorge Ramos, “Investigaciones arqueológicas en el valle de Cihuatlán – Barra de Navidad”, *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. México, Universidad de Guadalajara – ORSTOM, 1998, pp. 203-211. Lorena López Mestas y Jorge Ramos, “Explotación de recursos marino – litorales. Proyecto de Reconocimiento Colimilla – Barra de Navidad”, *Memoria del IV Coloquio Bosch Gimpera*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas – UNAM (En prensa).

Guásima, La Higuera Vieja I y Sayulita en el municipio de Acapone-
ta, encontrando una secuencia ocupacional desde el Formativo termi-
nal hasta el Postclásico, la que se infirió con base en los tipos
cerámicos y la estratigrafía de los pozos excavados. De estas investi-
gaciones se desprende la presencia de la fase cultural Chinesco, por
debajo de la fase Gavilán, asociación que no se conocía con anteriori-
dad en estas latitudes. Lamentablemente los análisis se encuentran en
proceso y es poca la información que ya se encuentra disponible.

CONCLUSIONES

Tras este recuento histórico, lo primero que resalta es el sentido acu-
mulativo del conocimiento arqueológico que se ha logrado sobre el
pasado remoto de los grupos que habitaron el Occidente del país, lo
cual responde al comportamiento de cualquier área del quehacer cien-
tífico y académico. Pero el proceso de acumulación de este conoci-
miento a lo largo del período analizado no fue homogéneo, llegando
incluso a momentos de ruptura con las viejas concepciones que se te-
nían sobre esta región.

Los incipientes comienzos de la arqueología en el occidente de Mé-
xico se vieron impregnados por la visión romántica que predominó en
el siglo XIX, pero a partir de 1930 la arqueología se convirtió en una dis-
ciplina académica, en donde los estudios se fincaban en la consecución
de objetivos específicos. En esos momentos, su desarrollo tuvo una
orientación histórica limitada a la distribución geográfica y cronológica
de los vestigios arqueológicos y la consiguiente definición de áreas
culturales.

El esfuerzo por recobrar contextos culturales que explicaran pa-
trones de comportamiento social fue notorio a partir de los sesenta,
con la llegada de investigadores influenciados por los postulados de la
nueva arqueología americana. A pesar de ello, no se ahondó en los
modelos explicativos de la interacción social, sino que prevaleció un
marcado interés por el ordenamiento cronológico de las colecciones
arqueológicas, aspecto que ha perdurado hasta estos días.

Es notorio el aumento en la cantidad de estudios sobre el occidente en las dos últimas décadas del siglo XX. Por un lado, han proliferado las instituciones de investigación en esta región, pero en este proceso las principales universidades y centros educativos locales se han mantenido al margen, específicamente en lo tocante a la formación de arqueólogos capacitados para el ejercicio profesional. El referido aumento en las investigaciones arqueológicas generó una cantidad considerable de talleres, mesas redondas y conferencias, al igual que nuevos trabajos de síntesis. Sin embargo, no parece haber propuestas concretas dirigidas a resolver los viejos problemas que aquejan a la historia del desarrollo cultural de la región.

A pesar que en esta vasta región se han gestado procesos de cambio cruciales para la explicación de una gran cantidad de problemas de investigación, en varios estudiosos aún prevalece la idea de que es una región “marginal” a Mesoamérica o donde las sociedades que la habitaron no alcanzaron niveles importantes de complejidad social. Uno de los argumentos postulados es la carencia de monumentalidad, pero basta con revisar los sitios de Ixtlán del Río, Nayarit, El Guachimontón de Teuchitlán, al igual que El Ixtepete, Los Padres y El Grillo, en el valle de Atemajac, entre otros, para darse cuenta que este concepto es erróneo, sin que la monumentalidad arquitectónica sea, por sí misma, un criterio único para definir la complejidad social, sino porque en estos lugares es posible detectar otros rasgos que la acompañan como la presencia de una ideología compleja, sectores destinados a grupos de elevada posición social, redes de intercambio comercial local y extra regional, entre otros.

Aún más, si bien durante el Formativo tardío/ Clásico temprano (500 a.C. – 300/400 d.C.), esta región se encontraba inmersa en el desarrollo funerario de las tumbas de tiro, el ulterior trabajo sistemático en sitios y zonas de esta periodicidad permitió conocer mejor el patrón de asentamiento, las redes de intercambio, la arquitectura, los rituales funerarios, los procesos de producción y adaptación al medio ambiente, entre otros aspectos, los cuales dan pie para la reconstrucción de la historia sociocultural de la región.

A pesar de ello, no se veía al occidente como parte de Mesoamérica, ni siquiera como peyorativamente le llamaban “marginal”. Se ha comenzado a reconsiderar que se está frente a una región que generó y mantuvo nexos con el resto de los grupos establecidos a lo largo y ancho de lo que actualmente es nuestro país. De tal manera, el occidente debe ser visto como una región que tuvo su propio desarrollo y alcanzó una gran complejidad social con sus propias particularidades. Si no se parte de este supuesto, sólo se explicará su desarrollo a partir de otras regiones, llámese Mesoamérica o, particularmente, centro de México.

Finalmente, para enfrentar los retos del quehacer arqueológico actual se vuelve necesario emprender proyectos de investigación a largo plazo, en áreas bien definidas, que permitan conocer la especificidad de los grupos ahí asentados, antes de postular generalizaciones carentes de contenidos y bases concretas que han llevado a plantear modelos erróneos para explicar los procesos culturales de las sociedades del occidente de México.

Investigaciones sobre las lenguas indígenas en Jalisco durante el siglo XX

*Daniel Barragán Trejo
Rosa H. Yáñez Rosales*

RESUMEN

En este artículo se hace una revisión exhaustiva de las investigaciones sobre las lenguas indígenas de Jalisco en el siglo XX.

Se observan dos direcciones: 1) la preocupación por reconstruir el pasado de los grupos que habitaron el estado de Jalisco y las familias lingüísticas a que pertenecen las lenguas; y 2) la descripción lingüística en sentido estricto, la cual ha tenido sus manifestaciones más consolidadas a partir de la década de 1970.

INTRODUCCIÓN

El inicio del tercer milenio inspira múltiples trabajos que buscan aquilatar lo alcanzado en disciplinas diversas. En nuestro caso, nos ha llevado a pasar revista a dos aportaciones que, a lo largo del siglo XX, hicieron distintos estudiosos de la diversidad lingüística registrada prácticamente en todas las fuentes coloniales procedentes del territorio conocido como Nueva Galicia.

En primera instancia, abordamos el trabajo de estudiosos que desde fines del siglo XIX se encontraban indagando sobre las lenguas indígenas del occidente. Tal esfuerzo, lo vemos a principios del siglo XX con la reedición del *Arte de la lengua mexicana de fray Juan Guerra*, hecha por Alberto Santoscoy en 1900. El estudio introductorio de dicha obra ya planteaba una pregunta clave: ¿cómo llegó el náhuatl al occidente de México?

Este interés continuó en la obra de varios especialistas, como el estadounidense Carl Sauer,¹ quien trazó un primer mapa de las lenguas y grupos indígenas del occidente y el noroeste. En la década de 1930, Ignacio Dávila Garibi y, algunas décadas más tarde, José Ramírez Flores contribuyeron a desenmarañar la madeja de nombres, pueblos y lenguas que las distintas fuentes coloniales reportan.

En segunda instancia, a partir de la segunda mitad de 1970 y en 1980, arrancaron diversos estudios de descripción lingüística. Unos sobre el náhuatl, realizados principalmente por Leopoldo Valiñas de la Universidad Nacional Autónoma de México y por Una Canger de la Universidad de Copenhague, y otros sobre el huichol, por investigadores del Centro de Investigaciones en Lenguas Indígenas –ahora Departamento de Estudios en Lenguas Indígenas– de la Universidad de Guadalajara. Asimismo, a fines de la década de 1980 se inició una orientación sociolingüística de las lenguas indígenas en el Laboratorio de Antropología –hoy Departamento de Estudios del Hombre–, también de la Universidad de Guadalajara. Tanto la descripción del huichol como el trabajo en sociolingüística continúan hasta el presente (2001).

El material que aquí presentamos descansa en las investigaciones mencionadas. No pretendemos hacer una evaluación crítica sino que ofrecemos una revisión para saber “qué se hizo” y proponer nuevas metas.

Dividimos el artículo en dos apartados en los que tratamos las líneas que hemos identificado.² A manera de conclusión, indicamos

1. Véase, por ejemplo, Carl Sauer, *Aztatlán*, recopilación, traducción y prólogo de Ignacio Guzmán Betancourt, México: Siglo XXI Editores/Fundación Ignacio Bórquez Zazueta, A.C., 1998 (Serie Los Once Ríos).
2. No hemos considerado los trabajos sobre el español que, si bien no son tan numerosos ni tan profundos como los realizados sobre lenguas indígenas, sí merecen un estudio aparte.

problemas de investigación surgidos en las últimas décadas del siglo XX, a raíz de la llegada al occidente mesoamericano de grupos indígenas ajenos a él y proponemos nuevas líneas de estudio que su presencia sugiere.

LÍNEAS CONVERGENTES:

LA RECONSTRUCCIÓN LINGÜÍSTICA E HISTÓRICA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

En 1900, Alberto Santoscoy reimprimió el *Arte de la lengua mexicana que fue usual entre los indios del obispado de Guadalajara y de parte de los de Durango y Mechoacán*, escrito en 1692 por fray Juan Guerra, predicador y definidor de la Provincia de Santiago de Jalisco. Esta obra fue la primera que registró, apenas en la segunda mitad de la época colonial, una, entre varias otras, de las lenguas habladas en el occidente novohispano. La muy difundida diversidad lingüística de la región en la época colonial es la que llevó a Santoscoy a plantear una pregunta clave:

¿La Lengua Mexicana que se hablaba en Xalixco [*sic*] fue propia de alguna de las tribus de nuestro territorio, o bien, fue introducida en él por los religiosos españoles que ya poseyéndola vinieron en compañía de los soldados conquistadores y por los auxiliares indígenas que éstos trajeron?³

El estudioso se internó así en una búsqueda cuyos frutos se encuentran básicamente en dos lugares: en el prólogo que acompaña la reimpresión de la obra de Juan Guerra y en las cartas que intercambié en 1902 con Nicolás León, estudioso del pasado de Michoacán,⁴ depositarias del minucioso análisis de las fuentes que consultó.

3. Alberto Santoscoy, "Prólogo" al *Arte de la lengua mexicana...* por Fr. Juan Guerra, segunda edición, publicada por Alberto Santoscoy, Guadalajara: Imprenta de Ancira y Hno., 1900, p. IX.
4. Hasta donde se sabe, son tres las "Cartas Abiertas"; éstas se publicaron originalmente en el *Diario de Jalisco* y pueden consultarse en Alberto Santoscoy, *Obras Completas*, Tomo II, Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco, 1986, pp. 1049-1075.

Santoscoy comienza el “Prólogo” exponiendo cómo se dio la enseñanza del náhuatl en el occidente colonial para luego tratar de esclarecer la presencia de esa lengua en el mismo territorio. Su conclusión, expresada a manera de pregunta, muestra todos los hilos conductores que trabajó:

¿Y qué otra podía ser esa circunstancia sino que la Lengua Mexicana, más o menos castiza o corrompida, se hubiera hablado en ese tiempo por crecido número de los indígenas xalixca; cosa que exigía que la preexistencia de tal lengua datara de mucho tiempo atrás, puesto que ningunas relaciones mediaban entre los mexicanos y los naturales de la tierra que se venía a conquistar, interponiéndose entre una y otra comarca el país de los purépechas o tarascos, enemigos en aquel entonces de unos y de otros?⁵

El autor llegó a esta conclusión tras analizar numerosos documentos coloniales de los que entresacó la información referente a los grupos indígenas occidentales y sus lenguas. Santoscoy tuvo en sus manos –y probablemente fue el último que la consultó– la visita al obispado de Guadalajara del obispo Juan Ruiz de Colmenero. En el texto, que sólo se conoce por lo que el estudioso publicó, el obispo hizo un registro de la lengua hablada en cada una de las poblaciones que visitó entre 1646 y 1648. Santoscoy organizó el contenido de la visita y lo mandó a Nicolás León en las citadas “Cartas...” pero no se limitó a rescatar los nombres de los grupos y lenguas, sino que los ubicó por cantones,⁶ proponiendo además algunas “enmiendas”.

Conviene traer a colación uno de los principales problemas que enfrenta quien trabaja documentos coloniales occidentales: con frecuencia existe una identificación llana entre el nombre del pueblo, sus habitantes y su lengua, lo que vuelve imprecisa la información y dificulta aclarar la distribución geográfica de una lengua al igual que el esquema de relaciones entre los grupos. Quien se acerca a las fuentes debe comparar, discernir y, en muchos casos, inferir las referencias que se obtienen de los autores examinados. Sirva de ejemplo la afir-

5. A. Santoscoy, “Prólogo”, *op. cit.*, p. X.

6. El cantón era la unidad político-territorial de Jalisco desde el siglo XVIII y hasta principios del XX.

mación de que el amulteca se hablaba en la Provincia de Amula (Tuxcacuesco, actual estado de Jalisco); el jalteca en Jala (actual estado de Nayarit) y el zapoteco en Zapotitlán (también en Jalisco). Así es como la visita del obispo Ruiz de Colmenero las denomina y como Santoscoy elaboró su *Nómina de las lenguas indígenas que se hablaban a mediados del siglo XVII...*⁷ Posteriormente, Santoscoy cuestionó –corrigiendo, a veces– varios de los datos del obispo tras consultar otros documentos de los siglos XVI y XVII, e incluso del XIX, como la obra de Manuel Orozco y Berra,⁸ uno de los primeros intentos por cartografiar las lenguas indígenas de México.

Una de las aclaraciones más importantes propuestas por Santoscoy es que el tocho, el cazcán, y el náhuatl o mexicano no son lenguas distintas, sino dialectos del náhuatl y que dichos términos, tocho y cazcán, tal vez refieran a “tribus” (en palabras de Santoscoy) diferentes. El autor llegó a esta conclusión, la sinonimia de los términos, después de localizar en la obra de fray Antonio Tello algunos pasajes aclaratorios.⁹ Tal sinonimia no ha sido cuestionada hasta la fecha y las investigaciones más recientes concuerdan en lo general con ella.¹⁰

Sin embargo, otros señalamientos de las “Cartas...” ya no se sostienen, como la identificación entre tepehuanes y tepecanos,¹¹ por una parte, y entre tecuales y huicholes, por la otra.¹² Quienes han trabajado la región norte de Nueva España en general y de Jalisco en particular –Peter Gerhard, Philip W. Powell, Robert D. Shadow, José Francisco Román, entre otros– han hallado en los tepehuanes y tepecanos caracte-

7. A. Santoscoy, “Cartas...”, *op. cit.*, pp. 1049-1052.

8. Manuel Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México. Precedidas de un ensayo de inmigraciones de las tribus*, México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1864.

9. A. Santoscoy, “Cartas...”, *op. cit.*, pp. 1053-1056.

10. La coexistencia de diversas lenguas indígenas con el náhuatl en el siglo XVI es un tema que todavía debe investigarse con mucho mayor rigor. Uno de los autores del presente texto ha emprendido la recolección de topónimos y términos de flora y fauna en pueblos de la Cuenca de Sayula (Atoyac y Amacueca, específicamente), con la intención de descubrir algún sustrato coca. Sin embargo, hasta el momento todo remite a una contundente presencia náhuatl. Ello no significa necesariamente que no se haya hablado coca en dichos pueblos. Es sólo que no se han encontrado “rastros” de él en campos semánticos que tradicionalmente muestran mayor reticencia al cambio y la sustitución. Aceptar la equivalencia de tocho, cazcán y náhuatl tiene, con todo, implicaciones para un cuerpo de investigación histórica desarrollado en el siglo XX y que, desafortunadamente, no siempre ha echado mano de los datos que la lingüística o, en concreto, la sociolingüística histórica le puede aportar.

11. A. Santoscoy, “Cartas...”, *op. cit.*, p. 1070.

12. *Ibid.*, p. 1072.

rísticas particulares que los hacen grupos individuales, sin descartar un parentesco cercano.¹³ La misma aseveración es válida para los tecuales y huicholes, cuya ubicación geográfica durante la época colonial y relación de alianza comercial y religiosa hace a los tecuales más emparentados con los coras que con los huicholes.¹⁴ Según Shadow, los tepecanos, junto con los zacatecos y cazcanes, habitaban el valle Teúl-Jerez en el siglo XVI; es posible, no obstante, que a raíz de la represión posterior a la guerra del Miztón (1540-1542), estos grupos, y en particular los tepecanos, se hayan replegado a una zona habitada principalmente por tepehuanes y que tal convivencia haya dado lugar a esa aparente identificación.

De cualquier forma, las aportaciones de Santoscoy en la reconstrucción del mapa lingüístico de Jalisco son considerables y constituyeron un primer paso para lo que vendría más tarde.

Valiéndose de una técnica distinta, la del trabajo de campo propiamente dicho, en 1919, don José María Arreola, reconocido erudito jalisciense, recogió tres vocabularios del náhuatl en San Andrés Ixtlán, Jalisco (en el actual municipio de Gómez Farías), Tuxpan, Jalisco y Suchitlán, Colima. Éstos se publicaron en 1933 en la revista pionera de la lingüística en México, *Investigaciones Lingüísticas*.¹⁵ Los vocabularios son listas de palabras que Arreola obtendría preguntando a varios informantes en cada población. El autor nunca advierte si el náhuatl todavía se hablaba en esos pueblos pero por su extensión y la presencia de frases, se deduce

13. Peter Gerhard, *The north frontier of New Spain*, revised edition, Norman: University of Oklahoma Press, 1993; Philip W. Powell, *La guerra chichimeca, 1550-1600*, trad. de Juan José Utrilla, México: Fondo de Cultura Económica, 1977 (Sección de obras de historia). Publicado en inglés en 1952; Robert D. Shadow, "Conquista y gobierno español", en José María Muriá, Manuel Caldera y Silvia Guerrero (comps.), *Lecturas históricas del norte de Jalisco*, Guadalajara: UdeG/Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco/INAH, 1991, pp. 43-69; Robert D. Shadow, "La frontera norteña de la Nueva Galicia: las parroquias de Colotlán, 1725-1820", en J. M. Muriá, M. Caldera y S. Guerrero (comps.), *op. cit.*, pp. 87-109; José Francisco Román Gutiérrez, "Los chichimecas: notas sobre cacería y nomadismo", en Agustín Jacinto Zavala y Álvaro Ochoa Serrano, *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán/CONACYT, 1995, pp. 89-111.
14. Sobre estos dos grupos, véase de Rosa H. Yáñez Rosales, *Rostro, palabra y memoria indígenas. El Occidente de México: 1524-1816*, México: CIESAS/INI, 2001 (Colección Historia de los pueblos indígenas de México). Asimismo, en el informe del padre José Antonio Bugarín, *Visita de las misiones del Nayarit, 1768-1769*, Introducción y edición de Jean Meyer, México: CEMCA/INI, 1993, se menciona de manera constante a los "tecuales" o "tecualmes" como un grupo independiente de los coras, pero en convivencia estrecha. Sobre una posible relación de parentesco entre tecuales y huicholes, no hay una sola pista.
15. José María Arreola, "Tres vocabularios dialectales del mexicano", *Investigaciones Lingüísticas*, vol. 2, núm. 5, 1934, México: UNAM, pp. 428-443.

que los tres contaban con hablantes de náhuatl. Un rasgo constante en los *corpora* recabados es la presencia de, por lo menos, algunas de las isoglosas propias del náhuatl de la periferia occidental registradas desde la gramática del franciscano Juan Guerra, citada arriba; otras no figuran en los vocabularios, probablemente por lo limitado de éstos.

Las isoglosas comunes a los tres pueblos –con variaciones mínimas en los fonemas vocálicos– son: el término ‘frijol’ como *exotl* frente a *etl* del náhuatl del Altiplano y *tlexuctle* ‘lumbre’ vs. *tetlalilli*.¹⁶

Al año siguiente de la aparición de este trabajo (1934), J. Melquiades Ruvalcaba, el sacerdote de Tuxpan, publicó en la misma revista una “lista corregida” en que indicaba los errores en que, de acuerdo con su experiencia por vivir en Tuxpan, había incurrido Arreola (“está correcto”; “está incorrecto”; “está bien; pero también dicen...”; “aquí nadie dice así”).¹⁷ Gracias a ello, y teniendo en cuenta que los vocabularios fueron levantados en 1919, podemos concluir que hacia los años veinte y treinta todavía se hablaba náhuatl o mexicano en Tuxpan; en cuanto a las otras poblaciones no tenemos noticia alguna.¹⁸

En la década de 1930, Ignacio Dávila Garibi, otro reconocido investigador del pasado jalisciense, dio a conocer sus hallazgos; entre los más destacados, un breve vocabulario de la lengua coca, procedente de Cocula, Jalisco. Mediante éste, Dávila Garibi logró precisar algunos elementos que le permitieron formular hipótesis sobre la presencia de los grupos lingüísticos en el occidente de México, si bien con algunas limitantes por motivos enunciados por él mismo:

La imposición de la lengua náhuatl en la Nueva Galicia como parte de la activa campaña que en contra de los idiomas nativos realizaron a raíz

16. Profundizamos en las isoglosas del náhuatl de la periferia occidental en páginas siguientes. Los términos correspondientes al náhuatl del Altiplano aparecen en fray Alonso de Molina, *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana y Mexicana y Castellana*. Estudio preliminar de Miguel León-Portilla (edición facsimile), 3a. ed., México: Editorial Porrúa, 1992 (Biblioteca Porrúa; 44). Publicado originalmente en 1555-1571.
17. J. Melquiades Ruvalcaba, “Vocabulario Mexicano de Tuxpan, Jal.,” *Investigaciones Lingüísticas*, vol. 3, núms. 3-4, 1935, México: UNAM, pp. 208-214.
18. Aquí hay que apuntar que el padre Ruvalcaba –muy querido por la población de Tuxpan según permitió constatar el trabajo de campo realizado allí por Rosa H. Yáñez Rosales– publicó también una gramática del náhuatl pero no de la variante tuxpeña pues se basó, más bien, en la obra de fray Juan Guerra. Véase J. Melquiades Ruvalcaba, *Manual de gramática náhuatl*, Guadalajara, 1968.

de la conquista las autoridades eclesiásticas y civiles [...], como es bien sabido, dio lugar a que algunos de estos idiomas en breve desaparecieran y otros se mezclaran con la lengua impuesta, que desempeñó en dicho territorio un papel absorbente, semejante al de la lengua latina en España, respecto del ibero, del celta, del turdetano y demás idiomas antiguos de la Península.

El hecho de que en los brevísimos vocabularios de las últimas supervivencias cocas haya varias voces de aspecto náhuatl, que dejan una interrogación abierta respecto de si fueron introducidas después de la conquista a causa de la imposición del náhuatl en las comarcas cocas o si de antaño y por razón de origen formaron parte del vocabulario coca.

[...]

La imprecisión respecto de fonemas por defecto de la escritura de la época en que era completamente desconocida la fonética y no estaba fijada la ortografía ni en la lengua española, cuyo alfabeto se utilizó en lo conducente para la escritura de las lenguas indígenas.¹⁹

Como se puede observar, Dávila Garibi se había documentado sobre procesos similares en otras regiones del mundo y había analizado a conciencia la situación lingüística en Nueva España, reflexión que se constata en sus hipótesis y conclusiones sobre las lenguas indígenas en el occidente, como se verá en los siguientes párrafos.

Su *corpus* de la lengua coca está conformado por:

- a) Voces consignadas y explicadas en manuscritos inéditos del siglo XVI.
- b) Voces incidentalmente mencionadas por cronistas e historiadores antiguos de Jalisco.
- c) Voces recogidas de las últimas supervivencias cocas, algunas de ellas publicadas en otras obras.²⁰

Una de las vertientes de identificación que este *corpus* permite es la del estudio de los topónimos y geonímicos que aparecen en las *Relaciones...*²¹ Sobre la reducida base que le brinda el material disponible, el autor escribió:

19. Ignacio Dávila Garibi, *El problema de la clasificación de la lengua coca*, México: Ed. San Ignacio, 1943, pp. 7-9.

20. *Ibid.*, p. 11.

21. René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, México: UNAM, 1988, vol. X (Etnohistoria, Serie Antropología; 65)..

Por lo que toca a los geonímicos cocas... procuré ante todo, hacer un estudio especial de los locativos, averiguar el significado particular de cada uno de ellos, compararlos con los de otras lenguas del grupo Yutoazteca, tanto desde el punto de vista morfológico como del semántico, y desde luego advertí que entre los locativos cocas y los cahitas no solamente había una gran semejanza de forma y significado, sino que en algunos de ellos había completa identidad.

...Esto me llevó a estudiar en particular, por una parte, la toponimia de Sonora y Sinaloa y, por otra, en lo conducente, la de Jalisco y Colima y vi con gran sorpresa, que en una y en otra, había nombres geográficos muy semejantes y algunos de ellos de igual estructura.²²

Dávila Garibi no dejó de preguntarse cómo era posible que hubiera mayor relación entre los términos cocas y los cahitas que entre los cocas y los huicholes y coras, considerando a la distancia geográfica un indicador de relación:

¿No serían los coras y los huicholes, que geográficamente ocupan una zona intermedia entre las que fueron cahita y coca y que lingüísticamente forman parte del grupo Yutoazteca, el eslabón que en lejano tiempo uniera a las tribus de Sinaloa con las de Jalisco, más cercanas en parentesco?²³

Sin encontrar una respuesta del todo convincente a esta interrogante, el estudioso avanzó algunas hipótesis sobre quiénes fueron los cocas –cuyo territorio era uno de los más extensos en el siglo XVI– y su posible migración hacia el sur y sugirió para la lengua coca un parentesco con lenguas de la familia taracahita, rama del yutoazteca, como el cahita, guarijío y rarámuri.²⁴

Pero con ninguna lengua del grupo yutoazteca creo tenga mayor semejanza el coca que con el cahita.

Quizá no fuera temerario afirmar que se trata de una lengua taracahita que por haberse introducido en un pretérito remotísimo en Jalisco y en

22. *Ibid.*, p. 17.

23. *Ibid.*, p. 18.

24. Jorge A. Suárez, *The Mesoamerican Indian languages*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983, p. xvi (Cambridge language surveys).

Colima y quedado en el curso de los siglos y el vaivén de las emigraciones y conquistas de otros pueblos, completamente aislada de la lengua matriz, se perdió su verdadero nombre y aun se borró la memoria de su origen.²⁵

Es decir, los cocas representarían un grupo que emigró del norte en una época anterior a la de los grupos nahuas, peregrinación que ha sido narrada más en detalle. Este hecho, la existencia de dos corrientes migratorias en dirección norte-sur en la época prehispánica, ha sido señalado tanto en fuentes coloniales como en trabajos más recientes.²⁶ Hemos de decir que lo escrito por Dávila Garibi es sumamente sugerente y el que una lengua tenga un parentesco más cercano con lenguas lejanas que con sus vecinas inmediatas plantea interrogantes que exigen una investigación ulterior. Ello, en parte, debido a que la presencia del náhuatl en la región fue tan avasalladora que fuera de lo mencionado por Dávila Garibi en sus trabajos²⁷ y en otros documentos,²⁸ no existe registro sistemático de este idioma coca.

Los aportes de Dávila Garibi sobre la extensión del náhuatl en el occidente de México se pueden seguir en gran medida en su argumento de que el cazcán –la lengua que las fuentes históricas reportaron entre los numerosos grupos que se insurreccionaron en la Guerra del Miztón– era, en realidad, el náhuatl de la periferia occidental. Fundándose en la obra de Geronimo Thomas de Aquino Cortés y Zedeño,²⁹

25. J. Dávila Garibi, *El problema...*, *op. cit.*, pp. 32-33.

26. Entre las fuentes coloniales se encuentra la *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Santiago de Jalisco* de fray Antonio Tello, publicada en diversos volúmenes por la Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco en coedición –algunos de los tomos– con la Universidad de Guadalajara y el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia. Entre los trabajos recientes mencionemos el de Wigberto Jiménez Moreno, “Nayarit: etnohistoria y arqueología”, en Bernardo García Martínez *et al.* (eds.), *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*, México: El Colegio de México, 1970, pp. 17-25.

27. Ignacio Dávila Garibi, “Recopilación de datos acerca del idioma coca y de su posible influencia en el lenguaje folklórico de Jalisco”, *Investigaciones Lingüísticas*, vol. III, núms. 5-6, 1935, México: UNAM, pp. 248-302; “Algunas afinidades entre las lenguas coca y cahita”, *El México Antiguo*, t. VI, núms. 1-3, 1942, México, Sociedad Alemana Mexicanista, pp. 47-60; *Los idiomas nativos de Jalisco y el problema de filiación de los ya desaparecidos*, México: Imprenta M. León Sánchez, 1945.

28. Es en las *Relaciones...*, *op. cit.*, en la correspondiente a los pueblos de Cuitzeo y Poncitlán donde más elementos hay para el estudio de los cocas, además de unos cuantos términos en esta lengua. Un estudio más reciente sobre presencia coca en la región es Carolyn Baus de Czitrom, *Tecuexes y cocas. Dos grupos de la región Jalisco en el siglo XVI*, México: INAH, 1982 (Col. Científica; 112, Serie Etnohistoria).

29. Geronimo Thomas de Aquino Cortés y Zedeño, *Arte, vocabulario y confesionario de la lengua mexicana, tal y como se usa en el obispado de Guadalajara*, Puebla: Imprenta del Colegio Real de San Ignacio de la Puebla de los Angeles, 1765.

Dávila Garibi formuló la siguiente hipótesis sobre una de las principales diferencias entre el cazcán y el náhuatl del Altiplano Central:

Las principales diferencias que tiene el cazcano con respecto al mexicano clásico, proceden de la conservación de formas antiguas en la lengua de Jalisco, en tanto que en la del Valle de México se encuentran evolucionadas, pulidas, hermoeadas, o como quiera llamárseles. En mi concepto, la conservación es lo contrario de la corrupción.

Más propio sería llamar no mexicano corrompido sino cazcano corrompido, al de los últimos años de la dominación española, ya que lo que no pudo hacer el mexicano que llevaron a la Nueva Galicia los guerreros aztecas y tlaxcaltecas, ni el que transitoriamente enseñaron los religiosos en sus conventos y varios maestros en el Seminario Conciliar de Guadalajara, lo pudo hacer el castellano, que poco a poco vino a sustituir a la lengua mexicana en el trato y comunicación con los naturales.³⁰

Esta declaración, en cierta forma, complementa la conclusión de Alberto Santoscoy de que el náhuatl en el occidente tuvo una presencia prehispánica, dándole además una dimensión e identificación regionales a esta lengua que, se supo, se hablaba en buena parte del territorio occidental. Por otro lado, Dávila Garibi explicó porqué a este náhuatl o mexicano se le calificaba de “corrupto” o “adulterado”, términos utilizados por Santoscoy en sus “Cartas...” y que él rechaza:

Llamar al cazcano, nahuatl adulterado, acaso fuera menos impropio que denominarlo mexicano corrompido, como le han llamado varios autores. En realidad el cazcano y el azteca no son más que dos diferentes formas de evolución del nahuatl a través del tiempo y del espacio.

...Por otra parte, el hecho de que el cazcano hubiera conservado hasta la época colonial, la sencillez de su primitiva sintaxis y algunas de sus formas arcaicas, no es signo de corrupción, sino de conservación. A nadie se le ocurriría decir, v.g.: que el gallego es un castellano adulterado o un romance corrompido.³¹

30. Ignacio Dávila Garibi, “Cazcanos y tochos. Algunas observaciones acerca de estas tribus y su idioma”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. IV, núm. 3, 1940, México, pp. 203-224, p. 219, énfasis en el original.

31. *Ibid.*, p. 224.

De hecho, el estudioso sugiere que durante la época colonial tuvo lugar en el territorio neogallego una situación de diglosia, entendiendo el concepto tal y como fue acuñado por Charles Ferguson, es decir, una situación, común a ciertas comunidades lingüísticas, en donde una o más variantes de la misma lengua son usadas por algunos hablantes bajo condiciones diferentes.³² Apoyado en las *Relaciones...*,³³ Dávila Garibi nota que "...en determinadas poblaciones y distritos o comarcas bilingües se hablaba el cazcano, que era el idioma nativo y el mexicano, por ser el más generalizado en toda la Nueva Galicia".³⁴ En su opinión, esto significa que quienes contestaron los cuestionarios de las *Relaciones...*,

...encontraban entre el habla particular de los nativos y la general, usada como medio de comunicación entre los diversos pueblos de indios de la Nueva Galicia, diferencias más o menos grandes... que no sería posible apreciar debidamente con los artes de fray Juan Guerra y del Bachiller Cortés y Cedeño [*sic*], comparándolos con los de Molina, Carochi, Paredes y otros insignes autores que procuraron enseñar la lengua mexicana en su prístina pureza.³⁵

De esta forma, el autor no tiene duda alguna de que la lengua registrada parcialmente por fray Juan Guerra a fines del siglo XVII y de manera amplia por el bachiller Geronimo Cortés y Zedeño en el XVIII es el cazcán, una variante del náhuatl más antigua que el náhuatl del Altiplano, el cual evolucionaría en formas "pulidas, hermoeadas", no registradas en las obras de los religiosos. Sin embargo, Dávila Garibi concluye de la siguiente forma:

...en mi humilde opinión: llamar al cazcano como Cortés y Cedeño, *hijo bastardo del mero y legítimo mexicano*, es un agravio del todo injustificado, ya que el cazcano se habló en Jalisco, mucho tiempo antes que el azteca en el

32. Charles Ferguson, "Diglosia", en Paul L. Garvin y Yolanda Lastra de Suárez, *Antología de Estudios de Etnolingüística y Sociolingüística*, México: UNAM, 1974, pp. 247-265 (Col. Lecturas Universitarias; 20). Esta situación se da debido a que ambas variantes, la llamada "Alta" o "A" y la "Baja" o "B", se especializan en las funciones que cumplen y sólo una de ellas es considerada apropiada en una determinada situación.

33. René Acuña (ed.), *Relaciones...*, *op. cit.*

34. I. Dávila Garibi, "Cazcanos y tochos...", *op. cit.*, p. 218.

35. *Idem.*

Valle de México. Separados ambos idiomas de la madre común: la lengua nahuatl o nahuatl arcaica, evolucionaron ambos con absoluta independencia el uno del otro y en medios completamente diferentes.³⁶

El mapa de Ramírez Flores,³⁷ basado en los mismos documentos trabajados por Santoscoy y Dávila Garibi, permite visualizar mejor, aunque no deje de despertar dudas, la distribución de las lenguas indígenas en los actuales estados de Jalisco y Nayarit, el sur de Zacatecas y aquellas partes de Michoacán, Guanajuato y Durango que lindan con Jalisco y Nayarit. Ramírez Flores no lo estableció pero, según las fuentes que trabaja, el mapa representaría la distribución de los grupos indígenas en la segunda mitad del siglo XVI.

En el mapa hay algunos “blancos” que indican las zonas de Jalisco sobre las que no se tiene información. Éstas son la parte oeste (la región ubicada entre el actual Talpa de Allende y Tuito en el norte y Cuitzmalac y Tenacatita en el sur); la sureste (la comprendida entre Mazamitla en el norte y Pihuamo en el sur) y la noreste (la ubicada entre Aguascalientes en el norte y Arandas en el sur). Tal ausencia de información se repite igualmente en los mapas de Gerhard y en el consignado en el *Handbook of Middle American Indians*.³⁸

Con todo, persiste la equivalencia entre el nombre de un pueblo y el nombre de la lengua. Tal es el caso del tzaulteca, hablado en Sayula o del cuyuteco, hablado en Cuyutlán, Atenguillo, Mascota, Soyatlán y otros pueblos cercanos. Sin embargo, no hay una sola palabra escrita en tzaulteca o en cuyuteco; sólo se registró el nombre de la lengua.

El autor efectuó también un acercamiento comparativo a algunas lenguas del tronco yutoazteca para demostrar la pertenencia del hui-chol a este tronco.

Una de sus aclaraciones más importantes es la referente al otomí. Ramírez Flores se preguntaba: “¿Eran los *otomites* de Jalisco los au-

36. *Ibid.*, p. 224, el énfasis es del autor.

37. José Ramírez Flores, *Lenguas indígenas de Jalisco*, Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno del Estado de Jalisco, 1980 (Col. Historia, Serie Documentos e Investigación; 1).

38. P. Gerhard, *The North Frontier...*, *op. cit.*; Robert E. Longacre, “Systemic comparison and reconstruction”, en Robert Wauchope, general editor, *Handbook of Middle American Indians*, volume 5 *Linguistics*, Norman A. McQuown, volume editor, Austin: University of Texas Press, 1967, pp. 117-159.

ténticos, o restos de los moradores del centro de México, donde se fundó Tula? ¿Hablaban el idioma original llamado nhia-hiu [*sic*]?”³⁹ En distintos documentos del siglo XVI se menciona que en cierta población la lengua es “otomita”. El señalamiento se da casi siempre que, se imagina, la lengua hablada no es el náhuatl. Ello sugiere un uso del término en el sentido que tuvo en el Altiplano, es decir, “no mexica”. Si a principios del siglo XX se creía que el término remitía efectivamente a la presencia del grupo que en la actualidad es denominado como otomí o ñahñú, Ramírez Flores fue el primero en argumentar en sentido contrario.

En efecto, tras examinar el *Arte* otomí de Luis de Neve y Molina⁴⁰ y comparar los datos de esta obra con antropónimos y topónimos, sobre todo, extraídos de algunos documentos coloniales procedentes de las regiones jaliscienses supuestamente otomíes –pueblos de la costa y el suroeste–, el autor notó falta de concordancia entre los fonemas registrados en el *Arte* y los que aparecen en las unidades léxicas de los textos:

Con tales reflexiones podemos inferir que el grupo étnico apodado *otomí* establecido en el Suroeste de Jalisco, no habló la lengua *nhia-hiu* y como quedó identificado con las tribus chichimecas que con diversos nombres penetraron a este Estado, fundamentalmente presumimos fue su lengua mixturada con la *náhuatl*.⁴¹

Asimismo, Ramírez Flores resaltó las pocas habilidades que algunos de los autores hispanos de textos coloniales poseían para identificar lenguas *realmente*; un ejemplo es el oidor Lorenzo Lebrón de Quiñones quien a mediados del siglo XVI recorrió el territorio occidental, redactando después un informe:

Indudablemente que el oidor Quiñones nos hace ver las numerosas lenguas o formas dialectos de la comarca que visitaba, de las cuales no sobrevive el

39. J. Ramírez Flores, *Lenguas indígenas...*, *op. cit.*, p. 56, cursivas del autor.

40. Luis de Neve y Molina, *Reglas de ortografía, diccionario y arte del idioma otomí* (edición facsimilar), México: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1975. Publicado originalmente en 1767.

41. J. Ramírez Flores, *Lenguas indígenas...*, *op. cit.*, p. 56-57, cursivas del autor.

menor vestigio; pero hay que tener presente que no yendo como lingüista [*sic*], tomó en globo lo que le contaron, incluyendo como distintas lenguas habladas en varios pueblos, según hemos comprobado que al interrogarles sobre su lenguaje, decían el nombre del pueblo de su residencia, como sucedió entre otros en Tlajomulco y Jala, que decían hablar el *tlaxomalteca* y *xaltora*, clasificados ya con los idiomas regionales.⁴²

A fines de la década de 1980, se inició en el Departamento de Estudios del Hombre (DEH) una línea de investigación con énfasis sociolingüístico. Partiendo de la reconstrucción del desplazamiento y sustitución del náhuatl en Tuxpan⁴³ en el sur de Jalisco en el siglo XX, la investigación se amplió en el tiempo a toda la época colonial y en el espacio a todo el occidente de México.

De esta forma, y para confrontar lo dicho anteriormente por Santoscoy, Dávila Garibi y Ramírez Flores, Rosa H. Yáñez Rosales revisó las mismas fuentes coloniales, pero consultó además material de archivo, en especial, la colección de Libros de Gobierno de la Real Audiencia de Guadalajara.⁴⁴ La mayoría de los documentos localizados son “nombramientos de padres” que a propuesta del obispado de Guadalajara, y considerando una terna de candidatos, hacía la Audiencia. Entre los datos importantes que de ellos extrajo, resalta aquél de que los integrantes de la terna, frailes o clérigos, habían tomado un examen de lengua náhuatl, requisito indispensable para “concurrir por la plaza vacante”.

Estos documentos van de 1671 a 1755 y en ellos Yáñez Rosales observó también cómo el número de padres a quien se le requiere to-

42. *Ibid.*, p. 60, cursivas del autor.

43. Resultados de este proyecto son los trabajos: Rosa H. Yáñez Rosales, “Memorias del bilingüismo: el caso de Tuxpan, Jalisco”, en Rubén Páez y Ricardo Ávila Palafox (comps.), *Piezas para un rompecabezas regional*, Guadalajara: UdeG, 1991, pp. 41-51 (Col. Cuadernos de Antropología “B”), “Uso y desuso del náhuatl en Tuxpan, Jalisco: testimonios de los hablantes”, *Estudios del Hombre*, núm. 1, 1994, Guadalajara: UdeG, pp. 115-139; “Language Replacement in a Nahuatl Speaking Community: Testimonies of the Speakers and their Children”, *Santa Barbara Papers in Linguistics*, vol. 9, 2000, Santa Barbara: University of California, Santa Barbara, pp. 123-130.

44. Rosa H. Yáñez Rosales, “Dinámica del desplazamiento de las lenguas indígenas en el occidente de México: época colonial”, en Ricardo Ávila Palafox (coord.), *El Occidente de México en el tiempo*, Guadalajara: UdeG, 1994, pp. 59-75 (Colección Fundamentos); “Modificaciones lingüísticas en la margen norte de la ribera del lago de Chapala, en los siglos XVI-XVII. Del coca al náhuatl y al castellano”, en Mónica Ruiz Hernández, Agustín Hernández Ceja y José Carlos Contreras Espinosa (coords.), *Memoria del ciclo de conferencias sobre la historia de la región Ciénega de Jalisco*, Guadalajara: UdeG, 1998, pp. 11-29.

mar el examen va disminuyendo poco a poco. Esto no debe interpretarse, necesariamente, como una baja de la población hablante de náhuatl, sino es, más bien, indicador de la cambiante política lingüística de la Corona española.

Por otra parte, tampoco se puede deducir que toda la población indígena hablaba náhuatl, se trata de un uso como lengua de evangelización, incluso en la zona del Nayar donde las lenguas habladas eran cora, tecual y huichol. Además de los documentos donde se asigna a un padre como titular de un curato, Yáñez Rosales descubrió algunos nombramientos de catedrático de la lengua náhuatl y unas cuantas “actas” de exámenes de esta lengua, “certificaciones” de que un integrante del clero había tomado y aprobado el examen.

Siguiendo esta línea de análisis de textos coloniales y con el afán de reconstruir el pasado de los grupos y lenguas indígenas del occidente de México, esta investigadora ha abordado diferentes obras de evangelización bajo la óptica del análisis del discurso.⁴⁵ En este sentido, su contribución ha consistido en rescatar de los textos, tanto en español como en náhuatl, una visión indígena, visión que generalmente no se busca porque se cree inexistente.

Una línea de investigación más que se desprende del análisis del discurso que se desarrolla en el DEH es un proyecto reciente que analiza la presencia indígena en la prensa de Guadalajara. Partiendo de la hipótesis de que el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional modificó la imagen que en nuestro país se tiene de los indígenas, Yáñez Rosales ha emprendido la revisión de la prensa local que va de 1990 a 1999, consultando en cuatro periódicos seis meses de cada año. Así, busca detectar cómo los grupos indígenas se convirtieron en actores sociales y cómo paulatinamente se les ha dado un lugar, todavía mínimo y con frecuencia con tintes de racismo.⁴⁶

45. Rosa H. Yáñez Rosales, “Crónicas franciscanas del occidente colonial mexicano: encuentro de discursos”, en *Memoria del XV Coloquio de Literaturas Mexicanas “José Sapién Durán”*, Hermosillo: Universidad de Sonora, 1997, pp. 117-132; “Aproximación al discurso religioso colonial: letra, lengua y evangelio entre los grupos indígenas novogalaicos”, tesis doctoral, México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1997.

46. Rosa H. Yáñez Rosales, “Poder e ideología en el discurso periodístico: la presencia de los grupos indígenas en la prensa de Guadalajara”, en Rosa Rojas y Agustín Hernández (coords.), *Rostros y palabras. El indigenismo en Jalisco*, Guadalajara: INI, 2000, pp. 63-83.

UNA LÍNEA QUE SE TRAZA:
LA DESCRIPCIÓN GRAMATICAL DEL HUICHOL Y EL NÁHUATL

Todas estas reconstrucciones revelan la pasada diversidad lingüística de Jalisco que en el siglo XX se redujo a dos lenguas: el huichol (yutoazteca, corachol),⁴⁷ al norte del estado, y unas variantes del náhuatl (yutoazteca, azteca)⁴⁸ al sur. Pero, ¿cómo son estas lenguas? ¿qué se ha investigado sobre ellas? ¿quiénes lo han hecho?

El huichol

Permítasenos iniciar el recorrido de las investigaciones lingüísticas sobre el huichol rastreándolo hasta el siglo XIX en las clasificaciones pioneras de las lenguas de México de Manuel Orozco y Berra⁴⁹ y Francisco Pimentel.⁵⁰ Si en 1864, Orozco y Berra no logró situar al “huichola [hablado] por los huicholas en Jalisco” dentro de familia alguna; Pimentel, diez años más tarde, lo hizo parte de la “familia sonoreNSE ú ópata-pima” del “grupo mexicano-ópata”, lenguas éstas “polisilábicas polisintéticas de sub-flexión” del “primer orden”.

Llama la atención la profusión de datos lingüísticos –tomados sobre todo de estudios gramaticales coloniales– en que Pimentel cimentó su obra pero más llamativo es aún que para el seri, matlatzinca, pame y huichol –justamente–, haya dado a la luz materiales inéditos. A propósito de este último, afirma: “La mayor parte de las palabras huicholas comparadas son sonorenses; otras mexicanas y algunas se presentan como peculiares del idioma que nos ocupa”.⁵¹

Por otro lado, en 1890, el ingeniero Carlos F. de Landero⁵² expuso la numeración en el huichol y el cora sustentándose en datos reunidos dos años antes en Santa Catarina por el ingeniero Rosendo Coronado.

47. J. A. Suárez, *op. cit.*, p. xvi.

48. *Idem*.

49. M. Orozco y Berra, *op. cit.*, pp. 54-62.

50. Francisco Pimentel, *Cuadro descriptivo comparativo de las lenguas indígenas de México, o tratado de filología mexicana*, 2a. ed. (única completa), México: Tipografía de Isidoro Epstein, 1874-1875, pp. 549-557.

51. *Ibid.*, p. 414.

52. Carlos F. de Landero, “Noticia sobre la lengua huichola”, *La República Literaria*, t. V, 1890, Guadalajara. Lamentamos no poder indicar el número de páginas inclusivas pero no logramos tener acceso a

Desde luego, al hablar del huichol no podemos olvidar a Carl Lumholtz quien como apéndice de su *México Desconocido* dejó un “breve vocabulario de las lenguas habladas por las tribus más importantes que se mencionan en esta obra”.⁵³ Del huichol anota 47 palabras.

Léon Diguët⁵⁴ inauguró la descripción gramatical del huichol en el siglo XX. Su artículo (1911) consta de algunas pobres notas gramaticales, un vocabulario por campos semánticos recopilado en Santa Catarina durante 1897, 1989 y 1900 con el equivalente en cora, tepehuán y yaqui para unos cuantos términos más un extracto de un canto con su traducción. Todo ello escrito según las reglas ortográficas del francés (*ourahuay* ‘loup’ –lobo–).

Entre los cuarenta y ochenta, Barbara F. Grimes, Joseph E. Grimes y John B. McIntosh, afiliados al Instituto Lingüístico de Verano (ILV), se enfocaron en ciertos aspectos fonológicos,⁵⁵ morfosintácticos,⁵⁶ lexicográficos⁵⁷ y etnosemánticos⁵⁸ de la lengua a la par que prepara-

este trabajo. A decir verdad, tuvimos noticia de él al leer a José Ramírez Flores, “Notas sobre el idioma huichol”, *Etcetera*, núms. 7 y 8, 1951, Guadalajara, pp. 161-176, artículo que dedica sus tres últimas páginas (174-176) a transcribir lo escrito por de Landero respecto a la numeración en el huichol. Santoscoy también cita a de Landero en la segunda de sus “Cartas...”, *op. cit.*, pp. 1059 y 1063.

53. Carl Lumholtz, *El México Desconocido* (edición facsimilar), trad. de Balbino Dávalos, México: INI, 1981, t. II, pp. 474-475 (Clásicos de la Antropología; 11). Publicado en inglés en 1904. Las lenguas a las que alude son: “tarahumar, tepehuano del norte, tepehuano del sur, tubar, cora, huichol y tepecano”.
54. Léon Diguët, “Idiome Huichol. Contribution à l’étude des langues mexicaines”, *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, vol. 8, 1911, París: Hôtel de la Société nationale d’acclimatation, pp. 23-54.
55. John B. McIntosh, “Huichol phonemes”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 11, núm. 1, 1945, Chicago: The University of Chicago, pp. 31-35; Joseph E. Grimes, “Style in huichol structure”, *Language*, vol. 31, 1955, Baltimore: The Linguistic Society of America, pp. 31-35; “Huichol tone and intonation”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 25, 1959, Chicago: The University of Chicago, pp. 221-232; Barbara F. Grimes, “Non-isolability of vowels in Huichol and related literacy problems”, *Notes on Literacy*, núm. 30, 1980, Dallas: Summer Institute of Linguistics, pp. 6, 7.
56. Joseph E. Grimes, *Huichol syntax*, The Hague: Mouton, 1964 (Janua Linguarum. Series practica; 11); “Metodología para el análisis de sistemas de prefijos en Huichol y Cora”, en *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964: actas y memorias*, Sevilla: ECESA, 1966, vol. 2, pp. 217-220; “Some inter-sentence relationships in Huichol”, en *Summa anthropologica en homenaje a Roberto J. Weitlaner*, México: INAH/SEP, 1966, pp. 465-470; “Positional analysis”, *Language*, vol. 43, 1967, Baltimore: The Linguistic Society of America, pp. 437-444; Joseph E. Grimes, Ivan Lowe and Robert A. Dooley, “Closed systems with complex restrictions”, *Anthropological Linguistics*, vol. 20, 1978, Bloomington: Indiana University, pp. 167-183.
57. John B. McIntosh y Joseph E. Grimes, *Niuqui ‘Iquisicayari. Vocabulario huichol-castellano castellano-huichol*, México: ILV-SEP, 1954; Joseph E. Grimes *et al.*, *El Huichol. Apuntes sobre el léxico*, Ithaca: Cornell University, Department of Modern Languages and Linguistics, 1981.
58. Barbara F. Grimes and Joseph E. Grimes, “Notes on Huichol kinship terminology”, *El México Antiguo*, t. IX, 1961, México: Sociedad Alemana Mexicanista, pp. 561-576; Joseph E. Grimes, “Spa-

ron materiales de alfabetización,⁵⁹ algunos en cooperación con la Secretaría de Educación Pública (SEP).⁶⁰

Tal vez, *Huichol syntax* de J. E. Grimes sea la culminación de estos estudios –distribucionalistas–: “*This is a description of the patterns by which words are combined in the Huichol language. Elements within words that mark syntactic relationships are also included*”.⁶¹ Con todo, “*the composition and classification of verb stems and the privileges of occurrence of some verb affixes are not yet fully systematized; for this reason the study is not a full-scale grammar of Huichol*”.⁶²

Dentro del mismo período figuran otros trabajos de diferentes estudiosos. En 1951, Ramírez Flores, apoyándose en datos de un familiar suyo que había residido en territorio huichol y de algunos más levantados personalmente, recopiló un vocabulario español-huichol de 232 entradas⁶³ e intentó dar somera cuenta, con muy poco éxito, por cierto, de la fonología⁶⁴ y morfología.⁶⁵ Además, reclamó un ori-

nish-Nahuatl-Huichol monetary terms”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 26, 1960, Chicago: The University of Chicago, pp. 162-165; “Huichol life form classification I: Animals”, *Anthropological Linguistics*, vol. 22, 1980, Bloomington: Indiana University, pp. 187-200; “Huichol life form classification II: Plants”, *Anthropological Linguistics*, vol. 22, 1980, Bloomington: Indiana University, pp. 264-274; Joseph E. Grimes and Barbara F. Grimes, “Semantic distinctions in Huichol (Uto-Aztecan) kinship”, *American Anthropologist*, vol. 64, núm. 1, 1962, Washington: American Anthropological Association, pp. 104-114.

59. Joseph E. Grimes, *Terivárica 'üquiscayari. (Cartilla Huichol)*, México: ILV, 1960; *Utüarica que mütiyuxexeiya 'üquiscayari*, México: ILV, 1961; *Hablemos español y huichol*, México: ILV, 1965; Joseph E. Grimes y Barbara F. Grimes, *Nepititeriva*, México: ILV, 1954; *Aixiia tepüteu'erie*, México: ILV, 1961; John B. McIntosh y Joseph E. Grimes, *Juani Tepiqui pecuyezi. (Lecturas en huichol I: Juan va a Tepic)*, México: ILV, 1952; *Los números en huichol*, México: ILV, 1952.
60. John B. McIntosh y Joseph E. Grimes, *Pre-cartilla Huichol*, México: ILV-SEP, 1951; Primera cartilla huichol, México: ILV/SEP, 1951; *Nepititeriva. Segunda Cartilla Huichol*, México: ILV/SEP, 1952; *Nepititeriva. Tercera Cartilla Huichol*, México: ILV/SEP, 1952; John B. McIntosh y Genevieve McIntosh, *Cartilla Huichol I*, México: ILV/SEP, 1947.
61. “Esta es una descripción de los patrones por medio de los cuales se combinan las palabras en huichol. También se incluyen los elementos entre palabras que marcan relaciones sintácticas”. J. E. Grimes, *Huichol syntax*, *op. cit.*, p. 9. Traducción de los autores.
62. “La composición y clasificación de las raíces verbales y los privilegios de ocurrencia de algunos afijos verbales aún no están totalmente sistematizados; por esta razón, el estudio no es una gramática a gran escala del huichol”, *idem*. Traducción de los autores.
63. J. Ramírez Flores, “Notas...”, *op. cit.*, pp. 164-167.
64. Por ejemplo, “La R se pronuncia con suavidad, excepto en algunos insultos que la hacen sonar en toda su fuerza”, *ibid.*, p. 163.
65. Por ejemplo, “Otras palabras duplican la primera sílaba de la raíz para hacer el plural, pero en los ejemplos anotados, aunque algunas voces parecen seguir una regla, otras me desconciertan por completo, quedándome como único recurso el transcribirlas”, *ibid.*, p. 172.

gen huichol para tres palabras del español jalisciense: nígua, chucho y quilígüa, las cuales provendrían de *níhue*, *tzuko* y *kiríhua*.⁶⁶

También de los cincuenta, conviene nombrar a Eric P. Hamp;⁶⁷ de los sesenta, a Herbert Landar;⁶⁸ de los setenta, a Tim Knab⁶⁹ y a Miguel Palafox Vargas,⁷⁰ quien escribió un “manual” –y vocabulario por campos semánticos– en que plantea, por ejemplo, que el pronombre huichol se declina por casos. De los ochenta, señalemos el cuadro comparativo huichol-varohio de Ramírez Flores⁷¹ que “nos certifica la proximidad de ambos idiomas hoy tendientes a desaparecer”;⁷² los artículos de Bernard Comrie⁷³ y el estudio de corte etnolingüístico de Maximino González y Marina Anguiano⁷⁴ quienes enlistan, clasifican y analizan gramaticalmente topónimos huicholes.

A partir de 1986 sobresalen los aportes del equipo del Departamento de Estudios en Lenguas Indígenas (DELI) de la Universidad de Guadalajara emprendidos, básicamente, a la luz del Proyecto de Tipología y Universales de Colonia (UNITYP).⁷⁵

66. *Ibid.*, p. 162. ‘Hijo’, ‘perro’ y ‘canasto’, en ese orden, en ambas lenguas.

67. Eric P. Hamp, “Stylistically modified allophones in Huichol”, *Language*, vol. 33, 1957, Baltimore: The Linguistic Society of America, pp. 139-142.

68. Herbert Landar, “Syntactic patterns in Navaho and Huichol”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 33, núm. 2, 1967, Chicago: The University of Chicago, pp. 121-127.

69. Tim Knab, “Huichol-Nahuatl borrowings and their implications in the ethnohistory of the regions”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 42, 1976, Chicago: The University of Chicago, pp. 261-264.

70. Miguel Palafox Vargas, *La llave del huichol*, México: SEP/INAH, 1978.

71. J. Ramírez Flores, *Lenguas indígenas...*, *op. cit.*, pp. 48-49.

72. *Ibid.*, p. 48.

73. Bernard Comrie, “Grammatical relations in Huichol”, en Paul J. Hopper and Sandra A. Thompson (eds.), *Studies in transitivity*, New York: Academic Press, 1982, pp. 95-115 (Syntax and semantics; 15); Bernard Comrie, “Switch-reference in Huichol: a typological study”, en John Haiman and Pamela Munro (eds.), *Switch Reference and Universal Grammar: proceedings of a Symposium on Switch Reference and Universal Grammar, Winnipeg, May 1981*, Amsterdam, Philadelphia: John Benjamins, 1983, pp. 17-38 (Typological studies in language; 2).

74. Maximino González y Marina Anguiano, “Toponimia huichol”, *Tlalocan*, vol. XI, 1989, México: UNAM, pp. 129-148.

75. “Estructuras, programas y funciones son los conceptos pilares donde se asienta el modelo lingüístico de UNITYP, un ambicioso proyecto donde se investiga, teniendo en cuenta el mayor número posible de lenguas de las más diversas familias, una serie de dimensiones (planes operacionales) como DESCRiptividad, INDividuación (aprehensión, constitución de objetos), DETerminación, POSesividad, PARTicipación, etc. Cada una de estas dimensiones comprende todas aquellas estructuras que sirven a una misma función, distinguiéndose unas de otras gradualmente por el grado de gramaticalización y de forma paralela por el modo específico de interacción de dos principios contrapuestos”. José Luis Iturriz y Fernando Leal Carretero, “Teoría y método de UNITYP”, en *Memorias I. XI Congreso Interamericano de Filosofía*, Guadalajara: UdeG, 1986, pp. 10-11. Véase también “El proyecto de tipología y universales de Colonia (UNITYP)”, *Función*, vol. I, núm. 1, 1986, Guadalajara: UdeG, pp. 19-33.

Dicho proyecto es considerado el punto de partida de la Morfología Operacional.⁷⁶

Ésta es un nuevo enfoque de descripción morfológica con el que se alcanza un más fino análisis de la compleja morfolología de lenguas como el huichol –lengua muy centralizante– a diferencia del modelo tradicional de la morfolología taxonómica practicado por J. E. Grimes. Prueba de ello, son las rectificaciones que José Luis Iturrioz Leza⁷⁷ realizó a un cuadro en que Grimes⁷⁸ ordena “todos” los prefijos verbales huicholes en una serie única de posiciones numeradas.

Volviendo con UNITYP, se han abordado –algunas más intensamente que otras– para el nombre, las dimensiones de INDIVIDUACIÓN⁷⁹, DETERMINACIÓN⁸⁰ y POSESIVIDAD.⁸¹

76. “Series funcionales y jerarquías de paradigmas o dominios semánticos son los conceptos clave que utilizamos en el modelo de la morfolología operacional”. José Luis Iturrioz, “Investigación de la lengua wixarika: balance de los últimos 50 años”, en *Antropología e Historia del Occidente de México I. XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Sociedad Mexicana de Antropología/UNAM, 1998, pp. 117-141, p. 132.
77. José Luis Iturrioz Leza, “De la gramática particular del huichol a la tipología. Una contribución a la morfolología operacional”, *Función*, vol. II, núms. 2-3, 1987, Guadalajara: UdeG, pp. 239-380; J. L. Iturrioz Leza, “Investigación de la lengua wixarika...”, *op. cit.*; “La lengua wixarika: balance de la investigación lingüística”, en José Luis Moctezuma Zamarrón y Jane H. Hill (eds.), *Avances y balances de lenguas yutoaztecas. Homenaje a Wick R. Miller*. Hermosillo: Centro INAH Sonora, 1999 (= *Noroeste de México* (número especial)) [CD-ROM]; José Luis Iturrioz Leza, Paula Gómez López y Xitakame Ramírez de la Cruz; “Entwurf einer operationalen Morphologie”, *akup* [Arbeiten des Kölner Universalienprojekts], núm. 69, 1988, Köln: Universität zu Köln, pp. 43-72.
78. J. E. Grimes, *Huichol syntax*, *op. cit.*, pp. 22-23.
79. Paula Gómez López y José Luis Iturrioz Leza, “Las marcas de individuación en huichol y su participación en el establecimiento de la coherencia referencial”, en Beatriz Garza Cuarón y Paulette Levy (eds.) *Homenaje a Jorge A. Suárez. Lingüística indoamericana e hispánica*, México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1990, pp. 251-274 (Estudios de Lingüística y Literatura; 18); José Luis Iturrioz Leza, “Las variables como técnica de individuación. Sobre las relaciones entre los lenguajes formales y los naturales”, *Tiempos de Ciencia*, núm. 3, 1986, Guadalajara: UdeG, pp. 31-40; José Luis Iturrioz Leza *et al.*, “Individuación en huichol. I: Morfolología y semántica de las clases nominales”, *Función*, vol. I, núm. 2, 1986, Guadalajara: UdeG, pp. 309-389; “Individuación en huichol. II: Aspectos morfológicos y sintácticos de las clases nominales”, *Función*, vol. I, núm. 3, 1986, Guadalajara: UdeG, pp. 422-462; “Individuación en huichol. III: Las series sufijales”, *Función*, vol. II, núm. 1, 1987, Guadalajara: UdeG, pp. 154-163.
80. Paula Gómez López y José Luis Iturrioz Leza, “La función atributiva y la escala de las estructuras atributivas en huichol”, *Languages of the World*, núm. 6, 1993, München: LINCOM Europa, pp. 3-33.
81. Paula Gómez López, “Apuntes para un estudio de la posesión en huichol: la superposición posesión-locación”, *Lingüística Mexicana*, vol. I, núm. 1, 2000, México: Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada, pp. 13-26.

Por su parte, se han considerado para el verbo, las de PARTICIPACIÓN⁸² y LOCALIZACIÓN.⁸³

Paula Gómez López preparó el volumen correspondiente al huichol para el *Archivo de Lenguas Indígenas de México*.⁸⁴ A más de los materiales primarios sobre fonología, sintaxis y léxico –requisitos de la serie–, la autora ofrece notas gramaticales “que puedan dar una idea de las peculiaridades de la lengua huichola y el estado en que se encuentra la investigación sobre la misma”.⁸⁵ Así, expone de manera sucinta las categorías léxicas, el verbo (morfología, clases verbales, categorías verbales –participación, tiempo y aspecto, modalidad–, localización), el nombre (categorías nominales, individuación: las clases nominales, determinación) y los conectores.⁸⁶

Ahora bien, concebido bajo el método del análisis contrastivo, el primer volumen de la *Gramática Didáctica del Huichol*⁸⁷ busca llegar a quien desee estudiar la lengua pero, en especial, a los profesores bilingües huicholes quienes hallarán las reglas fonológicas y gramaticales que les permitirán escribir correctamente.⁸⁸

En efecto, “de nada sirve que se investigue científicamente las lenguas si no se realizan también proyectos en los que se ponga al alcance de maestros y estudiantes la información necesaria para que

82. Paula Gómez López, “Los resultativos en huichol”, *Función*, núms. 11-12, 1992, Guadalajara: UdeG, pp. 147-183; “La expresión de la pluralidad y las clases de predicados en huichol”, *Función*, núms. 13-14, 1993, Guadalajara: UdeG, pp. 135-194; José Luis Iturrioz Leza, “Zur morphologischen Kodierung der Partizipationstechniken im Huichol”, *Zeitschrift für Phonetik, Sprachwissenschaft und Kommunikationsforschung*, vol. 45, núm. 2, 1992, Berlin: Akademie Verlag, pp. 122-136; Fernando Leal Carretero y Xitákame Ramírez de la Cruz, “De la interacción entre las dimensiones de individuación y participación en huichol. I: Relaciones gramaticales”, *Función*, vol. II, núm. 2, 1987, Guadalajara: UdeG, pp. 197-237.

83. José Luis Iturrioz Leza, Paula Gómez López y Xitákame Ramírez de la Cruz, “Localización en huichol: jerarquías de paradigmas y series funcionales”, *Función*, núm. 8, 1988, Guadalajara: UdeG, pp. 111-166.

84. Paula Gómez, *Huichol de San Andrés Cohamiata, Jalisco*, México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1999 (Archivo de Lenguas Indígenas de México; 22).

85. *Ibid.*, p. 55.

86. *Ibid.*, pp. 55-80.

87. José Luis Iturrioz Leza (Haikiri), Xitákame (Julio) Ramírez de la Cruz y ‘Hítemai (Gabriel) Pacheco Salvador, *Gramática Didáctica del Huichol. Volumen I. Estructura fonológica y sistema de escritura*, Guadalajara: DELI-UDEG/SEP, 1999 (=Función, núms. 19-20). La preparación de una gramática científica de la lengua continúa aún.

88. “Este trabajo se ubica en un nivel intermedio entre una descripción lingüística para especialistas y un instructivo para la enseñanza práctica de la lengua y la escritura”, *ibid.*, p. 7.

puedan llevar a cabo su formación lingüística”.⁸⁹ Además, el DELI ha colaborado con la SEP en la elaboración de libros de texto gratuitos destinados a la educación indígena bilingüe bicultural.⁹⁰

Empero, “para que un proyecto de investigación lingüística pueda incidir en la educación, tiene que estar concebido como un proyecto global en el que se contemple también el estudio de la cultura. ¿Cómo se puede enseñar una lengua si se la vacía de sus contenidos culturales?”⁹¹

En este punto, cabe mencionar el proyecto *Léxico huichol* que documenta y examina los sistemas onímicos huicholes⁹² (antropónimos, topónimos, hidrónimos, teónimos, etcétera).⁹³ Entre estos trabajos se cuentan cuatro artículos de Iturrioz: dos se ocupan de la onomástica en el área de Mesoamérica;⁹⁴ mientras que los dos res-

89. Paula Gómez López y José Luis Iturrioz Leza, “La investigación lingüística y el apoyo a la educación en el área del lenguaje”, en José Luis Iturrioz Leza *et al.*, *Reflexiones sobre la identidad étnica*, Guadalajara: UdeG, 1995, pp. 143-153 (Colección Fundamentos), p. 145.

90. Hakaima Alma Leticia Ramírez de la Cruz *et al.*, asesores lingüísticos José Luis Iturrioz Leza y Paula Gómez López, *Tineteriwame II-III. Hutarieka hairieka witarariyatsie memayetei waxapa. Lengua Huichol. Libro de lecturas 2o. y 3o. Grado*, México: SEP/Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, 1992; Xitakame Julio Ramírez de la Cruz, *Wixarika Niukieya. Lengua Huichol de Jalisco, Nayarit y Durango. Primer Ciclo. Parte I*, México, SEP/Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, 1994; Xitakame Julio Ramírez de la Cruz, Utakame Gumersindo de la Cruz Aguilar y Ubaldo Díaz Rivera, *Wixarika Niukieya. Lengua Huichol de Jalisco, Nayarit y Durango. Primer Ciclo. Parte II*, México: SEP/Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, 1996. Cfr. también P. Gómez y J. L. Iturrioz, “La investigación lingüística...”, *op. cit.*; “Estado de la cuestión: la enseñanza bilingüe en la escuela huichola”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 155-159; Xitakame (Julio) Ramírez de la Cruz, “De una escuela para los huicholes a la escuela huichola”, *ibid.*, pp. 181-184; “Desarrollo lingüístico en lengua wixarika (huichol)”, en José María Muriá (ed.), *La América profunda habrá de emerger*, Zapopan: El Colegio de Jalisco, pp. 51-59 (Ensayos Jaliscienses).

91. P. Gómez y J. L. Iturrioz, “La investigación lingüística...”, *op. cit.*, p. 149.

92. Véase Wiyeme (Julio) Carrillo de la Cruz, ‘Hítemai (Gabriel) Pacheco Salvador y José Luis Iturrioz Leza, “La importancia de llamarse ‘Etsiema”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 67, 68.

93. También bajo este proyecto, y con una base de datos de 50 000 términos, actualmente se preparan las ediciones monolingüe y bilingüe del diccionario huichol.

94. José Luis Iturrioz Leza, “Namenforschung in Mesoamerika”, en Ernst Eichler *et al.* (eds.), *Namenforschung/Name Studies/Les noms propres. Ein internationales Handbuch zur Onomastik/An international Handbook of Onomastics/Manuel international d’onomastique*, Berlin, New York: Walter de Gruyter, 1995, vol. I, pp. 254-256 (Handbücher zur Sprach- und Kommunikationswissenschaft/Handbooks of Linguistics and Communication Science/Manuels de linguistique et des sciences de communication; 11.1); “Namen in kolonialen und postkolonialen Verhältnissen: Mesoamerika”, en Ernst Eichler *et al.* (eds.), *Namenforschung/Name Studies/Les noms propres. Ein internationales Handbuch zur Onomastik/An international Handbook of Onomastics/Manuel international d’onomastique*, Berlin, New York: Walter de Gruyter, 1996, vol. 2, pp. 1058-1064 (Handbücher zur Sprach- und Kommunikationswissenschaft/Handbooks of Linguistics and Communication Science/Manuels de linguistique et des sciences de communication; 11.2).

tantes se centran en analizar la antroponimia⁹⁵ y toponimia huicholas.⁹⁶

De éstos, en el primero, el autor registra antropónimos procedentes del ámbito de los fenómenos naturales, la religión y la mitología y el maíz (*Haitsima* ‘rocío de la mañana’; *‘Iritemai* ‘flecha joven’; *Xaureme* ‘maíz amarillo (maduro)’).⁹⁷ En el segundo, hace un inventario y clasifica topónimos y argumenta a favor de la iniciativa aprobada por el municipio de Mezquitic para reconocer oficialmente los nombres wixarika de las principales localidades huicholas.⁹⁸

Tengamos también en mente dos antologías sobre dos géneros de la tradición oral,⁹⁹ los estudios sobre mitos¹⁰⁰ y la creación literaria.¹⁰¹

Aún más, bajo la premisa de que “los mexicanos en general tienen derecho a CONOCER y CONSERVAR la riqueza cultural de los pueblos indígenas”,¹⁰² se publicó *Reflexiones sobre la identidad étnica*,¹⁰³ obra

95. José Luis Iturrioz Leza, “Die Personennamengebung bei den Huichol”, en E. Eichler *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 959-962.

96. José Luis Iturrioz Leza, “Toponomástica huichola”, *Estudios Jaliscienses*, núm. 19, 1995, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, pp. 5-23.

97. J. L. Iturrioz, “Die Personennamengebung...”, *op. cit.*, p. 961.

98. Cfr. “Propuesta que hace la Unión de Comunidades Indígenas Huicholas para el reconocimiento de los nombres wixarika de los asentamientos huicholes”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 47-53; José Luis Iturrioz Leza *et al.*, “Propuesta para el reconocimiento oficial de los nombres de los asentamientos huicholes más importantes”, *ibid.*, pp. 53-56.

99. Paula Gómez López y Xitákame Ramírez de la Cruz, *Teuteri tiwaniuki ‘utiarikayari. Antología de narrativa huichola*, Guadalajara: UdeG/Universidad Autónoma de Nayarit, 1989; Xitákame Julio Ramírez de la Cruz, *Wixarika Niawarieya. La canción huichola*, Guadalajara: UdeG, 1993 (Colección Fundamentos). Cfr. ‘Iritemai (Gabriel) Pacheco Salvador y José Luis Iturrioz Leza, “Los géneros de la tradición oral huichola”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 187-190.

100. Silvia Leal Carretero, *Xurawe o la Ruta de los Muertos (Mito huichol en tres actos)*, Guadalajara: UdeG, 1992 (Colección Fundamentos); “Concepción de la muerte y penalización del homicidio entre los huicholes”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 259-264; Silvia Leal Carretero y Pedro García Muñoz (Haimiwie), “El mito huichol de la ruta de los muertos”, *ibid.*, pp. 249-257; “Una versión del mito huichol de la ruta de los muertos”, *Tlalocan*, vol. XII, 1997, México: UNAM, pp. 27-70.

101. ‘Aitsarika (Angélica) Ortiz López, “Antología de textos”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 235-238; Gabriel Pacheco, *Tatei Yurienaka y otros cuentos huicholes*, México, Diana, 1994 (Letras Indígenas Contemporáneas); ‘Iritemai (Gabriel) Pacheco Salvador, “Encuentros”, en J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*, pp. 205-224; “Tatei Yurienaka”, *ibid.*, pp. 195-204. Véase también *Relatos Huicholes. Wixarika’ ʒxatsikayari*, México: CONACULTA/Dirección General de Culturas Populares, 1995 (Lenguas de México; 11).

102. P. Gómez y J. L. Iturrioz, “La investigación lingüística...”, *op. cit.*, p. 144, énfasis en el original.

103. J. L. Iturrioz *et al.*, *Reflexiones...*, *op. cit.*

de divulgación que exhibe la diversidad de culturas, lenguas, religiones, costumbres y tradiciones indígenas.¹⁰⁴

Finalmente, a raíz de una invitación extendida al DELI por el Instituto de Lingüística de la Universidad de Viena para adherirse a un proyecto internacional sobre la adquisición de la pre- y protomorfología en diferentes lenguas, surgió el proyecto de adquisición del huichol. Se trata del estudio de caso de una niña huichola¹⁰⁵ a través de sus primeros seis años de edad.¹⁰⁶ Su sustento teórico incorpora elementos de las corrientes funcional, operacional y natural, de la epistemología genética y de versiones modernas del constructivismo, sobre todo, de la teoría de los procesos autopoieticos o selectivos.¹⁰⁷

Gómez¹⁰⁸ e Iturrioz¹⁰⁹ han examinado el habla maternal en huichol, sus características generales y sus peculiaridades morfológicas tales como la reducción parcial o total de la cadena prefijal en palabras verbales. Asimismo, Gómez encontró que hasta los cuatro años la niña producía más sufijos que prefijos¹¹⁰ y analizó la combinación de los factores perceptual y semántico en la adquisición de la posesión.¹¹¹

104. Cfr. José Luis Iturrioz Leza y Paula Gómez López, "La diversidad lingüística y cultural", en José María Muriá (ed.), *op. cit.*, pp. 25-34.

105. "El propósito de este trabajo no es averiguar cómo 'los niños' aprenden el huichol, sino comparar lo observado con esta niña con lo de otras lenguas para ver si las estrategias de aprendizaje seguidas en cada caso están en correlación con la estructura de la lengua misma, es decir, si hay variación significativa y no una simple aplicación rígida y automática de un dispositivo innato a cada lengua particular". José Luis Iturrioz Leza y E. Fernando Nava, "Reseña de la lineal de lingüística", en *Antropología e Historia...*, *op. cit.*, p. 219.

106. Las grabaciones arrancaron cuando la niña tenía un año y se extendieron hasta los seis (1994-1999). Las sesiones duraban una hora y su frecuencia era primero quincenal y luego cada diez días. Una de las sesiones mensuales se videograba a la vez.

107. Véase José Luis Iturrioz Leza, "Acoplamiento estructural y adquisición del huichol como lengua materna", *Función*, núm. 17, 1998, Guadalajara: UdeG, pp. 1-140; "Aspectos epistemológicos de la ontogénesis de la lengua", en Víctor Manuel Alcaraz (coord.), *Una mirada múltiple sobre el lenguaje*, Guadalajara: UdeG, 2000, pp. 189-224.

108. Paula Gómez López, "La reducción morfológica del habla materna en huichol", en Zarina Estrada Fernández, Max Figueroa Esteva y Gerardo López Cruz (eds.), *III Encuentro de Lingüística en el Noroeste. Tomo I: Lenguas Indígenas*, Hermosillo: Universidad de Sonora, 1996, vol. 1, pp. 339-358.

109. José Luis Iturrioz Leza, "On motherese in Huichol", en Wolfgang U. Dressler (ed.), *Studies in Pre- and Protomorphology*, Wien: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1997, pp. 45-48 (Veröffentlichungen der Kommission für Linguistik und Kommunikationsforschung; 26).

110. Paula Gómez López, "La asimetría afijal en la adquisición del huichol hasta los tres años de edad: un estudio de caso", en Zarina Estrada Fernández et al. (eds.), *IV Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste. Tomo I: Lenguas Indígenas*. Hermosillo: Universidad de Sonora, 1998, vol. 1, pp. 193-212.

111. Paula Gómez López, "Factores perceptuales y semánticos en la adquisición de la morfología en huichol", *Función*, núm. 18, 1998, Guadalajara: UdeG, pp. 175-204.

Así, este proyecto deja entrever que los niños adquieren el hui-chol, lo que significa que estamos ante una lengua viva que podrá seguir investigándose en el siglo XXI. Veamos enseguida si tal es la perspectiva para el náhuatl.

El náhuatl

Las investigaciones lingüísticas sobre el náhuatl de occidente en el siglo XX giran en torno a dos ejes: por un lado, sitúan dialectológicamente a esa “Lengua Mexicana falseada ô adulterada, que la que se usa en esta región de Guadalajara, parte de Valladolid, y parte de Guadiana”,¹¹² como expresó Cortés y Zedeño en el siglo XVIII y, por el otro, describen la estructura gramatical de ese náhuatl al que, como dijera Guerra un siglo antes, “ya le añaden Sylabas a los vocablos ya se las quitan”.¹¹³

La variante del náhuatl que nos ocupa es la de la llamada periferia occidental. Según Una Canger,¹¹⁴ ésta, más periferia oriental y centro conforman las tres grandes áreas dialectales del náhuatl. A ellas, Yolanda Lastra¹¹⁵ suma una cuarta: huasteca. Sin embargo, para esta autora la periferia occidental “no es de ninguna manera una área definida, pero se decidió considerarla como una área dialectal [...] porque en general, [los puntos] comparten ciertos rasgos fonológicos, gramaticales y léxicos que parecen ser diagnósticos”.¹¹⁶

En efecto, ya desde los dos artes coloniales se reconocieron ciertas “singularidades” lingüísticas de la zona, de las que han dado cuenta Canger¹¹⁷ y Leopoldo Valiñas.¹¹⁸ A partir de éstos y de otros rasgos que

112. G. Cortés y Zedeño, *op. cit.*, p. 2.

113. J. Guerra, *op. cit.*, “Al lector”, p. 7.

114. Una Canger, *Five studies inspired by Nahuatl verbs in -OA. With a summary in Spanish*, Copenhagen: The Linguistic Circle of Copenhagen, 1980 (Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague; 19); “Nahuatl dialectology: A survey and some suggestions”, *International Journal of American Linguistics*, vol. 54, núm. 1, 1988, Chicago: The University of Chicago, pp. 28-72.

115. Yolanda Lastra de Suárez, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1986 (Lingüística, Serie Antropológica; 62).

116. *Ibid.*, p. 191.

117. Una Canger, “Artes poco conocidos del náhuatl”, *Amerindia*, núms. 19/20, 1995, París: Association d’Ethnolinguistique Amérindienne, pp. 183-190 (=La “découverte” des langues et des écritures d’Amérique. Actes du colloque international, Paris, 7-11 septembre 1993), pp. 184-187.

118. Leopoldo Valiñas C., “El náhuatl de Occidente: balance sobre sus investigaciones y perspectivas tanto lingüísticas como históricas”, en *Antropología e Historia...*, *op. cit.*, pp. 165-199, pp. 185-187.

estos estudiosos obtuvieron mediante trabajo de campo comenzado en los setenta, resultan catorce isoglosas que distinguen nítidamente la periferia occidental de las otras áreas, confirmación para Valiñas¹¹⁹ de que se trata de un área dialectal plena.¹²⁰

Canger¹²¹ en 1978 enumera siete: 1. sufijo *-lo* para marcar plural presente en verbos; 2. sufijo *-yaya* para marcar imperfectivo en verbos; 3. sufijo *-me* para marcar plural en nombres; 4. sufijo *-yaxka* de posesión; 5. la forma *onka* para ‘estar’; 6. la forma *texoctli* para ‘lumbre’ y 7. la forma *komo:ni* para ‘trueno’.

A las que Valiñas¹²² suma otras siete en 1994: 1. fonema /m/ en *moči* ‘todo’; 2. sufijo *-me* para marcar plural en sustantivos poseídos; 3. la forma *čičino* para ‘quemar’; 4. reanálisis del absolutivo en sustantivos poseídos; 5. morfema discontinuo *a-...mits-* ‘yo a uds.’; 6. la forma *exotl* para ‘frijol’ y 7. presencia de /l/ en lugar de /l/.

Lastra¹²³ detecta igualmente: ausencia de cantidad vocálica;¹²⁴ fonema /a/ en *yakacol* ‘nariz’ (vs. *yekacol*); sonido [u] en ‘olote’; *nikcak^wak* ‘cerré’ (vs. *onikcak^w*); inexistencia de direccionales y las formas *sakal* para ‘hoja de la planta del maíz’; *komil* ‘olla’; *koyonki* ‘agujero’; *cinaka* ‘murciélagos’, entre otras.

Empero, este náhuatl no es homogéneo sino que se divide en diferentes subáreas y dialectos. A continuación, dos clasificaciones: la de Lastra en 1986:¹²⁵

119. Leopoldo Valiñas C., “Transiciones lingüísticas mayores en Occidente”, en Ricardo Ávila Palafox (coord.), *Transiciones mayores en el occidente de México*, Guadalajara: UdeG, 1994, pp. 127-165 (Colección Fundamentos); L. Valiñas, “El náhuatl de occidente...”, *op. cit.*

120. Más pruebas a favor son: periferia occidental se opone a centro al no cumplir con las nueve isoglosas centrales y estas dos áreas se oponen a su vez a periferia oriental al presentar cinco isoglosas en común de las que carece periferia oriental. *Ibid.*, pp. 176 y 188. Cfr. L. Valiñas, “Transiciones...”, *op. cit.*, pp. 150-156.

121. Una Canger, “Nahuatl dialect subgroupings”, *Sixth Annual Friends of Uto-Aztecan Working Conference*, Reno, Nevada, 23-24 junio 1978.

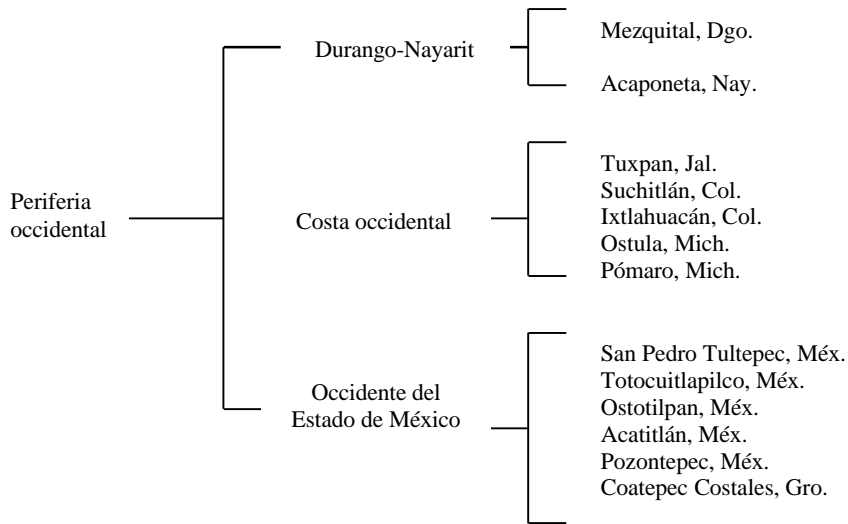
122. L. Valiñas, “Transiciones...”, *op. cit.*, p. 148. Véase también L. Valiñas, “El náhuatl de Occidente...”, *op. cit.*, p. 188.

123. Y. Lastra, *Las áreas...*, *op. cit.*, pp. 191-193.

124. Nótese, sin embargo, la séptima isoglosa de U. Canger.

125. Y. Lastra, *op. cit.*, pp. 190-191.

Cuadro 1
Clasificación de los dialectos nahuas de la
periferia occidental según Yolanda Lastra

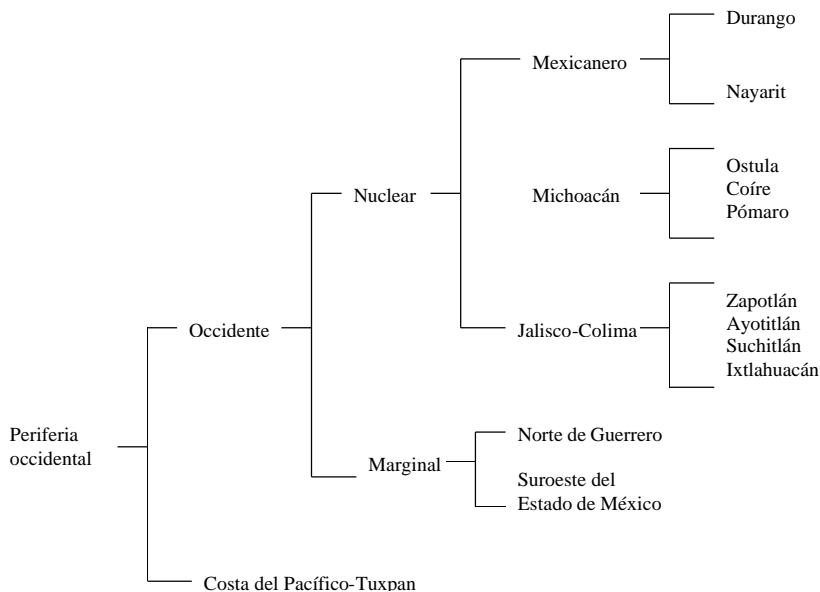


Y la de Valiñas, aquí en forma de un esquema que quiere conjuntar lo propuesto en 1994¹²⁶ y 1998:¹²⁷

126. L. Valiñas, "Transiciones...", *op. cit.*, p. 144.

127. L. Valiñas, "El náhuatl de Occidente...", *op. cit.*, pp. 176-179. La diferencia entre ambas versiones radica en el número y clasificación de –precisamente– las hablas del área nuclear de occidente. En un principio, Valiñas planteó cuatro subáreas: 1. Mexicanero: Durango, Nayarit; 2. Ixtlahuacán; 3. Michoacán: Ostula, Coíre, Pómaro y 4. Jalisco: Ayotitlán, Sur, dividiéndose Sur a su vez en Zapotlán y Colima. Para 1998, que seguimos aquí, postula sólo tres: 1. Mexicanero; 2. Michoacán y 3. Jalisco-Colima, en que se agrupan Zapotlán, Ayotitlán, Suchitlán e Ixtlahuacán.

Cuadro 2
 Clasificación de los dialectos nahuas de la periferia occidental según Leopoldo Valiñas



Ahora bien, tras presentar los estudios dialectológicos de este náhuatl de la periferia occidental, pasemos a los trabajos que abordan la estructura gramatical exclusivamente del náhuatl de Jalisco, es decir, aquellos sobre Zapotlán y Ayotitlán (área nuclear de occidente: Jalisco-Colima) y sobre Tuxpan (Costa del Pacífico).

Empecemos con los apuntes de Jean B. Johnson e Irmgard Weitlaner de Johnson quienes entre marzo y mayo de 1941 recorrieron algunas poblaciones de Jalisco, Colima y Michoacán. Obtuvieron varios vocabularios (en Jalisco, en Ayotitlán, San Sebastián y Tuxpan) y tomaron notas etnográficas sobre el tipo de vivienda y nombres de danzas, por ejemplo. Aunque el material no se publicó, en 1979, Valiñas¹²⁸ resumió una parte, anexó datos recogidos por él el año anterior –siguiendo la ruta de los Johnson– y comparó sus datos léxicos con los de 1941.

128. Leopoldo Valiñas, “El náhuatl en Jalisco, Colima y Michoacán”, *Anales de Antropología*, vol. XVI, 1979, México: UNAM, pp. 325-344.

Para las variantes de Zapotlán y Ayotitlán disponemos de un vocabulario –con frases y fragmentos de conversaciones– levantado por José María Arreola en 1919 en San Andrés Ixtlán, Jalisco¹²⁹ y de dos artículos de Valiñas.¹³⁰ En el primero, comenta que los Johnson recopilaron un vocabulario en Ayotitlán¹³¹ pero que cuando él fue en 1978, ya no había quien recordara siquiera unas cuantas palabras.¹³² En el segundo, precisa que tampoco en Zapotlán encontró hablantes y deduce que la lengua dejaría de hablarse por los años cincuenta.

En cuanto a Costa del Pacífico, Tuxpan, resaltemos un interesante aspecto dialectológico: para Valiñas,¹³³ el parecido que la variante tuxpeña llega a tener con la periferia oriental es tan fuerte que “más bien parece ser un dialecto *oriental* en occidente”.¹³⁴ En efecto, de los catorce elementos diagnósticos propios del área, Tuxpan coincide apenas con la mitad de ellos.¹³⁵

Para esta variante contamos con otro vocabulario de Arreola¹³⁶ también de 1919 y con características similares al de San Andrés Ixtlán, aunque más breve; las observaciones que J. Melquiades Ruvalcaba¹³⁷ realizó a Arreola, advirtiendo además que las formas para los saludos varían según el sexo del hablante;¹³⁸ los “eclecticos” apuntes gramaticales y vocabulario por campos semánticos de 1968 del mismo J. M. Ruvalcaba,¹³⁹ donde consigna seis palabras de “uso masculino” y “[uso] femenino”¹⁴⁰ (los Johnson sólo anotan una en 1941); el estudio dialectológico de Lastra¹⁴¹ que incluye los datos correspondientes a

129. J. M. Arreola, “Tres vocabularios...”, *op. cit.*, pp. 428-435.

130. L. Valiñas, “El náhuatl en Jalisco...”, *op. cit.*; Leopoldo Valiñas C., “El náhuatl actual en Jalisco”, *Tlalocan*, vol. IX, 1982, México: UNAM, pp. 41-69.

131. El cual se encuentra en L. Valiñas, “El náhuatl en Jalisco...”, *op. cit.*, “Cuadros comparativos”.

132. Afirmación que matiza veinte años más tarde: “De todas estas comunidades [Zapotlán, Ayotitlán, Suchitán, Ixtlahuacán], sólo en Ayotitlán quedan viejitos que hablan la lengua”. L. Valiñas, “El náhuatl de Occidente...”, *op. cit.*, p. 178.

133. L. Valiñas, “Transiciones...”, *op. cit.*, p. 156.

134. L. Valiñas, “El náhuatl de Occidente...”, *op. cit.*, p. 177, énfasis en el original.

135. Ampliemos la visión: Tuxpan comparte siete de catorce isoglosas occidentales; tres (o cuatro) de las nueve del centro y sólo una de las cinco centro-occidentales, *ibid.*, p. 177. *Cf.*: igualmente la página 182.

136. J. M. Arreola, “Tres vocabularios...”, *op. cit.*, pp. 436-440.

137. J. M. Ruvalcaba, “Vocabulario Mexicano...”, *op. cit.*

138. *Ibid.*, pp. 213-214.

139. J. M. Ruvalcaba, *Manual...*, *op. cit.*

140. *Ibid.*, p. 58.

141. Y. Lastra, *op. cit.*, pp. 284-288. El encuestador fue Valiñas en 1978.

Tuxpan y tres trabajos de Valiñas: un artículo de 1979,¹⁴² otro de 1982¹⁴³ y su tesis de licenciatura.¹⁴⁴

En el primer artículo, el autor indica que es en Tuxpan donde los Johnson lograron el mayor acopio de datos lingüísticos,¹⁴⁵ a pesar de que la lengua ya no se empleaba cotidianamente (1941). Así y todo, en 1979 Valiñas consiguió recolectar palabras de dos hablantes –dos ancianas que aún portaban la vestimenta tradicional– y más tarde (1982)¹⁴⁶ menciona a otras veinte mujeres como semihablantes. Evidentemente, “la lengua está en agonía”.¹⁴⁷

Un breve bosquejo gramatical aparece tanto en su tesis como en su estudio de 1982. En éste, Valiñas destaca las características del dialecto: 1. cambio de /l/ del náhuatl clásico a favor de /ʎ/; 2. aparente ausencia del marcador de número en presente; 3. pérdida de vocal final en absolutivos y 4. ciertas palabras, por ejemplo, la forma *paralit* ‘lumbre’.¹⁴⁸

Enseguida, ofrece una descripción básica de la fonología y morfología,¹⁴⁹ un vocabulario de 80 entradas,¹⁵⁰ ocho textos con traducción al español (una canción, cuatro saludos, una leyenda, dos narraciones cortas)¹⁵¹ y un diálogo entre una hablante de Tuxpan y uno de Xalitla, Guerrero,¹⁵² dos hablas nahuas clasificadas en distinta área dialectal: periferia occidental y centro.¹⁵³

Concluimos refiriéndonos a la distribución del náhuatl en Jalisco, Colima y Michoacán siguiendo lo expuesto por Valiñas en 1979.¹⁵⁴ Tomando como fuente principal lo recabado por los Johnson en 1941 y por él mismo en 1978 y con la intención de revelar la desaparición

142. L. Valiñas, “El náhuatl en Jalisco...”, *op. cit.*

144. L. Valiñas, “El náhuatl actual...”, *op. cit.*

144. Leopoldo Valiñas C., “El náhuatl de la periferia occidental y la costa del Pacífico”, tesis de licenciatura, México: ENAH, 1981.

145. Consúltense los vocabularios provistos por tres informantes en L. Valiñas, “El náhuatl en Jalisco...”, *op. cit.*, “Cuadros comparativos”.

146. L. Valiñas, “El náhuatl actual...”, *op. cit.*

147. *Ibid.*, p. 45.

148. *Ibid.*, pp. 45, 46.

149. *Ibid.*, pp. 47-53.

150. *Ibid.*, pp. 54-55.

151. *Ibid.*, pp. 56-60.

152. *Ibid.*, pp. 61-67.

153. Y. Lastra, *op. cit.*, pp. 212 y 225.

154. L. Valiñas, “El náhuatl en Jalisco...”, *op. cit.*, pp. 338-342.

gradual de la lengua en esta región en el siglo XX, el autor elaboró cuatro mapas correspondientes a otras tantas fechas que representarían gráficamente el fenómeno. Limitándonos a Jalisco, para 1890, la primera fecha –hipotética–, considera tres zonas de habla náhuatl en el estado: 1. Ayotitlán (Tenamaxtlán, Chiquilistlán, Atemajac, Juana-catlán); 2. San Sebastián-Tuxpan (Apango, Usmajac, San Andrés Ixtlán, Zapotlán) y 3. Suchitlán (Tolimán, Jalisco y cinco pueblos de Colima). Para 1941 vuelve a identificar tres zonas pero más reducidas: 1. Ayotitlán-Tenamaxtlán; 2. San Sebastián y 3. Tuxpan. Para 1978, señala sólo una: Tuxpan. Para el 2020, la cuarta fecha –hipotética también–, pronostica que el náhuatl habrá desaparecido en Jalisco, subsistiendo únicamente en Michoacán en la zona costera de Pómaro-San Pedro Damían.

Así, estos estudios dialectológicos y gramaticales dedicados al náhuatl de la periferia occidental y al de Jalisco en particular, constituirían, en contraste con el huichol, las últimas descripciones sobre hablas abordadas por primera vez en los siglos XVII y XVIII y que, al parecer, no sobrevivirán en el siglo XXI.

LÍNEAS QUE SE ABREN: MIGRACIONES INDÍGENAS (CONCLUSIONES)

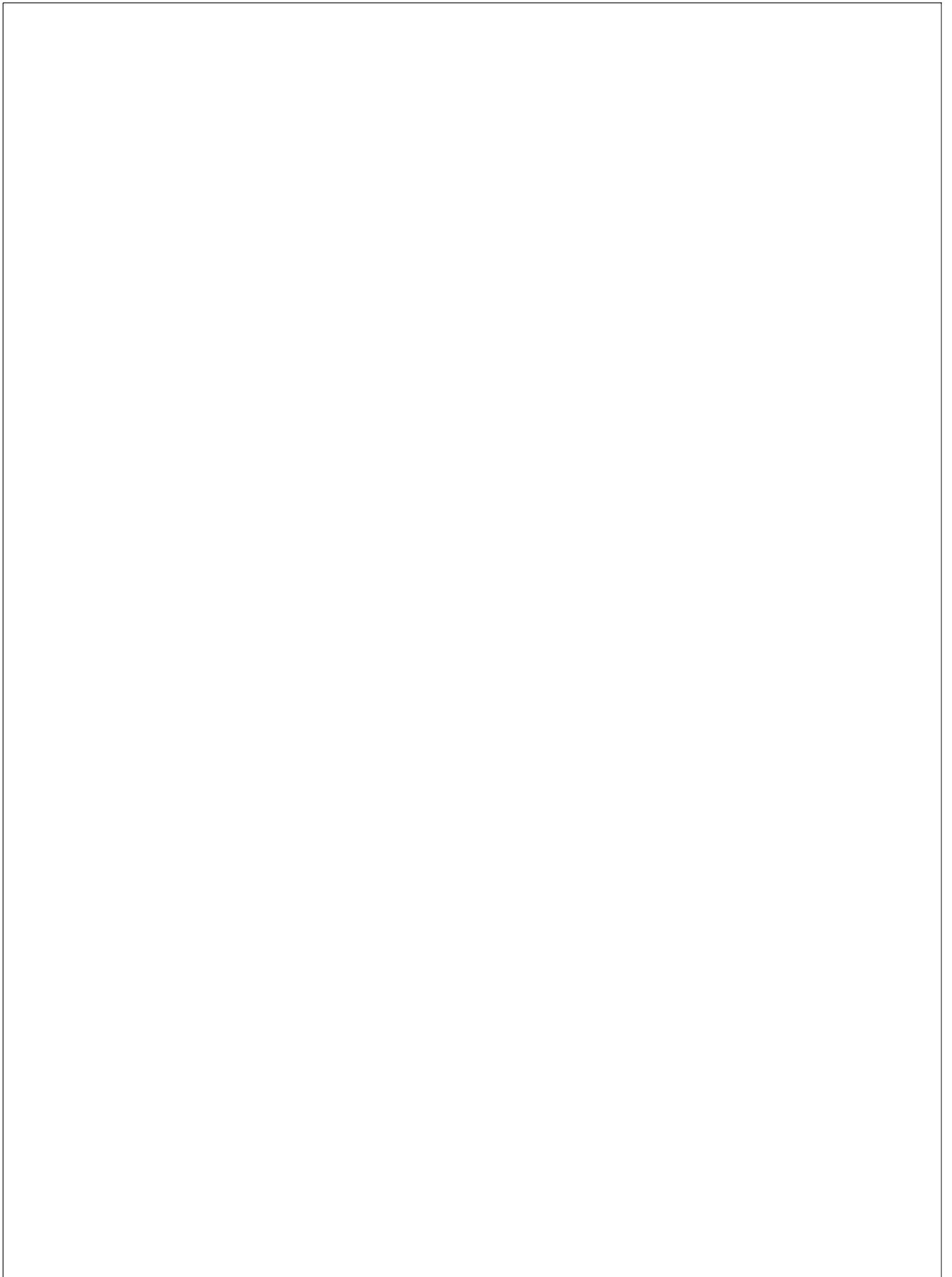
Debido a las fuertes corrientes migratorias iniciadas en los años setenta, aproximadamente, el número de indígenas que ha hecho de Jalisco su lugar de residencia ha aumentado de manera considerable. A fin de detectar si hay conservación o sustitución de las lenguas de los migrantes –huasteco, mixteco, náhuatl, otomí, purépecha, tlapaneco, triqui, zapoteco y muchas más– radicados en diversos municipios del estado –Guadalajara, Tlaquepaque, Zapopan, Tonalá, Puerto Vallarta, Autlán, Sayula, Tamazula y otros–, hay que efectuar trabajo de campo, principalmente etnográfico, que arroje luz sobre las distintas actitudes de los hablantes hacia la lengua, las estrategias para su conservación en un medio predominantemente urbano e hispanohablante y las decisiones tomadas para reivindicar su uso o para justificar su abandono.

Esta vertiente de investigación que apenas comienza sin duda rendirá frutos en los próximos años.¹⁵⁵ En el Departamento de Estudios del Hombre y en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente se redactan en la actualidad (2001) tesis de posgrado que recogen la vitalidad y funciones que cumplen la lengua indígena y el español en situación de migración, en concreto, entre hablantes de tlapaneco, estudiados por Daniel Barragán Trejo y entre hablantes de otomí, estudiados por Regina Martínez Casas, respectivamente.¹⁵⁶

Así, la presencia de grupos hablantes de lenguas indígenas que no eran originarios de esta parte de Mesoamérica es un indicador, inequívoco, de que el mapa lingüístico de Jalisco se ha modificado de nuevo y, tal vez, irreversiblemente.

155. Entre las aportaciones a esta nueva línea destacan: Rosa H. Yáñez Rosales, "Hacia una nueva distribución de grupos étnicos en el occidente", en Ricardo Ávila Palafox (comp.), *El Occidente de México. Arqueología, historia, antropología*. Guadalajara: UdeG, 1989, pp. 134-140 (Colección Fundamentos); Javier Navarro Robles, "Migrantes mixtecos en la Zona Metropolitana de Guadalajara", en R. Rojas y A. Hernández (coords.), *Rostros...*, op. cit., pp. 19-40; Regina Martínez Casas, "La presencia indígena en Guadalajara: los vendedores de la Plaza Tapatía", *ibid.*, pp. 41-62; "Nuevos espacios para las lenguas y culturas indígenas: los otomíes en Guadalajara", *Nueva Antropología*, vol. XVII, núm. 57, 2000, México: Nueva Antropología, A. C., pp. 43-55. Cfr: también el trabajo sobre adquisición del lenguaje de Víctor Manuel Alcaraz Romero y Regina Martínez Casas, "Díadas en las culturas individualistas y poliadas en las culturas holistas. Dos estilos interactivos de adquisición del lenguaje", *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*, vol. 8, núm. 2, 2000, Guadalajara: Sociedad Iberoamericana de Pensamiento y Lenguaje/Sociedad Latinoamericana de Neuropsicología, pp. 155-177.

156. En el caso de Daniel Barragán se trata de su tesis de maestría; en el de Regina Martínez, de la doctoral (Cfr: igualmente su tesis de maestría: "Vivir invisibles: la migración otomí en Guadalajara", tesis de maestría, Guadalajara: CIESAS, 1998). Ambos investigadores llevan a cabo tanto un trabajo de etnografía entre los migrantes en la ciudad como un seguimiento en las poblaciones de origen.



Apuntes sobre los indigenismos en Jalisco¹

Guillermo de la Peña

RESUMEN

El artículo pretende, a partir de la fundación del primer Centro Coordinador Indigenista en la Sierra Huichola, caracterizar las etapas, las variadas estrategias y los actores principales de la intervención externa en las zonas indígenas de Jalisco. Se examinan las acciones del Instituto Nacional Indigenista y de las agencias públicas federales y locales, así como las de las ONGs y los grupos universitarios, tanto en el norte (con los huicholes) como en el sur del estado (con grupos nahuas en el municipio de Tuxpan y en la Sierra de Manantlán). Además, se evalúa someramente la contribución de estas acciones al desarrollo económico y la participación ciudadana de los pueblos indígenas.

LA PLURALIDAD INDIGENISTA

Al hablar de las “genealogías” del Estado moderno, Michel Foucault plantea una distinción entre dos modelos de Estado: el que se presenta

1. Aparte de la literatura citada, este ensayo tiene como base entrevistas a diversos protagonistas y testigos del indigenismo jalisciense (entre otros: Rocío de Aguinaga, Ignacio Bonilla, Ana Rosa Castellanos, Antonio Cosío, Guadalupe Flores, Leopoldo López Ordóñez, María de Jesús Patricio, Rosa Rojas, Tamara Rojas, Samuel Salvador, Antonio Vázquez), a quienes desde luego eximo de los errores en que haya incurrido. Una versión previa fue presentada en el seminario “Pueblos indígenas, Estado y sociedad en México”, CIESAS, Guadalajara, septiembre de 2001, donde recibí comentarios acertados de los participantes y en particular de Esteban Krotz y Carlos Zolla.

como un estrato o categoría dominante y el que se manifiesta como una modalidad de organizar la dominación (Foucault 1991). En el primer caso, el dominio se ejerce por una elite exclusiva, ajena (o casi) al resto de la población, que colecta tributos o impuestos para fines no consensuados con los súbditos, unilateralmente promulga y aplica leyes generales, e interviene poco en los asuntos internos de los grupos dominados. Típicamente, tales grupos –los de abajo– mantienen formas limitadas de autogobierno y poseen sendas culturas propias, que incluso pueden ser muy diferentes de la del estrato dominante. (Es decir: los grupos dominados son *etnias*).² Por el contrario, en el segundo caso el Estado no se define como separado de la población a la que rige, sino como representante de ella; no existe una categoría cerrada de gobernantes sino que éstos son elegidos (o por lo menos sujetos a alguna expresión de consenso) y a su vez asignan cargos a funcionarios nombrados conforme a criterios de eficiencia (la “dominación racional” de Max Weber); así, el Estado es un principio activo construido y mantenido por todos. La dominación como organización, al implicar –al menos en principio– la participación abierta, crea la *ciudadanía*; pero también exige la abolición de cualquier tipo de gobierno paralelo, la aceptación de proyectos que obligan a reorientar la vida de las localidades y las familias (lo que Foucault llama “el poder capilar”), la homogeneización de la cultura y la formación de una identidad común (la *identidad nacional*).

Desde la perspectiva del autor citado, estas caracterizaciones, más que referirse a formas históricas acabadas, aluden a dos tipos de discurso. Estos discursos no son simplemente generados por el poder: significan el poder mismo. Tanto los imperios dinásticos como los coloniales celebraban la diversidad, la separación y la distinción jerárquica de castas o estamentos como *naturales*, mientras que las constituciones modernas celebran la igualdad y las semejanzas como *derechos humanos*. Sin embargo –y aquí debo apartarme de Foucault– en la historia de Europa y en la del mundo postcolonial abundan los ejemplos donde ambos tipos estatales coexisten, chocan o se entretajan. Para los propósitos del presente trabajo, me intere-

2. Se aproximan a este tipo los Estados dinásticos del Antiguo Régimen europeo, pero también las “sociedades plurales” de los países coloniales, caracterizadas por Furnivall (1948).

san sobre todo los discursos híbridos de los países postcoloniales. La independencia de estos países ha implicado en casi todos los casos la consolidación de nuevas elites que proclamaban la necesidad de implantar una cultura unificada como un requisito para lograr la modernización política y económica (es decir, la igualdad legal, la uniformidad y centralización del sistema de gobierno, y la libre circulación de capitales, trabajadores y productos). Pero contra esta pretensión se han querellado, a veces violentamente, los antiguos grupos subordinados, renuentes a perder sus especificidades culturales, jurídicas y políticas. En América Latina, las etnias –los llamados indios o indígenas– nunca han tenido la capacidad organizativa y militar para constituirse en Estados separados; con todo, su renuencia ha obligado a las elites políticas a buscar formas de negociación y mediación –a través de políticas sociales, por ejemplo– que se espera vayan conduciendo a la convergencia cultural y la centralización política; y en las últimas décadas las negociaciones han incluido el reconocimiento limitado del derecho a la diferencia. De todo esto han resultado discursos estatales no sólo híbridos sino inconsistentes.

El caso de México es ilustrativo. El pensamiento conservador del siglo XIX, representado por las Siete Leyes de 1836, buscaba acabar con las distinciones de casta sin destruir las corporaciones (incluidas las comunidades étnicas) ni la representación corporativa, lo cual provocó el descontento militante de la población que carecía de afiliación a cuerpos y representación privilegiada (sobre todo los mestizos y la emergente clase media ciudadana). Luego, las Leyes de Reforma y la Constitución liberal de 1857 buscaron abolir todas las desigualdades, distinciones y privilegios, lo cual (junto con otros factores) desencadenó guerras de castas y finalmente la Revolución Mexicana. Por su parte, la Constitución revolucionaria de 1917 quiso conciliar el igualitarismo liberal (las garantías individuales) con el reconocimiento corporativo de las comunidades agrarias, los ejidos y las asociaciones de trabajadores. Asimismo, el pensamiento llamado “nacionalista revolucionario” buscó conjugar la abolición de las distinciones étnicas con la promoción de las expresiones populares (que, por supuesto, incluían manifestaciones de la cultura indígena) (Knight 1994). El indigenismo mexicano clásico –enmarcado temporalmente por las fechas

de dos publicaciones señeras: *Forjando patria* (1916), de Manuel Gamio, y *Regiones de refugio* (1967), de Gonzalo Aguirre Beltrán—recogió todos estos intentos de conciliación de los contrarios en un discurso que además invocaba a la ciencia antropológica y proponía políticas públicas e instituciones para llevarlas a cabo. No es extraño, entonces —dada tal multiplicidad de orientaciones—, que cuando hablamos de indigenismo aludamos no a una sino a varias propuestas y prácticas. Quizá convenga hablar, en plural, de indigenismos, incluso después de la creación en 1948 del Instituto Nacional Indigenista (INI) como gran organismo rector. Más aún: en los últimos 30 años tres grandes procesos han contribuido a acentuar tal pluralismo. En primer lugar, la aceptación oficial, por parte del Estado mexicano, de la diversidad étnica como un componente de la nación, lo cual requiere de una elaboración discursiva inédita y ha generado numerosas interpretaciones, divergencias e incluso contradicciones. En segundo lugar, la enmarañada descentralización del aparato estatal, que redundaba en la intervención directa de instituciones públicas de diversos niveles en el mundo indígena. Y en tercer lugar la aparición, por doquier, de “los actores de la sociedad civil” —donde pueden incluirse ONGs, grupos universitarios y grupos religiosos— que tienen también intenciones, justificaciones y actuaciones sumamente variadas.

Mi propósito en este ensayo es explorar las características de los indigenismos jaliscienses, así como los impactos que han tenido en una sociedad regional que conserva fuertes rasgos estamentales. En otro artículo (de la Peña 2000) he clasificado —y simplificado, sin duda— las políticas del INI en términos de tres “modelos”, a los cuales llamé “modelo de centro coordinador”, “modelo sectorial” y “modelo autogestivo”. Cada uno de ellos corresponde, aunque no de una manera mecánica, a tres etapas históricas sucesivas. En la primera, un nacionalismo unificador y optimista se unía con “el desarrollo estabilizador”; por su parte, el INI actuaba como fuerza autónoma en las regiones clasificadas como indígenas a través de sus *centros coordinadores*, que debían guiar —con base en pesquisas socio-antropológicas— las acciones de cualesquiera otras dependen-

cias públicas.³ En la segunda, el agotamiento de las políticas económicas y el descontento social llevaron al gobierno federal a centralizar el control de las acciones estatales, y el INI quedó “sectorizado” en grandes proyectos de gasto e intervención federal, con la consecuente pérdida de autonomía, creatividad y especificidad de la acción indigenista. (Aunque los centros coordinadores mantuvieron su nombre, ya no “coordinaban” sino ejecutaban). En la tercera, la crisis catastrófica de las finanzas públicas redujo la posibilidad del gasto social, y dio pie a políticas de apoyo a proyectos gestionados desde las propias comunidades indígenas, justificados por declaraciones en favor del multiculturalismo e incluso la autonomía étnica. Ahora bien: en Jalisco, donde las poblaciones identificadas como indígenas no son muy numerosas, la presencia del INI durante la primera etapa fue tardía y más bien débil; en realidad, sólo se dejó sentir a partir de la segunda.

EL INI EN EL NORTE DE JALISCO: LOS INICIOS

El INI llegó a Jalisco al fundarse formalmente en 1961 el Centro Coordinador Cora-Huichol (CCCH), en la cabecera municipal de Mezquitic, Jalisco. Este poblado se eligió por encontrarse en el piedemonte de la Sierra Madre occidental y porque en ese municipio vivía la mayoría de los wixaritari o huicholes —la etnia jalisciense más visible—, aunque manteniendo la dicotomía espacial que sitúa a la población no-indígena en la cabecera y a la indígena en zonas alejadas, abruptas y de muy difícil acceso.⁴ Así, *de facto*, el CCCH se asoció al estrato regional dominante.

Desde el inicio un proyecto prioritario fue el de la formación de promotores indígenas bilingües. Pero tal proyecto no se consolidó sino hasta 1967, cuando se fundó, con la corresponsabilidad de la Secretaría de Agricultura y Ganadería, el Centro Agropecuario de Promotores Indígenas, donde se recibían jóvenes huicholes, coras (de Nayarit) y tepehuanos (de Durango) que conocieran el castellano y tu-

3. El primer centro coordinador del INI se creó en San Cristóbal Las Casas, Chiapas, en 1951.

4. Este ensayo versa sobre los indigenismos y no sobre el mundo huichol. Acerca de éste, consúltese la extensa bibliografía comentada que coordinó Jesús Jáuregui (1992).

vieran un grado avanzado de alfabetización. El programa de entrenamiento intensivo duraba dos años e incluía la terminación de la primaria y el aprendizaje de técnicas agropecuarias.

—Nos levantábamos a las cuatro de la mañana —contaba un egresado huichol—. Nos íbamos a los establos de vacas, a ordeñar; también teníamos hatos de chivas, que debíamos cuidar y sacar a pastar. Después de ordeñar, pasábamos a los campos agrícolas, con los ingenieros supervisores; había muchas hectáreas de maíz, frijol y hortaliza para darnos de comer. Luego, a las aulas. Cuando nos graduamos, nos mandaban a alfabetizar y difundir las técnicas que habíamos aprendido. Yo fui destinado a mi pueblo, Nueva Colonia. La verdad es que yo no tenía mucha vocación de maestro, pero luego el INI me mandó a estudiar la secundaria en Tepic, en cursos de verano, y me encargaron fundar una escuela unitaria en Pueblo Nuevo. Ahí estuve 20 años. Al principio era bien difícil. La gente no hablaba castellano y no tenía interés en la educación.

En 1963 se fundaron las primeras escuelas, en Tuxpan de Bolaños y Ocota de la Sierra; un año después se fundó la de San Andrés Cohamiata (donde ya existía una escuela atendida por los franciscanos). Junto a ellas, se establecieron albergues para alojar de lunes a viernes a los niños de las rancherías circundantes. También se impulsaron diagnósticos agropecuarios y, con la Secretaría de Salubridad y Asistencia, campañas de vacunación. Con todo, los funcionarios del INI se enfrentaban a una región donde, según su concepción, “no había nada”. Visitar las comunidades era para ellos una hazaña: había que usar los viejos y escasos caminos coloniales de herradura o bien caminar a campo travesía y escalar cerros empinados. Por ello emplearon una buena porción del presupuesto en la construcción de una pista aérea en Mezquitic y otra en San Andrés Cohamiata. A la postre, la primera no fue muy útil, pues el CCCH se mudó a Tepic en 1964, para que los funcionarios indigenistas utilizaran los servicios de una ciudad y no se sintieran “en medio de ninguna parte”⁵. Según Karen Barbara Reed, que escribió la

5. Los funcionarios indigenistas a quienes me refiero no son los promotores bilingües —indígenas y residentes en la Sierra—, sino el personal técnico y administrativo de los Centros Coordinadores, casi totalmente mestizo (como se denomina en el Occidente de México a quien no es indígena).

temprana historia del CCCH, desde Tepic las comunidades huicholas eran poco visitadas; más bien los indígenas fueron quienes comenzaron a visitar la institución (Reed 1972: 58-60). Gracias a las nuevas comunicaciones –las pistas aéreas y dos caminos de terracería construidos durante la década de 1960– se fundaron tiendas CONASUPO (las dos primeras en San Andrés Cohamiata y Tuxpan de Bolaños), administradas por promotores huicholes, y se favoreció la venta de artesanías. Con la ayuda de un programa de pequeños créditos el INI estimuló el mejoramiento en la calidad de los materiales artesanos y la introducción de nuevas herramientas, semillas y fertilizantes, demostrados en un campo agrícola experimental, también situado en San Andrés Cohamiata (*Ibidem*: 86-88; 94-95). En suma, el CCCH de los primeros años favoreció la transformación de unos cuantos núcleos poblacionales que supuestamente actuarían como punta de lanza en un proceso de monetización y “aculturación”.⁶ Asimismo, en Tepic se crearon una oficina de asesoría legal que ayudara a los indígenas a defenderse de los rancheros mestizos que invadían sus tierras comunales, y un servicio médico que instruía a los promotores en primeros auxilios y organizaba visitas médicas a cuatro comunidades donde se habían instalado pequeñas clínicas (*Ibidem*: 84-85; 143-145).

Dos temas merecerían un tratamiento mucho más extenso, para comprender el contexto de las relaciones entre el Estado y los huicholes: el conflicto agrario y la definición de la autoridad política. Sobre el primero, menciono sólo que un par de años después de que el INI entrara a la Sierra se habían expedido las resoluciones presidenciales que reconocían las tierras comunales (tras 40 años de luchas y negociaciones). Estas resoluciones distaron de ser satisfactorias: dejaban fuera de las jurisdicciones wixaritari, como propiedad privada o ejidos, muchos miles de hectáreas que los huicholes consideraban propias; por otro lado, ciertas tierras adjudicadas a las comunidades se encontraban invadidas, por lo que la lucha continuó (*cf.* Arcos 1994; Torres 2000:). En cuanto a la cuestión política, la situación era igual-

6. En el vocabulario indigenista, “aculturar” quería decir la introducción gradual de elementos “occidentales” en la vida cotidiana de los indígenas, supuestamente a cambio de la adquisición de elementos indígenas que enriquecerían el caudal de la cultura nacional. Esto último solía entenderse simplemente como la comercialización de artesanías.

mente complicada. El territorio wixarika está formado por las tres comunidades que los franciscanos y el gobierno colonial crearon en el siglo XVIII (San Andrés Cohamiata o Tateikie, San Sebastián Teponohuaxtlán o Wauta y Santa Catarina Cuexcomatlán o Tuapurie); sin embargo, ni los límites estatales ni los municipales son congruentes con los comunitarios. La mayor parte del territorio se encuentra dentro del municipio de Mezquitic, Jalisco; pero otra porción se encuentra en el municipio de Bolaños, Jalisco, y otras más en municipios de Nayarit, Zacatecas y Durango.⁷ En ningún caso la cabecera municipal coincide con un poblado huichol. De hecho, estos gobiernos municipales guardaban una relación distante y no pocas veces hostil hacia sus poblaciones indígenas;⁸ y así los huicholes mantuvieron un sistema de gobierno paralelo, que según la ideología indigenista de los sesenta –que coincidía con el segundo modelo estatal mencionado al comienzo– debía disolverse para dar paso a una integración política con la nación. Al constituirse las tres comunidades agrarias, podía esperarse que los respectivos Comisariados de Bienes Comunales establecieran una vinculación nacional más fuerte; pero lo que sucedió fue más bien que los Comisariados se integraron a la estructura del gobierno tradicional.

MÁS TRANSFORMACIONES: PLAN HUICOT , COPLAMAR Y LAS PRIMERAS ONGS

Así las cosas, en 1971 se puso en marcha el Plan Huicot (Huichol-Corra-Tepehuano). Dice un informante del poblado de Nueva Colonia:

Vinieron soldados a hacer más pistas aéreas y se nos dejaron venir muchas avionetas, del gobierno y privadas. También arreglaron algunos caminos. Los del Plan construyeron edificios para clínicas y escuelas, y les daban dinero a los padres de familia para que mandaran a sus hijos a la escuela.

7. En el municipio de Bolaños surgió el poblado huichol de Tuxpan de Bolaños, y en el de Nayarit, el de Guadalupe Ocotán. No son cabeceras comunales, pero cubren ciertas funciones análogas a las de ellas.
8. El ayuntamiento de Mezquitic ha incluido uno o dos regidores huicholes durante los últimos 20 años; pero éstos no son representantes oficiales de las comunidades.

La gente le tenía miedo a los soldados... y la llegada de turistas y mirones... era algo muy molesto.

En la reseña que hace José de Jesús Torres del Plan Huicot se pinta un panorama poco halagüeño. Aunque su principal diseñador era un funcionario capaz y probo de la Comisión Lerma-Chapala, el hecho de que la operación Huicot se convirtiera en uno de los proyectos favoritos del presidente Echeverría desencadenó una avalancha de acciones improvisadas; mediante éstas, las agencias federales y estatales competían entre sí. Se compraban tractores que luego nadie usaba, silos que caían en el abandono, chiqueros que carecían de mantenimiento porque los huicholes preferían dejar sueltos a los cerdos, instalaciones para baños garrapaticidas y talleres que poco a poco adquirían un estado ruinoso... (Torres 2000: 200-205). Los centros de salud construidos entonces no fueron utilizados por el personal médico, a causa de sus numerosas deficiencias, según el testimonio de una enfermera que vivió en San Andrés Cohamiata entre 1971 y 1973. Lo propio ocurría con los puestos veterinarios. Por otra parte, el dinero circulante aumentó como nunca. Entraba a través de los salarios que derramaba el Plan Huicot (en construcción de edificios, pistas y caminos), y también por venta de las artesanías que llevaban a las ciudades los intermediarios y los propios productores⁹. Asimismo, los créditos de avío que habían comenzado a funcionar desde el sexenio previo (sobre todo para la cría de ganado) se multiplicaron, merced a la benevolencia del nuevo BANRURAL (González Martínez 1987: 29-32); aunque, al parecer, se concentraron en manos de caciques e intermediarios (Torres 2000: 205-206). Ahora bien: lo que estaba ocurriendo en la zona había escapado en buena medida al control del INI, el cual concentraba sus esfuerzos preferentemente en las escuelas y en los albergues anexos a ellas. El Plan Huicot implicaba la ingerencia de los gobiernos de los estados de Jalisco, Nayarit y Durango, así como de varios ministerios y agencias federales. En teoría el INI conservaba la coordinación general de todos los esfuerzos; en la práctica tal coordinación era poco efectiva. Tampoco era muy efectiva la participación del Consejo Supremo Huichol, creado por iniciativa

9. Los cuadros de estambre huicholes se volvieron objeto de demanda nacional e internacional.

del presidente Echeverría, que pretendía unificar la representación informal de las comunidades.¹⁰ Aunque en él se encontraban personajes respetados por su liderazgo (por ejemplo en las luchas agrarias), acabó por ser un organismo meramente decorativo y pronto se extinguió.

El Plan Huicot cesó de funcionar en 1974, para dar lugar a una división tripartita de las responsabilidades, manifiesta en la creación de tres distintos centros coordinadores: uno en Tepic, Nayarit, para los coras; otro en Santa María Ocotán, Durango, para los tepehuanos, y otro más en Tuxpan de Bolaños, Jalisco, para los huicholes. El tercero empezó a funcionar en 1976, aprovechando instalaciones del abolido Plan. Pero no recuperó su espacio autónomo, puesto que el INI en conjunto fue subordinado a una nueva institución de carácter nacional: el Comité de Planeación para las Zonas Marginadas (COPLAMAR), que asumió, entre muchas otras, precisamente las funciones que antes tenía el INI de planificar y guiar acciones gubernamentales conjuntas. COPLAMAR introducía como el factor determinante en la definición del indígena su condición de marginado (y relegaba a un plano secundario los factores culturales); por ello hacía hincapié en hacerles accesibles los servicios sociales de que carecían: caminos, clínicas y escuelas. De nuevo, en la zona huichola la actividad constructora de COPLAMAR proporcionó empleos temporales y propició la derrama de circulante. La catástrofe financiera del gobierno mexicano en 1982 impidió la continuidad de este programa, aunque quedaron los caminos y los edificios. Por otro lado, en 1978 se había creado la Dirección General de Educación Indígena (DGEI) en la SEP, que asumió el control directo de las escuelas, y dejó al INI sólo con los albergues. La DGEI se hizo cargo también de la formación de maestros indígenas, así que el Centro Agropecuario de Promotores Indígenas de Mezquitic cerró sus puertas.

Durante la década de 1970 aparecieron las primeras organizaciones no gubernamentales (ONGs), fundadas por jóvenes universitarios de Guadalajara y la ciudad de México que habían prestado su servicio

10. Desde la década de 1950 existía un Consejo Supremo Tarahumara, creado por iniciativa de los promotores bilingües, que cumplió una función significativa de negociación con el INI en la Sierra Tarahumara, aunque nunca recibió reconocimiento oficial. Los llamados "consejos supremos de las tribus" de la década de 1970, impulsados desde arriba en muchas regiones indígenas, tampoco fueron reconocidos en ninguna ley o documento oficial (*cf.*: de la Peña 1995).

social profesional entre los wixaritari, o bien habían comenzado a visitarlos por curiosidad hacia lo exótico o esotérico y poco a poco se fueron comprometiendo con la promoción del bienestar y el desarrollo de la Sierra. Destacaron desde el comienzo dos organizaciones: la Asociación para el Desarrollo Ecológico de la Sierra Madre Occidental (ADESMO) y la Asociación Indígena de Asistencia Comunitaria (AIAC). La primera se interesaba en la medicina natural y el rescate ecológico, sobre todo de las riquezas forestales de la zona; impulsó la creación de aserraderos comunales que desplazarán a los aserraderos de invasores mestizos, y apoyó la defensa de las tierras y el fomento de las artesanías. La AIAC creó la Casa de Salud Huichol, que en Guadalajara recibía y atendía a enfermos que no podían ser curados con los recursos tradicionales de la etnia ni en las clínicas de la Sierra. La Casa de Salud se sostenía con trabajo voluntario de médicos y enfermeras, con donativos de los miembros y con ganancias de la venta de artesanías wixarika. Ambas ONGs contribuyeron a un mayor intercambio entre la Sierra y Guadalajara. Algunas familias de San Andrés Cohamiata y rancherías aledañas visitaban la ciudad y se hospedaban en las casas de sus amigos profesionales, quienes incluso apoyaban a algunos jóvenes para que prosiguieran sus estudios en la urbe.

ETNODESARROLLO, DESCENTRALIZACIÓN, FONDOS REGIONALES Y UNIONES DE PUEBLOS

El indigenismo de baja intensidad (por la escasez de recursos) del crítico sexenio 1982-1988 permitió al INI recuperar cierta autonomía, aunque los centros coordinadores quedaron subordinados a comités estatales. El énfasis en “la marginación” de los indígenas cedió el paso a un discurso que recogía las críticas radicales al indigenismo (tildado por sus detractores de paternalista y “etnocida”); empezó entonces a hablarse de la necesidad imperiosa de una nueva política de *etnodesarrollo*.¹¹ La estrategia del INI se redefinió en cuatro áreas:

11. En la redefinición de los discursos y las estrategias del indigenismo oficial jugaron un papel decisivo las organizaciones indígenas que surgieron desde la década de 1970. Véanse Bonfil (ed.) 1981; de la Peña 1995.

fomento a la producción, bienestar social, capacitación y asesoría, y fomento del patrimonio cultural. Esta última podía interpretarse de diversas maneras: desde promoción artesanal y folklórica, hasta respeto a costumbres y formas de gobierno étnico; lo importante era que, finalmente, las culturas étnicas se concebían como patrimonio de toda la nación. Formalmente, el INI debía incorporar representantes indígenas en varios niveles de planeación: el comunitario, el estatal, y el nacional. Conforme a las políticas descentralizadoras del gobierno de Miguel de la Madrid, el comité estatal tendría el papel clave en la definición de prioridades. En la práctica, la carencia de fondos hacía que simplemente se mantuvieran los programas que ya existían.

Al comienzo del sexenio de Carlos Salinas (1988-1994) el INI pareció recobrar sus ímpetus. La gran sorpresa fue el nombramiento, en el puesto de Director General, de un eminente antropólogo identificado con las críticas al indigenismo “aculturador”. Pero también la era de penuria parecía llegar a su fin.¹² Según testimonio de un ingeniero agrónomo (Guadalupe), quien llegó a trabajar al Centro Coordinador Huichol a finales de los ochenta, se respiraba un nuevo optimismo:

En 1989 nos llegó apoyo fuerte del Programa de Alimentos del Banco Mundial, para programas productivos: unidades bovinas, horticultura, artesanías... También había dinero para ampliar los servicios de los albergues. Manteníamos nuestros albergues, que eran ya 14, y negociábamos con la DGEI con el fin de que las escuelas mejoraran, que no hubiera nomás escuelas unitarias; también negociábamos con la Secretaría de Obras Públicas para mantener caminos y hacer algunos nuevos, y con la Secretaría de Salubridad y Asistencia para mantener las clínicas, que ya eran seis (aunque no todas tenían personal de planta). Negociábamos, negociábamos... Lo que nos dio más dinamismo, ya a partir de 1990, fue el Programa de Fondos Regionales de Solidaridad (FRS). Los recursos dependían del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), pero los manejaba el INI. La idea era que fuera la gente misma la que manejara esos fondos. Pero había que crear una organización, que fuera representativa del pueblo huichol y además tuviera personalidad jurídica para recibir y administrar dinero. Así nació la idea de la Unión de Comunidades Indígenas Huicholas de Jalisco (UCIHJ).

12. Sobre el indigenismo salinista, véase Oemichen Bazán (1999).

El fracaso del Consejo Supremo había dejado una huella de escepticismo entre los wixaritari acerca de la utilidad de una organización paraguas. Pero el optimismo de Guadalupe, y de un médico veterinario (Polo), también funcionario del INI, que se ganó prestigio y estima por haberse unido a la lucha en contra de un aserradero ilegal, montado por una empresa talamontes de la capital estatal (Productos Forestales de Guadalajara), consiguieron la anuencia de las autoridades wixaritari.

Me di cuenta —dice Polo— de que el problema de tierras era enorme (nomás en Puente de Camotlán había 22 000 hectáreas invadidas), y de que las comunidades necesitaban formar un frente común; pero también había problemas de tierras entre ellos, por los lugares sagrados. Los gobernadores ni se conocían entre sí. A veces, las propias autoridades comunales permitían o propiciaban la renta de tierras a extraños. Y las dependencias [del gobierno federal y estatal] ni se enteraban de nada. En el INI ni siquiera teníamos un especialista en cuestiones forestales, siendo la Sierra Huichola una zona eminentemente forestal. Como todos estábamos concentrados en el CCH, las visitas eran trabajosísimas. Empezamos entonces a trabajar a nivel microrregional, con tres encargados que vivieran en puntos estratégicos, y no que operaran desde lejos. Es una tarea muy difícil y mal pagada, por lo que hay mucha rotación de personal, pero así logramos mayor presencia y aceptación. Para crear la UCIHJ hicimos reuniones preparatorias de concientización. Se hizo un Consejo de Administración con los tres presidentes de los Comisariados de Bienes Comunales, que eran las autoridades reconocidas por el gobierno, pero los tres gobernadores tradicionales quedaron ex officio en el Comité de Vigilancia (y lo logramos pese a que se oponía la propia Secretaría de la Reforma Agraria), lo cual legitimó a la UCIHJ hacia dentro de las comunidades. Con todas ellas de común acuerdo, se nos hizo, por ejemplo, sacar a un maderero invasor. En la constitución del Fondo Regional actuaban cinco representantes efectivos nombrados por cada comunidad, que presentaban los proyectos, y la UCIHJ los aprobaba. Igualmente, la UCIHJ debía nombrar el Consejo Directivo del FRS.

Los FRS recibían apoyo del Banco Mundial. Pueden definirse como programas de créditos blandos para el apoyo a proyectos productivos, que son aprobados, administrados y vigilados por las comunidades, y

cuya continuidad depende (en teoría) de su recuperación. En la Sierra Huichola se emprendieron proyectos de cría de ganado, explotación forestal, tiendas y unidades de transporte. La propia UCIHJ se hizo cargo de una línea de autobuses que mejoró las comunicaciones en la sierra. Sin embargo en la mayoría de los proyectos la recuperación fue muy problemática. En algunos casos, la falta de rentabilidad se debía a problemas ajenos a los emprendedores; por ejemplo, los permisos forestales tardaron años en llegar. Los funcionarios del INI hoy reconocen que se fue muy de prisa; se aprobaban los proyectos sin evaluarlos cuidadosamente, sin capacitar en lo técnico y en lo administrativo a la gente, y sin combatir el paternalismo que siempre ha caracterizado las relaciones entre el INI y los indígenas. Otras críticas hablan directamente de manejos deshonestos; asimismo, se afirma que los FRS han beneficiado sobre todo a “los de siempre”: los mismos que desde años han acaparado los empleos, las facilidades comerciales, los subsidios y los créditos ganaderos.

En el mismo periodo salinista se crearon delegaciones del INI en todos los estados. La de Jalisco se fundó en Guadalajara en 1992. Con esto, la atención del INI a la etnia huichol se fragmentó definitivamente, pues los wixaritari nayaritas quedaron bajo otra jurisdicción. Un poco antes se había creado la Procuraduría de Asuntos Indígenas (PAI) del Estado de Jalisco. Ambas instituciones –Delegación y Procuraduría– se propusieron trabajar no sólo en la zona norte, con los huicholes, sino también con los pueblos nahuas de la porción sur del estado, que hasta entonces habían sido ignorados. El ocupante de ambos puestos en 1992 era la misma persona (Ignacio, quien había sido presidente municipal de Mezquitic y conocía bien los problemas de los huicholes); por su iniciativa se creó la Casa Jalisciense para la Cultura Indígena, que albergaba una tienda de artesanías, una sala de conferencias y espectáculos, y un grupo de teatro indígena, amén de las oficinas de la Delegación y la PAI, y las de dos nuevas instituciones: el Fideicomiso para la Artesanía Indígena, y el Fideicomiso de los Niños Indígenas. Ignacio y Polo protegieron la UCIHJ y propiciaron la fundación de sendas Uniones de Pueblos Indígenas Nahuas, una en el municipio sureño de Tuxpan (donde incluso funcionó brevemente

un centro coordinador) y otra en la Sierra de Manantlán, que se encuentra en la frontera entre Jalisco y Colima.¹³ Su papel fundamental sería recibir y administrar FRS, así como los programas de los dos fideicomisos, y también participar y coadyuvar en el fomento general a la cultura y la defensa de los intereses de los pueblos indígenas. La historia de estas fundaciones, así como la de la Sierra Huichola en la década de 1990 está vinculada a la de la continuidad de las ONGs en Jalisco.

La reorganización nacional del INI en 1989 había convertido el Departamento de Asuntos Jurídicos (que vigilaba que los indígenas, al ser llevados ante los tribunales, contaran con un traductor y una defensa adecuada) en una Dirección de Procuración de Justicia, dedicada a defender los intereses indígenas no sólo en los tribunales sino también en materia agraria y respecto de las agresiones que sufriera su cultura. Asimismo, se reforzaron y ampliaron las funciones de capacitación y promoción del patrimonio cultural. Todas estas tareas requerían de la movilización pacífica y de la organización de los grupos indígenas en las regiones étnicas, y para ello se buscó ayuda en las ONGs. En Jalisco, varios miembros del antiguo ADESMO fundaron un nuevo organismo civil llamado Asociación Jalisciense de Ayuda a Grupos Indígenas (AJAGI), en 1990. Por azares del destino, uno de los jóvenes universitarios (Guillermo) que había participado en la fundación de AIAC y ADESMO ocupaba entonces la Dirección Nacional Adjunta del INI, y apoyó con entusiasmo la labor mediadora de la AJAGI. De inmediato se puso en marcha un proyecto de investigación sobre derecho consuetudinario y tierras comunales en la Sierra Huichola, donde participó un joven huichol (Samuel) que por entonces terminaba la carrera de leyes en la Universidad de Guadalajara. Según su testimonio:

Yo no tenía idea de qué era eso del derecho consuetudinario, pero con ayuda de un maestro de la Facultad preparé un cuestionario y me lancé a la sierra a platicar con los ancianos... Fui aprendiendo el papel de los sueños, y

13. No debe confundirse el municipio de Tuxpan, en el sur de Jalisco, con el poblado huichol de Tuxpan de Bolaños, que pertenece al municipio jalisciense de Bolaños. La atención a Manantlán comenzó en 1994, tras el levantamiento zapatista, pues se rumoraba que ahí también había guerrillas.

cómo nuestras costumbres se justifican por una versión propia de la historia... Tengo ahora materiales para un libro sobre la evolución del derecho wixarika... y esta visión propia del derecho es una fuente para la defensa de la tierra, junto con el derecho agrario mexicano, que nos da la razón, aunque en la práctica se hayan hecho mal las cosas por parte de autoridades torpes y corruptas. Actualmente se pueden documentar más de 300 casos de invasión, en las tres comunidades... Algunos se han ido resolviendo, pero queda mucho por hacer.

Se echaron a andar también, de forma regular, talleres de educación de adultos en varios poblados wixaritari. Con apoyo de antropólogos, se realizó un trabajo de peritaje que mostró que las rancherías situadas en una de las zonas en litigio con ejidos mestizos eran efectivamente huicholas, y habían estado ahí desde tiempo inmemorial; por lo que debía inferirse que esas tierras pertenecían al pueblo wixarika (véase Liffman *et al.* 1993). Este peritaje, junto con las pesquisas del proyecto sobre tierras comunales y las demandas legales empujadas por la UCIHJ y la propia AJAGI, contribuyó a lograr sentencias favorables y devoluciones de tierras. Por otro lado, la AJAGI, en colaboración con el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO, la universidad jesuita de Guadalajara), emprendió el proyecto innovador de una secundaria intercultural totalmente manejada por maestros huicholes, donde los alumnos, además de cursar las asignaturas oficiales, profundizaran en el conocimiento de la propia cultura wixarika (Rojas Cortés 1999).

En el municipio sureño de Tuxpan, los apoyos del INI se canalizaron hacia dos asociaciones locales: la Casa de Salud Tradicional (*Calli Tecolhaucateca Tochan*) y la Casa de las Culturas Indígenas. Con ambas, la AJAGI ha mantenido buenas relaciones, pero la asesoría más importante les ha venido de un grupo universitario: la Unidad de Apoyo a Comunidades Indígenas (UACI), sostenida por la Universidad de Guadalajara a partir de 1994, en el contexto del interés por los temas étnicos que suscitó la rebelión de Chiapas. La UACI, para propósitos prácticos, funciona como una ONG; maneja un lenguaje etnicista radical; y —en forma análoga a la AJAGI— ejerce una función intermediaria entre el INI y los grupos indígenas. La UACI tiene un vínculo parti-

cularmente fuerte con la Casa de Salud Tradicional de Tuxpan, cuya dirigente (Mari Chuy) visitó muchas veces la Sierra Huichola y la Sierra de Manantlán para organizar talleres de medicina tradicional, dirigidos específicamente a mujeres; estos talleres, además de su labor de rescate cultural, buscaban fomentar la participación pública de las mujeres indígenas. Mari Chuy también se convirtió en la delegada de ciertos grupos nahuas jaliscienses ante el Congreso Nacional Indígena, lo cual no fue bien visto por la gente de la Casa de las Culturas Indígenas, que no simpatizan con el neozapatismo. El líder de esta Casa (Antonio) fue el primer presidente de la Unión de Comunidades Indígenas Nahuas de Tuxpan (UCINT), así como el primer presidente del Fondo Regional de Tuxpan, y ocupó cargos en la Procuraduría de Asuntos Indígenas y en la Comisión Estatal de Derechos Humanos. Uno de sus intereses principales ha sido la revitalización de las danzas y ceremonias tuxpanecas, donde ha recibido asesorías y asistencia de la UACI y de Dulce Camino, A.C., otra ONG tapatía que está dedicada sobre todo a la promoción del arte indígena.

En el municipio de Tuxpan existe una división similar a la de Mezquitic: en ciertas localidades nucleadas viven “los indios” y en otras “los mestizos”. Sin embargo, en la cabecera municipal tuxpaneca coexisten ambos grupos, si bien en diferentes barrios. Además la estructura de gobierno indígena se ha debilitado mucho; el Consejo de Ancianos desapareció al principio del siglo XX y sólo quedan mayordomías que tienen funciones sobre todo rituales. Así, una labor de la UCINT ha sido buscar formas de representación específicamente indígena, al nivel municipal. Aunque una buena parte de la gente indígena carece de tierras, no ha surgido un movimiento agrario significativo (cfr. Lameiras 1990). En contraste, en la Sierra de Manantlán la población indígena se encuentra fuertemente segregada social y espacialmente, y una de sus señas de identidad ha sido durante siglos la lucha por la tierra (cfr. Rojas, coord., 1996).

Situada en el municipio de Cuauhtitlán de García Barragán, la Sierra de Manantlán alberga algunos poblados nucleados (Ayotitlán, Telcruz, Cusalapa, que son cabeceras comunales) y docenas de rancherías dispersas y de difícil acceso. La cabecera municipal se encuentra en un

valle al pie de la sierra, y sus pobladores se ufanan de “no ser indios”. Por su parte, los pobladores serranos siguen considerándose indígenas, aunque han perdido la lengua (nahua) y la indumentaria tradicional. Desde la década de 1920, la sierra fue gradualmente invadida por empresas madereras que, con el apoyo de las familias políticas dominantes en la región, devastaron la riqueza forestal. En el caso de la comunidad de Ayotitlán y las rancherías de su entorno y jurisdicción, la petición de tierras comunales fue bloqueada por los empresarios y sus protectores, para impedir la organización defensiva. El Consejo de Ancianos, que encabezaba la lucha agraria, fue brutalmente agredido y en 1956 varios de sus miembros fueron asesinados. En 1964 se logró una acción positiva por parte de la Comisión Nacional Agraria, pero esta acción modificaba la petición original –no se restituyeron las tierras sino se constituyó un ejido–, mutilaba el territorio y tardó doce años en ejecutarse. En la década de 1970 se avanzó en la defensa de los bosques, con apoyo de curas progresistas que organizaron Comunidades Eclesiales de Base, maestros vinculados a organizaciones campesinas nacionales, y universitarios que realizaron estudios agronómicos y sociológicos (véase Guzmán 1985; Rojas, coord., *op.cit.*). Los estudios sirvieron de base a la creación de una Reserva de la Biósfera que protegiera los valiosos recursos bióticos de la sierra. La Reserva fue aprobada por el gobierno federal en 1986 y puesta bajo el cuidado de la Universidad de Guadalajara; con ella, se logró la expulsión de los talamontes. Al crearse la Delegación Jalisco del INI, la fundación de la UCINM y la operación de los FRS se llevaron a cabo a partir de las organizaciones y redes creadas durante las luchas previas.

LOS AÑOS DE FRAGMENTACIONES Y TRANSICIONES

El sexenio presidencial de Ernesto Zedillo comenzó con “el error de diciembre” de 1994, que desencadenó una nueva crisis económica y una renovada penuria de los programas sociales. El INI no fue la excepción en los recortes presupuestales, aunque los Fondos Regionales, a los que se suprimió la adjetivación “de Solidaridad”, todavía mantuvieron (si bien no ampliaron) sus presupuestos durante 1995 y 1996. En 1997, en

cambio, tras una evaluación rigurosa, muchos FR vieron reducidos sus caudales, como sanción a su deficiente funcionamiento; entre ellos, los de Jalisco.¹⁴ En la Sierra Huichola, la UCIHJ fue despojada de la administración de este programa, y en su lugar se creó un FR –con capacidades muy mermadas– en cada comunidad. El CCH, de retorno en Mezquitic, centra ahora la mayoría de sus esfuerzos y (escasos) recursos en la operación, mantenimiento y mejora de los albergues, aunque no ha descontinuado sus apoyos a la protección del patrimonio cultural, que consisten más que nada en subsidios para la realización de algunas fiestas y peregrinaciones. Por otro lado, las relaciones entre la Delegación Jalisco del INI y la UCIHJ se habían enfriado, hasta cierto punto. La nueva Delegada, una investigadora de la Universidad de Guadalajara que había participado en años previos en los estudios sobre Manantlán, propició un estudio agroecológico de la Sierra Huichola y, con base en él, lanzó la idea de crear otra Reserva de la Biósfera, esta vez en tierras huicholas, para protegerlas de depredadores e invasores.¹⁵ Sin embargo, la UCIHJ reaccionó violentamente en contra de esta idea, que no le había sido consultada y consideraba peligrosa para su autonomía; y además porque su logotipo aparecía (sin autorización) en el texto de la propuesta. En una carta dirigida al Presidente de la República, y difundida en los medios, los dirigentes de la Unión expresaron su rechazo a perder todavía más el control de su territorio:

Usted, Sr. Presidente, ha repetido en varias ocasiones la voluntad de su gobierno por hacer respetar la cultura y la verdadera voz de los pueblos indígenas. Tenemos muchos problemas. El que consideramos principal es el de nuestras tierras. Todas las comunidades Wixaritari de Jalisco sufren invasiones de parte de ganaderos mestizos y llevamos décadas gestionando en las instancias legales y demostrando con claras evidencias lo que nos pertenece. Por lo que las dependencias, en lugar de estar promoviendo proyectos alejados de nuestras necesidades, deberían asumir las responsabilidades que tienen para resolver nuestra problemática agraria.

14. Para ser mínimamente justos, habría que decir que la gran mayoría de los créditos concedidos en las últimas décadas al agro mexicano (y no sólo a los indígenas) terminaron en cartera vencida. Y que en otras regiones del país hubo FRS que funcionaron muy bien.
15. La propuesta fue presentada en el Foro sobre Cultura Popular y Diversidad, celebrado en la ciudad de México los días 5 y 6 de septiembre de 1996.

Imagine usted un panorama (...) protegido por biólogos y técnicos pero invadido por ganaderos mestizos protegidos por los poderosos de este país. No estamos de acuerdo. Sí estamos de acuerdo en cambio en que nos dejen decidir. Tenemos más años de conocer y cuidar nuestro territorio que ustedes (...).¹⁶

En las comunidades sureñas también se redujeron los FR (aunque el de Manantlán mostraba un funcionamiento aceptable) y se puntualizaron los apoyos al patrimonio cultural. Todo esto ocurría en un contexto nacional en donde la relación entre el Estado mexicano y los pueblos indígenas se había vuelto ambigua y contenciosa. Los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, firmados por el EZLN y los representantes del gobierno mexicano en enero de 1996, habían sido saludados con júbilo prácticamente por todas las organizaciones indígenas del país, incluso por las más oficialistas. El INI había asumido la misión de difundir y glosar los Acuerdos, que supuestamente se traducirían en una serie de reformas constitucionales. Cuando esto no sucedió, y el presidente Zedillo manifestó su rechazo a ciertos aspectos clave de los Acuerdos, el papel nacional del INI pareció quedar en entredicho. En los estados, además, debido a nuevos programas de descentralización del gasto federal, las delegaciones disminuyeron aún más su capacidad de coordinar o guiar las acciones gubernamentales hacia las comunidades indígenas. De hecho, en Jalisco (como en otros estados), los recursos para fomento productivo e infraestructura ya no se canalizan a través del INI,¹⁷ sino a través del Subcomité para el Desarrollo Sustentable de Etnias y Regiones Prioritarias, que depende del Comité de Planeación para el Desarrollo Estatal (COPLADE) y es presidido por la Secretaría de Desarrollo Rural del Gobierno del Estado. El INI forma parte de este Subcomité, como una entre otras 32 instituciones públicas; y las comunidades indígenas no son objeto de estrategias especiales, sino tienen en principio el mismo estatus que otros

16. Carta de la Unión de Comunidades Indígenas Huicholas de Jalisco al Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, 8 de septiembre de 1996.

17. En el presupuesto operativo de la Delegación Jalisco para 1999, de un total de \$14'569,669.72, sólo 961,470.51 se destinaban a "infraestructura social" (construcción de seis pequeñas obras de agua potable y dos aulas, y mejoramiento de 28 viviendas), mientras que siete millones y medio de pesos se destinaban a los albergues (becas, equipamiento y reparación). Véase INI-Jalisco 1999.

cientos de comunidades ubicadas en 47 municipios considerados “marginados” (véase SEDER 1998). Por otra parte, en las comunidades actúan directamente una docena o más de programas federales y estatales: el Programa de Educación y Salud (PROGRESA), el Programa de Ayuda al Campo (PROCAMPO), Crédito a la Palabra, Desarrollo Integral de la Familia (estatal y municipales), Protección Forestal (federal y estatales), Programas de Salud (federales y estatales), etc. Si acaso, estos programas piden ayuda práctica al INI, pero no orientan sus acciones según directivas indigenistas.

A esta fragmentación de la acción pública hay que añadir las actividades de las ONGs. La Casa de Salud Huichol continúa su labor de asistencia médica y la AJAGI no cesa en sus tareas de asesoría legal y agraria. Una ONG que no ha sido mencionada, Conservación Humana, A.C., realiza estudios prospectivos en la Sierra y en el desierto de San Luis Potosí, a donde los huicholes acuden en su peregrinación de recolección ritual de peyote. En cuanto a la UACI, ha seguido promoviendo talleres de medicina natural y educación de adultos, y en Ayotitlán ha abanderado un movimiento para rehacer el Consejo de Ancianos, rescatar la cultura tradicional y convertir el ejido en una comunidad agraria. La UACI también auspició reuniones de discusión y trabajo entre nahuas del sur y huicholes del norte, así como viajes de delegaciones indígenas jaliscienses a las sesiones del Congreso Nacional Indígena (cfr. UACI, s.f.).

CONSIDERACIONES FINALES

Al comienzo de este ensayo se planteaba que la modernización del Estado ha implicado históricamente la aparición de un nuevo discurso de orden público. En este discurso se define el poder como un principio de organización general en donde participa toda la población —ya no de súbditos sino de ciudadanos—; al mismo tiempo, tal organización se identifica con la implantación de una cultura nacional convergente, vista como instrumento indispensable para evitar la exclusión de los grupos débiles. No obstante, en los países postcoloniales los grupos étnicos han insistido muchas veces en mantener culturas e identidades diferen-

ciadas como un aspecto esencial de su participación en el Estado. El gran desafío para éste, entonces, es reconocer estas diferencias y, al mismo tiempo, evitar que tales grupos permanezcan en situación subordinada, desventajosa y alienada de la jurisdicción estatal. El indigenismo mexicano surgió y fue transformándose en respuesta a este desafío. Sin embargo, ante la complejidad del problema, ha generado discursos y estrategias muy heterogéneas, sobre todo a partir de la crisis de la política de “desarrollo estabilizador” mantenida por un régimen que se proclamaba nacionalista y popular. Desde la década de 1970 el Estado ha diversificado y fragmentado las instituciones y actividades que conciernen a los pueblos indígenas, y éstos, además de ser interpelados de muy variadas maneras por el Estado, los son en forma igualmente múltiple por actores de la sociedad civil.

Si bien el caso de Jalisco ejemplifica los esfuerzos de los diversos actores indigenistas, también muestra que estos esfuerzos han tenido resultados heterogéneos y que, a la postre, las brechas estamentales continúan. Y hay otro aspecto fundamental de las políticas oficiales indigenistas que resalta nítidamente en la situación jalisciense: el acceso a sus beneficiarios y su inclusión en el dominio estatal ha requerido de la ayuda de intermediarios políticos y culturales, entre los que podemos mencionar a los propios funcionarios indigenistas, los promotores indígenas formados por el INI, los maestros formados por la DGEI, los gobiernos indígenas tradicionales, las nuevas organizaciones indígenas, las ONGs, los funcionarios de otras dependencias públicas, los grupos universitarios... Como ocurre con cualesquiera intermediarios, para ser eficaces deben tener una doble representatividad y por tanto ser capaces de adoptar puntos de vista alternativos; y además suelen tener sus propias interpretaciones e intereses, lo cual vuelve sus acciones muy complicadas. Pero analizar estas acciones será objeto de otro ensayo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1967) *Regiones de refugio. El proceso dominical y el desarrollo de la comunidad en la América indomestiza*, México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Arcos, Angeles (1994) "Las velas tateikietari: invocando la lluvia y la lucha de un pueblo", tesis para obtener el grado de Maestra en Desarrollo Rural, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Bonfil, Guillermo (ed.) (1981) *Utopía y revolución. El pensamiento político de los indígenas latinoamericanos*, México: Nueva Imagen.
- De la Peña, Guillermo (1995) "La ciudadanía étnica y la construcción de 'los indios' en el México contemporáneo", *Revista Internacional de Filosofía Política*, 6, pp. 116-140.
- De la Peña, Guillermo (2000) "Continuidad y cambio en la política social hacia los indígenas", en Rolando Cordera y Alicia Ziccardi (comp.), *Las políticas sociales en México al fin del milenio. Descentralización, diseño y gestión*, México: Miguel Angel Porrúa/UNAM:
- Foucault, Michel (1991) "Governmentality", en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault effect*, Chicago: University of Chicago Press.
- Furnivall, J.S. (1948) *Colonial Policy and Practice. A Comparative Study*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Gamio, Manuel (1916) *Forjando patria. Pro-nacionalismo*, México: Librería de Porrúa Hnos.
- González Martínez, Juan Manuel (1987) *Los huicholes: ganaderos prósperos de Jalisco*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- Guzmán, Rafael (1985) *Protección e investigación del habitat del zea diploperennis*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- INI-Jalisco (1999) *Programa de trabajo y operativo anual*, Guadalajara: Delegación Jalisco del Instituto Nacional Indigenista.
- Jáuregui, Jesús (ed.) (1992) *Bibliografía del Gran Nayar: Coras y Huicholes*, México: CEMCA/INI.
- Knight, Alan (1994) "Popular Culture and the Revolutionary State in Mexico, 1910-1940", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 72, núm. 3, pp. 393-444.
- Lameiras, José (1990) *El Tuxpan de Jalisco. Una identidad danzante*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Liffman, Paul, Beatriz Vázquez y Luz María Macías (1997) "Práctica ceremonial, tenencia de la tierra y lucha territorial de los huicholes", en R.I. Estrada Martínez y G. González Guerra (comps.), *Tradiciones jurídicas en comunidades indígenas de México*, México: Comisión Nacional de Derechos Humanos.
- Oemichen Bazán, María Cristina (1999) *Reforma del Estado, política social e indigenismo en México, 1988-1996*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.

- SEDER (Secretaría de Desarrollo Rural) (1998) *Un nuevo horizonte en el desarrollo de las etnias de Jalisco. Wixaritari (huicholes) y nahuas*, Guadalajara: Gobierno de Jalisco-SEDER.
- Reed, Karen Barbara (1972) *El INI y los huicholes*, México: Instituto Nacional Indigenista.
- Rojas Cortés, Angélica (1999) "Escolaridad e interculturalidad. Los jóvenes wixaritari en una secundaria de huicholes", tesis de Maestría en Antropología Social, CIESAS Occidente, Guadalajara.
- Rojas, Rosa (coord.) (1996) *La comunidad y sus recursos. Ayotitlán ¿desarrollo sustentable?*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara/INI.
- Torres, José de Jesús (2000) *El hostigamiento a "el costumbre" huichol. Los procesos de hibridación social*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- UACI (Unidad de Apoyo a Comunidades Indígenas) (s.f.) "Andamos en pie de lucha...", Guadalajara, edición policopiada.

Miradas antropológicas al campo jalisciense¹

Patricia Arias y Rodolfo Fernández

...an equitable relation of man to land
is crucial to achievement of a wholesome and
viable society...
Paul S. Taylor

RESUMEN

Síntesis analítica de la antropología rural en Jalisco de 1931 al 2000. Entre 1973 y 1974, inician los grandes proyectos colectivos, que continúan entre 1976 y 1978. El estudio de la migración a los Estados Unidos entre 1981 y 1983, marca un hito importante. Se documenta la transformación organizativa de las regiones en función del relevo de la agricultura por la agroindustria, la manufactura y la ganadería industrial. Por último, se revisan las concepciones tempranas de lo espacial y lo regional.

INTRODUCCIÓN

Hasta los años sesenta uno de los ámbitos privilegiados por la investigación antropológica en México fue el mundo rural. Esto no era ca-

1. Agradecemos muy sinceramente los comentarios y aportaciones pertinentes, sagaces y meticulosos que hicieron a una versión preliminar de este trabajo Jorge Alonso, Ricardo Ávila, Francisco Barbosa, Gerardo Bernache, Jorge Durand, Luisa Gabayet y Otto Schondübe. Gabriel Torres nos proporcionó, muy gentilmente, un texto sobre la historia y los trabajos que generó el proyecto Wageningen-El Colegio de Jalisco-CIESAS (Apéndice 1). Agradecemos también la amabilidad de Vanessa Medrano que nos hizo llegar la información sobre los estudiantes de la maestría del CIESAS (Apéndice 2). Desde luego, ninguno de ellos es responsable de lo que ha quedado aquí finalmente expuesto.

sual. La antropología social se desarrolló primero y sobre todo en aquellos espacios donde abundaba la población indígena, una de las preocupaciones centrales de la naciente disciplina después de la revolución de 1910, así como de los intereses académicos de los estudiosos norteamericanos que comenzaron a llegar a México a encabezar o formar parte de grandes proyectos de investigación en regiones donde predominaba la población indígena. Aunque con orientaciones distintas y preocupaciones diferentes, los antropólogos mexicanos, los norteamericanos y, en menor medida, los franceses, convergieron en un mismo espacio –el mundo rural– porque era en éste donde vivía el grueso de los grupos indígenas del país.

De esta manera, para el período 1930-1960 contamos con un arsenal tan impresionante como excelente de monografías y estudios de temas particulares acerca de comunidades y sociedades rurales predominantemente indígenas de estados como Chiapas, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Yucatán, en menor medida Hidalgo y el Estado de México, como puede verse en la obra colectiva *La antropología en México*, coordinada por Carlos García Mora (1988). Sin pretenderlo, por supuesto, la prolongada orientación indigenista y culturalista de la antropología sesgó la mirada y limitó el interés por espacios, como el jalisciense, donde la sociedad indígena tenía una presencia menor en el conjunto de la población. Conviene aclarar, sin embargo, que hubo algunos estudios pioneros sobre los huicholes, coras y tepehuanes, que habían persistido en varios confines del estado, como han mostrado Barbro Dalhgren Jordán (1988) y Jesús Jáuregui en una meticulosa recuperación bibliográfica (1992). Pero esos estudios, hasta donde sabemos, no hicieron huella en el camino de la antropología de Jalisco².

No resulta temerario afirmar que la escasez de población indígena fue un elemento que pospuso, por así decirlo, la investigación antropológica en Jalisco en comparación con otras entidades del país (Fábregas, 1999). La aparición sistemática de Jalisco en el mapa antropológico na-

2. Esto ha comenzado a cambiar. Jesús Jáuregui ha iniciado una tarea sistemática de recuperación, recopilación y publicación de textos sobre esos grupos indígenas (Jáuregui, 1993), entre los que destaca la recuperación de la vida y los trabajos de Konrad Theodor Preuss entre y sobre los coras y huicholes (1998). Una investigación más reciente sobre el ciclo ritual y la identidad de los huicholes es la de Jay Courtney Fikes (1985).

cional data de los años setenta. A partir de ese momento y en relativamente poco tiempo se ha hecho mucho por entender, aceptar y trabajar con la noción de que la sociedad rural jalisciense puede ser vista como una modalidad histórica peculiar, en buena medida diferente de vivir en el campo pero igualmente generadora de sistemas complejos de organización social, de cultura y códigos culturales rurales; sociedad que debe ser vista hoy como parte de un mundo rural en plena transformación económica y social.

Esa primera peculiaridad fue seguramente la que atrajo al Jalisco rural de principios de los años treinta a un joven norteamericano especialista en asuntos agrícolas: Paul S. Taylor, el pionero indiscutible de los estudios sobre el campo jalisciense, cuyos trabajos reivindicamos como los primeros estudios antropológicos en el estado. Al hacerlo estamos reconociendo que el mundo estudiado por Taylor corresponde en mayor medida al poblamiento y la cultura rural jalisciense más extendida por la geografía estatal, que al modelo de poblamiento y organización de la sociedad indígena. De ahí que se pueda decir que Paul S. Taylor dejó una huella profunda en la antropología jalisciense, en el camino de la antropología mexicana. Su trabajo sobre Arandas ha sido ampliamente utilizado por los estudiosos de la migración y de Los Altos de Jalisco. En los últimos años, Jorge Durand (1991; 2000) se ha encargado de rescatar otros aspectos de la obra de Taylor en relación a los trabajadores mexicanos en Estados Unidos.

EL PIONERO SOLITARIO

PAUL S. TAYLOR, 1931

Paul S. Taylor no era antropólogo. Él estudió, se identificó y fue reconocido siempre como un experto en cuestiones agropecuarias, en las cuales trabajó toda su vida en diferentes partes del mundo (Durand, 2000; Taylor, 1981, 1983). Sin embargo, su manera de generar, procesar y analizar información corresponde a la mejor tradición antropológica: recorridos de campo, observación participante y, sobre todo, entrevistas hechas con tanta certeza como sabiduría y simpatía por sus informantes. Taylor, como el mejor etnógrafo, se sorprende, recoge y

reflexiona sobre cada afirmación que hacen sus entrevistados. Su investigación sobre Arandas es un ejemplo de investigación etnográfica de comunidad. George M. Foster llegó a decir que el artículo de Taylor acerca de la alfarería en San José Tateposco, que se publica por primera vez en español en este mismo número de la revista, era un modelo de trabajo etnográfico. La investigación de Taylor sobre la migración en Arandas inauguró lo que hoy, setenta años después, puede parecer obvio pero entonces no lo era: la necesidad de estudiar el fenómeno migratorio en los lugares de origen y de destino de los trabajadores (Durand, 1991).

¿Cómo llegó Taylor a Arandas, un pueblo tan distinto y distante de la investigación social que se hacía en ese tiempo en México? Decía, años más tarde que, en ese mundo infinito de inmigrantes que llegaban a Estados Unidos, le habían llamado la atención los mexicanos por dos motivos: por una parte, porque se trataba de una migración que se estaba incrementando y porque los mexicanos mantenían estrechos vínculos con el trabajo de la tierra (Taylor, 1983). Él los había seguido en sus desplazamientos laborales por Colorado, Texas, Illinois, Michigan y Pennsylvania pero quería conocer la fuente, el lugar de origen de esos migrantes que, en muchos casos, era, él lo sabía, una región particular del centro de México: Los Altos de Jalisco. Una beca Guggenheim le permitió llegar a Arandas en 1931, cuando el país y la región alteña resentían todavía el impacto de la gran deportación de trabajadores mexicanos que acarrió la crisis de 1929 en Estados Unidos.

La preocupación de Taylor no era la caracterización de la sociedad rural arandense, pero dejó uno de los mejores retratos de ella: una población básicamente española, católica, endogámica, conservadora, formada por pequeños propietarios que habían hecho su propia reforma agraria y, por lo mismo, eran enemigos férreos del agrarismo que cundía en otras regiones; donde los hombres, sobre todo jóvenes y solteros, habían comenzado a irse, desde 1905 más o menos, a trabajar de manera estacional a Estados Unidos (Taylor, 1933a; 1991). La migración internacional parecía estar integrada, desde ese tiempo, a un calendario anual de actividades y festividades de la sociedad rural.

A partir del ejemplo de Arandas, Taylor estaba descubriendo y mostrando que en el campo mexicano había diferentes trayectorias, posibilidades y maneras de ser rural. Aunque no lo desarrolló, Taylor utilizó cada vez con mayor frecuencia el término “ranchero” para referirse a los arandenses. Ellos habían aprovechado la venta de las haciendas en los siglos XIX y XX para volverse pequeños propietarios de tierras que, aunque Taylor lamentablemente no abundó en el tema, parecían bastante pobres. Mencionó que tradicionalmente más de la mitad de la tierra arandense (59%) solía estar dedicada a la pastura, aunque señaló también que, en el momento de la investigación, se estaba intensificando el uso agrícola de los terrenos (50%), así como la siembra de linaza y de agave para tequila (*Ibidem*).

La migración de jaliscienses a Estados Unidos, bien lo sabía Taylor, desbordaba el espacio alteño. Siguiendo a dos migrantes que había conocido en una fundidora en Bethelhem, Pennsylvania, y habían regresado a su tierra expulsados por la Gran Depresión, Taylor viajó en 1931 y 1932 hasta San José Tateposco, un pequeño pueblo alfarero cercano a Tonalá y a Guadalajara (Taylor, 1933b; Durand, 2000). Su informante había vuelto a trabajar en la alfarería y se mostraba contento de haber regresado a su tierra. En Estados Unidos, aseguraba, no había libertad; su esposa, en cambio, le había respondido a Taylor que a ella le había gustado, porque había mayor libertad (Durand, 2000). Este argumento, que hasta hoy se reitera y ha sido recuperado por la academia, sobre todo en los estudios de género, sin duda forma parte de la diversidad de discursos que han construido el horizonte migratorio de hombres y mujeres en Estados Unidos.

A raíz de la depresión en Estados Unidos, Taylor dejó de privilegiar su trabajo académico en beneficio de las consultorías para agencias gubernamentales que lo llevaron por todo el mundo, pero ya no volvió a nuestro país. Su trabajo sobre la migración mexicana fue inmediata y ampliamente conocido en Estados Unidos, no así en México (*Ibidem*). Con la salida de Taylor, que había iluminado y hecho vislumbrar la existencia de un mundo rural peculiar, no indígena, de fenómenos antiguos de movilidad y relación entre la sociedad rural de una amplia región de México y la economía más importante del

mundo, el campo jalisciense y su gente volvieron a quedar en penumbra. Permanecieron así durante los siguientes cuarenta años, cuando una feliz coincidencia logró desplazar e instalar en Jalisco a algo nunca visto por allí: dos equipos colectivos de antropólogos, en dos regiones distintas del estado, trabajando con pocos años de diferencia, pero con experiencias y métodos similares.

LA ERA DE LOS GRANDES PROYECTOS COLECTIVOS LOS ALTOS DE JALISCO. 1973-1974

A principios de la década de 1970 se hicieron evidentes los cambios drásticos que había habido en el país: deterioro de las condiciones de vida y trabajo en el campo, intensas migraciones campo-ciudad, incorporación de la gente del campo a la sociedad y los quehaceres urbanos, corporativismo y centralización del poder político, luchas campesinas en varias regiones del país; transformaciones que abrieron líneas de investigación que modificaron para siempre la agenda de las ciencias sociales en México.

En la antropología social se vivía el esplendor de un liderazgo intelectual hasta ahora irrepetido: Angel Palerm, al frente del CIS-INAH, convocaba y enviaba antropólogos, formados y en proceso de formación profesional, a cubrir los nuevos frentes –temas, problemas, conflictos, lugares– que proponía la turbulenta realidad social. Uno de ellos era el de conocer y entender los cambios económicos, políticos, sociales de las sociedades rurales, ya no solamente en las áreas indígenas, vistos desde una perspectiva más amplia que la comunidad: se trataba de entender la región, como ese espacio que volvía coherentes e inteligibles las dinámicas y redes locales y nacionales relacionadas, sobre todo, con las maneras de ejercer el poder (Fábregas, 1999). Porque hay que decir que los estudios regionales tuvieron, en principio, una fuerte orientación hacia la antropología política. Se pensaba que la dimensión regional del análisis político podía nutrir, enriquecer las visiones y versiones generales con que se solía estudiar y entender la política mexicana (Del Castillo; 1976, Martínez Saldaña, 1976).

Un equipo dirigido por Andrés Fábregas, con la colaboración de Gustavo del Castillo y formado por nueve estudiantes de antropología – Patricia de Leonardo, José Díaz Estrella, Jaime Espín, María Antonieta Gallart, Leticia Gándara Mendoza, Virginia García Acosta, Carmen Icazuriaga, Tomás Martínez Saldaña y Román Rodríguez– se dirigió a Los Altos de Jalisco, donde vivieron en el verano de 1973 y el primer semestre de 1974. Cada quien, instalado en una ciudad aleña, exploró un tema particular que se enmarcaba y cobraba sentido en la investigación general de la que formaba parte (del Castillo, 1974; Fábregas, 1978; 1981). La manera de trabajar fue compartida y parecida: recorridos de área; reuniones de trabajo; búsqueda, recopilación y revisión de trabajos históricos y estadísticos sobre la región; revisión de archivos locales; trabajo de campo intensivo orientado sobre todo a tener pláticas informales, a realizar entrevistas en profundidad, a hacer observación participante, a reconstruir genealogías que permitieran, decía Martínez Saldaña (1976), llegar a una síntesis etnohistórica y etnográfica de las localidades de estudio. En general, la investigación sobre Los Altos se bifurcó en dos grandes vertientes: por una parte, los estudios de antropología política; por otra, las investigaciones de antropología económica. Unos y otras se convirtieron en tesis de licenciatura, artículos y libros (ver Bibliografía).

Las monografías, como ellos las llaman, de Leticia Gándara Mendoza y Tomás Martínez Saldaña (1976), acerca de San Miguel el Alto y Arandas respectivamente, descubrieron que la dinámica política de ambas microrregiones estaba organizada y hegemonizada por la existencia y actuación de elites políticas locales que habían logrado, mejor que en otras regiones de México, “...manipular al Estado mexicano para así obtener un cierto grado de autonomía...” (Del Castillo, 1976:6). Con todo, Gándara y Martínez Saldaña constataban la creciente pérdida de poder de las elites de cada municipio, más acelerada en Arandas, más pausada en San Miguel el Alto. En uno y otro caso, nuevos sectores sociales y económicos estaban entrando a la arena y a la lucha por el poder político.

Gándara y Martínez Saldaña reivindicaron la utilidad del concepto de oligarquía para entender la manera peculiar en que se había desa-

rrollado la vida política en ambos municipios desde el siglo XIX al menos. Y es que en ambos casos, señalaron, las relaciones de parentesco aparecieron, una y otra vez, como un elemento central en la formación de las oligarquías y la consolidación de las respectivas elites, como el mecanismo que permitía la articulación de los diferentes grupos y niveles sociales, económicos y políticos de cada municipio.

En ese mismo año (1973) salió a la luz pública *La Cristiada*, obra en tres volúmenes de Jean Meyer acerca de esos terribles tres años de guerra entre el Estado mexicano y la gente del campo, en especial de la región centro-occidente. Dos miembros del equipo de Los Altos, Román Rodríguez y José Díaz Estrella, buscaron continuar con el tema pero con un enfoque distinto. Para Jean Meyer, la Cristiada fue sobre todo un movimiento político de resistencia frente a un Estado posrevolucionario que amenazaba uno de los pilares de la construcción social regional: la iglesia. Rodríguez y Díaz Estrella (1977; 1979) buscaron explorar una explicación alternativa, de índole más tecnoeconómica: el acelerado crecimiento demográfico de la población ligado a la dinámica concentradora de las actividades económicas y la exclusión en la tenencia de la tierra habrían llegado, en esos años, a una situación de “crisis ecológica”, es decir, a una sobrecarga ya insostenible sobre los recursos tradicionales de la sobrevivencia rural; situación que habría hecho estallar el conflicto social en forma de lucha política radical, pero diferente a otras formas de lucha campesina en el país.

Así las cosas, era evidente que Los Altos de Jalisco ofrecía un repertorio de temas y problemas más o menos inéditos para la antropología política de esos años: elites locales que lograban resistir y manejar los procesos e instituciones políticas locales, la existencia y persistencia de mecanismos de reclutamiento y movilización políticas centrados en relaciones de parentesco, gente que había luchado hasta la muerte por defender a la iglesia católica amenazada por el Estado. Es decir, una región que parecía contradecir las ideas de que la centralización política –hegemonizada y dirigida por el PRI– avanzaba sin resistencia alguna en municipios y regiones, donde los sistemas clientelares y el compadrazgo eran los ejes que articulaban, las correas por

donde se transmitían ordenes y favores entre los grupos y demandas locales y las autoridades regionales, estatales, nacionales.

Si los estudios sobre política mostraron una vigorosa peculiaridad de la región alteña, las investigaciones sobre los quehaceres económicos, la propiedad y la dinámica espacial, no se quedaron atrás. Jaime Espín y Patricia de Leonardo (1978) estudiaron la trayectoria de la tenencia de la tierra y las actividades económicas en dos municipios, Jalostotitlán y Teocaltiche, que resultaban contrastantes en cuanto a la forma predominante de propiedad rural: en el primero, lo más significativo era la propiedad privada, modalidad que aparecía como la más difundida en la región; en el segundo, se advertía la presencia de ejidos, originados en luchas agrarias que no se habían dado en otros espacios alteños. A pesar de esos contrastes, era evidente, en la excelente etnografía más que en el análisis, que la ganadería, más que la agricultura, había sido el eje ordenador y jerarquizador de las actividades económicas en ambos municipios, en verdad, en toda la región de Los Altos de Jalisco.

De Leonardo (1977; 1978) y Espín (1978) detectaron además la todavía lenta, pero imparable transición económica y laboral que estaban experimentando ambas sociedades rurales: un antiguo y persistente fraccionamiento de la propiedad agraria, ligado al encarecimiento del precio de la tierra; la coexistencia y articulación persistentes entre las distintas formas de tenencia y usufructo de la tierra; la intensificación de la migración laboral masculina a Estados Unidos vinculada al retorno y reincorporación de los migrantes a los quehaceres y la vida local; la intensa y generalizada reorientación de la ganadería hacia la producción lechera.

Así pues, no es casual que otra de las integrantes del equipo, María Antonieta Gallart (1975; 1991), haya escogido estudiar con detenimiento esa actividad que, queriéndolo o no, cobraba protagonismo en todos los estudios que se estaban realizando en la región: la ganadería. El lugar seleccionado fue San Miguel el Alto, considerado como uno de los más tradicionales de la región y donde la ganadería era, sin duda, "...la principal actividad económica del municipio..." (*Ibidem*: 64). Gallart constató allí la importancia histórica de la mediería como

sistema de trabajo preferente en las haciendas que habían existido en la zona. De hecho, la mediería era la que aseguraba el abasto micro-regional de productos agrícolas y subsidiaba, dice la autora, la producción ganadera de la hacienda, la venta de animales que era la que “representaba la ganancia líquida del dueño” (*Ibidem*: 39).

Eso había cambiado mucho. En los años del estudio la institución económica predominante en San Miguel era el rancho, ámbito de vida y trabajo dedicado a la cría de vacas y becerros en plena transición, en los años del estudio, hacia la producción lechera ligada a nuevos estándares de calidad tanto en lo que se refiere a los animales como al manejo de la leche. A partir de ese descubrimiento, la autora estableció una tipología de las explotaciones rancheras. Sin duda, se percibía por doquier la presencia y el impacto de la Compañía Nestlé en la dinámica lechera regional. Sin embargo, la Nestlé dependía y tenía que negociar con productores independientes para conseguir la leche que alimentaba su planta en Lagos de Moreno. Al mismo tiempo, Gallart descubrió y llamó la atención sobre un fenómeno novedoso y transformador: el desplazamiento creciente de la población de los ranchos hacia la cabecera municipal; desplazamiento que había comenzado a modificar la fisonomía y dinámica urbana de San Miguel, esa pequeña y tradicional ciudad alteña.

Visto en perspectiva, conviene señalar que, de manera intuitiva pero eficaz, la investigación alteña incluyó dos asuntos pioneros en la agenda antropológica de esos años: la diversificación de actividades económicas al nivel local y el crecimiento y creciente complejidad de ciudades pequeñas. De hecho, Virginia García, otra integrante del equipo, estudió, con gran meticulosidad, todas y cada una de las actividades no agrícolas de la gente de Arandas, su cabecera y sus espacios rurales (1975; 1991). La autora distinguió entre industrias menores, casi oficios, que en total eran dieciséis, varias desaparecidas o en franco proceso de extinción; e industrias mayores, que eran seis, ligadas, aunque no todas, a productos agropecuarios o forestales de la región: fábricas de esferas de navidad, tequila, aceite de linaza, tacones, cordelería y dulces, cuyos procesos de trabajo describió de manera ejemplar.

De ese modo, García constató la lenta pero irremediable extinción de la actividad artesanal y de los artesanos; pero también la aparición en ciudades menores, incluso en espacios rurales, de fenómenos nuevos como el desarrollo manufacturero y categorías sociales inéditas como empresarios y obreros. Su acuciosa etnografía hizo ver con nitidez los inicios de un fenómeno que, como sabemos, ganó espacios y cobró intensidad en los años siguientes: la preferencia por el empleo femenino en varias de las actividades industriales más novedosas y dinámicas del municipio.

La dinámica económica estudiada por Virginia García en Arandas mostró sin duda, aunque ese no fue el tema de su tesis, la existencia de nuevas relaciones entre el campo y la ciudad. De incursionar y desarrollar ese tema como objeto de estudio se encargó Carmen Icazuriaga (1975; 1977). Para ello escogió la ciudad de Tepatitlán, la población alteña más cercana a la capital jalisciense. Para Icazuriaga, durante el siglo XX Tepatitlán no sólo creció en términos demográficos, sino que además se consolidó como un centro de poder económico, político, comercial y de servicios en su microrregión.

En mayor o menor medida, todos los estudios de Los Altos pusieron en evidencia una peculiaridad adicional: su modelo de urbanización. En la región existía un cinturón de ciudades de diferente tamaño, pero todas más o menos viables, más o menos diversificadas, que atendían y a la vez dependían de sus mundos rurales cercanos; ciudades que, a su vez, se relacionaban con Guadalajara, pero también con León, en Guanajuato, y con Aguascalientes. Estudios posteriores han mostrado cómo algunos microespacios alteños mantenían una relación vigorosa, antigua y persistente con el Bajío guanajuatense, por ejemplo (Arias, 1991).

Los trabajos anteriores apoyaron la propia investigación y reflexión de Andrés Fábregas acerca de la formación regional alteña que apareció, una y otra vez, distinta a lo conocido y debatido por la antropología en el mundo rural de ese tiempo. Poco a poco fue quedando claro que la sociedad alteña, su economía, política, espacialidad, religiosidad, eran muy diferentes a los de otras sociedades rurales en México. Aunque los autores conocían bien el debate entre campesinistas

y proletaristas, los estudios de Los Altos prefirieron no entrar a esa discusión inacabada que consumió ríos de tinta entre los académicos de uno y otro bando. En vez de eso, Fábregas (1977; 1978; 1986) orientó la explicación de la sociedad rural alteña hacia su peculiar formación histórica. Con base en fuentes primarias y secundarias, llegó a la conclusión de que los rasgos distintivos, pero compartidos, que habían encontrado en todos los lugares estudiados, podían ser entendidos y caracterizados en términos de una colonización pionera que se había desarrollado como una sociedad de frontera "...ligada a la inexistencia histórica de la comunidad indígena..." (1977: 6).

En suma, los estudios realizados en Los Altos descubrieron una región que en términos políticos aparecía como un espacio donde todavía pesaban fuerzas y grupos locales que habían logrado mantener y manejar el poder regional con cierta autonomía del poder central. En términos económicos, se advertía la escasez de grandes empresas, manufactureras o agropecuarias, y se dejaba sentir, en cambio, la presencia abrumadora de pequeños propietarios agropecuarios, mayoritariamente ganaderos; se advertía además una incipiente diversificación de las actividades manufactureras y comerciales creadas por la misma gente de las diversas poblaciones y ciudades que conformaban la región.

La etnografía de cada localidad hizo patente el predominio histórico y moderno de la ganadería como la actividad económica principal de los alteños. Se trataba sin duda de una sociedad rural peculiar: gente dedicada a la ganadería, en menor medida a la agricultura en haciendas pequeñas ("hacienda alteña", la llaman) y ranchos basados en la presencia y el trabajo de sus propietarios (*Ibidem*).

En términos analíticos, sin embargo, tuvieron que pasar varios años para aceptar lo que Luis González mostró en *Pueblo en vilo* (1979) e hizo explícito varios años más tarde: en ciertos espacios, sobre todo serranos, de la geografía nacional se habían generado ámbitos de vida ranchera, es decir, sociedades rurales donde el eje organizador de las actividades económicas no había sido la agricultura, sino la ganadería; cuyos ritmos y transiciones particulares tenían mucho que ver en la organización social y cultural de esas sociedades rurales (González, 1980). Esa manera de entender el mundo rural que corresponde en bue-

na medida a Jalisco, desde luego a Los Altos, pero también al norte (Shadow, 1978) y las sierras del Tigre (Deraga, 1998^a y b) y Tapalpa, ha permitido romper con la idea de la homogeneidad rural y ha ayudado a darle sentido, contenido y legitimidad a la noción de diversidad tanto en lo que se refiere a las trayectorias de la gente del campo como a la variedad en términos de sus opciones, horizontes y posibilidades.

Los libros y artículos que se publicaron sobre Los Altos de Jalisco tuvieron una amplia y rápida difusión en cada uno de los lugares investigados, en toda la región de estudio. En este sentido, hay que recordar y destacar el decidido apoyo al trabajo académico en esos –y los siguientes años– que realizó Ernesto Jaeger, quien desde la dirección del Goethe Institut de Guadalajara y en estrecha colaboración con la revista *Controversia*, invitó a dictar conferencias sobre sus frescas investigaciones a varios de los también flamantes jalisciensólogos. Sin duda, la revista *Controversia*, encabezada por Fabián González y Rosa Rojas, jugó un importante papel en la amplia e inmediata difusión de los trabajos antropológicos que se estaban realizando en ese tiempo: en apenas seis números, *Controversia* tuvo el mérito de publicar lo mejor de lo mucho y novedoso que hacían en esos años los antropólogos y geógrafos, más bien geógrafas, en Jalisco³.

Al conocimiento y difusión de los trabajos contribuyó también el hecho de que en Los Altos había gente letrada e ilustrada, muy distinta de las clientelas tradicionales de la antropología en otros rumbos. No sólo eso. Los trabajos sobre Los Altos realizados por Andrés Fábregas y su equipo han nutrido sin duda esa vigorosa corriente de identificación e identidad cultural que se ha desatado en los últimos años en Los Altos de Jalisco. Por supuesto, no son los únicos que han alimentado esa corriente; menos aún son responsables de un cierto aire racista y de exclusión⁴ que suele encontrarse en los escritos, en las palabras y sentidos de algunos de los promotores de la alteñidad.

3. Un papel similar ha jugado a partir de la década de 1990 la revista *Estudios Jaliscienses*, de El Colegio de Jalisco, cuyas páginas han dado cabida a los estudios antropológicos de antes y de ahora que se han realizado en la entidad.
4. El mismo Taylor constató en los años treinta las “actitudes raciales” de los arandenses que quizá, decía, “...fueron levemente influidas (si es que lo fueron) por las de la raza dominante en Estados Unidos” (1991:156).

EL SUR DE JALISCO, 1976-1978

El otro equipo que poco después se conformó y dirigió hacia Jalisco estuvo encabezado por Guillermo de la Peña, acompañado por José Lameiras, e integrado por ocho estudiantes de antropología: Manuel de Alba, Carmen Campero, Agustín Escobar, Luisa Gabayet, Humberto González, Mercedes González de la Rocha, Pastora Rodríguez Aviñoá, Verónica Veerkamp y Martha Vereá. En este equipo, los más optaron por una orientación más bien económica; los menos, por estudiar aspectos relacionados con la educación. Todos basaron sus investigaciones en técnicas y recursos antropológicos: estancia larga y colectiva en Ciudad Guzmán, recorridos de área, viajes y visitas a los lugares y objetos de estudio, rescate de estudios y estadísticas, pláticas y entrevistas abiertas y a profundidad. La publicación más conocida es un Cuaderno de Trabajo, editado por Guillermo de la Peña en 1977 que hoy por hoy es una joya bibliográfica sobre Jalisco. Pero hubo más: de allí salieron libros, artículos y desde luego las tesis de licenciatura de casi todos los integrantes del equipo (ver Bibliografía).

Verónica Veerkamp, una antropóloga cuyo trabajo de campo resultaba ejemplar, se impresionó desde el principio por la magnitud del tianguis que se realizaba cada semana en Ciudad Guzmán, epicentro urbano indiscutible de la región sureña. En dos artículos (1977; 1981), pero sobre todo en su tesis de licenciatura (1981), Verónica constató, sin duda pero no sin azoro, la escasa articulación que existía entre la actividad agropecuaria y artesanal regional y el impresionante tianguis de Ciudad Guzmán. El tianguis en verdad tenía muy poco que ver con lo que la literatura antropológica enseñaba acerca de los mercados campesinos e indígenas en otras regiones del país y mucho que ver, en cambio, con sistemas modernos y complejos de comercialización de productos agropecuarios e industriales destinados al mundo urbano y rural (Veerkamp, 1977; 1981a y 1981b).

Agustín Escobar (1977), Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha (1981; 1987) se sumergieron de lleno en el mundo rural sureño para reconstruir la trayectoria y estudiar la organización y el impacto en la vida regional de dos grandes empresas agroindustriales: la Unión Forestal de Jalisco y Colima –parte del complejo papelero de

Atenquique— y el ingenio cañero de Tamazula, una y otro orientados hacia la vertiente de la sierra del Tigre. En ambos casos, los autores constataron la enorme centralización de poder, económico pero también político, a la que se había llegado en las empresas estatales y privadas y los problemas y vicios que esto acarrearaba tanto para la viabilidad económica de los negocios, como para las estrategias de sobrevivencia de los campesinos que, queriéndolo o no, habían pasado a formar parte del espacio, de los sistemas de producción, de la dinámica de poder del ingenio y la fábrica de papel. Su estudio a profundidad de la ranchería de El Zapatero mostró cómo los campesinos buscaban arduamente la manera de adecuarse a las situaciones que habían generado las empresas. Con todo, la emigración parecía cobrar cada día más fuerza entre los vecinos. Era evidente así que los campesinos tenían muy poco que decir respecto a la operación de las empresas asentadas en su entorno.

Tampoco los obreros. Como mostraron Pastora Rodríguez Aviñoá (1977), Luisa Gabayet (1977), Pastora Rodríguez Aviñoá y Luisa Gabayet (1977) y Luisa Gabayet en su tesis de doctorado (1988), los trabajadores de Atenquique, empresa papelera que, decían las autoras, operaba como un enclave en la región, se habían convertido en auténticos privilegiados respecto al mundo y la gente rural que los rodeaba. El empleo industrial había desatado un acelerado proceso de diferenciación social entre la población campesina que, sin embargo, no lograba cristalizar en transformaciones socioeconómicas más allá de las familias directamente favorecidas por el empleo (Gabayet, 1977; 1988).

El estudio clásico de comunidad rural corrió por cuenta de Humberto González (1981). A partir de su estudio de la trayectoria económica de Amacueca, González distinguió dos grandes etapas en la vida local: la primera, previa al reparto agrario, cuando los mercados eran “predominantemente locales y regionales, las estructuras de poder basadas también en una elite local que controlaba los recursos naturales y humanos” (12) y una segunda etapa en la que la “estructura económica y social local se articula más directamente a la sociedad nacional” (12). De hecho, como bien muestra el autor, la orientación agrícola y la organización familiar del trabajo de los amacueses, que

parecía persistir todavía en ese momento, comenzaba a ser minada por el cambio de cultivos, el uso de maquinaria agrícola, la migración a Estados Unidos o a las grandes ciudades en busca de ingresos en efectivo; búsqueda que parecía haberse convertido en objetivo imperioso, cada día más imprescindible de la familia campesina. Para el autor, esa forma de integración económica y social de la comunidad de estudio le hacía pensar que la región había dejado de “tener vigencia como estructura económica y social integradora” (243).

Guillermo de la Peña (1977) se encargó de hacer el análisis y la síntesis de la dinámica regional, en su caso, del Sur de Jalisco. Los contrastes entre el mundo rural del Sur y Los Altos saltaban a la vista. En el Sur, mostró Guillermo, hacía mucho tiempo, desde el porfiriato al menos, que las elites locales habían perdido el poder económico y político regional, la capacidad para recibir, encauzar, organizar y gestionar la acción pública, de proponer o encabezar algún proyecto, alguna actividad económica viable para la región. El Sur, en sus valles al menos, que fue la porción más estudiada por el proyecto, apareció como un espacio agrícola y agroindustrial atravesado, organizado y dominado por el exterior, que se materializaba en la presencia de grandes empresas, algunas de ellas, las más importantes, de propiedad estatal, que actuaban como enclaves que dejaban poco en la región, más allá de los puestos de trabajo y salarios que generaban. Al mismo tiempo, se constataba la escasez de iniciativas locales de desarrollo, de alternativas económicas más allá del comercio que se centralizaba, cada vez más, en Ciudad Guzmán. Así las cosas, el Sur de Jalisco aparecía subordinado a la lógica, los intereses, las prioridades del Estado y el poder central.

Otro punto de fuerte contraste entre ambas regiones era su modelo de urbanización. A diferencia de Los Altos, donde abundaban las ciudades pequeñas, la geografía sureña registraba apenas una población urbana de importancia, Ciudad Guzmán, que en ese momento era la segunda ciudad más poblada de Jalisco; el resto era una sucesión de pueblos más o menos grandes que dependían para muchas cosas de la cabecera regional. ¿Se podría decir entonces que la ganadería como forma predominante de organización de la producción en manos de productores locales había permitido o favorecido el desarrollo de di-

versos centros urbanos en Los Altos de Jalisco? O, dicho de otro modo: ¿Se podría pensar que la agricultura comercial, como la que se practicaba en el Sur de Jalisco, tendía a congregarse a la gente, los recursos y agentes externos y, por lo tanto, a centralizar la dinámica social, económica y política en una sola ciudad?.

Un último punto de contraste en la trayectoria de ambas regiones se hizo evidente con el trabajo de José Lameiras (1990). Éste centró su atención en un tema original: el origen indígena de Tuxpan, raigambre compartida, aunque difuminada, de varias poblaciones del Sur de Jalisco. Allí, cuatro grandes transformaciones –“jinetes del apocalipsis” los llama el autor– habían ido diluyendo los rasgos culturales y las instituciones indígenas hasta tal punto que sólo se los podía encontrar en un ámbito: el festejo, espacio de “organización, de sistemas simbólicos y de emotividad cultural” (Lameiras, 1990:258) donde se mantenía y reforzaba la identidad indígena.

En la misma década de 1970, que no en el equipo mencionado, estuvo en la región otro antropólogo: Sergio Alcántara Ferrer que dejó un estudio, encargado por la ONU (1979), acerca de una experiencia de desarrollo que había convertido a la región Sur de Jalisco en la consentida de los planificadores y políticos del sexenio 1970-1976: las industrias del Pueblo, cooperativas de producción promovidas por la Comisión del Sur, que dirigía con mano férrea y obsequiosa, como todo buen cacique, José Guadalupe Zuno, hijo del ex gobernador jalisciense del mismo nombre, y cuñado del entonces presidente de la república, Luis Echeverría.

Otro equipo de antropólogos que llegó a la región en 1978-1979 se encargó de mostrar y dejar constancia de lo que sucedió en esa fase, ciertamente final, de búsqueda de formas colectivas de trabajo en el campo con las que pensaba restaurar el desarrollo rural, cada día en estado más crítico. En ese sentido, podría decirse que Esteban Krotz, acompañado por Emilia Velásquez, Felipe Vázquez y Mercedes Hope (1985) retomaron la vertiente política de análisis del campesinado en su relación con el Estado nacional. A partir del estudio de tres ejemplos de colectivización ejidal los estudios se ocuparon, en palabras de Krotz, de “una forma específica de la organización cooperativa en el campo, el programa de co-

lectivización ejidal y se centran en los problemas de tipo político generados en los ejidos a causa de ese programa” (1985:7). Para ellos resultó imposible eludir la figura y el papel de José Guadalupe Zuno en la emergencia y desarrollo de la colectivización ejidal y, en general, de la dinámica política y económica de la región en esos años.

De ese modo, Emilia Velázquez (1985), mostró cómo el ejido de San Pedro Toxín, en Toluca, bajo la égira de la Comisión del Sur y vía la oferta de crédito para mejorar y modernizar la actividad agrícola, se convirtió en un ejido colectivo y los fenómenos inesperados e indeseados que ese proceso desató en la vida de los campesinos involucrados. En el recuento casi infinito de fracasos que reportó Velázquez se destacaban el impacto desastroso de la ruptura del ciclo y diversidad de las actividades agropecuarias, no únicamente agrícolas, que realizaban tradicionalmente los campesinos de San Pedro; la emergencia de nuevas formas de diferenciación económica y de control político que se cobijaron y anudaron, de manera perversa si se quiere, a la colectivización. En poco tiempo, constató la autora, casi nadie en San Pedro estaba contento con lo que había pasado y aumentaba la presión por volver al ejido parcelario, aunque, sin duda, ya nada podría ser igual.

La historia era un tanto distinta en San Nicolás, otro ejido también colectivizado por relaciones y gestiones de la Comisión del Sur en 1973. Allí, en tierra de caciques, Felipe Vázquez (1985) encontró que el proyecto de colectivización ejidal enfrentó y confrontó, muy pronto, a los diversos grupos locales en la arena política, sin que se detectaran grandes transformaciones económicas en el ejido ni, a la larga, cambios sustantivos en el personal ni en las maneras de hacer política en San Nicolás. Mercedes Hope (1985), por su parte, se encargó de reconstruir y contar la historia del ejido 1° de Febrero que, como es sabido, se convirtió en el escaparate del modelo de desarrollo rural promovido durante el echeverriato.

Pero, como sabemos también, los experimentos ejidales colectivos en el Sur de Jalisco concluyeron con o poco después del fin del sexenio y el casi inmediato ocaso de la Comisión del Sur. De cualquier modo, la investigación de Esteban Krotz, Emilia Velázquez, Felipe Vázquez y Mercedes Hope, aunque cautelosa, no dejó duda alguna

acerca del peso del cacicazgo de los Zuno en la sociedad campesina, no tanto ranchera, del Sur de Jalisco, cuya trama de relaciones y complicidades marcaba entonces, marcaría por mucho tiempo más aún, la dinámica política y económica de la región, la forma de relación de la sociedad campesina con el Estado, sobre todo en los valles sureños. Así las cosas, dejaron una imagen bastante nítida de un fenómeno añoso, omnipresente y extendido en la vida rural jalisciense, sobre todo en las regiones predominantemente agrícolas hasta no hace mucho tiempo: la existencia de caciques, cuyas maneras de controlar y ejercer el poder habían contribuido en mucho a la situación “apremiante”, como la llamaba Felipe Vázquez, en que se encontraban los ejidos y los campesinos en la década de 1970.

LA MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS. 1981-1983

Al despuntar la década de 1980 se inició, en Jalisco y Michoacán, un proyecto de investigación inédito en muchos sentidos: un demógrafo norteamericano, Douglas S. Massey, se asoció con tres investigadores de México para llevar a cabo, por primera vez, una exploración amplia, sistemática y convincente acerca de algo que se repetía como un secreto a voces: el lugar de origen predominante de la migración México-Estados Unidos —que se incrementaba día con día— se ubicaba en centenares de localidades rurales del occidente del país. En esa investigación se buscó combinar, también por primera vez, métodos cuantitativos y cualitativos de investigación: aplicación de una etnoescuesta (encuesta que se aplica en forma de entrevista) a una muestra representativa de hogares en cada localidad, con investigación etnográfica adicional que mostró, sin duda alguna, señalan los autores, su eficacia metodológica para captar, precisar y medir el fenómeno.

Para el caso de Jalisco, Jorge Durand y Humberto González volvieron a dos localidades⁵ en las que ya habían hecho trabajo de campo⁶, además de estudiar una colonia popular de la ciudad de Guadala-

5. Para proteger el anonimato de los informantes, dicen los autores, los nombres de las localidades son ficticios.
6. El otro investigador del proyecto, Rafael Alarcón, llevó a cabo la investigación en una comunidad del vecino estado de Michoacán.

jera. La investigación descubrió que si bien el fenómeno migratorio se originaba en la “estructura económica de la sociedad, fue apoyada y alentada por el desarrollo y la elaboración de sus propias redes de relaciones”, es decir, que una vez desatadas y establecidas las redes sociales, la migración tendía a reproducirse y perpetuarse, generando su propia agenda de recursos y motivaciones. En ese tiempo, principios de la década de 1980, la migración urbana, que era significativamente menor que la rural, se apoyaba en las relaciones con gente del campo; es decir, que todavía no se habían construido redes migratorias desde la ciudad, algo que parece haber cambiado mucho en los últimos años.⁷ La investigación constató además que el mundo rural jalisciense era un almáximo inacabable de trabajadores básicamente para el campo norteamericano: los campesinos solían ir a los quehaceres agropecuarios más que a las actividades urbanas, algo que también parece haber sufrido transformaciones en los años recientes.

La migración de esos años podía ser definida como antigua, predominantemente rural, masculina, individual, laboral y de retorno; muy diferente de la modalidad indígena de migración que ha sido estudiada en años más recientes (Zabin, 1992); distinta también del perfil que se fue modelando en el correr de los años noventa, a partir y a raíz de la puesta en marcha de IRCA, ley de Amnistía de 1986 que legalizó a 2.3 millones de trabajadores indocumentados, de los cuales el veinte por ciento fueron migrantes de Jalisco (Durand, 1998a; 1998b).

Ese primer proyecto de migración México-Estados Unidos concluyó en 1984 y tres años más tarde, en 1987, apareció publicado el libro *Return to Aztlan*, que se tradujo al español como *Los Ausentes* (1991). En 1987 Douglas S. Massey y Jorge Durand retomaron la idea original y echaron a andar un proyecto que continúa hasta la fecha con el nombre de *Mexican Migration Project* (MMP), investigación que permite conocer, calcular, precisar, año con año, los cambios y el impacto del fenómeno migratorio en las comunidades de origen en México y de destino en Estados Unidos. Como parte del proyecto se han investigado, con la misma metodología, otras cuatro poblaciones ru-

7. En su investigación doctoral, realizada en el mismo barrio estudiado por Massey *et.al.*, Leticia Robles ha detectado, a nivel etnográfico, un sensible incremento de la migración masculina, pero también femenina, a Estados Unidos. Comunicación personal.

rales del estado: tres en Los Altos de Jalisco, una en la Costa de Jalisco, además de una ciudad media, epicentro de un amplio entorno rural (www.lexis.pop.upenn.edu/mexmig/). *Return to Aztlan* fue sin duda el detonador de los estudios migratorios en México, desde luego en el occidente del país, veta que desde entonces ha sido intensamente trabajada por los científicos sociales hasta la actualidad.

UNA NUEVA REGIÓN, UN NUEVO ENFOQUE. 1988-1989

El último gran proyecto colectivo se desarrolló en Jalisco en los años finales de la década de 1980. Para ese momento se habían acumulado cambios, que habían llegado a ser drásticos, tanto en el mundo rural como en los enfoques de las ciencias sociales. Respecto a lo primero, era evidente, por una parte, que la agricultura había dejado de ser la actividad predominante, generadora de los recursos básicos e imprescindibles de la gente del campo, situación que en muchos casos había dado lugar a procesos de diversificación y especialización de las ciudades pequeñas y medias y de las economías rurales ligadas a ellas (Arias, 1991). Así las cosas, había comenzado a fraguarse una nueva rusticidad, es decir, una nueva manera de vivir y trabajar en el campo diseñada y puesta en marcha por la población de las regiones y microrregiones (*Ibidem*). El proceso había dado lugar a la aparición o el reforzamiento de grupos locales desligados de las actividades agropecuarias, como los empresarios y trabajadores ligados a la nueva manufactura, a las ganaderías industriales, a la agroindustria que avanzaba como la humedad por ciudades, pueblos y rancherías (*Ibidem*). Ya no cabía duda alguna. Las fuerzas de la globalización habían llegado y se hacían sentir hasta los rincones más remotos de la geografía rural.

Por otra parte, y como parte de la misma dinámica, habían comenzado a hacer irrupción, a hacerse notar en la escena social rural actores sociales que rompían el esquema centrado en las luchas, alianzas, confrontaciones infinitas entre ejidatarios-caciques-acaparadores de las décadas anteriores, cuando el Estado centralizador había llegado a ser, en muchos casos, el actor principal que dirigía, organizaba y jerarquizaba la vida rural y sus quehaceres. Como sabemos, en los años

noventa el Estado buscó retirarse y desentenderse del campo y su gente. Tecnócratas, burócratas, políticos se batieron en retirada, dejando el campo en el estado de desastre al que tanto habían contribuido. Hacia 1990 era evidente lo que los estudios de Los Altos y el Sur habían visto en germen: ya no era posible seguir considerando al campesinado como un sector monolítico y uniforme, ya que lo integraban una gran diversidad de grupos que actuaban de acuerdo con su situación regional, de acuerdo con su acceso o no a la tierra” (Canaval, 2000). Al mismo tiempo, las demandas no eran “sólo (de) los solicitantes de tierras, sino también (de) los productores que demandaban mejores precios de garantía y mejores apoyos a la producción y comercialización de sus productos” (*Ibidem*). A las distinciones por especialización productiva y ubicación regional se sumaba la aparición de nuevos sectores que generaban, aprovechaban o resentían los cambios agropecuarios: empresarios y obreros; deudores y jornaleros; las mujeres con una participación creciente en los mercados de trabajo asalariados y no asalariados; jóvenes e indígenas que buscaban nuevas vías de inserción económica, de expresión social, de lucha política.

Al mismo tiempo, los enfoques estructurales, centrados en las instituciones y mecanismos formales de organización económica y lucha política habían mostrado sus límites explicativos y se exploraban nuevas vías de comprensión y análisis de la cambiante y cambiada realidad social. Sin prisa pero sin pausa fueron ganando espacio y legitimidad los enfoques centrados en los sujetos sociales vistos como actores; en el reconocimiento de la capacidad de gestión de los seres humanos; en los movimientos sociales como fenómenos colectivos emergentes (Alonso, 1999).

Así las cosas, Norman Long, reconocido estudioso, junto con Bryan Roberts, del mundo rural peruano, inició en 1986 el proyecto colectivo *Contrasting Patterns of Irrigation Organization, Peasant Strategies and Planned Intervention* entre la Universidad de Wageningen y El Colegio de Jalisco (Villarreal, 1994). El proyecto inauguró la incursión antropológica en una nueva región de Jalisco: el valle Autlán-El Grullo, región inmersa en una intensa transformación agrícola. A partir del análisis de la interacción social –interfaz– se buscaba

explorar los fenómenos sociales desde la perspectiva del actor social en el contexto de la globalización, asumiendo que no hay gente sin poder, que no existe la indefensión absoluta frente a las estructuras sociales. Los resultados más conocidos, que no los únicos (Apéndice 1), fueron las tesis-libros de Magdalena Villarreal, Gabriel Torres y Humberto González que llamaron la atención sobre tres nuevos actores sociales en el campo: las mujeres, los jornaleros y los empresarios. Los estudios de Autlán-El Grullo, donde vivió el equipo de investigadores durante los años 1986-1988, comparten el haber sido realizados con base en entrevistas abiertas y sucesivas.

A partir del estudio de la trayectoria de un grupo de mujeres de Ayuquila, una pequeña localidad del municipio de El Grullo, asociadas en una UAIM (Unidad agrícola e industrial de la mujer campesina), Magdalena Villarreal (1994) escogió darle visibilidad y vida a la mujer rural, personaje que siempre había estado en el campo, pero pocas veces había sido sujeto de estudio, menos aún como actor social. Esa forma de organización, que se inició en el sexenio de Luis Echeverría y fue promovida por la Ley Federal de Reforma Agraria se esparció como la hiedra por el mundo rural nacional y fue también rápidamente estudiada y criticada, como señala Magdalena (1994; 1995). Ella no siguió el mismo rumbo de los estudios conocidos, prefirió incursionar en un tema y un tratamiento novedosos: la manera cómo se ejerce, cómo “trabaja”, dice la autora, el poder, pero también cómo cambia, visto a través de las mujeres y una perspectiva de género. Sobre la base de una investigación etnográfica fina, mediante la observación de la “interfaz social” la autora busca captar la subordinación, noción central al poder, a través de sus manifestaciones cotidianas y triviales en la vida de las mujeres. Esa manera de acercarse al tema le permitió descubrir tanto los argumentos y razones del poder, el control que subyuga y se interioriza, como también los impulsos de resistencia, conflicto, oposición que se manifiestan en las maneras y mecanismos de negociación que han desarrollado las mujeres para negociar y, a fin de cuentas, transformar el poder.

Gabriel Torres (1997), por su parte, realizó el “estudio del poder y sus efectos en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros” (*ibid.* :13), en

medio del colapso de la producción y el empleo en ese giro en el mismo valle Autlán-El Grullo. El sujeto de estudio fueron los trabajadores agrícolas, grupo social tradicionalmente estudiado desde la perspectiva de la subordinación y la estigmatización, señala el autor. Su punto de partida fue estudiar las relaciones y situaciones de trabajo, pero entendidas como relaciones de poder, y la vida cotidiana de los trabajadores como actores sociales, es decir, con capacidad de resistir, confrontar, luchar con “las prácticas de la ironía” asociadas a las condiciones de vida, trayectorias familiares y de trabajo (Torres, 1997:40 y 42). Para Gabriel Torres las relaciones y luchas de poder no se agotaban en los espacios y mecanismos institucionalizados, sino que existían y por lo tanto, había que rastrearlas, explicitarlas y analizarlas en las prácticas cotidianas de la gente.

Además de las mujeres y los jornaleros, estaban muy presentes en la vida regional los empresarios agrícolas. Guillermo de la Peña (1979) había realizado, años atrás, el estudio de una familia de la burguesía agraria de Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán) y Patricia Safa (1988), por esos mismos años, estudió las estrategias diversificadoras de los agroganaderos de esa misma ciudad. Pero el tema de los empresarios ingresó a la agenda de estudios sobre el campo y se potenció como ámbito de estudio –no sólo en el campo– hasta la década de los noventa, cuando fue evidente que la figura empresarial rural iba más allá de los previsible agentes externos, de las grandes compañías agroexportadoras extranjeras. Humberto González, que convirtió al empresariado autlense en su tema de estudio, partió de una concepción multidimensional del sistema mundial que reconocía en el cambio social la presencia e incidencia de “las particularidades históricas y los actores individuales y colectivos” (González 1994 :327). De esta manera, su investigación se centró en el análisis de los procesos de producción, industrialización y comercialización de frutas y hortalizas que realizaban los empresarios mexicanos en Autlán. Allí se topó con una fase y un proceso clave: la manera en que los hombres de negocios internacionales y los empresarios nacionales estaban, ambos, aprendiendo a hacer negocios y a ser empresarios en contextos locales en plena transformación y en el nuevo escenario global. De esa mane-

ra, señaló el autor, “lo local y lo internacional era activamente construido por los actores participantes” (*ibid.* :331).

El proyecto Wageningen-El Colegio de Jalisco resultó sin duda fructífero (Apéndice 1). En los años siguientes, los tres autores mexicanos han seguido trabajando con orientaciones teóricas similares, aunque incursionando en temáticas y regiones novedosas.

LA AGENDA RURAL ACTUAL

En la década de los noventa ya no encontramos proyectos colectivos, salvo el MMP. Lo que se puede observar son, quizá, dos grandes tendencias. Por una parte, la exploración de nuevos temas y perspectivas en regiones ya estudiadas del estado. Por otra, la exploración de nuevas temáticas y el estudio de regiones novedosas.

Viejas regiones, nuevas miradas

Como es sabido, al inicio de la década de 1970 llegó al norte de Jalisco un estudiante de antropología procedente de la State University of New York at Stony Brook: era, por supuesto, Robert D. Shadow a quien todos reconocemos como el iniciador de los estudios antropológicos en esa porción del estado. Su tesis doctoral, presentada en 1978, buscaba entender los cambios en la organización de la producción agropecuaria, los usos del suelo, la tenencia de la tierra, la ganadería en uno de los diez municipios de esa región: Villa Guerrero, como “resultado de la expansión de la sociedad capitalista” (Shadow, 1978:v). Pero Robert descubrió algo más. Su investigación puso en evidencia que allí también, en ese mundo cercano a la Sierra Madre, pero remoto y aislado del resto del estado, existía otra importante reserva de la vida ranchera. Aunque con mayor presencia indígena, el origen, la trayectoria y las características de la sociedad norteña resultaban bastante similares a la de Los Altos. Quizá por eso, en los últimos años, la investigación sobre esa región y su gente ha sido retomada, desde El Colegio de Jalisco, por Andrés Fábregas, el conocido estudioso del mundo alteño.

Como quiera, el interés por Los Altos ha seguido vigente en la investigación antropológica, sobre todo para tratar de entender las transiciones políticas, sociales y económicas que se han desencadenado con intensidad en los últimos años en todos los rincones de la geografía alteña (López Cortés, 1999). Jorge Alonso (1990) inició la reflexión sobre “la configuración política regional”, en términos de sus formas de organización social tradicional y su relación con los partidos políticos, sobre todo de derecha, tendencia que “pulsaba” todavía en las “profundidades” de la memoria social y cultural de Los Altos (*Ibidem*: 274). Con todo, decía Alonso, el “regionalismo de derecha” que caracterizaba al mundo alteño, había empezado a recibir “influjos”, “intercambios” culturales que podían representar nuevas identidades, ofrecer resistencias, manifestar contradicciones con el modelo social, político, cultural hegemónico (*Ibidem*).

De entender y analizar las transiciones de la economía agropecuaria de la región se ha encargado, desde mediados de la década de los noventa, Guadalupe Rodríguez (1998). Escogió seguir con el estudio de la producción lechera en Jalisco, en especial en Los Altos, al menos en una primera fase. En el año 1990 el enfriamiento de la leche se volvió el principal criterio de calidad y eso se convirtió, decía Guadalupe, en el “parteaguas de la ganadería de la leche en Los Altos” (1998:15). Su objetivo en ese momento era elaborar un “estudio/diagnóstico” de la CAI “con el fin de identificar actores, procesos, relaciones, estrategias y dimensiones que nos permitieran, a su vez, conocer posibles puntos de conflicto e intervención” (*Ibidem*). El estudio, de carácter interdisciplinario, se basó en “24 meses de investigación de campo y de laboratorio” (*Ibidem*) durante los cuales se hicieron recorridos, se aplicaron encuestas, se hicieron entrevistas, se levantaron muestras de leche (*Ibidem*).

Aunque la autora reconoció el papel y el poder de las compañías en la transformación de la producción lechera, entendía también que los ganaderos no habían sido “receptores pasivos del cambio” (*Ibidem*: 270) de tal modo que el asunto de la calidad se había convertido en un “espacio de luchas, negociaciones y acomodos entre los ganaderos, los industriales de la leche y los funcionarios del Estado” (*Ibidem*).

Pero no sólo la ganadería se ha transformado mucho en Los Altos. Otro cambio económico fundamental ha sido la aparición, más tarde el desarrollo vertiginoso de actividades manufactureras variadas en las ciudades, pueblos y rancherías muy ligadas a sistemas de maquila y al trabajo a domicilio de las mujeres entre las que destacan la producción de ropa, calzado, mueble, esferas de navidad (Arias, 1988 ; Arias, 1990; Arias y Wilson, 1997). Para Arias y Wilson la distribución geográfica donde ha arraigado la manufactura rural, entre la que destaca Los Altos, sugiere que “existen ámbitos, microrregiones culturales, sociales y políticas que resultan más propicios que otros para la expansión de ese tipo de actividades” (*Ibidem*: 31). Así, la pequeña empresa puede ser vista, decían las autoras, como una “estrategia cultural de comportamiento económico en ciertas regiones”. En ese sentido, el surgimiento y auge de la pequeña empresa, la maquila, el trabajo a domicilio tenían mucho que ver con regiones donde existía una antigua e intensa migración a Estados Unidos así como con la existencia de códigos culturales de género particulares en relación a la movilidad y las obligaciones familiares de hombres y mujeres (*Ibidem*: 29-38).

En los años siguientes, Arias ha seguido trabajando y reflexionando en torno al trabajo femenino, la espacialidad, la organización social y la cultura ranchera, en la sierra del Tigre sobre todo, en términos de la diversidad rural sugerida por Luis González, es decir, cómo las maneras diferentes –aunque cambiantes y no absolutas– en que las sociedades indígenas, campesinas y rancheras que han existido en México se “han relacionado con su entorno natural y social, han entablado relaciones y construido instituciones que delimitan el ámbito espacial, social, genérico de sus actuaciones pública y privada” (Arias, 1997).

Hasta donde sabemos, el Sur de Jalisco ha generado menos adeptos entre las filas de los antropólogos que Los Altos. Aunque siempre hay excepciones. Es el caso de Eduardo Zárate que en 1992-1993 regresó a la región Sur de Jalisco, donde ya había estado, con una mirada distinta: a través de informantes clave buscó explorar “cómo se construyen y reconstruyen antiguas y nuevas identidades sociales” (1995:1). Allí, en la microrregión del Llano Grande, formado por cinco municipios sureños (San Gabriel, Tonaya, Tuxcacuesco, Tolimán y

Zapotitlán) Zárate indagó en fiestas, mitos e imaginarios en relación al proceso de formación y transformación del orden jerárquico tradicional, la violencia y el bandidaje, la justicia social, la religión católica, la familia, las formas de resistencia y lucha política de viejos y nuevos grupos sociales.

La investigación de Eduardo Zárate se insertó e hizo hincapié en ese momento de la vida rural en que los ejidatarios y el sistema de poder organizado en torno al ejido y las demandas agrarias había entrado en crisis. Zárate, como los demás estudiosos del campo en los años recientes, ha buscado entender y analizar el mundo rural con los nuevos grupos y categorías sociales que han entrado en la dinámica económica y pugnan además por entrar en la arena política. Así, el mundo rural aparece hoy como un escenario donde actúan múltiples y diversos actores sociales que a través de eventos cotidianos y luchas simbólicas están redefiniendo, dice Zárate, la relación entre las sociedades rurales y el Estado. Para el autor, la construcción de las identidades locales “pasa por la construcción de la identidad nacional”, es decir, que en su interacción cambiante ambas se inventan y reinventan a partir de sus respectivas categorías, valores y principios culturales (*idid.* : 265). Con Zárate, el campo de estudios de la identidad ha quedado inaugurado y abierto en el Jalisco rural.

Con todo, hay también novedades. Como se sabe, en las tierras altas del sur de Jalisco se encuentra una de las mayores franjas rancheras del estado: la sierra del Tigre, uno de cuyos extremos es San José de Gracia, el famoso *Pueblo en vilo* de Luis González. Ese mundo ganadero ha comenzado a ser estudiado, desde la antropología cognoscitiva y lingüística, por Daria Deraga que, hasta la fecha, ha trabajado, con sensibilidad, dos temas originales: el saber especializado de los rancheros a partir de los colores del ganado vacuno (1998a) y, a partir de una experiencia femenina, las características y vicisitudes de la pequeña producción que sera que suelen practicar las mujeres de esa sierra (1998b).

Nuevas regiones, nuevos temas

Con un artículo publicado en 1977 Francisco Talavera se convirtió en el pionero de los estudios antropológicos en la ribera de Chapala des-

de una mirada novedosa respecto a la tradicional; diferente también a la que preocupó años más tarde a otros miembros del gremio. Francisco llamó la atención sobre el añoso y rasposo problema agrario entre los comuneros indígenas y los fraccionadores tapatíos que estaba en el trasfondo de la transición de una economía agrícola-pesquera a una economía de servicios para el turismo, nacional y extranjero, que se había asentado en Ajijic y varios pueblos de la ribera.

En la década siguiente había cambiado mucho el tono, el rumbo, las demandas y los actores de Chapala, como bien muestra Luisa Paré en su estudio realizado en 1984-1986, publicado en 1989. Ella llegó a la región ligada a CECOPA, un proyecto de promoción social del ITESO (Paré:1989:7), institución preocupada desde entonces por el deterioro ecológico y la degradación del ambiente que se advertía en la enorme y tradicionalmente generosa cuenca del lago de Chapala. La idea de la investigación era “crear una estrategia de desarrollo regional a partir del rescate de las necesidades y demandas sentidas por los actores sociales afectados por el deterioro ecológico del lago de Chapala” (*Ibidem*: 15). El estudio se centró en los pescadores, que eran los que más habían presionado para resolver los problemas del lago, y habían sido identificados además “como el grupo social más factible de elaborar una estrategia de desarrollo regional alternativo” (*Ibid.* :16). El estudio, que entiende “al sujeto social como protagonista” (*Ibidem*: 18) tiene mucho entonces de investigación participativa en la que hubo una constante “confrontación y discusión entre los propios pescadores en el marco de un proceso organizativo” (*Ibidem*: 17).

A partir de un análisis de las contradicciones entre los diversos usos y los distintos usuarios del lago, la primera parte del libro está dedicada a hacer un recuento, que siempre resulta dramático, acerca de los males que aquejaban a Chapala. En la segunda parte, después de presentar los recursos bióticos del lago, la autora se centró en el estudio de la problemática pesquera “desde el punto de vista de la lógica del proceso productivo y en relación con los recursos, el ambiente y los esfuerzos organizativos” (*Ibidem*: 61) de los pescadores. Además de darnos a conocer la tecnología y los cambios tecnológicos, de las técnicas y prácticas pesqueras, el trabajo de Paré descubre tanto la va-

riedad de actividades locales asociadas que antaño desencadenaba la pesca, como dinámica de trabajo y las condiciones de vida de los pescadores lacustres a fines de la década de 1980. Para ese momento era claro, también allí, que la agricultura y la pesca formaban parte de las múltiples actividades que realizaban los campesinos-pescadores para conseguir ingresos, para poder sobrevivir.

Entendidos de manera inseparable del “manejo de la cuenca lacustre y la del sistema Lerma-Chapala-Santiago” (*Ibidem*: 126), la investigación de Luisa Paré dejó bien identificados varios de los problemas, actores, normatividad, estrategias, medios y metas que podrían ayudar a mejorar la calidad de vida de los vecinos del lago. Pero, como bien sabemos, el escenario y horizonte amenazadores que Paré documentó en los años ochenta, se volvieron francamente tormentosos en los años siguientes.

La preocupación por la salud del lago y la vida de su gente no ha cesado, al menos la académica. Un proyecto vigente y activo es la *Historia ecológica de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, dirigido por Brigitte Boehm de El Colegio de Michoacán en colaboración con el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUSCH) de la Universidad de Guadalajara, que ha comenzado a generar nueva investigación, nuevas ideas, nuevas maneras de entender la región y la problemática de Chapala. Brigitte Boehm y Margarita Sandoval (1999^a; 1999^b) han reconstruido, con material histórico, geográfico y cartográfico de primera mano, las transformaciones que ha experimentado, desde el tiempo colonial hasta las postrimerías del siglo XIX, el “paisaje geográfico-cultural” de la región (1999^a), así como la comparación entre dos sistemas de uso del agua que coexisten en el enorme espacio geográfico de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago (1999^b). De este modo, la investigación ha empezado a documentar, entre otras cosas, el impacto de los usos y abusos del agua en las poblaciones rurales involucradas.

No muy lejos de allí, Patricia Moctezuma Yano (1998) estudió, con preocupaciones y miradas de hoy, uno de los espacios más añosos y reconocidos de la geografía artesanal de México: la producción de la “villa alfarera de Tonalá”, comunidad que fue estudiada por May N. Diaz (1970). A esa antropóloga norteamericana le costaría reconocer

la comunidad que ella exploró en el Tonalá actual, que hoy es, como sabemos, uno de los municipios de más rápido crecimiento demográfico de Jalisco. Aunque May Diaz decía que los tonaltecas de los años cincuenta se ganaban la vida con el trabajo agrícola y la alfarería, era evidente y sobresaliente la importancia de esta última en la dinámica económica de esa sociedad. De cualquier modo, la articulación entre las actividades agrícolas y alfarera parecería haberse diluido en beneficio de la especialización alfareras. Tanto que lo encontrado por Patricia Moctezuma rompe con casi todo lo que normalmente sabemos, suponemos, acerca de la artesanía como actividad tradicionalmente asociada a los quehaceres de las sociedades indígena y campesina. Al estudiar el papel de las mujeres en la conformación y dinámica de talleres donde se fabrica la variadísima “artesanía tonalteca”, Patricia descubrió la inexistencia de cualquier vinculación entre la actividad artesanal y la agricultura; descubrió también la erosión pero también la recreación mercantil del simbolismo y el imaginario indígenas de los objetos allí elaborados (Moctezuma Yano, 2001). Quizá Tonalá sea un punto extremo en la manera actual de concebir y hacer artesanías, pero de lo que no cabe duda es de que el trabajo de Patricia obliga a revisar la identificación rural y el carácter “complementario” que se suele atribuir a los artefactos “artesanales”.

Otra región, esta vez alejada de la capital jalisciense, también llamó la atención de otros antropólogos en la década de los noventa. Graciela Alcalá (1995) y Roberto Rodríguez (1995), trabajando en diversos puntos de la costa de Jalisco, dieron cuenta de las vicisitudes de los campesinos-pescadores de pueblos y rancherías que, queriéndolo o no, habían sido capturados por el auge turístico playero promovido por el Estado. Dieron cuenta también de cómo, al mismo tiempo, los pescadores-campesinos vieron mermadas, día con día, sus posibilidades de seguir ejerciendo sus actividades habituales, complementarias de una dieta y un calendario de trabajos e ingresos. Para ese momento, la situación de los vecinos de la costa y de la pesca misma parecían haber llegado a situaciones económicas y ecológicas críticas, lo que los había llevado a desarrollar nuevas formas de organización, a buscar nuevas luchas sociales.

En general, puede decirse que el asunto ecológico y ambiental ha entrado con gran fuerza en el espectro de temas que interesan a los antropólogos, sobre todo en proceso de formación, que estudian Jalisco hoy. En verdad, los jóvenes están no sólo nutriendo sino diversificando y modificando la agenda antropológica jalisciense. La maestría en Antropología Social que ofrece CIESAS-Occidente desde 1996 se ha convertido, sin duda, en el semillero de nuevos estudiosos y, al mismo tiempo, en el receptor de preocupaciones y dinamizador de temas y perspectivas originales.

De acuerdo a los temas de tesis realizados y propuestos por los estudiantes de dos generaciones de la maestría en CIESAS (ver Apéndice 2), se perciben dos grandes preocupaciones en los antropólogos que se están formando hoy: por una parte, los asuntos relacionados con el deterioro ecológico y ambiental; por otra, los que tienen que ver con la cultura en sentido muy amplio: ritos, mitos, identidad, simbolismo, tradiciones, religión y religiosidad.

Al mismo tiempo nuevos investigadores y jóvenes estudiantes están ampliando la frontera de estudios: por una parte, ellos han intensificado los estudios en la región de la costa, en la ribera de Chapala. Por otra, han incorporado, como nunca antes, el mundo huichol al espacio de la investigación antropológica. Paul M. Liffman (1996), un antropólogo de la Universidad de Chicago, ha explorado, por ejemplo, los diversos niveles de organización política de los huicholes en relación con la lucha territorial, basado en “formas organizativas y representaciones simbólicas tradicionales” (*Ibidem*: 47). Liffman va más allá: él ha rastreado y desmenuzado las categorías y prácticas culturales que, sin ser democráticas, permiten la libre participación de los huicholes. De seguir así las cosas, el mundo indígena de Jalisco será una de las canteras más prometedoras del análisis antropológico en los próximos años.

EN SÍNTESIS

La antropología rural en Jalisco o, si se quiere, lo que los y las antropólogas hemos hecho en esta tierra sobre el mundo de los tradicionalmente más ligados a ella, abarca un tiempo menor que en otros

espacios del país; pero desde sus inicios, a fines de los setenta, comenzó a generar resultados de investigación acerca de la gente del campo, sus características y transiciones.

Los estudios de los años setenta y ochenta se enmarcaron en dos problemas y discusiones clave de esos años. En términos económicos eran evidentes, aquí y allá, la crisis de la economía agropecuaria y, al mismo tiempo, de la viabilidad de la economía campesina que había sido potenciada después del reparto agrario. Los estudios del Sur de Jalisco documentaron y mostraron que, efectivamente, la vía exclusivamente agrícola de desarrollo rural había tocado fondo. Los estudios sobre Los Altos, en cambio, dieron cuenta de la existencia de sociedades rurales diversas donde el predominio de una actividad ganadera antigua y vigorosa, modificaba el imaginario del mundo rural concebido como exclusivamente agrícola. Al mismo tiempo, algunos de los estudios mostraron cómo las mismas sociedades rurales estaban, desde los años setenta al menos, buscando salir del cerco que se había cerrado para las actividades agropecuarias y para los quehaceres tradicionalmente asociados a ellas.

En términos políticos, se vivía el agobio de una centralización política que había llegado hasta las células sociales y los espacios más recónditos de la geografía nacional, sin duda rural, en forma de caciques, funcionarios, burócratas que administraban, bastante mal por supuesto, las empresas que el Estado había comprado, creado, controlado. Los estudios en Jalisco descubrieron situaciones muy contrastantes. Si bien en Los Altos existían elites locales que habían logrado mantener cierto grado de autonomía y poder; el Sur, en cambio, vivía inmerso en la maraña de relaciones y complicidades desatada por la lógica centralizadora: grandes empresas estatales, un cacicazgo de nota, lo cual no era poca cosa –bien lo sabía don Agustín Yáñez– en una tierra pródiga en caciques, que habían terminado por asfixiar fuerzas e iniciativas locales. Los estudios de esos años respondieron a los enfoques y discusiones de ese tiempo con las miradas de ese tiempo. Así, hicieron hincapié en las razones y factores estructurales y en las estructuras institucionalizadas que organizaban las dinámicas económicas, la actuación y lucha políticas de las sociedades estudiadas.

En la década de los ochenta se advierte en Jalisco, como en todo el país, la disminución de estudios acerca de la gente del campo y sus problemas. Esto tuvo que ver, en buena parte, con el agotamiento de la discusión centrada en la polémica campesinista-proletarista que terminó por dificultar ver y entender lo que realmente estaba sucediendo en el campo; pero también con la creciente preocupación de los antropólogos, como tantos otros científicos, por el estudio de los focos rojos que prendían, aquí y allá, los fenómenos y problemas sociales inéditos e inaplazables que se habían desatado en las ciudades, como puede verse en este mismo número de la revista.

En los años noventa y los años que llevamos del presente siglo, se ha renovado el interés por el campo y su gente, aunque de manera distinta. Hoy en día, más que preocuparse por “la situación del campo” interesa conocer lo que diferentes grupos sociales y ocupacionales hacen y cómo viven su rusticidad transformada; los diferentes grupos que se encuentran o se construyen en el campo son concebidos como actores sociales que resisten, luchan, se enfrentan con los poderes económicos y políticos de manera institucional, pero también no institucional; llaman la atención, como nunca antes, los diversos grupos indígenas de Jalisco, lo que hay que atribuir por supuesto a la rebelión zapatista en Chiapas; preocupan los asuntos ecológicos y de deterioro ambiental, de los cuales somos no sólo estudiosos sino también sujetos involucrados; el estudio de la cultura, un tema del que el culturalismo norteamericano nos hizo huir y casi abdicar, ha regresado por vías novedosas e insospechadas.

Finalmente, hay que mencionar otro cambio que se suscitó en el transcurso de los años ochenta. Antes, digamos Paul S. Taylor y los dos grandes proyectos colectivos de los años setenta, fueron realizados por estudiosos que se desplazaron a las regiones de estudio desde ciudades e instituciones lejanas, a las cuales regresaron una vez concluida la fase de trabajo de campo. En los lugares donde vivieron dejaron amigos, seguramente también compadres, pero volvieron poco. En la década siguiente se advierte un proceso muy intenso de llegada y establecimiento de antropólogos y antropólogas en Guadalajara, interesados por estudiar los fenómenos sociales del mundo rural y urbano de Jalisco.

Sus investigaciones contribuyeron mucho, en esa y la siguiente década, a un mejor y más amplio conocimiento de Jalisco, sus regiones, su gente. Así, los antropólogos y su manera de hacer ciencias sociales se han convertido en parte inseparable del espectro de las ciencias sociales en el estado. Con la creación de la Maestría en Antropología Social en Guadalajara, el gremio ha garantizado ya no sólo su presencia, sino también su reproducción como oficio, que no, afortunadamente, como hemos visto, en cuanto a temas y perspectivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcalá, Graciela (1995) “Los pescadores del litoral del occidente de México y el turismo”, *Estudios Jaliscienses*, núm. 20. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Mayo, pp. 27-44.
- Alcántara Ferrer, Sergio (1979) *Industrias colectivas del pueblo: un estudio de caso sobre industrialización rural en el Sur de Jalisco*. México: El Colegio de México, Cuadernos del CES, 50 p.
- Alonso, Jorge (1979) “Una región entre la permanencia derechista y la irrupción de convergencias populares”, en Jorge Alonso y Juan García de Quevedo (Coords.), *Política y región: Los Altos de Jalisco*. México: Cuadernos de la Casa Chata, pp. 257-282.
- (1999) “Teorizaciones sobre movimientos sociales”, en Jorge Durand (Comp.), *Movimientos sociales. Desafíos teóricos y metodológicos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 21-44.
- Arias, Patricia y Jorge Durand (1988) “Santa María de las esferas”, *Estado y Sociedad*, núm.1, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CISMOS, pp. 5-16.
- Arias, Patricia (1990) “Empresas y empresarios de la ropa en Los Altos de Jalisco”, en Jorge Alonso y Juan García de Quevedo (Coords.), *Política y región: Los Altos de Jalisco*. México: Cuadernos de la Casa Chata, pp.71-89.
- (1991) *Nueva rusticidad mexicana*, México: CONACULTA, 311 p.
- Arias, Patricia y Fiona Wilson (1997) *La aguja y el surco. Cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Center for Development Research, 297 p.
- Arias, Patricia (1997) “Tres microhistorias del trabajo femenino en el campo”, *Estudios Sociológicos*, xv, 43. México: El Colegio de México, pp. 213-237.
- Boehm, Brigitte y Margarita Sandoval (1999^a) “La transformación cultural de un paisaje lacustre: tiempos largos en la Ciénega de Chapala”, *Estudios del Hombre*, núm.10. Guadalajara: CUCSH, Departamento de Estudios del Hombre, pp.81-123.
- Boehm de Lameiras, Brigitte y Margarita Sandoval Manzo (1999) “La sed saciada de la ciudad de México: la nueva cuenca Lerma-Chapala-Santiago. Un ensayo

- metodológico de lectura cartográfica”, *Relaciones*, vol. XX, núm. 80. Zamora: El Colegio de Michoacán. Otoño, pp.17-61.
- Canaval, Beatriz (2000) “Actor y movimiento social en la investigación del desarrollo rural” en Roberto Diego Quintana (Coord.) *Investigación social rural. Buscando huellas en la arena*. México: UAM-Plaza y Valdés, pp.83-90.
- Dalhgren Jordán, Barbro (1988) “La Etnología” en Carlos García Mora y María de la Luz del Valle Berrocal (Coords.) *La Antropología en México. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*. México: INAH-Colección Biblioteca del INAH, pp.83-110.
- Del Castillo, Gustavo (1976) “Presentación” en Tomás Martínez Saldaña y Leticia Gándara Mendoza, *Política y sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco. México*: SEP-INAH, pp.5-16.
- De la Peña, Guillermo (1976) “Economía y sociedad en el Sur de Jalisco: notas para un enfoque diacrónico”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm. 2. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Abril de 1977, pp.5-15.
- De la Peña, Guillermo (1979) “Empresarios en el Sur de Jalisco: un estudio de caso en Zapotlán el Grande” en Guillermo Beato, Guillermo de la Peña y Roberto Salazar, *Simposio sobre empresarios en México. Vol.II. Intermediación. Fracciones étnicas de clase*. México: Cuadernos de la Casa Chata, 81p.
- De la Peña, Guillermo, Verónica Veerkamp, Pastora Rodríguez Aviñoa, Agustín Escobar, Luisa Gabayet (1977) *Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México: Cuadernos de la Casa Chata, 206 p.
- De Leonardo, Patricia (1977) “La economía alteña: un ensayo de caracterización”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm.4. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Agosto-octubre, pp.19-39.
- De Leonardo, Patricia (1978) *El impacto del mercado en diferentes unidades de producción. Municipio de Jalostotitlán* en Jaime Espín y Patricia de Leonardo *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: Editorial Nueva Imagen, pp.29-130.
- Deraga, Daria (1998^a) “Los términos de los colores del ganado mayor: la cultura ganadera en Jalisco” en *El Occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-ORSTOM., pp.83-86.
- (1998b) “El queso tradicional de la sierra del Tigre”, *Estudios del Hombre, Ensayos sobre alimentación y culinaria*, Núm. 7. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-CUCSH, pp. 227-238.
- Díaz, José y Román Rodríguez (1979) *El movimiento cristero*. México: CISINAH-Editorial Nueva Imagen, 242 p.
- Diaz, May N. (1970) *Tonalá. Conservatism, Responsibility and Authority in a Mexican Town*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press, 234 p.
- Durand, Jorge (Comp.) (1991) *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México: CONACULTA.

- Durand, Jorge (1998^a) *Políticas, modelos y patrón migratorios. El trabajo y los trabajadores mexicanos en Estados Unidos*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 78 p.
- (1998) ¿“Nuevas regiones migratorias?” en René M. Zenteno *Población, desarrollo y globalización. V Reunión de investigación sociodemográfica en México*. Volumen 2. México: El Colegio de la Frontera Norte-Sociedad Mexicana de SDemografía, pp.101-115.
- (2000) “Un punto de partida. Los trabajos de Paul S. Taylor sobre la migración mexicana a Estados Unidos”, *Frontera Norte*, vol.12, núm.23. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte. Enero-junio, pp.51-64.
- Escobar Latapí, Agustín (1977) “La explotación forestal en el Sur de Jalisco” en Guillermo de la Peña *et.al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata, pp.157-176.
- Escobar Latapí, Agustín y Mercedes González de la Rocha (1981) “Expansión y adaptación de las agroindustrias del Sur de Jalisco”, *Controversia*, núm.6. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Septiembre-diciembre, pp.7-18.
- Escobar Latapí, Agustín y Mercedes González de la Rocha (1987) *Cañaverales y bosques. De hacienda a agroindustria en el Sur de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco. 1987. 250 páginas.
- Espín, Jaime (1978) *Uso y tenencia de la tierra en el municipio de Teocaltiche* en Jaime Espín y Patricia de Leonardo, *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: CISINAH-Editorial Nueva Imagen, pp. 133-304.
- Fábregas, Andrés (1977) “La formación histórica de Los Altos de Jalisco”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm. 3. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Mayo-julio, pp.5-20.
- Fábregas, Andrés (1978) “Introducción” a Jaime Espín y Patricia de Leonardo, *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*. México: CISINAH-Editorial Nueva Imagen, pp.7-25.
- (1986) *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: CIESAS 302 p.
- (1999) “Los Altos de Jalisco y la antropología”, *Estudios Jaliscienses*, núm.37. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, pp. 13-25.
- Fikes, Jay Courtney (1985) *Huichol Indian Identity and Adaptation*. Michigan: University of Michigan, 378 p.
- Gabayet Ortega, Luisa (1977) “Economía familiar de los obreros de Atenquique” en Guillermo de la Peña *et.al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México: Cuadernos de la Casa Chata, pp.177-206.
- Gabayet, Luisa (1988) *Obreros somos. Diferenciación social y formación de la clase obrera en Jalisco*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco-CIESAS, 278 p.

- Gallart, Ma. Antonieta (1975) *El cambio en la orientación de la producción ganadera en San Miguel el Alto, Jalisco*. México: UIA, tesis de licenciatura en Antropología Social, 157 p.
- Gallart, M. Antonieta (1991) "La evolución de la ganadería en la región alteña: el caso de San Miguel el Alto, Jalisco", *Estudios Jaliscienses*, núm.6. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Noviembre, pp.26-36.
- Gándara Mendoza, Leticia (1976) *La evolución de una oligarquía: el caso de San Miguel el Alto, Jalisco*, en Tomás Martínez Saldaña y Leticia Gándara Mendoza, *Política y sociedad en México: el caso de los Altos de Jalisco*. México: SEP-INAH, pp.149-285.
- García Acosta, Virginia (2001) *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, C.U. Norte, 173 p.
- García Acosta, Virginia (1991) "Arandas a principios de los setenta", *Estudios Jaliscienses*, núm. 6. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Noviembre, pp. 11-25.
- García Mora, Carlos y Mercedes Mejía Sánchez (Coords.) (1988) *La Antropología en México*. México: INAH-Colección Biblioteca del INAH.
- González, Luis (1979) *Pueblo en vilo*. México: El Colegio de México. Tercera edición.
- González, Luis (1989) "Gente del campo. Entrevista con Enrique Krauze", *Vuelta*, año XIII, núm. 151. México. Junio, pp.22-29.
- González Chávez, Humberto (1981) *Terratenientes, campesinos y empresarios capitalistas. Un estudio socioeconómico local: Amacueca, Jal.* México, UIA, tesis de licenciatura en Antropología Social, 252 p.
- González Chávez, Humberto (1994) *El empresario agrícola en el jugoso negocio de las frutas y hortalizas de México*. Holanda: Universidad de Wageningen, tesis de doctorado en Antropología Social. 361 p.
- Hope, Mercedes (1985) "El ejido Primero de Febrero: un colectivo forzado" en Esteban Krotz, *et.al. Cooperativas agrarias y conflictos políticos en el Sur de Jalisco*. México, UAM-I, Cuadernos Universitarios, pp.165-194.
- Icazuriaga, Carmen (1977) "La ciudad de Tepatitlán: su origen y desarrollo como centro urbano", *Controversia*, tomo 1, año 1, núm.3. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Mayo-julio, pp. 22-46.
- Icazuriaga, Carmen (2002) *La ciudad y el campo en Tepatitlán, Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, C.U. Norte, 219 p.
- Jáuregui, Jesús (Ed.) (1992) *Bibliografía del Gran Nayar: coras y huicholes*. México: CEMCA-INI, 162 p.
- Jáuregui, Jesús (Ed.) (1993) *Música y danzas del Gran Nayar*. México: Instituto Nacional Indigenista-CEMCA, 334 p.
- Jáuregui, Jesús y Johannes Neurath (Comps.) (1998) *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss*. México: Instituto Nacional Indigenista-CEMCA, 450 p.

- Krotz, Esteban, Emilia Velázquez, Felipe Vázquez y Mercedes Hope (1985) *Cooperativas agrarias y conflictos políticos en el Sur de Jalisco*. México: UAM-I, Cuadernos Universitarios, 201 p.
- Lameiras, José (1990) *El Tuxpan de Jalisco, una identidad danzante*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 282 p.
- Liffman, Paul M. (1996) “Reivindicación territorial y convergencia democrática de los wixaritari (huicholes)” en Jorge Alonso y Juan Manuel Ramírez (Comps.) *La democracia de los de abajo en Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-CIESAS-CIICH-UNAM-Consejo Electoral del Estado de Jalisco, pp.41-75.
- López Cortés, Eliseo (1999) *Ultimo cielo en la cruz. Cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 342 p.
- Martínez Saldaña, Tomás (1976) *Formación y transformación de una oligarquía: el caso de Arandas, Jalisco*, en Tomás Martínez Saldaña y Leticia Gándara Mendoza, *Política y sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco*. México: SEP-INAH, pp.17-147.
- Massey, Douglas S., Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humberto González (1987) *Return to Aztlán*, California University Press, 336 p.
- Massey, Douglas S., Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humberto González (1991) *Los Ausentes. El proceso de la migración internacional en el occidente de México*. México: CONACULTA-Alianza Editorial.
- Meyer, Jean (1973) *La Cristiada*. 3 volúmenes. México: Siglo XXI Editores.
- Moctezuma Yano, Patricia (1998) “La mujer en la conformación de talleres artesanales en Tonalá”, *Estudios Jaliscienses*, núm. 2. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Mayo, pp. 19-34.
- (2001) “La subversión de lo indígena en las fronteras de la tradición popular”, *Estudios Jaliscienses*, núm. 44. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Mayo, pp.18-35.
- Paré, Luisa (1989) *Los pescadores de Chapala y la defensa de su lago*. Guadalajara: ITESO, 143 p.
- Rodríguez Aviñoá, Pastora y Luisa Gabayet Ortega (1977) “Industrialización y diferenciación social: el caso de Atenquique”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm. 4. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Agosto-octubre, pp. 5-17.
- Rodríguez Aviñoá, Pastora (1977) “El complejo industrial de Atenquique” en Guillermo de la Peña *et.al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata, pp.74-141.
- Rodríguez Cruz, Román y José Díaz Estrella (1977) “El movimiento cristero en Los Altos de Jalisco”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm.1. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas, AC. Enero, pp. 5-22.

- Rodríguez Gómez, Guadalupe y Patricia Chombo Morales (Coords.) (1998) *Los juegos del poder. Globalización y cadenas agroindustriales de la leche en Occidente*, Guadalajara: CIESAS, 328 p.
- Rodríguez, Roberto (1995) “Los recursos de la pesca en la costa sur de Jalisco”, *Estudios Jaliscienses*, núm.20. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Mayo, pp. 5-13.
- Safa, Patricia (1988) *Empresarios agrícola-ganaderos de Zapotlán*. México: UAM-I, 112 p.
- Shadow, Robert D. (1984) *Land, Labor and Cattle: The Agrarian Economy of a West Mexican Municipio*. Nueva York: State University of New York at Stony Brook. PhD Dissertation. 1978. (Michigan, Ann Arbor, University Microfilms International. 1984). 315 p.
- Talavera, Francisco (1977) “La ribera norte del Lago de Chapala: la otra cara de una zona turística”, *Controversia*, tomo 1, año 1, núm. 2. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Febrero-abril, pp.26-35.
- Taylor, Paul S. (1933) *A Spanish-Mexican Peasant Community. Arandas in Jalisco, Mexico*. Berkeley, California: University of California Press. 92 p.
- (1991) *Arandas, Jalisco: una comunidad campesina* en Jorge Durand (Comp.) *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México, CONACULTA, pp. 131-221.
- (1933b) “Making cántaros at San José Tateposco, Jalisco, México”, *American Anthropologist*, núm. 35, pp.745-751. (Versión española en este mismo número de *Estudios del Hombre*)
- (1981) *Labor on the Land. Collected Writing 1930-1970*. With a New Introduction by the Author. New York: Arno Press. A New York Company, 332 p.
- Taylor, Paul S. (1983) Preface by Clark Kerr *On the Ground in the Thirties*. Salt Lake City: Gibbs M. Smith, Inc. Peregrine Smith Books, 252 p.
- Torres, Gabriel (1997) *La fuerza de la ironía. Un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros del occidente de México*. Guadalajara, El Colegio de Jalisco-CIESAS, 315 p.
- Vázquez, Felipe (1985) “Colectivización ejidal y cambios en las formas de control político en San Nicolás” en Esteban Krotz *et.al. Cooperativas agrarias y conflictos políticos en el Sur de Jalisco*. México: UAM-I, Cuadernos Universitarios, pp.117-164.
- Veerkamp, Verónica (1977) “El mercado informal y la industria: el caso de Ciudad Guzmán”, en Guillermo de la Peña *et.al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata, pp. 37-73.
- (1981b) “El mercado informal y la industria. El caso de Ciudad Guzmán”, *Controversia*, núm. 6. Guadalajara: Centro Regional de Investigaciones Socioeconómicas. Septiembre-diciembre, pp.19-39.
- (1981) *La comercialización y distribución de productos agrícolas a partir de un mercado semanal: el tianguis de Ciudad Guzmán, Sur de Jalisco*. 2

- volúmenes. México: Universidad Iberoamericana, Tesis de licenciatura en Antropología Social, 227 p. y un volumen de Apéndice de cuadros, mapas y fotografías.
- Velázquez, Emilia (1985) “Colectivización ejidal, diferenciación social y conflictos políticos en San Pedro Toxín” en Esteban Krotz *et.al.* *Cooperativas agrarias y conflictos políticos en el Sur de Jalisco*. México: UAM-I, Cuadernos Universitarios, pp. 37-116.
- Villarreal, Magdalena (1994) *Wielding and yielding: power, subordination and gender identity in the context of a Mexican development project*. Holanda: Universidad de Wageningen, Tesis de Doctorado en Antropología Social, 281 p.
- Villarreal, Magdalena (1995) “Mujeres y proyectos de desarrollo en el campo”, *Estudios Jaliscienses*, 21. Guadalajara: El Colegio de Jalisco. Agosto, pp. 26-43.
- Zabin, Carol (1992) *Migración oaxaqueña a los Campos Agrícolas de California. Un Diálogo*. California, San Diego: Center for U.S.-Mexican Studies. University of California, San Diego, 76 p.
- Zárate Hernández, José Eduardo (1997) *Procesos de identidad y globalización económica. El Llano Grande en el Sur de Jalisco*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 324 p.

APÉNDICE 1

INVESTIGACIÓN SOCIO-ANTROPOLÓGICA EN AUTLÁN-EL GRULLO, FINES DE LOS AÑOS OCHENTA-PRINCIPIOS DE 1990. UNIVERSIDAD DE WAGENINGEN-EL COLEGIO DE JALISCO-CIESAS

En el mes de julio de 1986 se inició el proyecto de investigación *Contrasting Patterns of Irrigation Organization: Peasant Strategies and Planned Intervention*, coordinado por el Dr. Norman Long, que contó con el patrocinio de la Fundación Ford para los investigadores mexicanos y de WOTRO (The Netherlands Scientific Council for Tropical Research) para los estudiosos holandeses.

El proyecto se propuso investigar los diferentes estilos de intervención gubernamental en la organización del riego, así como las interfaces y juegos de relaciones que se reflejaban en los mundos de las mujeres y hombres campesinos. El objetivo central era analizar los tipos de interacción entre agentes gubernamentales y campesinos con la intención de valorar los cambios y alternativas estructurales que estaban en proceso. La selección del área de estudio –el Distrito de Riego Autlán-El Grullo– se debió a que ofrecía condiciones excepcionales

para la exploración sistemática de esa problemática por tratarse de un sistema de riego en reestructuración y ser de mediana escala: 15 000 hectáreas.

La construcción de una presa (Trigomil) y los canales de riego se encontraban en su fase final, lo que facilitaba la observación de situaciones de cambio en el proceso agrícola y de reacomodos de poder entre ejidatarios o pequeños propietarios y funcionarios gubernamentales. La oportunidad de observar cómo se regulaba el acceso al agua de riego y cómo se ponía en práctica una agricultura tecnificada se consideraba clave para conocer las perspectivas de sobrevivencia y redistribución de recursos, capitales e influencias.

El proyecto buscó contribuir en cuatro campos o temas conceptuales relacionados con el desarrollo rural:

–El enfoque de interfaz social que se ofrecía como un instrumento clave para comprender el carácter dinámico de la intervención planeada y las estrategias campesinas.

–La comprensión de las iniciativas de los campesinos y su valor en la gestión de su propio desarrollo frente a la intervención de agentes externos.

–El entendimiento de las respuestas diferenciales frente a la intervención planeada.

–El análisis de los distintos estilos de manejo del agua y de organización campesina.

Los primeros investigadores mexicanos involucrados en el proyecto fueron Humberto González y Elsa Guzmán; más tarde, se integraron Magdalena Villarreal y Gabriel Torres. Magdalena Barros Nock participó en un proyecto posterior. Alberto Arce, de nacionalidad chilena, fue codirector del proyecto. Los investigadores holandeses fueron Dorien Brunt y Pieter Van der Zaag, a los que se agregaron Jikke Verhulst y Hans Heijdra. En otro proyecto relacionado estuvieron Monique Nuijten y Gerard Verschoor.

De las investigaciones de estos autores resultaron dos tesis de maestría y ocho de doctorado. De ellas, seis están publicadas en inglés y dos en español y pueden ser consultadas en la Biblioteca del CIE-SAS-Occidente y en la Universidad de Wageningen en Holanda.

RELACIÓN DE TESIS

- Brunt, Doreen, *Mastering the Struggle: Gender, Actors and Agrarian Change in a Mexican Ejido*. Amsterdam, CEDLA. 1992.
- González Chávez, Humberto, *El empresario agrícola en el jugoso negocio de las frutas y las hortalizas en México*. Wageningen, The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1994.
- Guzmán Flores, Elsa, *The Political Organization of Sugarcane Production in Western Mexico*. Wageningen: The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1995.
- Heijdra, Hans, *Local Organization: Outside Intervention and Peasant Strategies: A Case Study at the Intermediate Level in an Export-oriented Zone of Western Mexico*. Wageningen, The Agricultural University, Master Thesis. 1988.
- Nuijten, Monique, *In the Name of the Land: Organization, Transnationalism and the Culture of the State in a Mexican Ejido*. Wageningen, The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1998.
- Torres, Gabriel, *The Force of Irony: Studying Everyday Life of Tomato Workers in Western Mexico*. Wageningen, The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1994.
- Van der Zaag, Pieter, *Chicanery at the Canal*. Amsterdam, CEDLA. 1992.
- Verhulst, Jikke, *Agrarian Change and Household Strategies: A Study of the Role of Export Oriented Tomato Production in Western Mexico*. Wageningen, The Agricultural University, Master Thesis. 1988.
- Verschoor, Gerard, *Tacos, Tiendas and Mezcal: An Actor Network Perspective on Small Scale Entrepreneurial Projects in Western Mexico*. Wageningen, The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1997.
- Villarreal, Magdalena, *Wielding and Yielding: Power, Subordination and Gender Identity in the Context of a Mexican Development Project*. Wageningen, The Agricultural University, Tesis de Doctorado. 1994.

OTRAS PUBLICACIONES RELACIONADAS

Long, Norman (Ed.) *Encounters at the Interface: A Perspective on the Social Discontinuities in Rural Development*. Wageningen, The Agricultural University, Wageningen Sociologische Studies, 27. 1989. Reúne los primeros avances de la investigación así como dos artículos sobre los enfoques metodológicos del llamado “Proyecto Mexicano”.

Long, Norman and Ann Long (Eds.) *Battlefields of Knowledge: The Interlocking of Theory and Practice in Social Research and Development*. London, Routledge. 1992. Presenta la discusión teórico-metodológica que resultó del proyecto así como la discusión de varios proyectos con metodología similar desarrollados en África.

Gabriel Torres

APÉNDICE 2

TEMAS DE TESIS DE LOS ESTUDIANTES DE MAESTRÍA EN
ANTROPOLOGÍA SOCIAL. CIESAS-OCCIDENTE
1996-2001

PRESENTADAS

—*El tiempo de las tortugas como espejo de realidades socioeconómicas y medioambientales*. Luis Humberto Becerra Figueroa.

Tirar los pesticidas a flor de piel. Percepciones del riesgo, cuerpo y salud en fumigadores jitomateros. Ana Isabel Gaytán Hernández.

—*La renovación ritual de una sociedad. Cambio, cultura, organización e identidad en la fiesta de Ocotlán, Jalisco*. Agustín Hernández Ceja.

—*El pueblo de Mezcala y los efectos de la degradación ambiental actual de Chapala*. Adriana Hernández García.

—*Escolaridad e interculturalidad. Los jóvenes wixaritari en una secundaria de huicholes*. Angélica Rojas Cortés.

EN PROCESO

—*Análisis de la cultura Wixarika (huichol) desde la perspectiva del desarrollo sustentable.* Carmen Anaya Corona.

—*Mujeres pobres y políticas sociales. El caso del programa Mujeres en solidaridad.* Lourdes Angulo.

—*Familias de agua: la significación de la pérdida de la Costa Sur.* Edgar Linares.

PROYECTOS NUEVOS

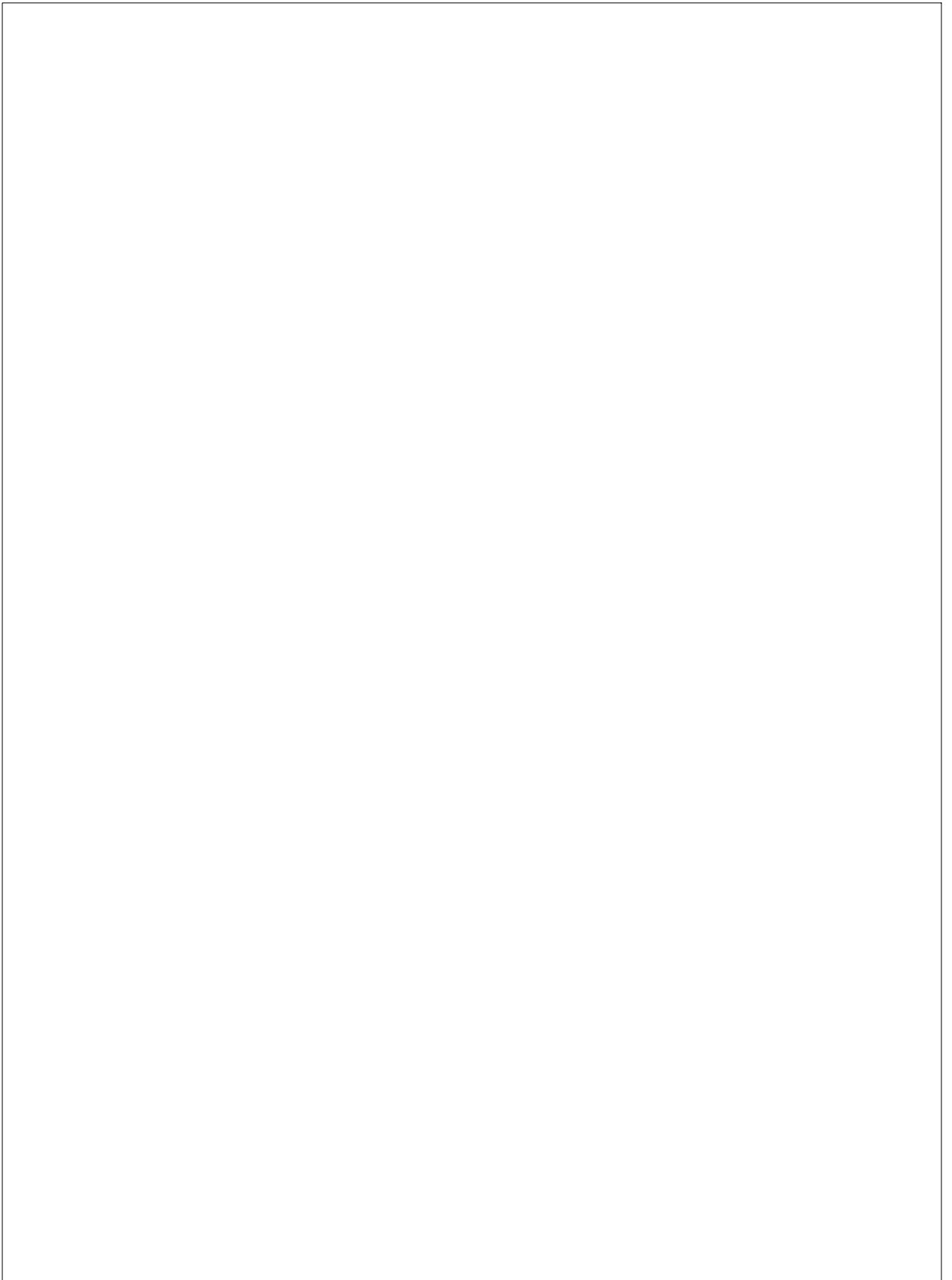
—*Polisemia simbólica: el caso de Santo Toribio Romo.* Fernando Guzmán Mundo.

—*Interconexiones globales-locales en la producción de mango, Una investigación y movilización de las redes sociales de productores de Jaluco, Jal.* Alma Mulder.

—*La dimensión cultural de las remesas en una comunidad transnacional: los tapalpeños en México y EEUU.* Javier Serrano Aquino.

—*Nacer y morir en Cajititlán, Jalisco. Un estudio sobre los rituales de transición.* Victoria Angélica Torres Armenta.

—*Autoridades: la práctica del poder y la participación ceremonial entre los wixaritari (huicholes) de Jalisco.* Beatriz Vázquez Violante.



La antropología en los estudios sobre el fenómeno religioso en Jalisco

Renée de la Torre

RESUMEN

Revisión de las contribuciones de la antropología al estudio del fenómeno religioso en Jalisco. Los estudios antropológicos sobre el fenómeno religioso ofrecen una visión contrastante y rica del cambio y la continuidad de la cultura regional. Las monografías y estudios de caso sobre grupos, movimientos y expresiones de la religiosidad dan cuenta de la diversidad cultural interna de la sociedad, atendiendo las siguientes realidades: la religión en la antropología urbana, los estudios regionales y los movimientos sociales; las manifestaciones populares de la religiosidad católica; el fenómeno reciente de cambio confesional y pluralidad religiosa; y las religiosidades a la carta.

Hablar de los aportes de la antropología al estudio de la religión en Jalisco conduce a ciertas dificultades. Me refiero a que la antropología, como disciplina de formación académica, tiene una presencia reciente en el contexto local.¹ Las universidades locales no tienen licenciaturas

1. Salvo el caso de la Universidad Autónoma de Guadalajara fundada en 1972, cuyo desarrollo académico y profesional fue muy reducido, y estuvo muy ligado a la arqueología y la historia.

en antropología. Sin embargo, pese a esta limitante, la antropología social tuvo presencia en Jalisco desde inicios de los años setenta, a través de proyectos regionales, que contrastaban con la tradición de la antropología indigenista.² Posteriormente, con la fundación del El Colegio de Jalisco, en 1983 se invita a un equipo de antropólogos del CIESAS, a continuar con sus investigaciones, en las que desarrollaban novedosas visiones de la antropología social, enfocadas a los problemas regionales, urbanos, del trabajo y del poder.

A partir de los años ochenta hasta ahora, la antropología ha tenido aportes importantes al conocimiento del papel que la religión juega en la sociedad jalisciense. Primero por los estudios regionales promovidos por El Colegio de Jalisco y la formación de centros de investigación de la Universidad de Guadalajara, en cuyos resultados el fenómeno religioso aparecía como fermento de la cultura regional. Segundo por la influencia que la visión y la metodología antropológica ha tenido en el desarrollo de la sociología, los estudios regionales y la historia. Tercero por la oferta de programas de posgrado en Antropología Social (doctorado desde 1991 y maestría desde 1996) del CIESAS Occidente, desde los cuales se están realizando investigaciones novedosas, algunas interesadas en el fenómeno religioso.

El estudio de la cultura y el tratamiento etnográfico no ha sido una modalidad exclusiva de los antropólogos en Jalisco. Su presencia interinstitucional en la formación de nuevos investigadores en ciencias sociales y el espíritu antropológico de mirar y comprender desde dentro los procesos culturales ha estado presente en distintos campos de profesionalización académica local. El carácter de la antropología en Jalisco responde a una visión multidisciplinaria. Existen franjas de intersección de la antropología con la sociología del conocimiento y la etnometodología, así como un encuentro metodológico con los historiadores en la valorización de la historia oral y la historia de las mentalidades como métodos de reconstrucción histórica de la memoria colectiva. Por ello, en esta tarea de recopilar estudios antropológicos sobre el fenómeno religioso, extenderé mi criterio para incluir la riqueza de estudios que nos permiten tener una comprensión antropológica sobre el tema.

2. La antropología mexicana puso sus ojos en Jalisco mediante proyectos de investigación regional: uno sobre Los Altos de Jalisco, emprendido en 1973 por Andrés Fábregas y el otro sobre la región del Sur de Jalisco coordinado por Guillermo de la Peña (1975-1982).

Durante los años setenta y ochenta, el estudio de la cultura y la religión fue marginal en las ciencias sociales, en parte por la hegemonía del funcionalismo norteamericano y del materialismo histórico marxista, que daban prioridad a otros problemas sociales. Sin embargo, no podemos pasar por alto el interés que recientemente ha despertado el estudio de lo religioso entre los investigadores de ciencias sociales de Guadalajara. Un elemento invaluable en la acumulación de conocimiento sobre la relevancia de la religión en Jalisco está dado por los estudios de historiadores, cuya riqueza y extensión necesitaría una revisión aparte. Sin embargo, vale la pena manifestar que estos aportes han sido una base invaluable para la comprensión histórica del papel del catolicismo en Jalisco.

Desde finales de los años ochenta, investigadores formados en distintas disciplinas de las ciencias sociales han mostrado un interés creciente en el estudio del fenómeno religioso como fermento de la identidad social, como factor de movilización y organización política y como manifestación cultural de las transformaciones que se viven en la sociedad. Este interés ha llevado a distintos proyectos interinstitucionales, en donde han participado investigadores y profesores de El Colegio de Jalisco, el CIESAS de Occidente, la Universidad de Guadalajara, la UNIVA y el ITESO para conformar espacios de discusión interdisciplinaria e intercambio sobre los avances de la investigación.³

Pese a estas características que enmarcan el desarrollo tardío de los estudios antropológicos sobre la religión en Jalisco, existe un importante acervo de estudios sobre el fenómeno religioso,⁴ que se basan en trabajo

3. Ejemplo de ello son el PERYS (Programa de Estudios sobre Religión y Sociedad) coordinado por investigadores de diversos departamentos de la Universidad de Guadalajara que realiza seminarios y conferencias y que convocan a investigadores sobre el fenómeno religioso y la Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en el Centro Occidente de México, que surge en Guadalajara en 1998 (de un esfuerzo compartido entre investigadores de la UNIVA, la UdeG, el CIESAS y El Colegio de Jalisco) y convoca anualmente encuentros académicos donde participan investigadores de universidades de los estados de Colima, Aguascalientes, San Luis Potosí, Nayarit, Guanajuato, Michoacán, y Querétaro. Aquí cabe resaltar el proyecto interinstitucional sobre la diversidad religiosa en Guadalajara, donde participaron investigadores del CIESAS, el INAH, El Colegio de Jalisco y alumnos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y de la Universidad de Guadalajara, coordinado por Patricia Fortuny, y cuyos resultados fueron publicados en el libro *Creyentes y Creencias en Guadajajara*, en 1999.
4. La valoración de la investigación sobre el fenómeno religioso también se expresa en algunas publicaciones periódicas, donde destacan los números 17, 20 y 21 de la revista *Estudios Sociales* del Departamento de Estudios de la Cultura Regional de la Universidad de Guadalajara, la creación en el 2000 de la

de campo a profundidad, en perspectivas cualitativas y en descripciones e interpretaciones de tipo antropológico.⁵ Estos estudios se enmarcan en tres vertientes: a) las manifestaciones populares de la religiosidad católica, concentradas en Guadalajara y dos regiones de Jalisco: la del Sur y la de Los Altos; b) monografías sobre el desarrollo de distintas modalidades del protestantismo en la región; y c) una vocación pionera a nivel nacional de indagar las nuevas manifestaciones de la religiosidad en la era de la globalización y la posmodernidad, por ejemplo, el movimiento Nueva Era, los procesos de individualización de lo religioso y la creciente oferta y consumo neo-esotérico.

1. EL ESTUDIO DE LA RELIGIÓN EN LA ANTROPOLOGÍA URBANA, LOS ESTUDIOS REGIONALES Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Numerosos historiadores han documentado la importancia del catolicismo en la creación de una cultura criolla que caracteriza a esta zona. Es de todos conocido que desde la fundación del Reino de la Nueva Galicia en el siglo XVI, la religión católica fue uno de los principales factores de unificación regional e integración cultural (Calvo 1989). Por un lado, fueron los frailes (jesuitas, franciscanos y agustinos) quienes contribuyeron a la creación de una cultura de elite regional (en la música, la danza, la comida, el vestido), que se caracterizaba por un catolicismo altamente devocional y ritualista, y en la emergencia de un rasgo particular de la cultura nacional: la cultura criolla (ni española, ni indígena), en la que el catolicismo caló el sentimiento de orgullo regional que distinguía a la cultura de los jaliscienses (compartida por otros estados del centro-occidente del país) con el resto de la cultura nacional. Por otro lado, la evangelización católica logró la

Revista de Ciencias Religiosas de la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), los volúmenes 24 y 39 de la *Revista Estudios Jaliscienses* de El Colegio de Jalisco dedicados al tema de la religión en el Occidente de México. Y el volumen 11 de la *Revista Estudios del Hombre*, del departamento de Estudios del Hombre de la Universidad de Guadalajara, dedicado al tema del milenarismo.

5. Si bien existe una reciente producción de estudios sobre el fenómeno religioso en Jalisco muchos de estos, sobre todo los producidos por jóvenes investigadores en formación, que generalmente son resultados de sus tesis profesionales, no han sido difundidos ni publicados. Pude conocerlos y tener acceso a ellos a través de las memorias de las ponencias presentadas en los cuatro Encuentros Regionales de Investigadores sobre el Fenómeno Religioso (1998, 1999, 2000 y 2001). Este fue un material invaluable para reconstruir el estado de la cuestión. En el futuro sería importante promover su publicación y difusión.

cristianización y castellanización de casi toda la población indígena nativa, cosa que no ocurrió en otras partes de México (González y González 1983).

Sin embargo, a pesar de la hegemonía católica, en la región del Gran Nayar, ubicada en la zona norte del estado de Jalisco, se asientan los pueblos huicholes y coras, dos grupos étnicos que hoy en día rigen su vida conforme a “la costumbre”, que engloba sus cosmovisiones ancestrales, sus rituales sagrados, sus deidades, y sus formas de autogobierno y orden social. Existe una importante bibliografía de estudios etnográficos sobre la religiosidad de estos dos grupos étnicos, que va desde los estudios clásicos de Lumholtz (1904),⁶ Grimes y Hinton (1967), Myerhoff (1974) hasta las etnografías más recientes sobre cosmovisiones y rituales sagrados que se pueden consultar en Jáuregui y Neurtath (1998 y 2000).

En general, la hegemonía cultural del catolicismo ha estado presente en las tradiciones y fiestas populares, en donde se recrean constantemente los usos populares de la religión católica. Con el tiempo la ciudad de Guadalajara se constituyó en unos de los centros católicos más importantes de México y América Latina. En el campo de las devociones cuenta con tres de los centros de peregrinaje más importantes del país: San Juan de los Lagos, Talpa y Zapopan; en el eclesial el fervor religioso contribuyó a hacer de esta zona el semillero de vocaciones sacerdotales más importante del país, y desde el siglo XVIII el catolicismo local se expresó como un bastión de resistencia religiosa a los embates liberales y a la aplicación de las leyes que procuraban un estado laico, cuya expresión más nítida fue un combativo laicado que fundó la Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosas (1925) y que dio lugar a la Guerra Cristera (1926-1929) y al sinarquismo cívico y político desarrollado a partir de los años 30 y que posteriormente hacia los años sesenta alimentara una cultura política y elitista local basada en la amenaza comunista (González 1996).

Dada la prominencia del catolicismo en la historia cultural, social y política de Jalisco, los estudios de antropología urbana, los estudios

6. Los estudios de Lumholtz fueron reeditados en 1987 por el Instituto Nacional Indigenista en el libro *El arte simbólico y decorativo de los huicholes*.

regionales y las investigaciones sobre movimientos sociales han tenido especial interés en atender el papel que la religión juega en la conformación de identidades locales y regionales. A pesar de que a menudo se cataloga a la cultura católica, y en específico a la de Guadalajara, de conservadora y reaccionaria, los estudios antropológicos nos dejan ver la otra cara del catolicismo, la de su diversidad y fermento de cambio social.

Sobre el papel que ha tenido la cultura católica en la cultura política y la vida cotidiana de la ciudad de Guadalajara, los resultados de la investigación antropológica de Guillermo de la Peña y Renée de la Torre sobre la cultura de los barrios populares de Guadalajara nos ayudan a comprender el papel hegemónico de la parroquia y de las organizaciones católicas en los procesos populares de inserción urbana de los inmigrantes en Guadalajara, a lo largo del siglo XX.⁷ En un estudio comparativo de tres asentamientos urbanos: el barrio tradicional de principios del siglo XX, ilustrado por el papel que tuvo la Acción Católica en la vida del barrio (De la Peña y de la Torre 1992); el fraccionamiento popular (surgido a partir de los años sesenta) con el desarrollo de las Comunidades Eclesiales de Base en el caso de Santa Cecilia (De la Peña y de la Torre 1990 y 1994); y, a partir de los años setenta, los asentamientos irregulares propiciados por la ocupación urbana de terrenos ejidales, como fue el caso del Colli, se examinaba la hegemonía que las organizaciones religiosas (en su mayoría católicas) han tenido en la intermediación entre la sociedad civil y el gobierno en los procesos de inserción que iban desde la adquisición de vivienda, de trabajo, la generación de redes sociales más o menos estables, la organización popular comunitaria y la participación política (De la Peña y De la Torre 1990). En esta misma línea podemos ubicar la investigación de Juan Manuel Ramírez Sáiz (1993 y 1995) sobre el desarrollo del Movimiento Urbano Popular en Guadalajara, durante los años ochenta, en el cual la cultura política de este sector estuvo muy influida por la labor de los jesuitas y órdenes reli-

7. En las investigaciones sobre fraccionamientos populares urbanos durante los años sesenta y setenta realizadas por Sánchez Van Dick, 1979; Morfin Otero, 1979 y Padilla Dieste, 1978, se mencionaba el carácter religioso, en específico relacionado con el catolicismo progresista de las Comunidades Eclesiales de Base, de la promoción urbana y de los movimientos reivindicativos por los servicios.

giasas que promovieron una conciencia colectiva y modalidades de movilización social desde los grupos de Comunidades Eclesiales de Base, en la cual la teología de la liberación fue el catalizador de una izquierda católica popular.

Un rasgo distintivo de la iglesia católica en Guadalajara es su pluralidad doctrinal e ideológica que se expresa en los distintos modelos que inspiran la pastoral social de los movimientos y actores eclesiales. La pertenencia a grupos y movimientos católicos diferentes entre sí representa una diversidad de modelos de religiosidad católica y provee esquemas de representación y acción de los católicos en el terreno cívico y político de la sociedad local (De la Torre 1998a). Esto ha sido estudiado en las recientes coyunturas políticas más importantes de la ciudad, como fueron las diversas respuestas teológicas y pastorales de solidaridad a los damnificados del 22 de abril de 1992, así como la importancia que tuvo la simbología católica en las manifestaciones políticas de las organizaciones de damnificados (De la Torre y González 1993 y De la Torre 1993); las posiciones adoptadas por la jerarquía católica frente al asesinato del Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo (Ramos 1993 y González 1994 y 1996) y el papel de la diócesis de Guadalajara en la promoción de los valores de la democracia que coadyuvaron a la transición democrática del estado de Jalisco (Ramos 2001).

Si bien la ciudad de Guadalajara concentra la atención de las investigaciones sobre Jalisco, existen importantes estudios regionales sobre el Sur de Jalisco y Los Altos de Jalisco.

La investigación de Lourdes Celina Vázquez sobre el Sur de Jalisco destaca que a pesar de que esta región se caracteriza internamente por la diferenciación social, donde conviven en oposición culturas de herencia indígena como criollas; y los marcados contrastes entre nichos de producción tradicional con zonas de desarrollo agro-industrial; el modelo de "Iglesia popular" promovido desde finales de los años setenta por la diócesis de Ciudad Guzmán buscó la articulación de poblados y realidades desvinculadas en un proyecto diocesano llamado Pueblo Nuevo, el cual fue facilitado por una nueva territorialización diocesana (vicarías y parroquias) diseñada para favorecer la

comunicación tanto horizontal, entre los grupos de base, como vertical con la institución (Vázquez 1993). Frente al conservadurismo de la diócesis de Guadalajara, Ciudad Guzmán y su territorio eclesial se ha constituido en un bastión nacional de una pastoral basada en la teología de la liberación. Guillermo de la Peña y Renée de la Torre (1994) describen los proyectos comunitarios emprendidos en esta región: cooperativas de viviendas para los más necesitados y especialmente para los damnificados del terremoto de 1985; cooperativas de consumo, luchas por los servicios públicos; y por último de defensa de los derechos de los jornaleros en las empresas tomateras de Sayula. Campañas y movimientos solidarios a nivel nacional e internacional; así como su incursión en los derechos políticos en pro de la democratización y la defensa del voto, que tuvo una importante repercusión regional en la alternancia política.⁸

El ya clásico estudio de Andrés Fábregas sobre la conformación histórica de Los Altos de Jalisco señalaba que esta región está poblada mayoritariamente por blancos que presumen su origen europeo (español o francés) y su escasa presencia indígena. Es tierra de rancharos (en su mayoría ganaderos), que lograron articular la sociedad mediante las estrategias fincadas en las relaciones de parentesco y en donde el catolicismo jugó un papel decisivo en el mantenimiento de un sistema oligárquico local (Fábregas 1986). Posteriormente, a principios de este siglo fue cuna de combatientes cristeros y sacerdotes que murieron en martirio durante la guerra cristera. Pese a estos rasgos que caracterizan la región, el reciente libro de Eliseo López apunta que la cultura alteña ha sufrido fuertes transformaciones en sus patrones de organización, en gran medida debido a los intensos flujos migratorios hacia los Estados Unidos y al paso de una sociedad agroindustrial, que han incidido en la fragmentación cultural y la diversificación religiosa (López Cortés 1999).

8. Un aporte importante para entender la historia de esta diócesis, enmarcada en los conflictos eclesiales de los años setenta, se puede consultar en el libro de Arias, Castillo y López 1981, p. 39.

Las manifestaciones populares de la religiosidad católica

La historia cultural del estado de Jalisco se ha caracterizado por el peso y la importancia de lo religioso en los modos de vida, en los emblemas y las prácticas culturales mediante los cuales los habitantes de Jalisco construyen sus identidades locales y regionales, en las manifestaciones festivas y los ciclos rituales, en el uso del tiempo libre, y finalmente en los movimientos sociales e incluso políticos inspirados en utopías religiosas. Ello en gran parte se debe a la hegemonía cultural del catolicismo en esta región.

Hallamos numerosos estudios que dan cuenta del peso de los rituales tradicionales y los usos populares del catolicismo en la construcción, mantenimiento y renovación de las identidades colectivas. En primer lugar, detectamos un interés marcado por el estudio de la religiosidad popular en los principales centros marianos de peregrinación del estado de Jalisco, San Juan de los Lagos, Zapopan y Talpa, los cuales durante el periodo colonial respondieron a la lógica de articulación territorial y dotaron de coherencia cultural a la región. A lo largo de los años, hasta nuestros días, los tres santuarios marianos permitieron: “unir territorios, ordenar regiones, articular beneficios y promover voluntades de acción colectiva” (Ávila y Llerenas 1998). Estudios recientes, aunque no han sido muy difundidos (muchos se han presentado como ponencias y otros son tesis profesionales), demuestran que los santuarios católicos tradicionales cumplen, hoy día, importantes funciones de fortalecimiento de la identidad local y regional. Las peregrinaciones son espacios vitales donde se experimenta la pertenencia al catolicismo, se fortalecen lazos sociales comunitarios ya existentes, pero también se afianza el sentido de pertenencia territorial.⁹ Los santuarios son materializaciones de la relación entre lo sagrado y lo profano. Permiten anclar los mundos simbólicos que ligan las creencias en el más allá con la cultura del más acá con un epicentro, alrededor del cual se ordenan e integran los tiempos y espacios de la vida cotidiana de los

9. Por ejemplo la tesis de maestría en Comunicación de María de los Ángeles Gallegos sobre las peregrinaciones a la Virgen de Talpa y una ponencia de Felipe Gaytán sobre los cultos al interior de la ciudad de Guadalajara: el culto a la virgen de Zapopan. Ambos trabajos se pueden consultar en las ponencias presentadas en el Primer Encuentro Regional de Investigadores del Fenómeno Religioso en el Occidente de México, celebrado los días 19 y 20 de febrero de 1997, en la UNIVA, Guadalajara.

creyentes. Con respecto a las funciones identitarias de los recorridos que realiza anualmente la Virgen de Zapopan a los barrios y colonias de la ciudad de Guadalajara, Felipe Gaytán (1998) concluye que una de las principales funciones simbólicas del ritual es que promueve la convivencia momentánea de los diversos estratos socioeconómicos de la ciudad. Por su parte, Olivia Sánchez (1998), en el estudio sobre los peregrinos a San Juan de los Lagos, atiende la manera en que el flujo de peregrinos provenientes de distintos lugares del centro y el occidente del país por un lado recrean lazos de solidaridad y unión entre los participantes, pero por otro lado transforman la tradición alteña de San Juan de Los Lagos, pues la atracción masiva de comerciantes y peregrinos no sólo permite que los visitantes conozcan la cultura propia de Los Altos de Jalisco, sino que también le impriman nuevos elementos culturales. En relación con el santuario de la Virgen de Talpa, Ángeles Gallegos (1997) rescata la complejidad de los peregrinos, quienes más allá de compartir costumbre y acentos culturales, están atravesados por los problemas de marginación y explotación social, la solidaridad experimentada en grupos durante el trayecto del peregrinaje, manifiesta la necesidad y la angustia por resolver sus problemas de sobrevivencia. Sin embargo, la experiencia de peregrinaje es una manera de vivir y materializar las pruebas, las tentaciones, los sufrimientos y los objetos mágicos de ayuda para transitar el camino de la salvación trascendental y a la vez sacralizar su existencia (Gallegos 2001).

Como hemos visto, los símbolos clave del catolicismo son referentes de las representaciones que permiten fijar las creencias y experiencias religiosas en pertenencias comunitarias o territoriales. Sin embargo, cabe señalar que no sólo tienen la eficacia simbólica de producir solidaridad, integración y unión, sino como lo demuestra la investigación de Agustín Hernández (1998 y 1999), en el estudio de caso sobre la Fiesta del Señor de la Misericordia en Ocotlán, también sirve para dramatizar las posiciones de poder y consagrar las desigualdades sociales, y legitimar los intereses de la empresa Celanese Mexicana, con fuerte presencia en la localidad. El estudio de Renée de la Torre (2001a), basado en la observación participante de la Romería de la Virgen de Zapopan, destaca la puesta en escena tanto del sen-

timiento comunitario de los peregrinos; como el mantenimiento del orden y jerarquía de la estructura eclesial de la diócesis de Guadalajara, convirtiendo la romería en un espacio de simbolización en disputa entre la feligresía heterodoxa y la ortodoxia y el orden jerárquico y solemne de la estructura eclesial.

El ejemplo conocido por todos es el emblema de la Virgen de Guadalupe mediante el cual muchos católicos (indígenas, criollos y mestizos) se imaginan parte de la nación mexicana. Y de igual manera esta función de pertenencia y anclaje la cumplen los santos, cristos y vírgenes de devociones locales o regionales. Sin embargo, estas prácticas condensadas de sentido no sólo son procuradas por quienes practican su catolicismo de forma tradicional, sino que son cada vez más solicitadas por aquellos que buscan anclajes para nuevas formas de vivir su relación con lo sagrado. Aquí ubicaríamos los estudios sobre los migrantes internacionales y su relación con las tradiciones populares católicas, como es el caso del estudio de Jorge Durand y Patricia Arias (2000) quienes analizan la manera en que las angustias y nuevos problemas que enfrentan los migrantes que van de Jalisco a Estados Unidos se manifiestan en los exvotos y retablos de los principales santuarios locales. Por su parte, Rodolfo Morán (2000) atiende la manera en que las prácticas devocionales permiten dar continuidad a los cambios, y extender el territorio sagrado más allá del río Bravo. Los migrantes que viven entre la experiencia de los pueblos de Jalisco y los Estados Unidos, han importado sus fiestas y reproducido sus imágenes de carácter referencial local, para establecer lazos simbólicos de continuidad y pertenencia con sus pueblos, su gente y sus familias de origen. Al cargar con sus santos –nos dice–, cargan también con un pedacito de terruño y extienden con sus prácticas rituales los puntos culturales que articulan los recorridos entre sus territorios natales mexicanos con sus lugares de destino en Estados Unidos (Morán 2000).

En un artículo realizado por Renée de la Torre (2001 b) se aprecia que las creencias trascendentes, rituales, mitos e imágenes de la religiosidad popular tradicional contribuyen a relocalizar las transformaciones culturales causadas por la globalización y la posmodernidad. El análisis se centra, por un lado, en explicar el sentido de las recientes apariciones de imágenes de la Virgen de Guadalupe en los lugares de

tránsito, circulación y anonimato (por ejemplo el Metro, el Periférico, el taller mecánico, etcétera) como producciones simbólicas que permiten anclar lo global con la memoria identitaria y domar el anonimato de las sociedades contemporáneas. Por otro lado, atiende la diversidad de apropiaciones y representaciones de los danzantes de la Virgen de Zapopan, que aunque es una de las tradiciones más antiguas de la región, se ve constantemente renovada por nuevos significantes y significados provenientes de los medios de comunicación y la mercantilización de una religiosidad global.

2. ESTUDIOS SOBRE CAMBIO CONFESIONAL Y PLURALIDAD RELIGIOSA

En México, como en el resto de los países de América Latina, uno de los indicadores de la transformación del campo religioso ha sido el crecimiento y expansión de las iglesias y denominaciones evangélicas o pentecostales. David Martín (1990) planteó que el pentecostalismo desarrollado en América Latina es la tercera y última ola del protestantismo originado en Norte América que estaba cruzando las fronteras desde el mundo anglo-hispano. Pero, más que ser una mera imposición de la religión norteamericana, el pentecostalismo ha sido asimilado por las culturas locales y se ha convertido en un fenómeno cultural propio de Latinoamérica. Por un lado, el pentecostalismo promueve el individualismo propio de la cultural liberal anglosajona, pero, por otro lado, reformula y refuerza la vida comunitaria, constituye una nueva solidaridad basada en afinidades sociales y reproduce el liderazgo autoritario propio de Latinoamérica (Bastian 1994 y 1997).

Algunos estudiosos, como fue el caso de David Stoll (1990), pronosticaron que el ritmo de crecimiento de las denominaciones pentecostales llevaría a una conversión masiva del continente, que de ser mayoritariamente católico pasaría a ser predominantemente pentecostal. Esta tendencia conocida como pentecostalización, se ha dado en menor medida en Guadalajara y en el estado de Jalisco —en contraste con otros estados del país—, debido en gran parte a la concentración de recursos eclesiásticos y por la fuerza histórica que el

catolicismo ha tenido en la cultura y vida cotidiana de sus pobladores. Sin embargo, su presencia, aunque incipiente, muestra una tendencia al crecimiento que se manifiesta en la presencia misionera de distintos credos, iglesias y denominaciones y en el aumento registrado en los índices de conversión. Los patrones de crecimiento e influencia territorial de estas Iglesias o denominaciones son variados.¹⁰ Después de la católica, la Iglesia con mayor presencia en Guadalajara y en el centro occidente ha sido la Iglesia de La Luz del Mundo, cuyo origen data de 1926. No obstante, desde los años setenta para acá, en ciertos lugares, sobre todo rurales y en las periferias urbanas, la difusión y presencia de los evangélicos se hace cada vez más firme, sobre todo entre los más pobres, y se ha concentrado en las periferias urbanas, aunque en últimas fechas se han formado grupos evangélicos entre sectores de la clase media y alta de la ciudad de Guadalajara (Fortuny *et al.* 1999). Incluso en la región de Los Altos de Jalisco, la más conservadora, desde la década de los noventa se hicieron presentes iglesias no católicas (López Cortés 1999).

Sobre este tema existen múltiples estudios monográficos que analizan el desarrollo, la organización y el crecimiento de movimientos e iglesias no católicas. Si las estadísticas más recientes sobre Jalisco nos muestran que esta entidad sigue siendo mayoritariamente católica (95%), y las iglesias cristianas atienden a una pequeña minoría del conjunto de la sociedad (1.34%)¹¹ no por ello son menos importantes para comprender los cambios sociales y culturales que se viven en el estado. Por otra parte, las tendencias al crecimiento de la diversificación de las ofertas religiosas y de la libertad de optar por una nueva confesión son crecientes.

La pregunta que guía las investigaciones sobre el desarrollo de estas alternativas religiosas es: ¿Cuáles son los factores sociales y las motivaciones subjetivas que permiten comprender el tránsito de los creyentes católicos a la conversión evangélica? En conjunto los resultados de

10. La presencia de Iglesias no católicas en Jalisco no es nueva. Cristina Gutiérrez (1995), a través de testimonios orales, reconstruyó la historia, desde las primeras décadas del siglo XX hasta la actualidad, de la comunidad israelita en Guadalajara. De igual manera, el protestantismo histórico tiene presencia en Jalisco desde finales del siglo XIX (Morán 1990; Dorantes 1996; Dorante y Fortuny 2000).

11. Datos tomados de INEGI 2000.

las investigaciones nos muestran primero una actitud académica por explicar la presencia, desarrollo y crecimiento de las agrupaciones no católicas desde los procesos sociales y culturales internos y no desde explicaciones exógenas y simplistas que reducían el impacto a intereses sospechosos de grupos y fuerzas extranjerizantes en nuestro país. Del conjunto de reportes de estudio se puede concluir que no existe una sola causa que explique el desarrollo de estas alternativas religiosas, aunque en la mayoría de los estudios es claro que la clase social y la cultura generacional son variables que moldean las ofertas religiosas. La segunda pregunta importante es ¿cuál es el impacto que estos grupos o iglesias tienen en la sociedad? Los nuevos cultos evangélicos dan respuesta de diversas maneras a los problemas sociales propios del mundo contemporáneo como son el desarraigo, la pérdida de referentes de identidad, la necesidad de lazos sociales de solidaridad y ayuda mutua, la cultura de la incertidumbre, la pobreza, y no menos importante, la necesidad de revitalizar la fe y de renovar el sentido de la experiencia religiosa.

Patricia Fortuny (2001), quien es una de las antropólogas pioneras en el estudio del protestantismo en México, propone una tipología que permite aclarar las diferencias y concurrencias al interior de éste. Dicha tipología ha sido utilizada por algunos de los jóvenes investigadores y la usaré en la presente revisión. Distingue cuatro tipos de protestantismo:

a) El *protestantismo histórico*, relacionado con la tradición de la Reforma Protestante del siglo XV, en el que se ubican las Iglesias Anglicana, Congregacional, Luterana, Presbiteriana, Metodista, Bautista, del Nazareno, de Discípulos de Cristo, etcétera. Alma Dorantes y Patricia Fortuny (2000) han documentado que estas iglesias no han podido aumentar el número de miembros pues carecen de una estrategia misionera, y su labor social, que tuvo mucho importancia a principios del siglo pasado en el campo de la educación y la salud, es actualmente muy reducida. Por otra parte, la relevancia e impacto social en fechas recientes se ha visto mermado internamente por el entusiasmo y dinamismo de las nuevas iglesias evangélicas, de tipo pentecostal y neopentecostal. De seguro, los resultados de investigación de Alma

Dorantes darán nuevo conocimiento para comprender el desarrollo y la relevancia social que han tenido estas iglesias en Jalisco.¹²

b) *El pentecostalismo*, un movimiento religioso revitalista y altamente emotivo, nacido en los Estados Unidos de Norteamérica a principios del siglo XX y que se desarrolló entre los sectores marginados de la sociedad. Este movimiento amplía la doctrina protestante basada en la lectura de las Santas Escrituras, e incorpora la creencia en los dones y carismas del Espíritu Santo. Llegó a México en la primeras décadas del siglo XX. Fue el origen de muchos movimientos religiosos nativos como son la Iglesia Católica de la Fe en Cristo Jesús (cuyo desarrollo histórico en Guadalajara fue estudiada por Rodolfo Morán 1990) y la Iglesia de la Luz del Mundo. Esta última ha sido objeto de distintos estudios, ya que reviste singular importancia por el hecho de que Guadalajara es la sede internacional de este movimiento religioso que ha logrado colocarse como la iglesia evangélica más importante en el país, tanto por su origen mexicano, como por su capacidad de expansión interna, crecimiento e internacionalización. El origen histórico de La Luz del Mundo fue ampliamente documentado por Ibarra y Lanczyner (1972), y trabajos posteriores basados en estudios de caso a profundidad han descrito la organización interna (Morán 1998); la cultura política (De la Peña y De la Torre 1990, De la Torre y Fortuny 1991a); la identidad religiosa y la vida cotidiana de la feligresía (De la Torre 1995 y 2000); la oferta de salvación (Fortuny 1996a); el papel de la mujer al interior de la congregación (De la Torre y Fortuny 1991b). En esta misma línea se encuentra la Iglesia Apostólica de la Fe en Cristo Jesús, cuya historia data de los orígenes del pentecostalismo mexicano, y fundó su primer templo en Guadalajara en 1944. Las iglesias pentecostales mexicanas se han caracterizado por su riguroso ascetismo frente a los aspectos mundanos y materiales de la sociedad, por sus rituales basados en los carismas y dones del Espíritu Santo, y por una colaboración estrecha con el gobierno y el partido oficial (véase Morán 1990).

12. Alma Dorantes se encuentra en la etapa final de una investigación titulada "Viejos y nuevos protestantismos en Jalisco", que realiza dentro del programa de Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS/Occidente, Universidad de Guadajajara.

e) *Los movimientos neo-pentecostales*. Las primeras agrupaciones de este tipo surgieron en la década de los años setenta, su impacto ha sido más urbano que rural, y se desarrollaron hacia las clases medias urbanas. Comparten con los pentecostales la centralidad que le atribuyen a los dones y carismas del Espíritu Santo; pero se distinguen de éstos porque la normatividad es más relajada y sus rituales son más dinámicos y espontáneos. Sobre este tema se encuentra el estudio de Laura Muñoz (2000) sobre la conformación reciente (1976) de una iglesia local, cuyos miembros provienen de las clases medias de la ciudad de Guadalajara y que fue bautizada con el nombre de Centro Cristiano Juan 14:16.4. En esta misma línea se encuentra el estudio comparativo de los movimientos neopentecostales, uno que corresponde a la clase media de Guadalajara y otro dirigido a las clases populares de la ciudad realizado por David Tinoco (1998). En estos casos, muchas veces el evangelismo se da de acuerdo a comunidades domésticas, pequeñas en tamaño y con escasa institucionalización, que asimilan los significantes y las bases materiales de las culturas locales e incluso étnicas.

d) *Paraprotestantes*. En esta categoría se incluyen tres organizaciones religiosas: los Adventistas del Séptimo Día, los Testigos de Jehová y la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (mormones). Se diferencian de las anteriores porque Jesucristo ya no posee un estatus divino, no siguen el dogma de la Santísima Trinidad, y porque aunque se rigen por la Biblia, algunas Iglesias le han agregado a ésta nuevos capítulos. Los Testigos de Jehová y la Iglesia mormona han sido estudiados por Patricia Fortuny, quien analiza que aunque estas dos Iglesias promueven modelos culturales que responden a los patrones y expectativas de la cultura estadounidense, han sabido adaptarse a las necesidades y normatividades de las culturas locales (Fortuny 1996b y 1998).

Ante esta nueva presencia de grupos religiosos y de conversiones se han manifestado conflictos al interior de las comunidades y brotes de intolerancia por parte de católicos. Pero en otros casos, la presencia del pentecostalismo ha penetrado las fronteras de la adscripción católica, estableciendo una franja compartida entre los carismáticos católicos del movimiento de Renovación Carismática del Espíritu Santo (Castro 2000) e incluso en las iglesias históricas protestantes (Dorantes y Fortuny 2000).

3. LAS RELIGIOSIDADES A LA CARTA

Los estudios sobre los nuevos movimientos religiosos o el *New Age* en Guadalajara y la región son tan recientes como su misma presencia en la sociedad local. La investigación realizada por Cristina Gutiérrez ha sido un estudio pionero no sólo en Guadalajara sino en México. La autora muestra que la presencia del movimiento internacional Nueva Era en Guadalajara representa un claro ejemplo del impacto de la globalización cultural; mediante un arduo trabajo de campo explica las características generales del movimiento y las particularidades locales. El movimiento Nueva Era es un movimiento de religiosidad netamente urbano. Si bien inició en los sectores de clase media y alta, adquiere cada vez más influencia en las prácticas populares del catolicismo y los rituales indígenas, hasta convertirse en un lugar de confluencia para la elaboración de nuevos sincretismos que vinculan las tradiciones prehispánicas, los cultos tradicionales católicos y los elementos simbólicos tomados de las tradiciones orientales. Estos marcos de interpretación Nueva Era permiten *articular* los retazos de *culturas* para confeccionar una explicación universal y holística de estas nuevas formas de experimentar lo sagrado.

En la investigación de Cristina Gutiérrez hay aportes sustanciales dignos de tomar en cuenta, en especial el hecho de que este tipo de transformación religiosa no es detectada por las encuestas, en concreto por el Censo Nacional. Al no ser considerados una nueva religión sino “buscadores espirituales”, son itinerantes en sus nuevos procesos de identificación creyente si bien muchos de ellos mantienen su pertenencia formal al catolicismo. Otro elemento importante es la constatación de la tendencia religiosa contemporánea hacia la desinstitucionalización y subjetivación de las creencias y prácticas religiosas a través del uso de técnicas variadas de perfeccionamiento interior, entre las que se pueden nombrar la meditación, el contacto con los ángeles, las sesiones de tipo espiritista, las técnicas de sanación mediante el manejo de energías, plantas, o saberes mágico-esotéricos, o bien mediante consumos alternativos (Gutiérrez 1996a, 1996b, 1996c y 1998).

Esta forma de experimentar la religiosidad es cada vez más evidente y tiene una presencia creciente en los hábitos y consumo coti-

diano de los pobladores de la región. Esto implica asimismo que, como lo presenta el estudio de De la Torre y Mora (2001), la oferta de servicios neo-esotéricos sea cada vez más abrumadora y se encuentre en diferentes lugares: tiendas esotéricas, los estantes de las librerías, los consejos femeninos en los programas de televisión y radio, en servicios terapéuticos que van desde la superación personal, el budismo, la magia, el yoga y un sin fin de saberes orientales que se ofrecen para sobrevivir en un mundo donde la incertidumbre es cada vez mayor.¹³

El carácter difuso y transversal de esta nueva religiosidad representa un reto inusitado para los investigadores: atender de manera simultánea y en interacción los marcos de identidades de pertenencia con los registros referenciales de las nuevas identificaciones, así como clasificar y contextualizar las nuevas identidades que dicha interacción produce. Un ejemplo de ello son los resultados de la encuesta sobre la diversificación religiosa, que fue realizada en 1996 en Guadalajara (De la Torre *et al* 1997 y Fortuny *et al.* 2000).¹⁴ Éstos señalan que la transformación en la organización de lo religioso en Guadalajara no se da tanto en el cambio de adscripción religiosa (conversión a otras denominaciones o iglesias) como en la adopción de nuevos marcos de referencia de los imaginarios religiosos entre el vasto universo de individuos que se mantienen dentro de la adscripción al catolicismo. El estudio muestra marcadas tendencias a la subjetivación y des-institucionalización de tres elementos que conforman la religiosidad católica: las creencias trascendentales, los valores y la moral que rige la sexualidad.

Balace de lo estudiado

Los estudios antropológicos sobre el fenómeno religioso en Jalisco ofrecen una visión contrastante y rica del cambio y la continuidad. Por un lado, las permanencias de la tradición cultural a través de las múltiples y

13. Sobre este tema, Manuel Mora está realizando una investigación titulada "Nuevas prácticas mágico religiosas. Itinerarios de consumo y construcción de sentido", como parte de sus estudios de maestría en comunicación en el DECS de la Universidad de Guadalajara.

14. En la investigación participaron Alma Dorantes, Renée de la Torre, Cristina Gutiérrez y Patricia Fortuny (quien coordinó el proyecto). El estudio se basó en una encuesta sobre Diversidad Religiosa que fue aplicada en el año de 1996 a una muestra estadísticamente representativa de la población de la Zona Metropolitana de la ciudad de Guadalajara que fue financiado por CONACYT. Los resultados fueron publicados en De la Torre *et al.* 1997 y en Fortuny 2000.

vigentes manifestaciones de la religiosidad popular católica, han permitido mantener viva la memoria de los orígenes y las huellas de sus adaptaciones a lo largo de la historia. Pero también, la emergencia de nuevos grupos y la renovación de formas y sentidos de experimentar y vivir la fe, nos permiten dar cuenta de la manera en que los individuos y la sociedad enfrentan los cambios actuales en la búsqueda y creación de novedosas y variadas alternativas religiosas. Las monografías y estudios de caso sobre grupos, movimientos y expresiones de la religiosidad nos muestran la relación entre problemas vividos y las motivaciones de los creyentes para conservar o transformar su experiencia religiosa, y con ello la manera de enfrentarse a su realidad. En conjunto la multiplicidad de ofertas y formas de acceder a lo religioso reflejan la diversidad cultural interna de la sociedad. La religión no sólo contribuye a la reproducción de la sociedad, sino fundamentalmente a incrementar la capacidad que la gente tiene de usar su creatividad simbólica para resistir, resignificar, usar, modelar y transformar el mundo y las relaciones sociales de poder en que viven. La religión es una forma de dotar de sentido trascendente a la existencia cotidiana. En la experiencia religiosa se expresan las frustraciones y los deseos por transformar el mundo de las relaciones sociales. Desde aquí la mirada comprensiva de la antropología y su capacidad de descripción densa, ha esquivado las tentaciones militantes, las visiones simplistas y maniqueas que ven a lo religioso como mera imposición y control ideológico o las que tienden a explicar los cambios por factores externos.

El desarrollo de las investigaciones sobre el fenómeno religioso ha concentrado su mirada en la realidad de Guadalajara y su diversidad interna. Si bien en este contexto contamos con una visión extensa y heterogénea, mas no completa, de las tendencias religiosas, sus causas y sus impactos sociales, no se puede dejar de mencionar que son pocos los estudios que exploran otras realidades religiosas del estado de Jalisco –con excepción de los estudios sobre los centros de peregrinaje y las regiones del Sur y Los Altos de Jalisco– y que permitirían entender el cambio religioso ligado a una comprensión más compleja de su relación con la modernidad, no sólo ligada al modelo de desarrollo urbano, sino también a las contradicciones que gesta en el mundo rural y étnico.

La antropología de la religión ha compartido su metodología y se ha enriquecido con los enfoques teóricos de otras disciplinas en ciencias sociales. Además ha impulsado la formación de nuevos investigadores, proyectos y eventos importantes que conforman redes de intercambio y colaboración interinstitucionales y de carácter regional. Existe un cuerpo consolidado de investigadores sobre el tema con amplia experiencia y acumulación de conocimiento. Pero, dado lo reciente de su desarrollo, muchos de los estudios no han sido difundidos o publicados, en parte porque provienen de las nuevas generaciones de investigadores en proceso de formación. Lo que sí se ha logrado es crear espacios permanentes para la discusión y la puesta al día de sus avances de los estudios, esfuerzo que permitirá su maduración y continuidad. Considero que el trecho andado por la antropología en este terreno es sumamente rico, pero lo que queda por cosechar será todavía más esclarecedor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arias, Patricia, Alfonso Castillo y Cecilia López (1981) *Radiografía de la iglesia en México*, México, D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Ávila, Ricardo y Carmen Llerenas (1998) "La organización espacial y sociocultural de tres zonas del oeste mexicano", en R. Ávila *et al.* *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación, pp. 65-75.
- Bastian, Jean Pierre (1994) *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- (1997) "Los efectos sociales y políticos de la desregulación religiosa en México", en *Eslabones, Revista Semestral de Estudios Regionales*, México, julio-diciembre, núm. 14, pp. 16-27.
- Calvo, Thomas (1989) *La nueva Galicia en los siglos XVI y XVII*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Castro, Cintia (2000) "La identidad entre católicos carismáticos en Guadalajara", Tesis de licenciatura en Sociología, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- De la Peña, Guillermo y Renée de la Torre (1990) "Religión y política en los barrios populares de Guadalajara", en *Estudios sociológicos*, vol. VIII, núm. 24, septiembre-diciembre, pp. 571-602. México: El Colegio de México.

- (1992) “Microhistoria de un barrio tapatío: Santa Teresita (1930-1980)”, en Carmen Castañeda (coord.) *Vivir en Guadajajara. La ciudad y sus funciones.*, Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara.
- (1994) “Pastoral social y organización popular en Jalisco”, en Jorge Alonso (coord.) *Cultura política y educación cívica*, México, D.F: UNAM/Porrúa.
- De la Torre, Renée (1993) “Explosión de la religiosidad en el 22 de abril”, en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, pp. 59-64.
- (1995 y 2000) *Los hijos de la luz. Discurso, identidad y poder en La Luz del Mundo*. Guadalajara: CIESAS/U.de G./ITESO.
- (1998a) *La Ecclesia Nostra. La arquidiócesis de Guadalajara desde la perspectiva de los laicos*, Tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Guadalajara: CIESAS/Universidad de Guadalajara.
- (2001a) “La eclesialidad representada en la romería de la Virgen de Zapopan”, en *Revista Ciencias Religiosas*, Año 2, enero-abril, núm. 4. Guadalajara: UNIVA, pp. 39-46.
- (2001b) “Religiosidades populares como anclajes locales de los imaginarios globales” en *Metapolítica*, vol. 5, enero-marzo, pp. 98-117.
- De la Torre, Renée y Patricia Fortuny (1991a) “La construcción de una identidad nacional en la Iglesia de La Luz del Mundo”, en *Cristianismo y Sociedad*, Año XXXIX/3, Núm.109, pp. 33-45.
- (1991b) “La mujer en la Luz del Mundo: participación y representación simbólica”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Colima: Universidad de Colima, vol. IV, núm. 12, pp. 125-150.
- De la Torre, R, A. Dorantes, P. Fortuny y C. Gutiérrez (1997) “Tradición religiosa y secularización en Guadalajara” en la *Revista Eslabones* dedicada al tema de la diversidad religiosa, México, julio-diciembre, pp.130-149.
- De la Torre, Renée y Fernando González (1993) “Que la sumisión quede bajo los escombros. Discurso y pastoral social de la Iglesia Católica y los damnificados del sector Reforma”, en Cristina Padilla *et al. Si nos hubieran dicho. 22 de abril*, Guadalajara: ITESO, pp. 271- 333.
- Dorantes, Alma (1996) “Primeras etapas del protestantismo en Jalisco”, en *Revista de Estudios Jaliscienses*, núm. 24, mayo, pp. 5-18.
- Dorantes, Alma y Patricia Fortuny (2000) “El protestantismo histórico frente a una encrucijada”, en *Estudios regionales*, núm. 39, Guadalajara: El Colegio de Jalisco pp. 30-42.
- Durand, Jorge y Patricia Arias (2000) *La experiencia migrante. Iconografía de la migración México-Estados Unidos*, México: Altexto.
- Fábregas, Andrés (1986) *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: CIESAS.
- Fortuny, Patricia (1992) “Historia mítica del fundador de la Iglesia de la Luz del Mundo”, en Carmen Castañeda (coord..) *Vivir en Guadalajara: La ciudad y sus funciones*. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara, pp. 363-379.

- (1996a) “La Luz del Mundo: una oferta múltiple de salvación”, en *Estudios Jaliscienses*, Núm. 24, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, pp. 33-47.
- (1996b) “Mormones y Testigos de Jehová: la versión mexicana”, en Gilberta Giménez (coord.) *Identidades religiosas y sociales en México*, México: IFAL/IIIS, UNAM, pp. 175-216.
- (1998) “Los Testigos de Jehová: una alternativa religiosa para enfrentar el fin del milenio”, en *Religiones y Sociedad*, núm. 4, México, D.F.: Subdirección de Asuntos Religiosos, S. G., pp. 79-94.
- (2001) “Heterogeneidad y especificidad de los protestantes”, en Revista *Alteridades* Núm. 32, México: UAM (en prensa).
- Fortuny, Patricia (coord.) (1999) *Creyentes y creencias en Guadalajara*. México: CIESAS/CONCACULTA/INAH.
- Gallegos, María de los Ángeles (1997) “El camino Real hacia la Virgen de Talpa: mito y ritual”, en *Estudios Sociales 17*, Revista del Departamento de Estudios de la Cultura Regional de la Universidad de Guadalajara, núm. 17, pp. 49-59.
- (2001) “Todos los tiempos, todos los mundos: la peregrinación a Talpa”, en Revista *Ciencias Religiosas*, Año 2, enero-abril, núm. 4, pp.47-53.
- Gaytán, Felipe (1997) “Los caminos de la virgen misionera. Símbolos y ritos en la devoción de la Virgen de Zapopan”, ponencia presentada en el *Primer Encuentro Regional de Investigadores del Fenómeno Religioso en el Occidente de México*, celebrado los días 19 y 20 de febrero, en la UNIVA, Guadalajara.
- González González, Luis (1983) “Peculiaridades históricas del oeste Mexicano”, en *Revista Encuentro*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 1, 1, pp. 5-26.
- González, Fernando Manuel (1996) “Guadalajara en los tiempos de la amenaza comunista”, en Humberto González y Jesús Arroyo (comps.) *Globalización y regionalización en el occidente de México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 173-194.
- (1994) “Una sola voz o la voz que clama en el desierto”, en *Renglones*, núm. 28, año 10, abril-julio de 1994, Guadalajara: ITESO, pp. 21-30.
- (1996) *Una historia sencilla: la muerte accidental de un cardenal*, México: Plaza y Valdés/UNAM.
- Grimes, Joseph E. y Thomas B. Hinton (1967) “The Huicho and Cora”, en R. Wauchope (ed.) *Handbook of Middle-American Indians*, vol. VIII: *Ethnology*, part. II, pp. 792-813.
- Gutiérrez Zúñiga, Cristina (1995) *La comunidad israelita de Guadalajara*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- (1996a) “Nuevos Movimientos Religiosos: El *New Age* en Guadalajara”, en *Relaciones 65/66*. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp.89-114.
- (1996b) *Nuevos movimientos religiosos*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- (1996c) “Procesos de globalización cultural: el *New Age* en Guadalajara”, en *Este País*, núm. 61, abril: pp.76-84.

- (1998) “Más allá de la pertenencia religiosa: católicos en la Era de Acuario”, en Elio Masferrer Kan (comp.) *Sectas o Iglesias. Viejos o nuevos movimientos religiosos*, México: ALER y Plaza y Valdés editores,
- Hernández, Agustín (1999) “La renovación ritual de una sociedad. Cambio cultural, organización e identidad en la fiesta de Ocotlán, Jalisco”, Tesis de maestría en Antropología social, Guadalajara: CIESAS Occidente.
- (1998) “La entrada de los gremios: primer acto de la fiesta del Señor de la Misericordia que se realiza en Ocotlán, Jalisco”, ponencia presentada en el *Primer Encuentro Regional de Investigadores del Fenómeno Religioso en el Occidente de México*, celebrado los días 19 y 20 de febrero, en la UNIVA, Guadalajara.
- Ibarra, Araceli y Elisa Lanczyner (1972) “La Hermosa Provincia. Nacimiento y vida de una secta cristiana en Guadalajara”, Tesis de maestría de la Facultad de Filosofía y Letras, Guadalajara: UDEG.
- Jáuregui, Jesús y Johannes Neurath (1998) *Fiesta, literatura y magia en Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos*, México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ Instituto Nacional Indigenista.
- Lumholtz, Carl (1904) *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental, en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, 2 vols., Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Martin, David (1990) *Tongues of fire. Explosion of Protestantism in Latin America*. Oxford: Basil Blackwell.
- Morán, Rodolfo (1990) “Alternativa religiosa en Guadalajara. Una aproximación al estudio de las iglesias evangélicas”, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (2000) “Representación religiosa de los mexicanos exiliados”, en *Estudios Jaliscienses* 39, febrero. Guadalajara: El Colegio de Jalisco, pp.5-17.
- Morfín Otero, María Guadalupe (1979) “Análisis de legislación urbana, su aplicación y consecuencias. El caso de Lomas de Polanco de Guadalajara”, tesis de licenciatura en derecho, Universidad de Guadalajara.
- Muñoz Pini, Laura María (2000) “El reto de una Iglesia cristiana local. Relato histórico del Centro Cristiano Juan 14:6” en *Estudios Sociales* 20, Revista del Departamento de Estudios de la Cultura Regional, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 3-21.
- Myerhoff, Barbara (1974) *Peyote bunt: the sacred journey of the Huichol Indians*. Ithaca: Cornell University Press.
- Neurath, Johannes (2000) “El don de ver. El proceso de iniciación y sus implicaciones para la cosmovisión huichola”, en *Desacatos*, Núm. 5, La cosmovisión de los actuales grupos indígenas de México, pp. 57-77.
- López Cortés, Eliseo (1999) *Ultimo cielo en la cruz. Cambio sociocultural y estructuras de poder en Los Altos de Jalisco*. Guadalajara: U. de G./El Colegio de Jalisco.
- Padilla Dieste, Cristina (1978) “Marginados o asalariados. El trabajo domiciliario de maquila en una colonia popular”, Tesis de licenciatura en Antropología Social, Universidad Iberoamericana.

- Ramírez Sáiz, Juan Manuel (1993) *La vivienda popular y sus actores*, México: RNIU/CISMOS.
- (1995a) *Los movimientos sociales y la política. El Comité Popular del Sur en Guadalajara*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (1995b) *¿Movimientos ciudadanos o ciudadanos en movimiento? La difícil y esperanzada construcción de la ciudadanía*, en Cuadernos del departamento de comunicación del ITESO, septiembre, pp. 55-72.
- Ramos, Víctor (1992) *Poder, representación y pluralidad en la Iglesia*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (1993) *Muerte de un Príncipe*, Guadalajara: Conexión Gráfica.
- Sánchez, Olivia (1998) “Aguascalientes y su éxodo anual de Sanjuaneros”, ponencia presentada en el *Primer Encuentro Regional de Investigadores del Fenómeno Religioso en el Occidente de México*, celebrado los días 19 y 20 de febrero, en la UNIVA, Guadalajara.
- Sánchez Van Dick, Margarita (1979) “Le phénomène des fractionnements populaires à Guadalajara”, Tesis de doctorado en Psicología social, Universidad de París.
- Stoll, David (1990) *Is Latin America Turning Protestant? The Politics of Evangelical Growth*. Berkeley: University of California Press.
- Tinoco, David (1998) “Entre la formalidad y la espontaneidad. Una interpretación antropológica de dos iglesias neopentecostales en Guadalajara”, Tesis de licenciatura en Antropología, Universidad Autónoma de Guadalajara.
- Vázquez, Lourdes Celina (1993) *Identidad, cultura y religión en el Sur de Jalisco*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco.

Jalisco: sociedad y medio ambiente

Gerardo Bernache

RESUMEN

La degradación del lago de Chapala fue el factor detonante de esta línea de investigación. Siguieron los estudios sobre los impactos de los procesos y desechos industriales, el manejo precario de los residuos sólidos municipales y la degradación resultante de las actividades agroindustriales. La sociedad jalisciense tiene tareas pendientes respecto al ambiente y el desarrollo económico en el estado no es aún sustentable.

INTRODUCCIÓN

El estudio del medio ambiente en el Estado de Jalisco, desde la perspectiva de los impactos de la acción humana, empezó a llamar la atención de los antropólogos y estudiosos de las ciencias sociales hacia finales de la década de los ochenta. La línea de investigación ambiental en la antropología ha mostrado un desarrollo incipiente a partir de 1989, cuando se publicó el estudio de Luisa Paré sobre los pescadores frente a la degradación del lago de Chapala.

Un buen número de los estudios sobre ecología, degradación ambiental y protección de recursos naturales en el Estado ha sido realizado por sociólogos, por historiadores, así como por economistas,

biólogos y agrónomos. Los estudios ambientales se han convertido en un punto de confluencia de disciplinas y de la incorporación de perspectivas múltiples.

El antropólogo que definió claramente la línea de estudios ambientales fue el norteamericano Julian Steward (1955), con su ensayo *The concept and method of cultural ecology*. A partir de entonces, la ecología cultural empezó a desarrollar una plataforma de conceptos y estrategias metodológicas para entender y explicar la relación de las comunidades humanas con su entorno natural (Netting 1977).

En México, quizá el exponente más claro de la antropología ecológica es Víctor Toledo quien ha escrito sobre las formas en que las comunidades indígenas y campesinas utilizan sus recursos tradicionalmente y cómo se han visto afectadas por los cambios en los sistemas económicos nacional e internacional (Toledo 1994 y 1997). Enrique Leff ha sido otro exponente importante de la perspectiva social en los estudios ambientales, su posición aborda principalmente lo económico, pero también lo educativo y social (Leff 1986 y 1994).

En Jalisco, se ha avanzado en cuatro frentes principales de los estudios ambientales con perspectiva social o antropológica. El primero es el trabajo pionero de Paré, quien presenta una excelente etnografía de los pescadores en el lago de Chapala. A partir de las preocupaciones ambientales expresadas por los grupos de pescadores, Paré puede elaborar una visión más amplia de los problemas de uso del agua en la cuenca y en el propio lago de Chapala (Paré 1989). Otros investigadores que contribuyen a robustecer esta línea de investigación son Carlos Alba (1990), Edwin Renfrew (1990), Brigitte Boehm (1990), María Luisa García (2000) y Adriana Hernández (2000).

El avance en el segundo frente tiene que ver con el estudio de las actividades industriales y el control de la contaminación que ocasionan muchos de sus procesos. Aquí las investigaciones de María Luisa García *et al.* (1995), Basilio Verduzco (1997), Cecilia Lezama (1998 y 2000) y Gerardo Bernache (2000) son importantes porque nos ayudan a entender cómo las empresas industriales empiezan a manejar sus problemas ambientales a través del cambio tecnológico, de la relocalización en parques industriales y de la

formación de grupos especializados para resolver problemas de ramas industriales particulares.

El tercer frente de avance es el estudio de los residuos sólidos municipales y la degradación ambiental que ocasionan los sitios de depósito final de basuras. Una contribución importante en este frente es la investigación realizada por el equipo conformado por Gerardo Bernache, Miguel Bazdresch, José Luis Cuéllar y Francisco Moreno. El equipo publicó, en 1998, los resultados de su proyecto de investigación en el libro titulado *Basura y Metrópoli* donde exploran en detalle los componentes de la gestión pública y social de los residuos sólidos en la zona metropolitana de Guadalajara. Otros investigadores también han contribuido de forma clara en esta línea, tal es el caso de José A. Gómez *et al.* (1992) y Carmen Castañeda (1998), así como de Juan M. Ramírez y Alberto Chávez (1998) y Alex Long (1999).

Otros avances se han dado en un cuarto frente, en los estudios de producción agrícola y sus impactos ambientales. En este caso, una contribución sobresaliente es el trabajo de Humberto González sobre desarrollo sustentable y medio ambiente en el ámbito de la producción y comercialización de frutas y hortalizas en el estado (González 2000)¹. El autor establece una relación entre la producción de hortalizas para exportación y lo que podríamos denominar la socialización de los costos ambientales y de salud –que terminan pagando las propias comunidades locales– que resultan de la operación de empresas agro-exportadoras. Las tesis de Ana I. Gaytán (2000) y María Esther Cortés (2000) confirman, de forma independiente, los problemas ambientales y de salud de la población asociados al uso extensivo de agroquímicos en el campo jalisciense.

Las nuevas generaciones de investigadores están explorando otras líneas de trabajo, tal es el caso del estudio de la explotación de las tortugas marinas en una comunidad costera del estado de Jalisco (Becerra 1999).

En este artículo se trata de identificar los avances que han tenido lugar principalmente en las cuatro líneas o frentes de investigación ecológica en el Estado de Jalisco. El centro de interés son los estudios

1. Artículo que recibió el premio nacional Ernest Feder 2000, de la UNAM.

ambientales desde la perspectiva antropológica y de las ciencias sociales, estudios que incorporan una visión amplia que no sólo describe los tipos de contaminación, sino que también considera su relación con las actividades productivas y sociales de las comunidades rurales y de las zonas urbanas del Estado de Jalisco.

A manera de antecedente, se presentan a continuación algunos de los autores que han contribuido a consolidar la posición de la *ecología cultural* en la antropología. Los estudios sistemáticos de antropología ecológica fueron desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo XX, principalmente en la escuela norteamericana de antropología cultural. También se presenta una breve discusión sobre el *desarrollo sustentable*², concepto que ha enmarcado la discusión más actual de las cuestiones económicas y la degradación ambiental en las naciones en el contexto de los sistemas mundiales y la globalización.

DE LA ECOLOGÍA CULTURAL AL DESARROLLO SUSTENTABLE

La contribución de la antropología social al estudio del medio ambiente se definió más claramente con el concepto de “ecología cultural” de Steward (1955), quien ancló dicho concepto a la propia dinámica de las actividades productivas humanas que hacen uso de los recursos naturales de su ambiente. Además, Steward situó al factor ambiental como una variable central en su modelo de cambio cultural.

El medio ambiente se entendía precisamente dentro de un modelo más amplio de evolución de las sociedades, se discutía el cambio desde sociedades pequeñas y primitivas en tecnología, hasta las sociedades más desarrolladas (Netting 1977). Steward mismo proponía, contra los evolucionistas unilineales, una perspectiva multilinear en la evolución humana (Steward 1955). Leslie White, aunque es un autor que no se identifica como seguidor de la ecología cultural, propone

2. De acuerdo con Maurice Strong, el Informe Brundtland de 1987 consideró que un desarrollo sustentable se refiere a un estilo de crecimiento económico de las naciones que no compromete “la capacidad de generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades.” ... “En esencia, el desarrollo sustentable debe ser una política a largo plazo que, tanto en la economía como en el medio ambiente (y en la sociedad en general), deberá atender a las necesidades de las generaciones futuras en función de los recursos disponibles, debe ser tanto global como regional y nacional, y debe descansar en principios distributivos, es decir, de equidad” (Strong 1994:59).

una noción importante para los estudiosos del medio ambiente en contextos urbano-industriales. White proponía que el desarrollo de una civilización estaba directamente ligado a la forma en que una sociedad dominaba la energía con su infraestructura tecnológica y la usaba para transformar los recursos naturales disponibles (White 1959). Esta noción no es aceptada por la teoría ecológica actual, pero la cuestión del control creciente de las fuentes de energía y de los recursos para las naciones es de suma importancia para los países industrializados. En foros internacionales se discute cómo interpretar el desarrollo sustentable, donde una de las posturas más fuertes concuerda con los postulados de White en el sentido de que el espíritu ambientalista del desarrollo no excluye la búsqueda de un mayor control de energía y recursos.

Para la década de los ochenta, la antropología ecológica se desligó de los postulados evolucionistas que la envolvían y empezó a incorporar otros modelos que hacían hincapié en el desarrollo económico de las naciones en un contexto mundial y donde las políticas en escenarios públicos juegan un papel central. La degradación ambiental, entendida como la sobreexplotación de los recursos naturales nacionales y como la contaminación de los bienes ambientales de carácter público (suelos, aguas y bosques), se empezó a documentar y estudiar con mayor detalle en relación a la calidad de vida de las poblaciones.

La cuestión del desarrollo económico había sido abordada por un gran número de autores de los países del tercer mundo para criticar la noción de crecimiento que fundamentaba los modelos económicos aplicados a las naciones “en vías de desarrollo”. Subdesarrollo y dependencia fueron dos conceptos que sirvieron para entender las relaciones entre los países centrales y los periféricos, para entender el desarrollo de unos y el subdesarrollo de otros (Furtado 1970, Portes 1976). John Bodley ha puesto en perspectiva el lado humano, local, del progreso nacional. En su libro *Victims of Progress*, Bodley (1975) nos presenta un panorama internacional de los efectos negativos del “progreso” nacional en la calidad de vida de familias y comunidades que son desplazadas o que se les imponen programas productivos aje-

nos a sus tradiciones. Una calidad de vida disminuida por los menores ingresos, la ingesta nutricional deficiente y la salud precaria.

Los antropólogos con interés en la ecología han incorporado nuevos conceptos teóricos en modelos más complejos sobre las sociedades que estudian. Este es el caso del trabajo de Shelton Davis en comunidades indígenas de Brasil: Davis aborda las políticas indigenistas, los programas de desarrollo económico en ese país, en particular las grandes empresas agrícolas y ganaderas y la explotación de recursos naturales en el Mato Grosso y la cuenca Amazónica. El mismo Davis (1977) concluye que los programas de desplazamiento, que formaban parte de una estrategia de desarrollo brasileño, a final de cuentas resultaron en la marginación de un gran número de comunidades indígenas. Según él, estas comunidades fueron “víctimas” de lo que se denominó “el milagro” del crecimiento de la economía brasileña a partir de 1965. Más recientemente, Emilio Morán ha presentado su libro *La ecología humana de los pueblos de la Amazonía*, donde explora de una manera detallada las consecuencias de la modernización –la colonización de la selva, la deforestación y el desplazamiento de grupos humanos– para las comunidades indígenas asentadas en la cuenca amazónica.

Al pensar en el desarrollo ecológico surgió la idea de ecodesarrollo. Éste llamaba la atención sobre la necesidad de introducir componentes de protección ambiental y uso racional de los recursos en los programas de desarrollo nacionales (Urquidi 1994). Ignacy Sachs acuñó el concepto en 1971 con la intención de “armonizar los objetivos sociales y económicos del desarrollo con un manejo de recursos y del medio ambiente que sea ecológicamente adecuado” (Sachs, citado por Urquidi 1994:55).

Para la década de los ochenta, el ecodesarrollo dio lugar al concepto de desarrollo sostenible (Strong 1994, Urquidi 1994). La exigencia del desarrollo sustentable es garantizar que la degradación ambiental –la sobreexplotación de los recursos naturales y las descargas al ambiente de agentes peligrosos que contaminan los recursos y las fuentes de agua– no aniquilará los recursos básicos que sostienen la vida en la tierra. Alrededor de la definición de desarrollo sustentable se encuentran dos interpretaciones diferentes. Por una parte, los

gobiernos de las naciones industrializadas consideran que el desarrollo sustentable se logra con ajustes al sistema económico productivo actual, para ellos no es necesario un cambio radical de sistema productivo. Por otra parte, autores como Herman Daly y Robert Goodland insisten en que las tasas de crecimiento de la explotación de recursos naturales y del crecimiento de la producción para el consumo que caracteriza a la sociedad actual simplemente no son sostenibles, por lo que hay que reformular el sistema económico-productivo de tal manera que se controle el crecimiento (Goodland 1995 y 1997, Daly 1997). De la misma manera, autores como Toledo y Leff nos han invitado a cuestionar el sistema capitalista mundial y reconsiderar los beneficios de los sistemas tradicionales de producción (Leff 1986 y 1994, Toledo 1994 y 1997).

Con estos antecedentes de la ecología cultural y del desarrollo sustentable se pueden poner en perspectiva los estudios de medio ambiente que se han realizado en Jalisco.

LOS ESTUDIOS AMBIENTALES EN JALISCO

La investigación de los aspectos sociales y culturales del manejo de los recursos y la protección del medio ambiente en Jalisco se compone principalmente de estudios temáticos o estudios de casos particulares; pocos son los trabajos que intentan estudios amplios en términos tanto de diversidad de problemas como de cobertura de diversas zonas geográficas del estado. Los estudios temáticos de casos constituyen los pasos iniciales en dirección de una estrategia más compleja de investigación en este campo. Lo primero es entender mejor cuáles son los problemas ambientales relevantes, porqué son problemas y definirlos con mayor precisión.

A continuación presentaré las contribuciones de los antropólogos, así como las realizadas por sociólogos e historiadores. Dado que los estudios ambientales requieren una perspectiva interdisciplinaria para comprender los diversos elementos que entran en juego, presentaremos también aportes de otras disciplinas como la biología, la agronomía, la ingeniería y otras más, cuyos profesionales han recurrido al

aprendizaje de algunas herramientas básicas de investigación de la antropología y de las ciencias sociales para incorporarlas en sus propios estudios e intentar cubrir los factores socioculturales que inciden en sus problemas de investigación.

Primero se presentan los estudios sobre el lago de Chapala, para luego pasar a las investigaciones de ecología industrial y al estudio de la gestión de residuos sólidos municipales. Después se abordan las investigaciones sobre la producción rural de productos para exportación y sus implicaciones en el ambiente local y en la salud de los jornaleros. Por último se presenta el trabajo de Humberto Becerra sobre la conservación de las tortugas marinas en la costa de Jalisco.

RECURSO AGUA: EL CASO DEL LAGO DE CHAPALA

El estudio de Luisa Paré sobre el lago de Chapala, titulado *Los pescadores de Chapala y la defensa de su lago* (1989), es una de las primeras investigaciones que aborda el problema de la disputa por el agua del lago, así como los impactos sociales y ambientales de su degradación. El uso del agua para riego en la agricultura y el abastecimiento de agua para consumo en la ciudades que se ubican a lo largo de la cuenca Lerma-Chapala son los dos principales destinos del recurso. Los pescadores vieron cómo sus actividades pesqueras que antes florecían fueron disminuyendo a medida que el volumen y la calidad del agua que recibe el vaso lacustre fue deteriorándose. Paré concluye que “el destino de la cuenca lacustre está vinculado a problemas que suceden cuenca arriba y está ligado a determinado tipo de desarrollo industrial y urbano” (Paré 1989:37). La autora confirma, para finales de la década de los ochenta, lo que el Plan Lerma de Asistencia Técnica de 1973 había pronosticado de alguna manera:

El proceso de industrialización de la cuenca del río Lerma, se efectuará en forma más acelerada en los próximos años, por lo cual se verterán mayores volúmenes de desechos al agua, los que aunados a los crecientes desagües de las zonas urbanas y rurales, serán arrastrados y depositados en el Lago de Chapala, provocando un mayor grado de contaminación ... (Plan Lerma de Asistencia Técnica, citado por Paré 1989:105).

De acuerdo a Paré, los pescadores, agrupados en organizaciones regionales, han sido el grupo de usuarios más sensibles a la continua degradación del lago y los más dinámicos en su defensa, ya que han sufrido por la decreciente captura de especies que a su vez se traduce en la disminución de sus ingresos. Sin embargo, los pescadores han sido el usuario de menor poder en el juego de intereses en la cuenca y sus reclamos son, en gran medida, ignorados por las autoridades urbanas y los grupos con intereses económicos asociados al uso del recurso agua.

Carlos Alba editó, en 1990, el libro titulado *Chapala. Ecología y Planeación Regional* en el que colaboran una decena de investigadores interesados en el tema del lago. Alba y sus colaboradores, entre los que se encuentran Brigitte Boehm y Edwin Renfrew, hacen hincapié en la necesidad de encarar el problema de la contaminación de la cuenca y del lago. De acuerdo con sus investigaciones, el problema de la cuenca Lerma-Chapala debe entenderse en relación a las múltiples funciones del recurso agua, ya que la cuenca abastece de agua a grandes y pequeñas ciudades; surte agua para riego agrícola en extensiones cada vez más amplias; provee de agua a la creciente población industrial ubicada en su cuenca; y sirve de receptáculo para descargas de drenajes, efluentes industriales y escurrimientos con residuos agroquímicos (Alba 1990, Boehm 1990, y Renfrew 1990). En su investigación, Alba observó que:

En estas circunstancias, el cuerpo de agua es afectado por todo un modelo cultural. A los conflictos ribereños entre pescadores, campesinos y fraccionadores, se añaden las dificultades de jurisdicción entre las autoridades locales, estatales y federales, y al interior de éstas, las diversas orientaciones e intereses de sus dependencias; las presiones de agricultores y ciudadanos de la ciudad de México y Guadalajara que quieren más y más agua (Alba 1990:11-12).

Edwin Renfrew habla, a su vez, de una “acción antrópica irresponsable” como el origen principal de la degradación acelerada del lago (Renfrew 1990:19). Brigitte Boehm también identifica los impactos negativos sobre la cuenca que generan las crecientes demandas del lí-

quido para actividades agrícolas, industriales y urbanas, con sus correspondientes descargas de efluentes de procesos (Boehm 1990).

La publicación del volumen *Sustentabilidad en la Ciénega* en octubre del 2000 –con más de una docena de contribuciones que versan sobre contaminación, desarrollo sustentable, industrialización y ordenamiento territorial–desafortunadamente confirma la tendencia que una década antes habían anticipado Paré y Alba. Juan Manuel Durán y cols. (2000) describen la forma en que la cuenca del río Santiago (entre Chapala y Tonalá) se integró al desarrollo de la producción industrial de las plantas localizadas en la zona de El Salto ya que proveía de abastecimientos de energía eléctrica, de agua suficiente y de un vehículo para sus descargas de efluentes residuales.

El texto de María Luisa García (2000), en el referido volumen, abunda en la caracterización de la actividad industrial en la región de la Ciénega y de sus impactos negativos sobre el medio ambiente, en particular sobre el recurso agua. Para Felipe Cabrales, desde la perspectiva del ordenamiento territorial y los asentamientos urbanos,

La región de la Ciénega muestra una alta vulnerabilidad y crisis ambiental como resultado de la presión interna sobre sus recursos, pero más aún de las presiones externas que se ejercen en la parte alta de la cuenca del río Lerma y desde la Zona Metropolitana de Guadalajara que durante las últimas décadas ha dependido en buena medida de las respuestas de Chapala (Cabrales 2000:152).

A finales del año 2000, Adriana Hernández presentó su tesis de maestría en antropología donde abordaba, desde la perspectiva de los habitantes del pueblo ribereño de Mezcala, la degradación ambiental del lago. La atención de la investigadora se enfoca en la ecología humana de la comunidad de Mezcala, un pueblo con actividades productivas centradas en la agricultura y la pesca. La etnografía sugiere que la degradación ambiental de suelos y la baja sustancial en las actividades pesqueras han ocasionado un cambio de orientación de la mano de obra que ahora se emplea en las actividades industriales y comerciales de Guadalajara y El Salto, así como la migración hacia los Estados Unidos (Hernández 2000).

La conclusión que nos dejan estos estudios es que, a diferencia de las sequías que causaron la desecación de partes del lago a mediados del siglo XX (1948-1955), el crecimiento significativo de las actividades productivas y urbanas en los asentamientos de la cuenca en el último medio siglo ha llevado al lago a un deterioro mayor en tiempos cortos, una degradación que amenaza la sustentabilidad del lago si no se llevan a cabo medidas correctivas en el manejo de la cuenca.

Las EXPLOSIONES DEL 22 DE ABRIL Y EL MANEJO DE RESIDUOS PELIGROSOS INDUSTRIALES

Las explosiones en el colector ubicado en el Sector Reforma de Guadalajara (a partir de la calle Gante al sur del Mercado de San Juan de Dios) en 1992 generaron, entre los grupos académicos, nuevas inquietudes y líneas de investigación orientadas a entender mejor los riesgos de los asentamientos urbano-industriales como Guadalajara.

Se puede notar un aumento en las investigaciones de las actividades industriales con un enfoque ambiental durante la segunda mitad de la década de los noventa. Entre los primeros se encuentra el equipo de María Luisa García *et al.*, quienes nos presentaban un panorama complejo de los riesgos ocasionados por los residuos peligrosos y las actividades industriales dentro de la ciudad (García *et al.* 1995).

El desastre de las explosiones del 22 de abril en Guadalajara ha sido estudiado por numerosos investigadores sociales (véase, por ejemplo, las publicaciones de Macías y Padilla 1993; Macías y Calderón 1994; Ramírez y Regalado 1995; y Reguillo 1996). La lógica de estas investigaciones está centrada en la tragedia humana, en la vulnerabilidad social, en el surgimiento del movimiento de damnificados y las condiciones políticas de corrupción que dieron lugar al desastre.

Desde la perspectiva de los estudios ambientales, el desastre del 22 de abril tiene su origen en una gestión ambiental inapropiada por parte de la delegación local de PEMEX en las instalaciones de La Nogalera, que descargaron miles de litros de gasolina al colector, y por parte de las autoridades estatales, que instalaron un sifón proble-

mático por donde no pudo pasar la gasolina, no emprendieron un plan para controlar la contingencia ambiental y no evacuaron a la población de la zona.

El hecho es que se reunieron dos condiciones que resultaron en las explosiones. En el fondo dichas condiciones tienen que ver con: a) la expansión de la mancha urbana y b) el crecimiento de las actividades industriales en la zona metropolitana. Respecto a la primera condición, la expansión de la mancha urbana requiere mejores vías de comunicación y transporte. La construcción de una línea del tren ligero y de un paso a desnivel en la confluencia de Calzada Independencia y Javier Mina dieron lugar a la construcción de un sifón en el colector, para que el drenaje corra bajo el paso a desnivel en la calzada mencionada.

La segunda condición es la demanda urbana de energéticos para automotores, lo cual se tradujo en el almacenamiento masivo de hidrocarburos en un depósito de PEMEX en el sur-oriente de la ciudad. El riesgo de almacenamiento de grandes cantidades de hidrocarburos se manejó dentro de un ambiente permisivo donde las descargas de sustancias peligrosas al drenaje eran comunes. Ahora se tiene conocimiento de que las decenas de miles de litros de hidrocarburos, tirados al drenaje desde la planta local de PEMEX, no podían pasar por el sifón de Javier Mina. Como resultado los hidrocarburos se estancaron en el ramal sur-oriente de la ciudad (el sector Reforma) y provocaron la explosión.

Las actividades industriales y productivas en zonas urbanas han sido tradicionalmente identificadas, desde la perspectiva del desarrollo sustentable, como las principales responsables de la degradación ambiental (Leff 1986, Strong 1994, Daly 1997, Goodland 1997). En Guadalajara el desastre del 22 de abril no fue un accidente, sino resultado directo de las prácticas cotidianas –hasta 1992– de manejo de residuos peligrosos por parte de un gran número de industrias, como PEMEX, que utilizan este tipo de sustancias.

A partir del año de las explosiones, las cosas empezaron a cambiar en materia de la gestión ambiental en las empresas, en buena medida porque las autoridades ambientales adoptaron una postura más estricta en sus supervisiones de cumplimiento con la legislación ambiental vigente (Lezama 2000:133). Además, como lo ha señalado Verduzco,

la firma del Tratado de Libre Comercio generó mayor presión para renovar la legislación, con el fin de “obligar a las empresas a mejorar sus prácticas ambientales” (Verduzco 1997:275). De acuerdo con este autor, que estudió las ciudades de Guadalajara, Monterrey y Tijuana,

En la comunidad empresarial mexicana existen nociones un tanto contradictorias de lo que significa una mayor conciencia ambiental. En general, existe consenso respecto a que es necesario cumplir con la legislación vigente pero al mismo tiempo se critica ampliamente su complejidad. Asimismo, hay preocupación por la proliferación de protestas y quejas de la ciudadanía sobre el desempeño ambiental de las empresas, pero hay poco interés por acercarse a las comunidades (Verduzco 1997:277).

Los empresarios tratan de cumplir con lo que marca la ley, pero están limitados por sus conocimientos, por su tecnología y procesos actuales y, sobre todo, por la salud financiera de sus empresas. Se han logrado avances importantes y en gran medida se han controlado las prácticas cénicas de contaminación de origen industrial. En ciudades como Guadalajara, las grandes empresas y en particular aquellas ligadas a mercados internacionales tienden a invertir en mejorar sus procesos y hacerlos menos contaminantes, sin embargo la pequeña y mediana industria tapatía –que conforma la gran mayoría de las empresas locales– no siempre tiene disponibles los recursos necesarios para realizar cambios sustanciales en su comportamiento ambiental (Verduzco 1997, Lezama 1998 y 2000, Del Toro 1999, Bernache 2000 y Gutiérrez 2000).

Tal es el caso de la industria de la galvanoplastia (cromados) en la ciudad, donde se puede apreciar los problemas que enfrentan para eliminar puntos críticos de contaminación debido al monto y variedad de químicos peligrosos usados en sus procesos (Lezama 1998, Del Toro 1999). Los empresarios que tienen interés en propiciar cambios al reducir los impactos ambientales de sus procesos, requieren del apoyo de personal profesional calificado para entender las raíces de los problemas y proponer cambios que logren mantener su producción al tiempo que mejoran su comportamiento ambiental. También

requieren recursos económicos para invertir en cambios de infraestructura y renovación tecnológica.

Sin embargo, investigaciones recientes de ecología industrial han identificado la “baja cultura ambiental “ que caracteriza a más de la mitad de las industrias estudiadas por Lilia Dominguez (1996:21-23) y “la ausencia de una cultura ambiental” en las empresas, aun en sus niveles gerenciales (Lexington 1996:11-12). Estos investigadores se refieren, al usar el concepto de cultura ambiental en las empresas, al nivel de conocimientos y de la capacitación del personal con respecto a las normas ambientales que deben cumplir, el conocimiento detallado de los impactos ambientales de sus procesos, así como el compromiso real, por parte de los directivos, por desarrollar una estrategia de mejora continua de su comportamiento ambiental.

Los estudios de ecología industrial nos han ayudado a comprender que el comportamiento ambiental de las empresas depende de una variedad de factores que condicionan a cada planta en particular (Lexington Group 1996, Verduzco 1997, Lezama 1998 y Bernache 2000). Entre los factores externos que inciden sobre el desempeño ambiental están la legislación y normatividad vigente; la cobertura de la vigilancia por parte de las autoridades; los tipos de mercados en que participa la industria; las actividades y programas de las asociaciones de empresas; y la actividad de grupos de colonos y ONGs locales. Desde adentro, la empresa enfrenta otros condicionantes –no todos directamente relacionados con el medio ambiente– como son el giro de la empresa, su tamaño, salud financiera, la eficiencia de su sistema administrativo y la preparación de su personal (Bernache 2000).

EL MANEJO DE LAS BASURAS MUNICIPALES Y LA DEGRADACIÓN AMBIENTAL

Uno de los temas más explorados ha sido el de los residuos sólidos municipales en la zona metropolitana de la capital del estado. Dos estudios de historiadores han documentado los problemas de manejo sanitario de las basuras en la ciudad de Guadalajara, en los siglos XVIII y XIX (Gómez, Hernández y Zamudio 1992, Castañeda 1998).

El equipo de historiadores del Archivo Municipal de Guadalajara aportan detalles interesantes sobre el problema de la basura en el siglo XVIII. Entre otros, nos comentan que la primera adquisición de un carretón para el transporte de basura tuvo lugar allá por el año de 1764. En ese año también se publicaron las primeras ordenanzas tanto para controlar los muladares de la ciudad, como para detener el uso indiscriminado del río San Juan de Dios y su cauce para deshacerse de todo tipo de basuras y desechos. “El libertinaje de tirar basuras en lugares públicos” creaba un problema sanitario a la ciudad, ya que no había lugares designados para la disposición de residuos. Más adelante se determina que “(...) los jueces de Policía serían los encargados de señalar el lugar donde se tiren las basuras. (...) y que las carretas que entracen (sic) a la ciudad salgan cargadas de basura” (Gómez, Hernández y Zamudio 1992:207).

No cabe duda que la ciudad de Guadalajara sufría, ya desde el siglo XVIII, de contaminación por residuos sólidos. Las zonas de mayor actividad se ensuciaban con desechos y al tiempo se requería una limpieza general para lo cual se efectuaba un remate de limpia (un contrato con un particular para que realizara la recolección de basuras y la limpieza de muladares). Aunque realizaban su trabajo, estos contratistas dejaban mucho que desear. En este sentido, Camarena, funcionario público, afirmaba “...jamás se logrará ver aseada la ciudad en su centro y arrabales de basura, escretos ciscos e inmundicias si el rematador o contratista no se aplica con todo...” (citado por Gómez, Hernández y Zamudio 1992:210).

Las autoridades coloniales de la ciudad tenían la responsabilidad de emitir normas para mantener un nivel apropiado de sanidad durante el siglo XVIII, “(a)unque la preocupación por la limpieza de las calles y de la ciudad surgió en el Ayuntamiento, los intermediarios entre el cabildo y la Real Audiencia redactaron las primeras ordenanzas para regular las condiciones sanitarias” (Castañeda 1998:18).

A partir de estas fuentes históricas podemos entrever que gran parte de la ciudad actual está construida sobre suelos que han sido rellenados con residuos de múltiples tipos. En siglos pasados, se requería gran esfuerzo y comedimiento, aparte de erogaciones del erario públi-

co, para sacar la basura de la ciudad. Para el siglo XVIII, las carretas que entraban con carga a los mercados tapatíos tenían que salir con una carga de basuras para botarlas a las afueras de la ciudad en zonas designadas por las autoridades, en particular los predios con socavones, hondonadas y barrancas.

Los estudios actuales de la producción de basuras y los impactos ambientales de su disposición final en entierros sin control empezaron a surgir en la segunda parte de la década de los noventa. Por ejemplo, Bernache, desde una perspectiva de antropología aplicada, descubrió que el estado de Jalisco acusaba niveles crecientes de degradación ambiental como resultado de las actividades productivas y sociales en las diferentes zonas del estado, en particular en la capital estatal. La generación cotidiana de residuos en la zona urbana de Guadalajara se estimaba en unas 3 000 toneladas diarias, lo cual presentaba innumerables problemas para la prestación del servicio de limpia. Sin embargo, los niveles de contaminación de suelos y aguas en los vertederos municipales son el principal problema ambiental asociado a la basura (Bernache 1997 y 1997b).

El tema de la basura y la destrucción que ocasiona llamó la atención de los arqueólogos que conocen los sitios prehispánicos localizados en la zona de Guadalajara. Dos arqueólogos conocidos, Phil Weigand y Gonzalo López, expresaron su preocupación porque se instaló, a principios de los noventa, un gran vertedero en el municipio de Tonalá precisamente sobre un sitio arqueológico de importancia regional. En Coyula se ha depositado un mayor tonelaje de residuos producidos por los tapatíos, para el año 2001 se habrían depositado más de tres millones de toneladas de basura sobre el complejo arqueológico.³ El nombre oficial es Vertedero Controlado de Coyula, aunque coloquialmente se conoce simplemente como “Matatlán”. El pueblo del mismo nombre se encuentra del otro lado de la barranca, pero el basurero adquirió el mote porque la brecha que lleva a Matatlán también sirve como vía de acceso al vertedero.

3. Los sitios de Los Laureles en Tonalá y de Picachos en Zapopan estarán disputando la distinción del mayor depósito de basuras del estado de Jalisco para el año 2005.

El vertedero de Coyula representa el prototipo de la relación del tapatío con su medio ambiente. El vertedero está ubicado sobre una meseta en la Barranca de Oblatos en el que se localizaban unas ruinas arqueológicas importantes. Los vestigios sufrieron un primer daño cuando ahí operaba un banco de arena usada para la construcción en Guadalajara. Después se instaló el gran vertedero de residuos municipales, un receptáculo gigantesco para la basura tapatía. Esto terminó por destruir el sitio arqueológico de Coyula. En las consideraciones para instalar el basurero, no importó el valor arqueológico, ni el valor ecológico de esta meseta de unas 55 hectáreas. Lo que antes fue una localidad privilegiada de la ecología barranqueña, ahora es un foco de contaminación de la barranca. Tanto Weigand (1996), como López (1998) han dado testimonio de la destrucción abyecta de uno de los más importantes sitios arqueológicos de la localidad. El sitio probablemente estuvo ocupado entre los años 700 al 1250 de nuestra era (Weigand 1996:14, versión en español).

Poco sospechamos que nuestras notas tan preliminares podrían llegar a representar el mejor registro hecho del sitio antes de su lamentable y deliberada destrucción. En el momento nos parecía algo inimaginable, y difícil de creer hoy, que un sitio de esta magnitud pudiese ser condenado de manera tan irreflexiva a un destino tan poco noble y verdaderamente escuálido No hubo en absoluto una posibilidad de accidente para lo que sucedió en Coyula; el sitio fue destruido intencionalmente, de la manera más inconsciente e irresponsable posible... (Weigand 1996:16).

Los reportes de estos arqueólogos no tienen una intención ecológica, sino dejar una descripción de lo que fue destruido en aras de darle un lugar a la basura de la ciudad al fin del milenio. Coyula, sitio prehispánico fortificado, que ocupaba una posición estratégica para el control de los movimientos que tenían lugar en el paso en esa zona de la barranca. Esas ruinas arqueológicas, que consistían de plataformas, plazas, una pirámide y decenas de tumbas quedaron enterradas bajo cientos de miles de toneladas de basuras de los actuales tapatíos.

Por otra parte, desde la sociología dedicada al estudio de la gestión pública de los gobiernos locales, J. Manuel Ramírez y Alberto Chávez investigaron las formas en que los ayuntamientos de la zona metropolitana dan respuesta a las múltiples necesidades de los ciudadanos en materia de recolección, tratamiento y disposición de residuos sólidos municipales. Su investigación apunta a que el servicio de limpia es satisfactorio a nivel de la etapa de recolección de residuos, pero no se cuenta con una red de estaciones de transferencia que permita mayor agilidad en el transporte de residuos. Desde el punto de vista ambiental, se identifican los problemas de contaminación que tienen los sitios de disposición final, los vertederos locales (Ramírez y Chávez 1998:188). A los autores les preocupa la falta de una participación ciudadana en la gestión de los residuos sólidos, en particular en programas de separación de residuos para reciclaje.

En Basura y Metrópoli, Bernache, Bazdresch, Cuéllar y Moreno estudian la gestión pública y social de los residuos municipales desde una perspectiva interdisciplinaria que incluye la antropología aplicada, la sociología, lo jurídico y el gobierno local. El objetivo de la investigación es entender mejor los factores que inciden en el problema de los residuos sólidos municipales, como son los patrones de consumo de la sociedad actual y el desarrollo industrial en zonas urbanas, así como las formas de manejo y disposición de dichos residuos. La degradación ambiental que ocasiona la disposición de basura no es un accidente producto de un acto aislado, sino que es parte integrada del conjunto de procesos productivos, de consumo y, finalmente, de la concepción tapatía del valor de su ambiente regional (Bernache *et al.* 1998).

Tres años después, un grupo de cuatro estudiantes de ingeniería ambiental del ITESO realizaron una investigación para actualizar la información relativa al manejo de residuos sólidos municipales en la zona metropolitana de Guadalajara (Arias y cols. 2001). Incluso se aventuraron, con una perspectiva amplia, a explorar algunos conceptos sociales como la cultura del consumo, la educación ambiental, la participación ciudadana y el derecho a la información ambiental que tiene la población local.

Alex Long (1999), estudiante de posgrado en antropología, escribió un interesante ensayo sobre los pepenadores que trabajan en la Planta Los Belenes en Zapopan. Long describe la organización de 42 pepenadores adultos que tiene autorización para trabajar en la plataforma de la Planta, aunque para ello tienen que pagar una renta de \$5 000.00 mensuales al ayuntamiento. La relación de los pepenadores con los funcionarios del ayuntamiento y con los compradores de materiales está definida por la subordinación. A pesar de que realizan una labor a favor del medio ambiente (separando materiales para su reciclaje), los ingresos y la calidad de vida que tienen están muy por debajo de lo mínimo aceptable en los mercados formales de trabajo. “Los pepenadores han recibido tanto tratamiento injusto de todos lados que están acostumbrados. Nunca han tenido los mecanismos para negociar o tratar con estas fuerzas externas en una posición igual” (Long 1999:10).

La participación de grupos de vecinos para exigir soluciones a problemas relativos al manejo de los residuos municipales se concentra en los casos que se proyectan instalaciones dentro de sus colonias o adyacentes a ellas. Francisco Tirado documentó dos casos interesantes que tuvieron lugar entre 1997 y 1998 en la zona metropolitana. En el primer caso, vecinos de la Colonia La Micaelita, ubicada en el municipio de Tlaquepaque, protestaron porque el sitio de disposición del mismo nombre no cumplía con los requisitos mínimos de seguridad ambiental y les afectaba de múltiples formas su vida diaria (problemas de salud pública entre los habitantes, enfermedades de animales domésticos, malos olores, proliferación de fauna nociva, inundaciones que arrastraban la basura del sitio hacia una parte de la colonia y acumulación de biogases que representan riesgo). En este caso las autoridades municipales cerraron el sitio y dejaron de utilizarlo, los vecinos de la colonia no vieron resuelto el problema ya que sus peticiones de rehabilitación del lugar no fueron escuchadas (Tirado 1999).

En el segundo caso, los colonos de Jardines de Santa Isabel en la zona norte del municipio de Guadalajara se inconformaron e hicieron un plantón que impedía el ingreso a un sitio adyacente a su colonia donde se empezaba a construir una estación de transferencia de resi-

duos sólidos. Dado que buena parte de los vecinos eran trabajadores del IMSS, lograron incorporar a profesionistas de diversos niveles y obtuvieron un apoyo claro de su sindicato que también se hizo presente. En este caso, la empresa CAABSA y la administración municipal de Cesar Coll dieron marcha atrás a este proyecto, por lo que no se construyó la estación de transferencia (idem).

La Comisión Estatal de Derechos Humanos del Estado de Jalisco (CEDH) dio a conocer en mayo de 1999 su recomendación 2/99 dirigida al Gobernador del Estado, a la Comisión Estatal de Ecología y a los Departamentos de Ecología de los ayuntamientos de la zona metropolitana. La CEDH observó que estos organismos, al no haber dado “solución a los problemas provocados por la basura que genera la población de esos cuatro municipios, violan los derechos humanos a la salud y a un medio ambiente sano y ecológicamente equilibrado ...” (1999:3). De forma directa se les pide a las autoridades responsables que detengan la degradación ambiental que se origina en los sitios de disposición final de residuos. Esta recomendación de la CEDH incorpora el trabajo interdisciplinario de investigadores en el campo de la antropología, la biología y la química.

La investigación enfocada en los residuos sólidos municipales tiene, como se muestra en los párrafos anteriores, múltiples aristas. Al no cumplir con los parámetros mínimos de control de escurrimientos de líquidos peligrosos y por la degradación de los suelos, los sitios donde se depositan o entierran las basuras urbanas se han constituido en focos de contaminación de los ecosistemas regionales. Fuentes de agua subterránea en diferentes puntos de la zona metropolitana han sido afectadas por contaminación de líquidos peligrosos (lixiviados) que se escapan de los vertederos. Miles de tapatíos viven cerca, por la localización de sus viviendas, de grandes basureros que fueron clausurados en los años setenta y ochenta. Estos grupos de población ven afectada su calidad de vida principalmente en cuanto a enfermedades por condiciones insalubres de dichos sitios en la actualidad y en cuanto al riesgo de contingencias (como incendios o explosiones menores).

LA PRODUCCIÓN DE LAS AGROEMPRESAS EN EL CAMPO JALISCIENSE

En el campo, las cuestiones de producción agrícola han constituido un eje importante de estudios con orientación ambiental desde la antropología y la educación. Tres estudios diversos, dos tesis de maestría y un artículo premiado, son ejemplos de investigaciones recientes en este campo que incorporan explícitamente un componente ambiental.

El modelo de producción agrícola bajo esquemas globales que proveen de frutas y legumbres a mercados internacionales, destaca Humberto González (2000), resulta en degradación ambiental y en un deterioro de la salud de los jornaleros. De acuerdo con González, las compañías internacionales adoptan una estrategia de explotación intensa de recursos en diferentes zonas y en varios países, cuando degradan los recursos o no tienen las condiciones adecuadas para una producción óptima, se cambian a otros lugares. Entre los problemas ambientales y de salud que generan este tipo de prácticas productivas en el campo jalisciense se encuentran:

...la pérdida de fertilidad de los suelos; la propagación de plagas y enfermedades que afectan las plantas; el abatimiento, la salinización y la contaminación de acuíferos; y, finalmente, enfermedades que afectan a los trabajadores y habitantes de los pueblos cercanos a la producción hortícola (González 2000: 11, traducción libre del inglés por el autor).

Los productores dedicados a la exportación buscan las mejores oportunidades para sus actividades, así como reducir costos. Dos rubros típicos en que los productores “ahorran” en costos son: el gasto relativo a la protección de la salud de los trabajadores y el control de la contaminación. El campo en Jalisco ha experimentado las incursiones de agroindustrias orientadas al mercado de exportación y las consecuencias las pagan los habitantes locales que deben encarar la degradación, así como el costo posterior en el deterioro de su salud (idem).

En su tesis de maestría en antropología, Ana Isabel Gaytán (2000) nos introduce al mundo de la producción agrícola de jitomate a gran

escala con fines de exportación al mercado norteamericano. Sus resultados confirman lo que señalaba González: el uso masivo de pesticidas y otro tipo de agroquímicos que no sólo causan contaminación ambiental, sino que tiene impactos directos en la salud de los jornaleros agrícolas que se especializan en la aplicación de pesticidas. Se combinan en este problema social tanto el riesgo ambiental como el riesgo a la salud de los trabajadores. Gaytán constata que los trabajadores aplican los agroquímicos sin protecciones apropiadas lo que provoca una sobreexposición que deja huella en su salud, además la aplicación excesiva contamina los suelos agrícolas y las fuentes de agua cercanas. La investigación de María Esther Cortés (2000) también identificaba los impactos tóxicos de los agroquímicos y presentaba alternativas de consumo responsable y producción orgánica de maíz, frijol y vegetales.

Estos tres estudios señalan los puntos críticos de impacto ambiental de la producción agrícola a gran escala, sobre todo aquella enfocada a la exportación, y también enfatizan los riesgos en la salud de los jornaleros dedicados a fumigación que están en contacto continuo con agroquímicos.

CONSERVACIÓN DE ESPECIES:

EL CASO DE LAS TORTUGAS MARINAS EN LA COSTA

Humberto Becerra nos presenta, en su tesis de maestría, un caso muy interesante: se trata de un estudio antropológico de una pequeña comunidad en la costa norte de Jalisco, en el que se puede apreciar las fuerzas sociales y económicas que inciden en los esfuerzos de conservación-protección de la tortuga marina (Becerra 1999). La explotación de la tortuga marina tiene tres vertientes: capturarlas para comercializar su piel; robar los huevos de los nidos en la arena; y capturarlas para el consumo. La comercialización de la piel y los huevos de tortuga son las dos principales actividades que han mermado la población de estas especies. El consumo de huevos y de carne de tortuga por los habitantes de las pequeñas comunidades costeras constituye una explotación de escala moderada. Sin embargo, la gran demanda de pieles exóticas para

prendas de vestir, calzado y accesorios en las principales ciudades del país hacen muy atractivo el negocio del tráfico de pieles. De la misma manera, el consumo ilegal de huevos de tortuga en marisquerías de ciertas ciudades promueve el robo de nidos completos. La postura de los biólogos y de las autoridades de culpar y castigar a habitantes humildes de las costas no soluciona el problema del tráfico a gran escala de los productos de tortuga.

CONCLUSIONES

Se revisaron los avances en los cuatro principales frentes de la investigación ambiental: el agua en la cuenca Lerma-Chapala, el manejo de problemas ambientales en la industria, el manejo de los residuos sólidos municipales y los impactos ambientales de la agroindustria enfocada a la producción para exportación. El recurso natural de mayor valor social y ambiental, quizá, es el agua que llega a Chapala. La historia reciente de la gestión del recurso agua en la cuenca del Lerma y en el vaso lacustre del Lago de Chapala es una crónica de un patrón de desarrollo basado en la administración comprometida con el desarrollo industrial en las zonas urbanas y el desarrollo de actividades agropecuarias a gran escala en el campo. Consecuentemente la explotación máxima del agua de la cuenca nunca se puso en duda. Los estudios de la cuenca Lerma-Chapala nos pintan un panorama poco halagador, donde un recurso cada vez más escaso se disputa por un número creciente de actores urbanos, industriales y agrícolas. La ciudad de Guadalajara se encuentra entre los principales consumidores de agua del lago, por lo que sus intereses son muy fuertes. La desecación del lago debido al menor caudal de ingreso viene aparejada de una disminución en la calidad del líquido debido a la presencia de todo un espectro de químicos y residuos peligrosos como los metales pesados, así como una carga de microorganismos patógenos que resultan de las descargas sanitarias de drenajes urbanos.

El comportamiento ambiental de la industria localizada en Jalisco se puede caracterizar, en la actualidad, como bimodal. Por un lado, un sector de industrias grandes ligadas a mercados internacionales y con cierta

bonanza económica que han desarrollado sistemas de administración ambiental y han reducido de modo sustancial sus aspectos ambientales críticos (puntos de contaminación por sus procesos). Por otro lado, industrias pequeñas y medianas que en mayor o menor medida se encuentran con problemas y obstáculos para lograr un cumplimiento con la reglamentación ambiental vigente. Se han experimentado mejoras, a partir de un cambio de actitud por parte de las autoridades que se volvieron más estrictas en sus supervisiones, en el sector industrial, pero todavía hay un universo de fuentes diversas de contaminación que inciden sobre el ambiente local y regional de la zona metropolitana de Guadalajara.

Los vertederos de basuras municipales son un ejemplo de cómo la sociedad tapatía interactúa con su ambiente. La interacción, en este caso, fluctúa entre cierta conciencia sobre los problemas ambientales y una insensibilidad, en los hechos, hacia la contaminación que generan los vertederos locales. La operación diaria del Vertedero Controlado de Coyula en Tonalá –todos los habitantes de la urbe hemos contribuido con nuestros desechos sólidos por años– destruyó uno de los principales sitios arqueológicos en la zona. En Coyula se enterraron bajo montañas de basura restos culturales importantes de nuestros antepasados nativos.

En el campo, la preocupación principal de los estudios ambientales son los problemas de salud de jornaleros agrícolas que se especializan en la aplicación de pesticidas y otros agroquímicos. Asimismo, otros puntos ambientales críticos son: la sobre-explotación de fuentes de agua para irrigación, la proliferación de plagas bajo esquemas de monocultivo a gran escala, la erosión y la pérdida de fertilidad de los suelos de uso agrícola.

Las investigaciones revisadas en este texto apuntan, sin lugar a dudas, que la sociedad jalisciense, pero en particular la sociedad tapatía, tiene un número de tareas pendientes para lograr una mejor relación con su entorno. En el discurso se ha dado un avance sustancial en referencia a un contenido ecológico y conservacionista, pero en los hechos, en las actividades cotidianas ese avance no está presente. Las actividades productivas en la industria y en el campo, así como la vida

urbana de los jaliscienses resultan muchas veces en un impacto negativo, en degradación ambiental a gran escala.

Los estudios ambientales en el estado de Jalisco nos dejan tres certidumbres: que la línea de investigación ecológica desde las ciencias sociales y la antropología han ofrecido sus primeros aportes para entender mejor la relación de la sociedad jalisciense con su entorno; que los resultados de los estudios nos pintan un panorama donde la degradación ambiental está enraizada en múltiples ámbitos y ocasiona un decremento en la calidad de vida en muchas comunidades urbanas y rurales; y, que el tipo de desarrollo que vive el estado al fin del segundo milenio –en el contexto de los indicadores, de la política y de la gestión pública en materia ambiental– no puede caracterizarse todavía como un desarrollo sustentable.

Los investigadores de las ciencias sociales tienen por delante un vasto campo de temas ambientales en una variedad de regiones geográficas del estado de Jalisco que están pendientes de estudiar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

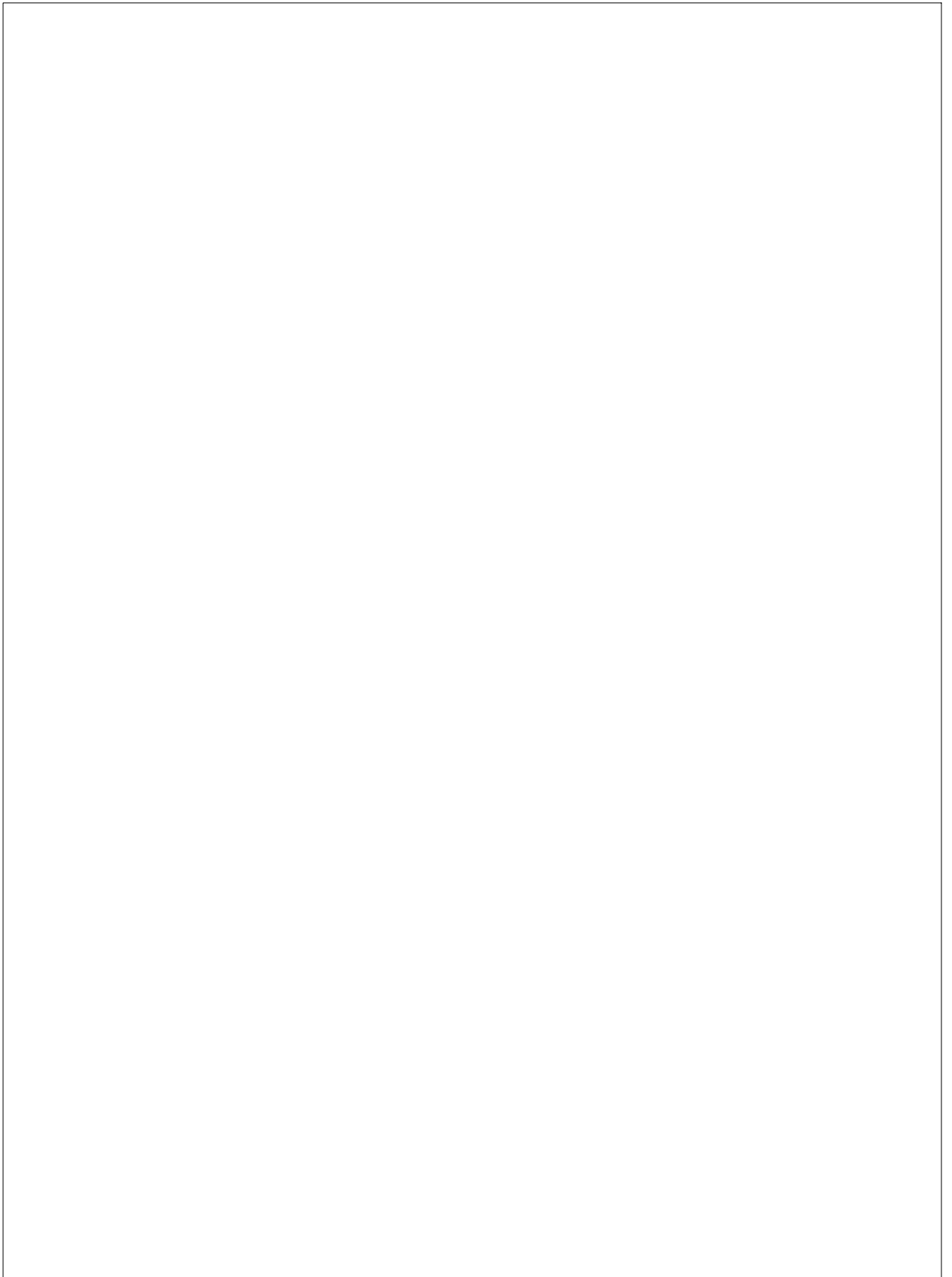
- Alba Vega, Carlos (1990) “Chapala y su cuenca: una aproximación general” en Carlos Alba Vega, *Chapala. Ecología y Planeación Regional*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco y Goethe Institut, pp. 11-13 y 65-74.
- Arias Hernández, Rafael, A. Balderas, E. Flores y J. Sosa (2001) “Manejo de Residuos Sólidos Municipales en la Zona Metropolitana de Guadalajara”, Reporte de Investigación, Guadalajara: ITESO-Pro-Habitat.
- Becerra Figueroa, Luis Humberto (1999) “El tiempo de las tortugas como espejo de realidades socioeconómicas y medioambientales”, Tesis de Maestría, Guadalajara: CIESAS.
- Bernache Pérez, Gerardo (1997) “La degradación ambiental en Jalisco y los desechos sólidos municipales”, *Diversa. Revista del Congreso del Estado de Jalisco*, Guadalajara: Congreso del Estado, enero-febrero, pp. 12-21.
- Bernache Pérez, Gerardo (1997b) “El impacto ambiental de los residuos domésticos” *La Colección de Babel*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, núm. 9, pp. 10-14.
- Bernache Pérez, Gerardo (2000) “La cultura ambiental de los empresarios tapatíos” en Martha Bañuelos (coord.) *Sociedad, Derecho y Medio Ambiente*, México: CONACYT-Universidad Autónoma Metropolitana-PROFEPA, pp. 259-290.
- Bernache Pérez, Gerardo, Miguel Bazdresch Parada, José Luis Cuéllar Garza y Francisco Moreno Parada (1998) *Basura y Metrópoli. Gestión social y pública de*

- los residuos sólidos municipales en la zona metropolitana de Guadalajara*. Guadalajara: U. DE G-CIESAS-ITESO-El Colegio de Jalisco.
- Bodley, John H. (1975) *Victims of Progress*. Menlo Park, California: Benjamin Cummings.
- Boehm de Lameiras, Brigitte (1990) "El problema de Chapala: una perspectiva antropológica" en Carlos Alba Vega, *Chapala. Ecología y Planeación Regional*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco y Goethe Institut, pp. 87-96.
- Cabralles Barajas, Luis F. (2000) "Ordenamiento territorial y sistema de asentamientos humanos en la región Ciénega", *Estudios de la Ciénega*, Año 1, núm 2, pp. 151-161..
- Castañeda, Carmen, "La vida material de Guadalajara: Discurso, condiciones y propuestas para mejorar la sanidad de las calles, siglo XVIII", Ponencia presentada en II Coloquio de Historia Urbana, Ciudad Guzmán, Jalisco, 1998. Manuscrito.
- CEDH, Comisión Estatal de Derechos Humanos del Estado de Jalisco (1999) "Derecho a la Salud y a un Medio Ambiente Sano y Ecológicamente Equilibrado", Recomendación 2/99, Guadalajara, Jalisco, mayo 1999. Manuscrito.
- Cortés García, María Esther (2000) "La construcción del consumo responsable como una estrategia de educación ambiental para la gestión ciudadana de la toxicidad ambiental. Recuperación de una experiencia en Jalisco". Tesis de Maestría en Ciencias de la Educación Ambiental, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Daly, Herman (1997) "De la economía del mundo vacío a la economía del mundo lleno" en Robert Goodland, H. Daly, S. El Serafy y B. von Droste, *Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible*, Madrid: Editorial Trotta, pp.37-50.
- Davis, Shelton H. (1977) *Victims of the Miracle*. Cambridge University Press.
- Del Toro Navarro, Aurelio (1999) "La educación ambiental en la sección de galvanoplastia en la Cámara de Industria Metálica de Guadalajara (CIMEG)", Tesis de maestría, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Dominguez Villalobos, Lilia (1996) "Desde la economía: propuesta para evaluar la relación industrial con el medio ambiente" en *Seminario sobre aplicación y cumplimiento de la legislación ambiental. Memorias.*, México, D.F., CONACYT-PROFEPA, pp. 19-25.
- Durán Juárez, Juan M., Raquel E. Partida Rocha y Alicia Torres (2000) "Revolución industrial y sustentabilidad en la región Ciénega", *Estudios de la Ciénega*, Año 1, núm 2, pp. 23-46.
- Furtado, Celso (1970) *Economic Development of Latin America. Historical background & contemporary problems*, Cambridge University Press.
- García Bátiz, María Luisa, Sergio Manuel González y Juan Jorge Rodríguez (1995) "Los peligros industriales en la zona metropolitana de Guadalajara", *Comercio Exterior*, vol. 45, núm. 10, México, octubre, pp. 775-785.
- García Bátiz, María Luisa (2000) "Desarrollo urbano industrial y contaminación en la región Ciénega", *Estudios de la Ciénega*, Año 1, núm 2, pp. 47-56.

- Gaytán Hernández, Ana Isabel (2000) "Tirar los pesticidas a flor de piel. Percepciones del riesgo, cuerpo y salud en fumigadores del jitomate". Tesis de maestría en antropología, Guadalajara: CIESAS, 2000.
- Gómez Olvera, José Alfonso, Evelia Hernández Bermejo y Esperanza Zamudio Ríos (1992) "El Aseo Público en Guadalajara a través del tiempo (1700-1910)" en Manuel Caldera Robles, Martha E. Delgadillo, Salvador Gómez *et al.* *Capítulos de la historia de la ciudad de Guadalajara*, Tomo I, Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara, pp. 200-229.
- González Chávez, Humberto (2000) "Sustainability and Global Commodity Chains: Export Agriculture in Mexico", Reporte de Investigación, Guadalajara: CIESAS-University of Chicago.
- Goodland, Robert (1995) "The concept of environmental Sustainability", *Annual Review of Ecological Systems*, vol. 26, pp. 1-24.
- Goodland, Robert (1997) "La tesis de que el mundo está en sus límites" en Robert Goodland, H. Daly, S. El Serafy y B. von Droste, *Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible*, Madrid: Editorial Trotta, pp. 19-36.
- Gutiérrez Ramírez, Karen (2000) "Problemática ambiental que vive la micro y mediana empresa en la ZMG y corredor industrial El Salto. Hacia el cumplimiento de la gestión del medio ambiente laboral y ecológica". Tesis de Ingeniería, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Hernández García, Adriana (2000) "El pueblo de Mezcala y los efectos de la degradación ambiental en el lago de Chapala", tesis de maestría, Guadalajara: CIESAS.
- Leff, Enrique (1996) *Ecología y Capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, México: UNAM-Siglo XXI Editores.
- Leff, Enrique (1994) "Sociología y ambiente: Formación socioeconómica, racionalidad ambiental y transformaciones del conocimiento" en E. Leff (comp.) *Ciencias sociales y formación ambiental*, México: UNAM-GEDISA, pp. 17-84.
- Lexington Group, The (1996) "Administración ambiental en la industria mexicana. Reporte de una encuesta. Resumen Ejecutivo", Lexington, EEUU. Manuscrito.
- Lezama Escalante, Cecilia (1998) "Contaminación Ambiental y Estrategias Empresariales de Cambio Tecnológico en la Industria Galvanizadora de Guadalajara" Tesis de Licenciatura, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Lezama Escalante, Cecilia (2000) "La Cultura Ambiental en la Industria de la Zona Metropolitana de Guadalajara", Borrador de Tesis Doctoral, Guadalajara: CIESAS-U.de G. Manuscrito.
- Long, Alex (1999) "La recuperación informal de los residuos sólidos en Guadalajara. Una investigación del conflicto entre los pepenadores y la economía formal de los desechos". Reporte de Investigación, Guadalajara: CIESAS. Manuscrito.
- López Cervantes, Gonzalo (1998) "El montículo de Coyula: un rescate arqueológico", *Estudios Jaliscienses*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, núm. 32, pp. 7-18.
- Macías, Jesús Manuel y Cristina Padilla (coords.) (1993) *Analizando el desastre de Guadalajara*, México: CIESAS.

- Macías, Jesús Manuel y Georgina Calderón Aragón (coords.) (1994) *Desastre en Guadalajara: Notas Preliminares y Testimonios*, México: CIESAS.
- Morán, Emilio (1993) *La ecología de los pueblos de la Amazonía*. México: FCE.
- Netting, Robert McC (1977) *Cultural Ecology*. Menlo Park, Ca.: Cummings.
- Paré, Luisa (1989) *Los pescadores de Chapala y la defensa de su lago*, Guadalajara: ITESO.
- Portes, Alejandro (1976) "On the Sociology of National Development: Theories and Issues" *American Journal of Sociology*, Chicago: The University of Chicago Press, vol. 82, núm. 1, July, pp. 55-85.
- Pro-Habitat, A. C. (1999) *Manual de Reciclaje. Viviendo el mundo de una manera diferente*. Guadalajara: Pro-Habitat.
- Ramírez Sáiz, Juan Manuel y Jorge Regalado Santillán (1995) *¿Olvidar o Recordar el 22 de Abril?*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ramírez Sáiz, Juan Manuel y Alberto Chávez Sevilla (1998) "La gestión municipal de los residuos sólidos en el AMG" en Juan Manuel Ramírez Sáiz (coordinador) *¿Cómo gobiernan Guadalajara? Demandas ciudadanas y respuestas de los ayuntamientos*, México: UNAM-U. DE G, Miguel Ángel Porrúa, pp. 157-192.
- Reguillo Cruz, Rossana (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, Guadalajara: ITESO-Universidad Iberoamericana.
- Renfrew, Edwin Sours (1990) "La Problemática del lago de Chapala. Una perspectiva regional", en Carlos Alba Vega, *Chapala. Ecología y Planeación Regional*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco y Goethe Institut, pp. 15-24.
- Steward, Julian H. (1955) *Theory of Culture Change*. Urbana: University of Illinois Press.
- Strong, Maurice F. (1994) "Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo" en Alberto Glender y Víctor Lichtinger (comps.) *La Diplomacia Ambiental*. México: SRE-FCE, pp. 19-45.
- Tirado Espíndola, Francisco (1999) "Si no presionamos no existimos. La gestión social del medio ambiente en Guadalajara: tres estudios de caso", Tesis de Licenciatura en Sociología, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Toledo, Víctor (1994) "Tres problemas en el estudio de la apropiación de los recursos naturales y sus repercusiones en la educación" en Enrique Leff (comp.) *Ciencias sociales y formación ambiental*, México: UNAM-GEDISA, pp. 157-180.
- Toledo, Víctor (1997) "Campesinidad, agroindustrialidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo" en Raúl Herrera y cols. *Agricultura Sustentable. Teoría y Práctica desde los Movimientos Sociales*, Páztcuaro: Centro de Estudios Sociales y Ecológicos, A.C., pp. 57-76.
- Urquidi, Víctor "Economía y medio ambiente" en Alberto Glender y Víctor Lichtinger (comps.) *La Diplomacia Ambiental*. México: SRE-FCE, pp. 47-69.
- Verduzco Chávez, Basilio (1997) "Respuestas del sector privado a la crisis ambiental en Guadalajara, Tijuana y Monterrey" en David. E. Lorey y Basilio Verduzco (comps.) *Realidades de la utopía. Demografía, trabajo y municipio en el occi-*

- dente de México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-UCLA Program on México-Juan Pablos Editor, pp. 275-299.
- Weigand, Phil C. (1959) "Coyul(t)a: Segundo Reporte", Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, Manuscrito. Versión en español, traducida por Edward Williams.
- White, Leslie (1959) *The Evolution of Culture*. Nueva York: McGraw-Hill.



Los límites de las estrategias de sobrevivencia: viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas

Mercedes González de la Rocha

RESUMEN

Se discuten ciertas transformaciones que las familias mexicanas, organizadas en grupos domésticos, han experimentado durante los noventa en respuesta al cambio económico, en especial el impacto de la erosión del trabajo y el aumento de la precariedad en la economía doméstica y familiar. Para ello, se hace una reflexión crítica sobre el enfoque de las estrategias de sobrevivencia, destacando que se deben tomar en cuenta los límites de éstas.

INTRODUCCIÓN

Los estudiosos de la familia hemos de estar alertas a los cambios que la sobrevivencia, en contextos de pobreza, experimenta durante los vaivenes económicos y sociales más amplios. En este sentido es relevante prestar atención al proceso de transición del modelo de los recursos de la pobreza, concebido como un tipo de capacidades domésticas¹ hacia

1. El concepto de “capacidades” de Amartya Sen es especialmente adecuado para entender las combinaciones alternativas de “funcionamientos” que los hogares y familias pueden tener en distintos

situaciones caracterizadas por la “pobreza de recursos” a través de procesos de disminución o estrechamiento de las capacidades domésticas y familiares. Sostengo que el modelo de los recursos de la pobreza, o lo que hemos entendido como la forma en la que los grupos domésticos urbanos y los pobres de las ciudades latinoamericanas se han “adaptado” a la escasez económica y al deterioro de los mercados laborales, es insuficiente para entender los efectos que los cambios económicos y sociales más amplios han gestado en los espacios familiares y domésticos. Se ha dado un proceso de erosión del trabajo asalariado, entendido como uno de los principales recursos de los pobres urbanos, que ha tenido serias y profundas implicaciones en otras esferas de la vida de estas unidades sociales. Cuando las condiciones económicas y las oportunidades de los mercados de trabajo se deterioran al punto en el que las familias no tienen opciones para obtener los ingresos provenientes de la venta de su trabajo², los grupos domésticos urbanos enfrentan una situación de desventajas acumuladas que afectan otras dimensiones de su vida. Sin los ingresos provenientes del salario, la capacidad y posibilidad de que los hogares se “refugien” en actividades de autoabasto se ve también afectada, y la mayor pobreza en la que se ven sumidos tiene serias implicaciones en su capacidad de mantener relaciones de intercambio social (ver Moser 1996 para ideas similares sobre el deterioro del capital social).

Parto de la premisa de que la organización social de los grupos domésticos guarda estrecha relación con los sistemas de trabajo y las condiciones de los mercados laborales, además de que es muy sensible a las políticas macroeconómicas. Esta perspectiva, que puede denominarse la economía social y política de los grupos familiares y domésticos (Anderson, Bechhofer y Gershuny 1994), analiza una amplia gama de elementos concernientes a la organización social y económica de las familias sin perder de vista los cambios en el ciclo

momentos en el tiempo o en diversas situaciones sociales. Da lugar a la reflexión sobre combinaciones alternativas más o menos amplias (o abiertas) y más o menos oportunidades reales para actuar o para lograr ciertos resultados (Sen 1993).

2. La ausencia de opciones constituye una situación extrema que pocos grupos domésticos experimentan. Aquí se quiere resaltar el hecho de que el deterioro continuo de los mercados laborales lleva al estrechamiento de las oportunidades y opciones de los hogares y grupos domésticos.

doméstico y aquéllos que tienen que ver con el cambio –el tiempo-histórico social.

Discuto las implicaciones que el cambio en el empleo y las oportunidades laborales (que corresponden a distintas etapas del desarrollo económico en México y se han visto muy influidas por las políticas macroeconómicas) han tenido en la “capacidad” doméstica para generar ingresos. Es necesario analizar los efectos de los cambios macroeconómicos en la economía y organización social de los grupos domésticos, en especial el impacto de la exclusión laboral (empleo precario, desempleo³ y los muy bajos salarios de la mayoría de los trabajadores) en los patrones de división del trabajo, la modificación de las estrategias para generar ingresos y en las economías de los grupos domésticos urbanos. Planteo que las condiciones sociales y económicas actuales⁴ no propician el fortalecimiento de la organización social en que se ha sustentado la sobrevivencia de los hogares pobres. Por el contrario, estas condiciones actúan como fuerzas poderosas de la decreciente capacidad de los grupos domésticos de actuar y responder en la forma “tradicionalmente conocida” (envío de más miembros al mercado de trabajo para contrarrestar los bajos salarios, autoayuda y reciprocidad social, autoabasto, etcétera), es decir, la intensificación en el uso de la fuerza de trabajo familiar para asegurar la sobrevivencia y la reproducción. En este sentido, sostengo que el deterioro económico, la exclusión laboral y la creciente precariedad del empleo gestan un proceso de erosión de los sistemas sociales de apoyo y de intercambio social, no como resultado de la incapacidad inherente de los pobres para sobrevivir y para escapar de su pobreza, sino como fruto de la pobreza persistente y creciente causada por el deterioro sostenido de los mercados de trabajo. Moser (1996) plantea que las estrategias de los pobres urbanos, y su capacidad para hacer uso de sus

3. Los expertos en mercados de trabajo opinan que el desempleo no es un buen indicador de los cambios en los mercados laborales (Brígida García, comunicación personal). El desempleo es, sin embargo, un dato etnográfico, un fenómeno que la gente describe como un nuevo fenómeno en sus vidas, y un obstáculo para lograr mejores condiciones materiales de vida. Aquí es considerado como un indicador cualitativo desde la perspectiva de los informantes, de la creciente exclusión y precariedad de la que son objeto.
4. Particularmente relevante para mi argumento son las condiciones laborales que caracterizaron a México a mediados de la década pasada, cuando se llegó a niveles de desempleo nunca vistos en la historia reciente de nuestro país.

recursos, se ha vuelto, debido a crisis económicas recurrentes, insuficiente para contrarrestar la erosión de sus activos y recursos. Desde mi punto de vista, dicho deterioro empieza a abarcar tanto los capitales sociales de las familias pobres como su capacidad para participar en actividades “alternativas” y de autoabasto, en un perverso proceso de desventajas acumuladas.

LOS RECURSOS DE LA POBREZA⁵

Existen cuatro condiciones estructurales para el éxito de este modelo, entendido como un tipo de “capacidades” domésticas y familiares. Es necesario considerar que los bajos salarios son un obstáculo mayúsculo a la sobrevivencia cuando los grupos domésticos cuentan con un solo trabajador. De esta forma, los grupos domésticos han actuado como las unidades sociales a cargo de la reproducción y la sobrevivencia de sus miembros a través de la participación de más de uno de sus miembros en el mercado de trabajo. Las “estrategias de sobrevivencia” de las familias pobres urbanas, caracterizadas por la diversidad de fuentes de ingresos y por múltiples generadores (de ingresos) descansaron⁶ en las condiciones estructurales que describimos a continuación.

En primer lugar, sobresale la importancia de los ingresos vía salario. Éstos, obtenidos mediante la participación de los miembros de las familias en actividades del sector formal e informal, fueron un importante ingrediente de las economías domésticas. Aunque los hombres eran los principales generadores de ingresos a través de sus salarios, las mujeres también aportaban dinero y otro tipo de ingresos a la economía del hogar mediante sus ocupaciones remuneradas y no remuneradas. La participación de las mujeres en el mercado de trabajo era muy dependiente de la estructura del hogar y del momento de su ciclo doméstico. Los hogares extensos, con la presencia de varias mujeres

- 5.. La construcción de este modelo tuvo lugar al inicio de la década de los ochenta, antes de que la crisis económica de los años ochenta empezara a producir cambios importantes en la organización y la economía de los grupos domésticos urbanos. Para mayor detalle remito al lector a Chant 1991, García, Muñoz y Oliveira 1982, González de la Rocha 1994.
6. Estas ideas, desarrolladas a la luz de investigaciones desarrolladas por la autora en Guadalajara, México, antes de la crisis de los ochenta, fueron constatadas por los resultados de otras investigaciones en otras ciudades del país.

adultas, constituían escenarios propicios para la participación femenina en el mercado de trabajo, mucho más que los hogares nucleares (Chant 1991). La etapa del ciclo doméstico que se ha denominado “expansiva” estaba asociada a una mayor participación de las mujeres en actividades asalariadas, mientras que los hijos e hijas se volvían generadores imprescindibles en etapas posteriores. Un arreglo común entre los hogares jóvenes era el que seguía las pautas de una división tradicional del trabajo (hombres proveedores y mujeres dedicadas al ámbito de la reproducción). Sin embargo, las mujeres solían involucrarse en actividades asalariadas cuando la economía del hogar demandaba más ingresos o cuando el principal proveedor fallaba en su rol socialmente asignado (por enfermedad u otras causas). La mayoría de los grupos domésticos en etapas relativamente avanzadas del ciclo doméstico (cuando los hijos crecían y eran capaces de generar ingresos) tenían al menos dos trabajadores de tiempo completo. Era común encontrar amas de casa jóvenes que trabajaban por un salario durante periodos de tiempo que la familia consideraba “emergencias” (frecuentes y en ocasiones duraderas), pero otras mujeres, sobre todo en hogares extensos y añejos, trabajaban de manera más permanente y regular. Los salarios provenientes del mercado de trabajo eran un elemento crucial para las economías de las familias urbanas.

Además de nutrirse de los salarios, las economías domésticas tenían otras fuentes importantes de ingresos. Tal es el caso de la producción doméstica de artículos para la venta en el que las mujeres juegan un papel crucial. Mujeres que hornean, cosen, cocinan para vender sus productos son personajes comunes en los asentamientos urbanos populares. Aunque los hombres también suelen participar en la producción doméstica de bienes y servicios, lo hacen en áreas diferentes como la carpintería, la albañilería o la plomería.

La producción de bienes y servicios para el consumo ha sido una actividad casi invisible pero no por ello poco importante como fuente de ingresos de los grupos domésticos. Este trabajo ha sido (y continúa siendo) un espacio femenino en donde las mujeres dedican buena parte de su tiempo a actividades domésticas para la reproducción de sus familias (cocinar, lavar ropa, planchar, limpiar la casa, cuidado infan-

til, etcétera), pero también ayudan a sus hombres en la construcción de sus propias viviendas. Las responsabilidades femeninas constituyen, como sabemos, jornadas agotadoras y largas, especialmente cuando combinan las labores domésticas y reproductivas con el trabajo asalariado. Huelga señalar que el trabajo asalariado no ha liberado a las mujeres de las tareas domésticas.

Por último, el intercambio social es una fuente importante de recursos. Las redes y en general los sistemas de ayuda constituyen un recurso básico para las familias urbanas. Aunque la participación en estas redes incluye a hombres y mujeres, se han detectado interesantes “territorios sociales” de los que hombres y mujeres forman parte de acuerdo a sus principales actividades y las arenas sociales en donde pasan la mayor parte de su tiempo laboral y de su tiempo social. El intercambio social, o flujo de bienes y servicios dentro de una red de amigos, vecinos, compañeros de trabajo y parientes, ha sido un elemento de suma importancia para la vida y las economías de los grupos domésticos urbanos (Lomnitz 1977). La importancia de estas redes puede observarse tanto cuando el intercambio social y sus productos están presentes como cuando no existen. Se ha observado una estrecha vinculación entre el aislamiento social (o el debilitamiento de las redes de intercambio y de ayuda mutua) y niveles más profundos y devastadores de pobreza. Los más pobres entre los pobres son los miembros de grupos domésticos caracterizados por el aislamiento social (González de la Rocha 1994).

Todo esto significa que los grupos domésticos no eran homogéneos en términos ocupacionales. Era muy común encontrar casos de hogares con distintos tipos de trabajadores en su interior. Incluso un solo trabajador podía participar en distintos nichos ocupacionales del mercado de trabajo, no únicamente a lo largo de su trayectoria ocupacional sino en una sola jornada de trabajo. La heterogeneidad ocupacional fue concebida en mis estudios durante los ochenta como un mecanismo de adaptación y de sobrevivencia frente al desempleo temporal de alguno de los miembros del hogar.⁷ Los trabajadores “formales” coexistían con los

7. Tanto la heterogeneidad ocupacional como las altas tasas de movilidad laboral nos llevaron a plantear que la clase trabajadora de Guadalajara no estaba diferenciada socialmente, a pesar de las tendencias segmentadoras del mercado de trabajo. Los hogares reunían en su interior a una amplia gama de distintos trabajadores y la diferenciación social se evaporaba al nivel de los grupos domésticos.

vendedores callejeros, los artesanos, las empleadas domésticas y los autoempleados. Los grupos domésticos eran una especie de olla mezcladora, en donde la segmentación del mercado laboral desaparecía sin producir diferencias sociales en la clase trabajadora.

La participación en las estrategias domésticas familiares de sobrevivencia de miembros que no son considerados como proveedores principales –mujeres, niños y ancianos– es un elemento crucial para el éxito de la estrategia. La reproducción de estos trabajadores pobres era posible gracias a la combinación de las condiciones descritas, en donde la participación de estos “proveedores secundarios” jugaba un papel muy importante. Conviene destacar, sin embargo, que la participación de las mujeres en las actividades y estrategias de generación de ingresos se daba de manera paralela a la intervención, en ocasiones muy activa, de los hombres, y no había elementos para pensar en la “feminización” de las economías familiares como un fenómeno generalizado.⁸ Podría argumentarse que la combinación de distintas fuentes de ingresos y la coexistencia de diversos tipos de trabajadores dentro de los hogares familiares era el producto forzado de los bajos salarios y el resultado de la necesidad de incluir varios y distintos ingresos para lograr la sobrevivencia. Aun aceptando esta afirmación (producto forzado de la pobreza) era una situación posible que la mayor parte de los grupos domésticos lograba desarrollar. Antes de la crisis económica de los ochenta, e incluso durante los primeros años de esa crisis, la disponibilidad de empleos y las oportunidades alternativas laborales existían como opciones reales para los trabajadores (aunque, por supuesto, muy pobremente remuneradas). El modelo de sobrevivencia que denominé “los recursos de la pobreza” dependía de la existencia y disponibilidad de empleos en el mercado laboral y fue el resultado del vínculo relativamente “armonioso” entre el mercado de trabajo (con oportunidades abiertas pero de bajos salarios) y el funcionamiento –en términos de su organización social y económica– de los grupos domésticos.

8. Excepto en algunos casos de hogares de jefatura femenina.

LA TRANSICIÓN: REESTRUCTURACIÓN DE LOS GRUPOS DOMÉSTICOS

Los ochenta fueron años tormentosos para la economía y la sociedad mexicanas. Mientras que los salarios reales experimentaban caídas dramáticas, las devaluaciones de la moneda, el éxodo de los capitales y la austeridad fiscal conformaron un panorama muy inseguro y frágil. La crisis propició una serie de cambios en la estructura y organización de los grupos domésticos. Investigaciones realizadas durante los ochenta y principios de la década siguiente mostraron las formas en que los hogares experimentaron una “privatización de la crisis” (Benería 1992, González de la Rocha 1988, 1991). Las respuestas domésticas y familiares a esa crisis incluyeron, sobre todo, la *intensificación* de las estrategias previas de sobrevivencia. Las cuatro condiciones estructurales para el modelo de sobrevivencia, descritas arriba, continuaron presentes, aunque con más dificultades. La estrategia de intensificación implicó, sin embargo, la creciente y más permanente participación de las mujeres adultas en el trabajo asalariado, la entrada más temprana de los hijos varones en el mercado laboral y la dedicación más intensa de las hijas a las tareas domésticas. Dado que el empleo formal sufrió severas mermas en su capacidad de ofrecer oportunidades a los trabajadores, éstos no tuvieron más alternativa que las ocupaciones denominadas informales.⁹ En contraste con la situación previa, cuando el empleo informal coexistía con el formal, la informalidad proliferó en un contexto general de disminución del empleo formal.

Según varios estudios desarrollados durante aquellos años de crisis, las respuestas domésticas fueron relativamente exitosas. Los grupos domésticos mostraron su capacidad de defender sus ingresos totales de las dramáticas caídas que habían experimentado los salarios individuales.¹⁰ Para defender sus ingresos, los miembros de los grupos domésticos tuvieron que trabajar más e intensificar el uso de los

9. Entre 1980 y 1987 el empleo informal creció en un 80% en términos absolutos (CEPAL 1992a) y aumentó del 24% al 33% como proporción de la población económicamente activa (Escobar 1996, Roberts 1995).

10. Lo que no quiere decir que los individuos y las familias gozaran de bienestar.

recursos y activos que aún les quedaban (como el trabajo femenino y el de los niños y jóvenes). No me detendré en describir los detalles de estos cambios puesto que éstos han sido el centro de análisis previos (González de la Rocha 1988, 1991, 1994). Es suficiente mencionar cómo la crisis de los ochenta afectó las cuatro condiciones estructurales para el modelo de sobrevivencia previamente descrito, en los siguientes términos:

1.- La importancia de las mujeres como generadoras de ingresos monetarios aumentó, mientras que las contribuciones de los jefes de hogar a la economía doméstica disminuyeron en muchos casos.¹¹ Además de las mujeres adultas, los jóvenes varones también incrementaron su participación en el mercado laboral. El aumento del número de generadores de ingresos por hogar fue posible a través de la participación de los nuevos (y viejos) trabajadores en las actividades informales y el autoempleo, puesto que la entrada al empleo se hizo cada vez más difícil. Esto fue el producto de la urgente necesidad de subsanar o contrarrestar la capacidad masculina decreciente de fungir como proveedores. Este proceso de intensificación del uso de la mano de obra disponible fue claramente uno de los principales activos de los hogares para enfrentar la crisis

2.- Además de incrementar el número de trabajadores asalariados, los hogares urbanos ampliaron sus fuentes de ingresos para contrarrestar la "frágil" fuente de salarios. La estructura de ingresos de los hogares se transformó de tal manera que la proporción de los salarios en los ingresos totales familiares disminuyó, mientras que la proporción del ingreso proveniente del trabajo independiente (principalmente autoempleo y autoabasto) aumentó (CEPAL 1991). El autoempleo aumentó debido a que la atracción relativa del trabajo independiente creció a medida que los salarios formales caían. Aunque es difícil medir la cantidad de mujeres que trabajan en negocios familiares sin ningún tipo de remuneración, algunos cálculos han sugerido que entre las mujeres empleadas de Guadalajara, las trabajadoras no pagadas representaban sólo el 2.7% en 1978 en comparación con el 8% en 1987

11. Según la información de la CEPAL (1991) las contribuciones de los hombres jefes de hogar cayeron para representar no más del 60% de los ingresos de los hogares en la mayor parte de los países latinoamericanos durante los años ochenta.

(Escobar 1996). Los estudios de caso realizados en Guadalajara mostraron que los grupos domésticos incrementaron el trabajo dedicado a negocios o pequeñas actividades independientes.

3.- El trabajo doméstico en la esfera reproductiva se multiplicó ante la presencia de más miembros en los hogares (en procesos de extensión, con la finalidad de ahorrar en los gastos de vivienda) y ante el hecho de que se dejaron de consumir bienes y servicios previamente adquiridos en el mercado para ser sustituidos por bienes y servicios producidos en casa (reciclamiento de objetos, reparación de aparatos domésticos, reparación de ropa vieja, comer más en casa en vez de comer en restaurantes, etcétera). Hablar del aumento del trabajo doméstico es hablar del incremento de la carga de trabajo en manos femeninas, ya que las transformaciones en la organización de los grupos domésticos no incluyeron una redistribución de las tareas dentro del hogar.

4.- Aumentó también la importancia de formar parte de redes de intercambio social. La colaboración, la ayuda mutua, el intercambio de favores cotidianos que se expresan en el diario ir y venir de bienes y servicios entre parientes, vecinos y amigos, se convirtió en un ingrediente fundamental para la protección del bienestar. Las redes femeninas fueron un factor crucial de la vida cotidiana durante esos difíciles años ochenta. Estos intercambios cobraron aún más relevancia en un contexto en el que las mujeres necesitaban apoyo para el cuidado infantil, las tareas domésticas multiplicadas y para obtener información sobre posibles fuentes de ingresos (empleos, etcétera).

Todos estos elementos hablan de un proceso de intensificación en el uso de los recursos domésticos. El hogar, grupo doméstico, actuó como el colchón amortiguador que protegió el bienestar de sus miembros del fuerte impacto de la crisis económica¹². El trabajo disponible fue invertido en esta estrategia de intensificación, y los hogares usaron más, *pero también gastaron más*, sus activos y recursos. Estos procesos configuraron un rápido deterioro de las condiciones de vida

12. Para dar una idea de esta capacidad "protectora", puedo mencionar que el ingreso total de los hogares en Guadalajara cayó un 11% (real) mientras que los salarios individuales disminuyeron un 35% de 1982 a 1985. Información de otros países muestra la misma tendencia: en Venezuela, el ingreso total doméstico cayó 22% comparado con el 34% de los ingresos individuales; en Costa Rica, el primero disminuyó 14% y los segundos 22% (CEPAL, 1991: 23). A pesar de estos esfuerzos, el consumo sufrió fuertes mermas durante el periodo en cuestión.

de la mayoría de los habitantes y los grupos domésticos, y los miembros de estos hogares pagaron un precio muy alto por sus intentos de proteger sus ingresos domésticos. La gente tuvo que trabajar más por salarios más bajos y en peores condiciones. Los grupos domésticos tuvieron que depender más de las actividades informales, ya que las formales se habían vuelto escasas y excepcionales. La heterogeneidad ocupacional que había caracterizado a los hogares en los años previos a la crisis dio lugar a arreglos domésticos mucho más homogéneos, en donde prevalecía el empleo informal y precario de sus miembros.

LA POBREZA DE RECURSOS DE LOS AÑOS NOVENTA

Aunque el término *exclusión* es ambiguo, lo uso para referirme a la situación creada por la economía política de nuestro país –especialmente desde 1994– para muchos de los trabajadores y buscadores de empleo (sobre todo jóvenes que quieren entrar al mercado de trabajo) para quienes es cada vez más difícil encontrar oportunidades para invertir su fuerza de trabajo. La promoción de las exportaciones ha ido de la mano, en México, de la reestructuración de los procesos laborales y del mercado de trabajo (Escobar 1996). Además, ha estado acompañada por cambios en las estructuras domésticas y en los sistemas familiares de reproducción. La consolidación de las políticas económicas orientadas a las exportaciones y la reestructuración económica han creado nichos ocupacionales “selectos”, y un inmenso grupo de individuos que no pueden entrar en la dinámica de este sistema laboral. Creciente pobreza, nuevas formas de exclusión y la emergencia de una *nueva marginalidad* (Escobar 1994) fueron los principales ingredientes de la vida social en Guadalajara, México, durante la segunda mitad de los años noventa. Según Figueroa, Altamirano y Sulmont (1996), la exclusión económica es definida en función de la organización económica dominante que previene la participación de algunos grupos o individuos en relaciones, actividades, y en el acceso a los recursos que son importantes y deseables. La exclusión se refiere a aquellos individuos que no tienen los medios, las habilidades, credenciales, edad y sexo apropiados para entrar a los sistemas productivos y laborales. Esto se traduce en

creciente desempleo, decreciente participación masculina en las estructuras de empleo, y en el aumento de la precariedad en los empleos disponibles (donde la mayoría de las mujeres trabajan) y va de la mano con la feminización de la fuerza de trabajo. Estos procesos son parte de la dinámica de la nueva tendencia de expansión del capital: el crecimiento económico dirigido, restringido, limitado y excluyente (Fontes 1997). Presentaré brevemente las cuatro condiciones estructurales para el desarrollo de las estrategias de sobrevivencia bajo esta nueva tendencia de exclusión laboral.

En primer lugar, la ausencia de empleo imprime su marca como un elemento disruptor en las economías domésticas y en las formas de organización social de los hogares. Dado que el trabajo es el recurso más importante (y el único que tienen en abundancia) de los grupos domésticos de escasos recursos (Moser 1996, González de la Rocha 1994), la exclusión produce efectos drásticos en la capacidad de los pobres de sobrevivir y reproducirse. El desempleo masculino es un fenómeno presente en muchos hogares de hoy en día. Estudios de caso realizados a finales de los años noventa en Guadalajara muestran los problemas que los grupos domésticos enfrentan durante largos periodos de desempleo. Más trabajo femenino, por salarios proporcionalmente cada vez más bajos, parece ser la situación predominante para muchos hogares de la Guadalajara actual. Estar desempleado significa, en primer lugar, perder un salario (asociado a un empleo relativamente permanente). El desempleo acarrea, por otra parte, experiencias con implicaciones económicas negativas para la vida de la persona desempleada y su familia. Pero el desempleo se traduce asimismo en la pérdida de una serie de experiencias y lazos sociales que son clave para el bienestar de los individuos: identidad social, actividad física, contacto social, sentido colectivo, estructura del tiempo y estatus social (Jahoda, citada por Gershuny and Miles 1985). El desempleo, que afecta principalmente a los jóvenes varones, tiene un fuerte impacto en la capacidad de los grupos domésticos de sumar ingresos a sus muy deteriorados presupuestos, nutridos por los ingresos de los padres, a través de la participación de esos miembros jóvenes en el mercado de trabajo. Los miembros jóvenes, como expliqué anteriormente, han sido importantes generadores de ingresos durante la etapa del ciclo doméstico cuando los

padres (jefes del hogar) enfrentan la disminución de sus ingresos. La llamada etapa de “consolidación” del ciclo doméstico, cuando los hijos son capaces de participar en el mundo del trabajo, es una etapa en la que los grupos domésticos gozan de ingresos más elevados. Este era el periodo de tiempo, en las historias familiares, cuando los hijos más jóvenes podían beneficiarse de las contribuciones económicas de sus hermanos y se les permitía (e incluso estimulaba) continuar sus estudios a niveles imposibles de alcanzar en otras circunstancias. Una de las nuevas respuestas a la ausencia de oportunidades de empleo observada en los niveles individual y familiar es la creciente emigración de jóvenes urbanos, tanto hombres como mujeres, a los Estados Unidos. Las dificultades de obtener un empleo (y permanecer en él) en las ciudades mexicanas, junto con los bajos salarios, están detrás de las decisiones de muchos jóvenes mexicanos de emigrar y formar parte de comunidades transnacionales de trabajadores. La migración internacional fue, durante mucho tiempo en México, un fenómeno de las áreas rurales empobrecidas. Actualmente, son cada vez más los habitantes urbanos que se unen a los flujos migratorios hacia el país del norte.

Las actividades ilegales, por otra parte, tales como el robo, el tráfico de drogas (a escala pequeña), forman parte de las pocas alternativas que los jóvenes urbanos tienen para obtener ingresos. Una mujer recientemente afirmó durante una entrevista: “ven de noche al barrio para que veas qué tipo de trabajos es el que los jóvenes tienen”, haciendo referencia a la ilegalidad de las actividades desarrolladas por muchos habitantes jóvenes del Cerro del Cuatro en Guadalajara. “Ellos no tienen opción. Cuando encuentran algo más es muy lejos de la ciudad, y lo que ganan se les va en pagar camiones y un *taco* al medio día”.

El deterioro del empleo, y en casos graves su ausencia, ha erosionado otras fuentes de ingresos de los hogares. Es necesario aclarar que el empleo precario estaba presente en la situación previa (cuando el modelo de “los recursos de la pobreza” fue construido), pero coexistía con el empleo formal y las fuentes “autónomas” de ingresos. En el escenario social de los años noventa, especialmente alrededor de 1995 y 1996, prevalecía una situación que incluía la combinación de la ausencia de empleos (lo que la gente experimenta como desempleo, o

como “no encontrar trabajo”) y de empleo precario para la mayoría de los trabajadores, mientras que el empleo permanente se convirtió en un privilegio raro y difícil de conseguir, y solamente disponible para un número reducido de trabajadores. Un nuevo tipo de segmentación emergió, no sobre las líneas de lo formal y lo informal, sino entre un grupo privilegiado de trabajadores y una vasta mayoría de personas que luchaban por sobrevivir con muy escasos recursos y con una gran dificultad de vender su fuerza de trabajo. La producción en pequeño y el pequeño comercio son actividades que requieren recursos de inversión, concretamente dinero en efectivo que pueda convertirse en el medio para la compra de materiales, el pago de transporte y otras actividades que el autoempleo requiere en sus procesos.

La exclusión laboral disminuye la capacidad de los individuos y las familias de participar en procesos de autoabasto, autoempleo y producción doméstica en pequeño. Los estudios de caso que fueron parte de mi investigación en Guadalajara, durante 1995 y 1996, muestran que los individuos sin ingresos regulares (permanentes, que tienen cierta regularidad) obtenidos en el mercado de trabajo, enfrentan enormes dificultades para llevar a cabo actividades de autoabasto. Esto significa que en situaciones de pobreza extrema, incrementada durante los periodos de desempleo, simplemente no hay dinero para invertir en actividades de autoabasto. Estas actividades requieren de un mínimo de dinero en efectivo (que normalmente se obtiene vía salarios de algún miembro de la familia) para destinar a la compra de materiales y el pago del transporte urbano. Esto, sin duda, cuestiona la naturaleza “autónoma” de las actividades “por cuenta propia” (entre las que se encuentra el autoabasto, el autoempleo, etcétera) y nos lleva a formular una hipótesis diferente: las actividades “por cuenta propia” y la producción casera de bienes y servicios para el consumo familiar son dependientes de la existencia de ingresos regulares que, en el caso de las sociedades urbanas mexicanas, tiene su origen en el salario que se obtiene en los mercados laborales. En los contextos en donde existe este salario regular (al menos uno dentro del grupo doméstico), los individuos y las familias tienen un margen más amplio para destinar tiempo y otros recursos (incluyendo dinero) a las actividades por

cuenta propia y a la producción casera de bienes y servicios. En contextos en donde, por el contrario, los salarios son esporádicos, eventuales o de plano inexistentes, las opciones para dedicarse a esta clase de actividades se reducen significativamente. La exclusión laboral parece llevar a otro tipo de exclusiones, en un proceso de disminución de las opciones.

Los hogares, los grupos doméstico/familiares, requieren de ingresos seguros y regulares para obtener recursos que provienen de otras fuentes. Aun los ingresos que provienen de las redes de intercambio social dependen, en cierta medida, de ingresos regulares vía salario. Las redes sociales son el producto de la participación de los actores quienes entablan los lazos, los mantienen en funcionamiento o bien los abandonan. Las redes sociales son construcciones que requieren, como es el caso de las actividades de autoabasto, de recursos. Participar en una red específica de intercambio social tiene “costos”. La reciprocidad, que normalmente está en la base de estos intercambios, demanda un flujo continuo de bienes y servicios. Muchas mujeres y hombres entrevistados han dado testimonio del proceso de aislamiento social relacionado con su falta de recursos económicos. Este proceso se ha documentado en estudios recientes realizados en América Latina (Kaztman 1999) y en otros países del mundo (González de la Rocha 2000).

CONCLUSIONES

El punto más importante que se ha planteado aquí es el de la relevancia del salario para la subsistencia y reproducción de los trabajadores y sus familias. Aunque con un alto grado de dificultades, el modelo de “los recursos de la pobreza” operó –y puede volver a operar si las condiciones laborales se transforman– en tanto que existían oportunidades para el trabajo, bien fueran actividades asalariadas u ocupaciones de autoempleo. El trabajo ha estado asociado con bajos salarios, pero los grupos domésticos podían enviar a sus miembros al mercado de trabajo y el envío de varios miembros al mismo compensaba los bajos salarios que individualmente se obtenían. Una buena parte del ingreso doméstico/familiar tenía otras fuentes, distintas a las del salario (intercambio social,

producción casera de bienes y servicios, etcétera), pero los grupos domésticos dependían de la disponibilidad de empleos para obtener los ingresos monetarios (salarios) necesarios para alimentar otras actividades familiares (y lograr así obtener ingresos de otras fuentes). Estas otras fuentes de ingresos –no asalariadas– parecen depender de la capacidad de los grupos domésticos de generar los ingresos monetarios y, en este sentido, los salarios juegan un papel crucial en la capacidad doméstica de producir otros ingresos para la economía familiar. Los hogares más “acomodados” eran aquellos que lograban desarrollar una estrategia múltiple de generación de ingresos en distintas ocupaciones y actividades, en donde el papel de los hijos, las hijas y las mujeres madres era muy importante. Tanto la diversidad de fuentes de ingresos como la participación, muchas veces crucial, de los proveedores “secundarios” (sobre todo hijos) han sufrido menoscabo. La migración a los Estados Unidos ha dejado a muchas familias sin la ayuda de los hijos, lo mismo que el desempleo que afecta particularmente a los jóvenes. Los recursos de la pobreza han sido, tradicionalmente, los brazos y las manos laboriosos de los trabajadores, es decir, su capacidad de usar el único recurso abundante que poseen: su fuerza de trabajo. La exclusión laboral ha abatido la capacidad de los hombres adultos de actuar como proveedores y ha mantenido a los jóvenes sin oportunidades de empleo, lo que los empuja a buscar mejores opciones en mercados transnacionales de trabajo. Al parecer, la fuerza de trabajo femenina es uno de los pocos recursos que les han quedado a los grupos domésticos. El decreciente papel masculino de proveedores económicos se ha dado en un contexto en el que las mujeres incrementan su trabajo asalariado para la obtención de salarios que son cruciales para las economías domésticas pero sumamente bajos (Safa 1995). El nuevo papel de las mujeres como proveedoras o co-proveedoras imprescindibles, y no como generadoras de ingresos “adicionales” o “secundarios” no es un detalle insignificante en la vida social de nuestros países. Las mujeres, tanto jóvenes como viejas, casadas, solteras o divorciadas, con o sin escolaridad formal, están ahora entre el grupo de los principales proveedores de sus economías hogareñas en el México actual. La capacidad de los individuos de participar en la producción en pequeño, la producción casera de bienes y servicios para

el consumo familiar y en el intercambio social que va y viene entre distintos grupos domésticos a través de la ayuda mutua, no son recursos infinitos, ni eternos. No podemos darlos por un hecho, sin cuestionar los límites que obstaculizan su desarrollo. Todos ellos requieren de recursos (tiempo, trabajo y dinero) y no simplemente “surgen” como la tabla de salvación de los pobres. La capacidad de sobrevivencia y reproducción de los pobres no es inagotable. Esto puede parecer un planteamiento simple pero es importante: la gente requiere de empleos, decentemente remunerados, para lograr su subsistencia y reproducción. Las otras fuentes de ingresos pueden complementar pero no sustituir el salario en el contexto de nuestras sociedades. La flexibilidad de los grupos domésticos, su capacidad de readaptación a nuevas condiciones económicas a través de su uso creativo y flexible de recursos escasos no es un proceso infinito. El destacar la existencia –y utilidad analítica– de las estrategias de sobrevivencia al punto de no ver los límites de dichas estrategias es, me parece, no sólo erróneo sino sumamente peligroso. El énfasis en la “multiplicidad” de las fuentes de ingresos que formó parte del argumento de “los recursos de la pobreza”, así como las interpretaciones de las respuestas familiares ante las crisis económicas, ayudaron a construir la idea de que los pobres sobreviven aun en contextos de ausencia de opciones de empleo. Esta idea es errónea. Nuestros análisis pasados no enfatizaron con suficiente fuerza la importancia real de los salarios que provienen del mercado laboral como un motor de otras actividades y, en ese sentido, como el motor de la reproducción. Tampoco fuimos capaces de predecir la erosión de esas otras fuentes de ingresos cuando los salarios están ausentes de la escena. Mi argumento es que la exclusión laboral lleva a una situación en la que otras opciones de ingresos también se reducen y que el apoyo mutuo que es posible encontrar en redes de intercambio social se deteriora y, en ocasiones extremas, desaparece. La reciprocidad y la ayuda mutua no son “naturales” ni inherentes a la vida social. Son extremadamente sensibles a los cambios económicos, de tal forma que cuando la gente empobrece no cuenta con los recursos para intercambiar. El resultado es la separación de las redes y el aislamiento social que acompaña a la exclusión laboral (González de la Rocha 1998, 2000, Moser 1996).

Sabemos que los grupos domésticos son dinámicos y diversos, que evolucionan y cambian como respuesta a fuerzas externas y como producto de su dinámica interna. Existen evidencias de este proceso de cambio y algunos indicadores de lo que se puede llamar “la crisis de la familia nuclear”, como un modelo familiar. En la amplia gama de diversidad, algunos grupos domésticos están mejor equipados para enfrentar los cambios económicos, como lo han mostrado diversos estudios en el caso de los grupos domésticos extensos y consolidados (en etapas del ciclo doméstico en donde hay un mayor equilibrio entre consumidores y generadores de ingresos). Los factores más importantes de esta mayor capacidad doméstica se refieren a la existencia de trabajadores disponibles. Sin embargo, la exclusión laboral borra las ventajas comparativas de estos hogares puesto que enfrentan dificultades para situar a sus trabajadores en el empleo.

La heterogeneidad ocupacional que formó parte del modelo de los recursos de la pobreza nos llevó a argumentar que la clase trabajadora era socialmente homogénea, y que los hogares actuaban como “ollas mezcladoras” de las diferencias encontradas en el mercado de trabajo. Era sumamente difícil clasificar a un hogar como perteneciente a categorías ocupacionales distintas, puesto que los hogares combinaban muy distintos tipos de trabajadores, quienes compartían la misma vivienda, los mismos arreglos sociales y la misma olla. La homogeneidad de la clase trabajadora era el producto de la relación entre una estructura productiva y un mercado de trabajo que ofrecía diferentes opciones, y la organización doméstica familiar que estaba basada en la inserción múltiple de sus miembros en dicha estructura. La última mitad de los años noventa, marcada por la escasez del empleo, fue el escenario temporal de un proceso de deterioro real del ingreso y de las fuentes de ingresos. Se creó una enorme distancia entre un pequeño grupo privilegiado de trabajadores y familias con acceso al empleo permanente y las grandes mayorías excluidas de dichos nichos ocupacionales. Nuevos rasgos de segmentación parecen emerger y, ahora, los grupos domésticos parecen ser menos capaces de contrarrestar dicha segmentación. La “olla mezcladora” no tiene ahora tantos ingredientes para el potaje.

La pobreza de recursos es un modelo construido, y por fortuna existen excepciones. Sin embargo, los elementos de lo que he llamado la erosión de los mecanismos de sobrevivencia, los límites de las estrategias de reproducción, están presentes. Si el empleo continúa en el camino de la exclusión de las grandes mayorías, menos excepciones habrá y más generalizables serán las ideas que aquí se han expuesto, llevando a una crisis de reproducción social de las mayorías excluidas y que el modelo de desarrollo económico ha clasificado como “desechables”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Michael, Frank Bechhofer and Jonathan Gershuny (1994) “Introduction”, en Michael Anderson, Frank Bechhofer and Jonathan Gershuny (eds.) *The Social and Political Economy of the Household*, Nueva York: Oxford University Press, pp.1-16.
- Benería, Lourdes (1992) “The Mexican debt crisis: restructuring the economy and the household”, en Lourdes Benería and Shelley Feldman (eds.) *Unequal Burden. Economic crises, persistent poverty, and women's work*, Boulder, Colorado: Westview Press, Inc.
- CEPAL (1991) *La equidad en el panorama social de América Latina durante los años ochenta*, LC/G.1686.
- CEPAL (1992) *El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90*, LCL.716 (Conf.82/6).
- Chant, Sylvia (1991) *Women and Survival in Mexican Cities: perspectives on gender, labour markets and low income households*, Manchester: Manchester University Press.
- Escobar Latapí, Agustín (1996) “The Mexican Labor Market, 1976-1995”, mimeo.
- Escobar Latapí, Agustín (1994) “De la informalidad al vacío? Notas sobre el desuso de un concepto”, *Antropológicas*, 9, UNAM, enero.
- Figuroa, Adolfo, Teófilo Altamirano and Denis Sulmont (1996) *Social exclusion and inequality in Peru*, Ginebra: International Labour Organization.
- Fontes, Virginia (1997) “Capitalismo, Excluidos e Inclusão Forçada”, *Tempo* (Universidade Federal Fluminense, Departamento de História), Vol. 2 (3): 34-58.
- Gershuny, Jonathan and I.D. Miles (1985) “Towards a new social economics”, en Bryan Roberts, Ruth Finnegan and Duncan Gallie (eds.) *New Approaches to Economic Life. Economic Restructuring, Unemployment and the Social Division of Labour*, Manchester: Manchester University Press.
- González de la Rocha, Mercedes (2000) *Private Adjustments: household responses to the erosion of work*, United Nations Development Programme.

- González de la Rocha, Mercedes (1998) "Exclusión laboral: dilemas vitales y retos analíticos. Algunas reflexiones sobre el impacto del desempleo en la vida doméstica", en *A ocupacao na América Latina: tempos mais duros*, Nadya A. Castro and Claudio S. Dedecca, Sao Paulo-Rio de Janeiro: ALAST.
- González de la Rocha, Mercedes (1994a) *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Oxford: Blackwell.
- González de la Rocha, Mercedes (1991) "Family, well-being, food consumption, and survival strategies during Mexico's economic crisis", en Mercedes González de la Rocha and Agustín Escobar (eds.) *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*, La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- González de la Rocha, Mercedes (1988) "Economic Crisis, Domestic Reorganisation and Women's Work in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, 7 (2): 207-23.
- Lomnitz, Larissa (1977) *Networks and Marginality. Life in a Mexican Shantytown*, Nueva York: Academic Press.
- Moser, Caroline (1996) *Confronting Crisis. A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities*, Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series Núm. 8, Washington D.C.: The World Bank.
- Roberts R., Bryan (1995) *The Making of Citizens. Cities of Peasants Revisited*, Londres: Arnold.
- Safa, Helen I. (1995) *The Mith of the Male Breadwinner. Women and Industrialization in the Caribbean*, Boulder, Colorado: Westview Press.
- Safa, Helen I. (1998) "Export Manufacturing, Sustainable Development and the Feminization of Labor in the Dominican Republic", mimeo.
- Sen, Amartya (1993) "Capability and Well-Being", en Martha Nussbaum and Amartya Sen (eds.) *The Quality of Life*, Nueva York: Clarendon Press/Oxford University Press.

Ser historiador en Jalisco

*Ricardo Ávila
Ma. Teresa Ruiz
Bogar Escobar*

RESUMEN

A partir del análisis de una serie de trabajos historiográficos que sobre Jalisco y el oeste mexicano se han escrito en las últimas décadas, se elabora una reflexión en la cual se busca aportar elementos de discusión que permitan examinar de manera crítica las condiciones actuales en que se escribe y se retransmite la enseñanza de la historia regional¹.

PUNTO DE PARTIDA

Un año determinante en la historia reciente de México fue 1968. En aquel verano nació, creció y fue reprimido con lujo de brutalidad el movimiento estudiantil, que, a la postre, cimbraría la conciencia nacional y cambiaría definitivamente el rumbo del país. Aquel año también sería significativo para los historiadores nacionales, aunque ello

1. Una revisión similar a la que sigue, pero referida específicamente al ámbito de la historiografía rural, fue hecha por Patricia Arias y Rodolfo Fernández, bajo el título "Historia rural del occidente de Nueva España: un revisión", en *Estudios del Hombre*, núm. 10, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1999, pp. 17-35.

no se hiciera evidente sino tiempo después, cuando el evento que lo marcaría –la publicación de *Pueblo en vilo*, del historiador michoacano Luis González– aún no había cobrado las proporciones que luego tuvo. En efecto, ese breve pero sugerente ensayo de microhistoria, significó un parteaguas en el modo de forjar la historia nacional, especialmente la correspondiente al interior del país, a las regiones, a tierra adentro, a la provincia. A partir de entonces, sin abandonar la perspectiva historiográfica nacional, se produjo una verdadera explosión de historias regionales, provinciales y aun comarcales, que mostraron a propios y extraños la riqueza y variedad de la historia de México.

El rumbo señalado por el ensayo seminal de Luis González ha influido sobre buena parte del desarrollo de la historiografía de provincia, hecho que con el tiempo ha sido notorio y reconocido a lo largo y ancho de la nación, aunque tal vez haya marcado más a los historiadores del occidente mexicano, pues el tipo de trama que narra el historiador michoacano no sólo se refiere a las tradiciones y pautas culturales propias de esa macro-región, que se conoce genéricamente como occidente de México, sino que muchas de ellas aún son parte de la vida cotidiana regional, sobre todo en sus zonas rurales.

Tomando como punto de partida 1968 y como término el año 2000 –contando esta historia del pasado al presente, como hacen la mayoría de los practicantes del oficio–, este trabajo pretende mostrar, en forma panorámica, algunos de los planteamientos de estudio e investigación más relevantes que se encuentran en ciertos trabajos de algunos historiadores –locales o no– que han abordado temas jaliscienses o regionales, los cuales se tornaron en publicaciones relativamente bien conocidas, al menos en el ámbito académico. Se trata de cuarenta y tres trabajos correspondientes a treinta y seis autores, algunos de los cuales fungieron también como coordinadores de obras colectivas o más amplias. Dos criterios determinaron nuestra selección: el primero fue el año de su publicación;² mientras que el segundo se sustentó en la influencia lograda por esos mismos textos en los medios académi-

2. Aunque no incluimos textos en ciertos años del periodo escogido, ello no quiere decir, necesariamente, que no existan; simplemente no nos pareció significativo integrarlos en nuestra selección.

cos regionales, hecho mensurable de varias maneras, entre otras, por el número de veces que dichos trabajos fueron citados en obras concommitantes.³

De tal *corpus* bibliográfico hemos identificado una serie de características que serán abordadas en forma somera en las páginas que siguen. Entre ellas cabe mencionar la predilección de los temas, algunas orientaciones historiográficas, ciertas metodologías y modelos conceptuales adoptados, filiaciones académicas, así como la influencia que algunos de esos autores han logrado, tanto en la elaboración de trabajos similares a los propios, como en la formación de nuevos practicantes del oficio cuya patrona, se dice, es Clío. Se entiende, por supuesto, que las consideraciones que presentamos enseguida no sólo son parte de nuestra percepción sobre el quehacer de los historiadores que han abordado temas del occidente mexicano, sino que ella es, apenas, una visión muy general que tendría que profundizarse en el futuro, para, entre otras cosas, realizar una lectura autocrítica de la manera de enseñar y practicar la historia en esta parte del orbe.

LA LLAMADA MICROHISTORIA

La idea que motivó a Luis González a escribir su microhistoria de San José de Gracia⁴ es que, además de la oficiosa u oficialista historia nacional –pletórica de héroes y villanos, fechas importantes, acontecimientos memorables pero, sobre todo, llena de significativos contrastes maniqueos–, hay otro cúmulo de historias locales, propias de cada lugar, pueblo, comarca, ciudad o aun estado federativo, todo lo cual ha sido genéricamente llamado “patria chica”, donde suceden los eventos que se convierten en referencia de sus propios habitantes, y que tienen, en última instancia, mucho más significado para ellos que los de rango nacional. Sin alejarse del canon de la historiografía, Gon-

3. Los autores de las cuarenta y tres obras que conforman el *corpus* de nuestro ensayo se sustentaron, en parte, en los datos, información y reflexiones contenidas en cuarenta y cinco textos de historia, cuyos autores van de J. Amaya Topete, a Eric van Young, pasando por L. de Arregui, A. Mota y Escobar, Luis Pérez Verdía, Carl Sauer, Peter Gerhard, C. Gibson, Francois Chevalier y Thomas Calvo.
4. Luis González, *Pueblo en vilo*, México: El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos, 1968 (Nueva serie, 1).

zález basó su estudio en fuentes documentales diversas, pero, además, practicó la etnografía, entrevistando a las personas de mayor edad de su pueblo y realizando con ellos, y varios más, algún tipo de observación participante.

Abandonar como punto privilegiado la observación historiográfica nacional para trasladarla a la local, fue la gran innovación del historiador michoacano. Así, logró situar su argumento en la interfaz formada por las perspectivas local y nacional, evidenciando, a la vez, lo endeble y convencional de los enfoques historiográficos, pues mostró que desde la perspectiva de San José de Gracia, los eventos históricos importantes no fueron los nacionales –éstos no lograron rebasar su carácter de telón de fondo– sino los locales. Además, con un recuento historiográfico desenfadado e intenso, de lectura fluida, sobrepuesto al regodeo de no pocos de los trabajos historiográficos de índole comarcal, González logró un fresco de época pero a escala microhistórica.

Pueblo en vilo ha inspirado a numerosos autores; de esos trabajos hay uno que nos interesa destacar por la relativa vecindad de los objetos de estudio, es decir, San José de Gracia, en Michoacán, y Concepción de Buenos Aires, en Jalisco (ambos pueblos dentro del perímetro geográfico de nuestro interés y en los límites de esa área peculiar que el propio González ha llamado “Jalmich”; además, es interesante por la similitud metodológica en la construcción de sus argumentos historiográficos: se trata de *Los vecinos de la sierra*, de Patricia Arias.⁵ Esta autora, antropóloga de formación, aprovechó el trabajo sistemático de terreno que realizaba desde hacía tiempo en la Sierra del Tigre, así como el interés de los vecinos del antiguo Pueblo Nuevo, quienes, seguramente inspirados por la historia escrita sobre San José de Gracia, le pidieron que les ayudara a “reconstruir” la suya, la propia. Como González, Arias sustentó su trabajo en diversos documentos primigenios conservados en los archivos eclesiásticos y municipales, en entrevistas que le aportaron valiosa información, así como en datos surgidos, sin duda, de su observación participante. El producto de esa combinación resultó ser un ameno recuento de las distintas etapas de

5. Patricia Arias, *Los vecinos de la sierra. Microhistoria de Pueblo Nuevo*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara / CEMCA, 1996.

la historia del lugar, desde su fundación, entreveradas con hechos políticos relevantes, aspectos de la vida cotidiana, y con varios de los distintivos culturales del lugar.

Congruente con su objetivo, Arias elaboró un trabajo que ha contribuido, sin duda, a la conservación de la memoria histórica de los habitantes de Concepción de Buenos Aires, y a una comprensión más profunda de su presente, lo cual podría ser útil para mejor elaborar su futuro. Además, una ventaja probable de *Los vecinos de la sierra sobre Pueblo en vilo*, es que en el primero hay más matices de corte etnográfico, cultural, que pueden ayudar, también, a cimentar mejor la identidad de los vecinos de ese villorrio serrano.

Un tercer texto en esta línea de trabajo historiográfico es el de Guillermo García Oropeza, *Jalisco: una invitación a su microhistoria*. En éste, con grandes pero certeras pinceladas, el autor presenta su visión, alternando características generales y particulares de sus pobladores, desde el tiempo prehispánico hasta el siglo XX. En siete breves pero sustanciosos capítulos, Oropeza mantiene esa invitación señalando temas relevantes en el estudio e investigación de las microhistorias propias del estado de Jalisco, con la finalidad de elaborar su “Historia Matria” que dé cabal respuesta a dos preguntas... “¿Qué es y cómo es Jalisco?”⁶, cuestiones que implican un titánico y arduo, pero interesante trabajo.

LA REGIÓN Y EL ÁMBITO RURAL

En 1973, cinco años después de la publicación de *Pueblo en Vilo*, aparecieron dos libros de bolsillo de la colección Sep-Setentas, que se convirtieron en trabajos seminales para el desarrollo de los estudios e indagaciones historiográficos y de ciencias sociales, en general, referidos a Guadalajara y la región en la que se encuentra. El primero fue el de Hélène Rivière d’Arc, *Guadalajara y su región*,⁷ mientras que el segundo fue llamado *Regiones y ciudades en América Latina*,⁸ que es

6. Guillermo García Oropeza, *Jalisco: una invitación a su microhistoria*, Guadalajara: Banca Promex, 1990, p. 24.
7. Hélène. Rivière d’Arc, *Guadalajara y su región*, México, SEP, 1973 (Col. Sep-Setentas, 106).
8. Jean Pierre Berthe et al., *Regiones y ciudades en América Latina*, México, SEP, 1973, (Col. Sep-Setentas, 111).

la compilación de diez trabajos cuyos autores, desde enfoques predominantemente geográficos e históricos, pusieron a examen diversos aspectos de algunas ciudades y regiones del subcontinente.

El primer libro centró su atención en la ciudad de Guadalajara, en su medio físico, en las características de su desarrollo histórico, así como en su presente (finales de los años sesenta), en tanto que gran ciudad de la provincia mexicana con influencias sobre un vasto territorio en torno a ella. Su autora advirtió, desde entonces, los desequilibrios que en ella se generaban debido a su crecimiento desorbitado, y planteó algunas alternativas para contrarrestar los efectos negativos derivados de la megacefalia. Del segundo libro destacó, para los interesados en las cuestiones regionales e históricas del occidente mexicano, un ensayo de Jean-Pierre Berthe titulado “Introducción a la historia de Guadalajara y su región”.⁹ En él, el historiador francés realizó un examen panorámico –lo cual no le quitó rigor y sugerencia– del derrotero de esa ciudad, entre los siglos XVI y XIX. Así, cada cual a su manera, supo integrar en forma adecuada las perspectivas geográfica e histórica en sus exámenes, ofreciendo una visión más dinámica y compleja de dos ámbitos estrechamente ligados, el urbano y el regional, lo cual no tenía antecedentes en la comarca.

En 1976 apareció un ensayo, ya clásico, de José María Muriá, *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco*,¹⁰ cuyo principal objetivo, siguiendo una idea original de Edmundo O’Gorman, fue rastrear las sucesivas delimitaciones espaciales de lo que a la postre resultó ser el territorio jalisciense. Ese texto ayudó a comprender el marco geográfico donde tuvieron lugar los eventos históricos de Jalisco, en un parámetro cronológico que el autor delimitó entre los tiempos prehispánicos y la mitad del siglo XIX.

También en 1976 y luego, en 1977, se editaron en español un par de estudios eruditos y muy interesantes sobre dos fenómenos históricos de gran relevancia y concomitantes: el primero abordó el tema de la explotación de la plata en Zacatecas, y el segundo la guerra chichi-

9. Jean-Pierre Berthe, “Introducción a la historia de Guadalajara y su región”, *Ibid.*, pp. 130-147.

10. J. M. Muriá, *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco*, México, SEP / INAH, 1976 (Col. Científica Historia, 34).

meca. El libro de Peter Bakewell,¹¹ aunque no trató directamente un tema propio de lo que más tarde sería considerada la macrorregión llamada occidente de México, cuyo centro sería Jalisco y su núcleo la misma Guadalajara, sí ilustró la importancia que la minería le otorgó a Zacatecas y la autonomía que ésta tuvo respecto de aquélla, lo que delineó, de hecho, una región histórica diferente, bien descrita por el autor, que no dejó de tener interrelaciones sociales con la capital neogallega. Por su parte, Phillip W. Powell¹² contribuyó con su trabajo al conocimiento y mejor delimitación del área que comprendía el reino de la Nueva Galicia, desde mediados del siglo XVI, y cómo esa guerra favoreció también la articulación regional misma. Al introducir y discutir la noción de frontera, especialmente referida a ese vasto territorio que se desplegaba al norte, Powell logró insertar una pieza importantísima para la comprensión del mapa geohistórico del occidente de México, especialmente con relación a ese ámbito casi ilimitado que durante mucho tiempo fue llamado la Gran Chichimeca.

Tres años después, en 1980, aparecieron un par de artículos que a la postre también se convirtieron en piedras de toque de numerosos estudios de índole historiográfica y sociológica. El primero de ellos del antropólogo Guillermo de la Peña,¹³ y el segundo del historiador Eric van Young.¹⁴ En un ensayo colindante entre la historiografía y la antropología política, De la Peña realizó una revisión historiográfica sumarásima de lo ocurrido en el ámbito agrario y agrícola de la zona geográfica conocida como Sur de Jalisco, mostrando los nexos irreductibles entre poder y mercado en ese ámbito regional concreto. Con ese trabajo, su autor contribuyó a cambiar la perspectiva historiográfica de Jalisco, pues replanteó la discusión sobre la región, pero ahora con un matiz más riguroso, que, además, aproximaba la historia a las disciplinas sociales. Por su parte, el historiador norteamericano, mostrando con su ensayo un conocimiento profundo del tema y gracias al

11. Peter Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)* México: FCE, 1976.

12. Phillip W. Powell, *La guerra chichimeca (1550-1600)* México: FCE, 1977.

13. Guillermo de la Peña "Evolución agrícola y poder regional en Jalisco", *Revista Jalisco*, núm. 1, abril-junio, 1980, pp. 38-55.

14. Eric van Young, "Hinterland y mercado urbano: El caso de Guadalajara y su región", *Revista Jalisco*, núm. 2, junio-septiembre, 1980, pp. 73-95.

uso del concepto alemán *hinterland*,¹⁵ señaló la importancia que tuvo Guadalajara desde el siglo XVIII como articulador regional de su área de influencia inmediata, que acrecentó paulatinamente.

En 1983 apareció un estudio de Linda Greenow,¹⁶ que reveló la importancia del crédito en el desarrollo y preponderancia económica de la capital de la Nueva Galicia durante el siglo XVIII, así como el papel jugado por individuos y grupos de interés en su consolidación y hegemonía, en tanto que epicentro del vasto territorio bajo su control.

En 1986, Mario Aldana dio a conocer un pequeño pero panorámico ensayo sobre la situación del campo jalisciense durante el porfiriato.¹⁷ En él, desde una perspectiva materialista, explicó las causas de la crisis agraria local, la cual se fundiría, según este autor, con el torrente revolucionario del resto del país.

Un año después apareció un estudio firmado por Andrés Fábregas, sobre una región específica del Jalisco actual, Los Altos, que, como se sabe, es una zona con características muy propias y con raíces tan profundas que se entierran hasta los primeros años de la conquista y colonización del área, en el siglo XVI.¹⁸ Retrazando su historia peculiar, su autor mostró cómo se había constituido esa región específica, en lo geográfico y en lo cultural, cómo había logrado su relativa autonomía, tanto de Guadalajara como de Zacatecas durante todo el periodo colonial, y cómo el entramado de su propiedad territorial, los ranchos, no pudo soportar, para mantener la relativa autonomía de sus pobladores, las sucesivas crisis políticas y económicas nacionales que se prolongaron, *grosso modo*, de la guerra de Independencia hasta 1940, al concluir la guerra cristera. Este trabajo de Fábregas, hoy ya clásico, aportó una pieza más, muy importante, para continuar con el armado

15. La traducción literal al castellano de ese término sería "tierra adentro"; sin embargo, en el contexto pertinente, se podría traducir como "área de influencia directa", que ofrece una idea más precisa del concepto.

16. Linda Greenow, *Credit and Socioeconomic Change in Colonial Mexico, Loans and Mortgages in Guadalajara, 1720-1820*. Boulder: Westview Press, 1983 (Dellplain Latin American Studies, 12). Aun sin haber sido traducido al castellano, el trabajo de Greenow no deja de ser relevante para comprender el papel fundamental del crédito en la expansión y consolidación económica de la Guadalajara colonial, como centro indiscutible del occidente mexicano.

17. Mario Aldana Rendón, *El campo jalisciense durante el porfiriato*. Guadalajara: IES / UdeG, 1986.

18. Andrés Fábregas, *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, México: CIESAS, Ediciones de la Casa Chata, 1986.

del intrincado rompecabezas histórico y regional de Jalisco y del occidente mexicano.

1989 fue un año rico en publicaciones sobre temas regionales propios del occidente de México. En primer lugar apareció la traducción de la tesis doctoral de Eric van Young, un riguroso y consistente trabajo,¹⁹ cuyo planteamiento resumido había aparecido en un artículo, arriba citado, casi una década antes. Con su libro Van Young demostró que el desarrollo histórico de Guadalajara no es comprensible sin su área de influencia, la cual ésta integró e hizo más extensa en la medida en que su crecimiento demográfico y actividad económica, especialmente comercial, florecieron. Además, con su trabajo, el autor patentó que, en general, cuando se reflexiona sobre lo que significa la región se piensa en un espacio físico, *a priori*, mientras que él muestra que toda región es una hipótesis a desentrañar.²⁰

Luego fue publicado el acucioso trabajo del historiógrafo Heriberto Moreno, sobre las haciendas de la zona de la Ciénega.²¹ Explotando con oficio el filón encontrado, Moreno no sólo desentrañó las particularidades del fenómeno rural llamado hacienda, objeto de su examen, sino que amplió su análisis para explicar el papel que jugaron las grandes propiedades rurales de esa zona en la articulación regional misma.

El tercer libro fue la tesis doctoral de Águeda Jiménez Pelayo.²² Aunque el objeto de estudio de ese trabajo no se sitúa en el área de Guadalajara, sí lo hace en la vecina Zacatecas, en su porción sur. De esa zona su autora examinó el modelo de hacienda propio y lo comparó con los de otras partes de México, entre ellas, precisamente, la situada al sur de la barranca de Huentitán, con lo que fue ampliado el espectro comparativo del dilatado oeste mexicano.

Dos años después se editó en México un trabajo de primerísimo nivel, que ya se ha convertido en clásico de la historiografía de Guadalajara. Se trata de *Guadalajara ganadera*, de Ramón María

19. Eric van Young, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, México: FCE/ Economía Latinoamericana, 1989.

20. *Ibid.*, pp. 17-20.

21. Heriberto Moreno, *Haciendas de tierra y agua en la antigua ciénega de Chapala*, Zamora: El Colegio de Michoacán, 1989.

22. Águeda Jiménez Pelayo, *Haciendas y comunidades indígenas en el sur de Zacatecas*, México: INAH, 1989, (Col. Científica).

Serrera.²³ Gracias a un estudio sistemático y crítico de numerosas fuentes documentales, a partir de las cuales logró establecer series estadísticas muy completas y confiables, Serrera logró elaborar un cuadro muy claro de la Guadalajara de la segunda mitad del siglo XVIII. En él se destaca la región que logra articular la ya importante aglomeración tapatía, gracias a su ascendiente administrativo, judicial, fiscal, militar y eclesiástico. En medio de ello se percibe un elemento de primer orden: una clase ganadera sólida, pudiente, impulsora de un pujante desarrollo económico, la cual se emparentó con los más importantes grupos de interés local; y se distinguen, también, las características del universo cultural del hombre a caballo, manejando ganado, con sus peculiaridades, las cuales luego se tornarían en distintivos identitarios de la región.

También de 1991 es el trabajo de José Antonio Gutiérrez, *Los Altos de Jalisco*,²⁴ por medio del cual hace un recuento panorámico de esa región tan peculiar, desde la época prehispánica hasta los años de la guerra de Independencia. Este autor, en franca referencia al libro de Fábregas, aparecido un lustro antes que el suyo, lamenta que sobre Los Altos se hayan hecho, más bien, estudios con fuerte inclinación socio-antropológica y no histórica; sin embargo, cuando habla de tradición –concepto caro para historiadores y antropólogos– no define lo que entiende por tradiciones del área de estudio.

Al año siguiente apareció otro gran trabajo, *Guadalajara y su región en el siglo XVII*, de Thomas Calvo,²⁵ historiador francés que realizó una amplia y profunda investigación sobre el fenómeno histórico llamado Guadalajara, y su inevitable influencia regional. En realidad ese libro es el complemento de otro que apareció meses antes, en 1991, pero que, por razones de exposición será mencionado en el apartado que sigue. En *Guadalajara y su región en el siglo XVII*, su autor maneja todas las posibilidades para ofrecer la mejor idea de ese fenómeno urbano y regional, a la vez. Trata el escenario físico, la

23. Ramón María Serrera, *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano (1760- 1805)* Guadalajara, 1991 [1977] Ayuntamiento de Guadalajara (Guadalajara 450 años).

24. José Antonio Gutiérrez, *Los Altos de Jalisco: panorama histórico de una región y de su sociedad hasta 1821*, México: Conaculta, 1991.

25. Thomas Calvo, *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*, Guadalajara: CEMCA / Ayuntamiento de Guadalajara, 1992.

importancia demográfica del sexo masculino, los decesos cotidianos y pandémicos, la conformación de las familias y sus mentalidades, el papel de la gran aglomeración como imán y expulsor de individuos, la movilidad de la población en el espacio, el rol de las campiñas, los círculos de crecimiento poblacional, el papel de Guadalajara como centro de consumo y redistribución agrícola, el mercado monetario, el comercio como elemento federador, las estructuras agropecuarias, la educación, etcétera. Sólo así es perceptible la complejidad de aquel conglomerado humano, y se comprende cómo integró paulatinamente y en diversos grados su entorno regional, que a veces se dilató tanto que llegó hasta las costas del Pacífico norte. Así, Calvo revela ese complejo ámbito decimonónico –abordando todos los temas que le permiten las fuentes y practicando una historiografía total, propia de la escuela francesa de historia–, el cual dista mucho de las anteriores visiones del universo tapatío del siglo XVII, expuestas por otros historiógrafos.

Siempre dentro de la temática regional, vale la pena mencionar en este apartado el libro de José F. Román,²⁶ quien mediante un enfoque de tipo geohistórico presenta una perspectiva regional diferente de nuestra área de interés, pero complementaria de las anteriores; es decir, la de la evolución de las divisiones territoriales que estableció el clero en su afán evangelizador. Este autor argumenta que el gran territorio de la Nueva Galicia quedó constituido, al culminar el siglo XVI, en tres regiones geográficas bien definidas: el noroeste, el centro-sur y el norte, cuyos factores propios definieron la velocidad de los poblamientos, las posibilidades de gobierno, así como la instauración de la iglesia y de las órdenes religiosas. Para ello, Román maneja el concepto de frontera en varios sentidos: el de las condiciones sociales; el de las condiciones físicas y naturales; y el que establecen los hombres por medio de sus instituciones.

En 1994 y en 1999, respectivamente, aparecieron dos libros firmados por Rodolfo Fernández, *Latifundios y grupos dominantes en la historia de la Provincia de Ávalos*, y *Mucha tierra y pocos dueños*:

26. José Francisco Román, *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco / INAH / Universidad Autónoma de Zacatecas, 1993.

estancias, haciendas y latifundios avaleños.²⁷ Por medio de esos trabajos, Fernández ofrece, primero, una descripción muy detallada del sur de Jalisco durante la época colonial –es decir, del territorio que era llamado, justamente, Provincia de Ávalos en el siglo XVI–; y segundo, un modelo conceptual que explica la complejidad de esa realidad. Mediante un examen sistemático y crítico de la literatura historiográfica pertinente, a la luz de un arsenal teórico propio de disciplinas sociales vecinas de la historia, este autor logró elaborar un muy completo cuadro que da cuenta del proceso regional en cuestión. Ahí, la apropiación territorial y la actividad ganadera, fundamentalmente, constituyeron el eje de la articulación regional. Empero, ese proceso no se comprendería, muestra Fernández, sin el papel esencial de los actores sociales, quienes aparecen comprando y vendiendo propiedades, constituyendo grupos de interés, estableciendo alianzas y lazos de parentesco o expandiendo su actividad al comercio local y foráneo.

Para cerrar este apartado sobre los estudios regionales realizados en Jalisco, merece la pena mencionar un libro diferente a los anteriores, pero no por ello menos pertinente e interesante: nos referimos a *El pasado de tres pueblos: Tamazula, Tuxpan y Zapotlán*, de Otto Schöndube.²⁸ Se trata de un trabajo de tipo arqueológico y etnohistórico, bien construido, que ofrece un horizonte muy completo de una zona bien delimitada del sur de Jalisco durante el pasado prehispánico, que se inscribe en la tradición teórica de las áreas culturales. Observando los factores geográficos, así como las características de la organización social plasmadas en los restos materiales, y sometiéndolas a una sistemática comparación con las correspondientes de la superárea cultural llamada Mesoamérica, este autor no sólo demuestra la pertenencia –fluctuante y no siempre clara– del sur de Jalisco a Mesoamérica, sino que, además, logra interesantes aportaciones para la comprensión del pasado remoto del sur de Jalisco, que se suman a otros estudios igualmente importantes que poco a poco revelan la historia del oeste mexicano.

27. Rodolfo Fernández, *Latifundios y grupos dominantes en la provincia de Ávalos*, Guadalajara, INAH / Ágata, 1994. De él mismo: *Mucha tierra y pocos dueños: estancias, haciendas y latifundios avaleños*, México: INAH, 1999.

28. Otto Schöndube, *El pasado de tres pueblos: Tamazula, Tuxpan y Zapotlán*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994.

LA CIUDAD Y LO URBANO

La riqueza analítica de los trabajos de Hélène Rivière d'Arc y Jean-Pierre Berthe sobre Guadalajara y su región, antes citados y realizados desde la geografía histórica –disciplina casi olvidada en México, lamentablemente–, se convirtieron también en textos de lectura obligada, al funcionar como punto de partida de varios estudiosos interesados en reflexionar y comprender la ciudad y el fenómeno urbano, en particular el de la gran ciudad. Fue Berthe el primero que hizo un recuento a vuela pluma pero sugerente de la Guadalajara decimonónica, mencionando algunas de sus características demográficas, comparándola con otras ciudades de la Hispanoamérica colonial, y haciendo notar algunas de sus peculiaridades, como la de su temprano sentimiento autonomista.²⁹ Por su parte, Rivière d'Arc fue la primera que hizo, pese a las carencias documentales y a la dificultad de analizar el vasto objeto de estudio planteado, como ella misma lo reconoce, una descripción detallada del espacio físico donde se encuentra Guadalajara, incluyendo sus aspectos económicos, demográficos, sociales y administrativos. Gracias a ello, pudo explicar cómo la gran ciudad supo beneficiarse de su extraordinario marco natural, aunque ya entonces experimentaba las ventajas, desventajas y paradojas de su posición hegemónica en la vasta región del occidente mexicano.³⁰

Luego de los trabajos de los investigadores franceses, apareció un estudio de la población de Guadalajara al momento de la consumación de la Independencia, bajo la firma de Rodney D. Anderson.³¹ Con la minuciosidad que le permitieron las fuentes documentales existentes, de las cuales sólo se apoyó en una muestra correspondiente al 10% de ellas, este autor elaboró el primer cuadro social de la Guadalajara de los primeros años del siglo XIX. En él aparece la estructura espacial de la orgullosa ciudad, dividida en distritos, cuarteles y barrios. Se encuentra, también, la distribución de sus construcciones civiles, religiosas y militares. Se exhibe su crecimiento demográfico, la

29. J-P. Berthe, *op. cit.*, pp. 130 ss.

30. H. Rivière d'Arc, *op. cit.*, pp. 5, 11-27, 28-200, 201-228.

31. Rodney Anderson, *Guadalajara a la consumación de la independencia: estudio de su población según los padrones de 1821-1822*, Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno del Estado, 1983.

organización familiar, la actividad económica, el estado civil de sus habitantes, su diversidad étnica y su división social, todo lo cual revela una dinámica compleja, donde se perciben mejor los patrones culturales de una sociedad sumamente estratificada, que a su vez delimitaba y polarizaba la economía. Así, el trabajo de Anderson se ha convertido en sitio de paso obligado para quienes estudian ese complejo y rico fenómeno histórico.

Siempre sobre el tema tapatío, en 1986 apareció un pequeño trabajo de Celia Gallo, cuyo mayor mérito fue reseñar la vida de Guadalajara durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, señalando algunos de los contrastes sociales que se dieron en ese periodo.³²

Los interesados en el pasado de Guadalajara hubieron de esperar cuatro años para acceder a una parte de la tesis doctoral de Thomas Calvo, leída en la Universidad de París en 1987;³³ la otra parte, ya mencionada en el apartado anterior, apareció al año siguiente, en 1992, con el mismo sello editorial. La publicación de esa investigación historiográfica sobre la Perla de Occidente, muestra, desde una perspectiva diferente pero complementaria a la de Van Young, la importancia de Guadalajara como la ciudad del occidente mexicano y por ende su capacidad articuladora regional. Desplegando un esfuerzo poco común entre los practicantes del oficio de historiar, este autor intentó, y lo logró muy bien, hacer una *historia total* sobre su objeto de estudio, que constantemente comparó con otros similares, sobre todo europeos. Su trabajo, lejos de ser un árido recuento de eventos de la Guadalajara del siglo XVII, muestra una serie de facetas de la capital neogallega hasta entonces ignoradas. Por ejemplo, examina la composición y dinamismo de la Audiencia como eje de la consolidación del ámbito tapatío; luego desentraña la función del poder local; más adelante aborda el papel esencial de la Iglesia y de la religiosidad; luego trata las concepciones de lo sagrado y lo profano de los prototapatíos, por medio del examen de los ciclos de la vida y de la muerte; más allá, analiza la estructura social (castas, clases, elites y grupos popula-

32. Celia Guadalupe Gallo Pérez, *Una visión de la Guadalajara de fines del siglo XIX y principios del actual*, Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1986.

33. Thomas Calvo, *Poder, religión y sociedad en Guadalajara del siglo XVII*, México: CEMCA / Ayuntamiento de Guadalajara, 1991.

res) así como diversos aspectos de la cultura material e intangible. Calvo nos revela una Guadalajara hasta entonces desconocida, que durante el siglo XVII nada tuvo de “inmóvil”, como años antes se había señalado,³⁴ sino que, más bien, se trataba de una sociedad en extremo dinámica, una sociedad que sienta las bases de lo que será la gran capital del oeste mexicano siglos después. Y, si bien es cierto que una de sus caras da la impresión de que ella es una torre de marfil, otra presenta a la ciudad de frontera que es Guadalajara, *a fortiori*, mesoamericana y norteamericana a la vez; ella es, desde entonces y al mismo tiempo, un fenómeno español y norteamericano, y es también, más mestizo que indígena o criollo.

En 1992, también apareció otro trabajo interesante que aunque no tuvo como objeto de estudio central a la ciudad como tal, trató un tema estrechamente ligado con ella, el de su servicio sanitario. En *El Hospital Real de San Miguel de Belén*,³⁵ Lilia Oliver desembrolla un tema poco socorrido por los historiógrafos locales pero de gran interés, pues el estudio de los servicios hospitalarios, en este caso los del multicentenario Hospital de Belén, permite observar otra cara, muy importante, de la vida de Guadalajara, es decir, la de las necesidades de salud del cuerpo, y aun del alma, de sus habitantes, como lo plantea la misma autora. Ese trabajo da cuenta de numerosas fases de la vida cotidiana de Guadalajara: como su actividad económica, su vida pública, los parámetros éticos de la sociedad y algunas de sus formas culturales. Además, ese estudio también permitió a sus lectores echar un vistazo a la demografía local, conocer cuáles fueron las principales enfermedades que azotaron a la población, su mortandad, así como la vida intramuros de esa institución pública; también la participación de la Iglesia y los intrínquilis que de tiempo a otro surgían para mantener el control del hospital, que era, igualmente, una manera de ejercer control social.

En 1992 Eduardo López Moreno, arquitecto de formación, ofreció a los lectores un estudio a caballo entre el análisis urbano y la historio-

34. Véase “El siglo de la ‘inmovilidad’ ”, en *Historia de Jalisco*, Guadalajara: Gobierno del estado de Jalisco, 1980, tomo I, pp. 477-509.

35. Lilia V. Oliver Sánchez, *El Hospital Real de San Miguel de Belén 1581-1802*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1992.

grafía citadina. El producto, un cuaderno constituido por doce capítulos, tres anexos, bibliografía y una relación de planos, dio cuenta de la evolución morfológico-espacial de la traza de Guadalajara desde su fundación.³⁶ En particular, ese trabajo hizo hincapié en el papel jugado por la cuadrícula (trama ortogonal) como modelo ordenador del espacio en el crecimiento de la ciudad. Pero la mayor aportación de ese trabajo consistió en que permite apreciar la evolución morfológica espacial –por medio de planos y diseños volumétricos de diversas partes de la ciudad a lo largo de su historia–, conjuntamente con aspectos de índole económica, política y cultural. Es decir, ese autor muestra que el desarrollo de la ciudad influyó sobre esos aspectos, pero éstos, a su vez, influyeron en la propia modelación de la ciudad.

Tres años después de la publicación del trabajo de López Moreno, apareció un libro titulado *El crecimiento urbano de Guadalajara*.³⁷ Escrito por tres plumas y bajo la premisa de que el espacio fue el factor que estructuró la sociedad tapatía, los autores de los tres ensayos que conforman ese libro, no respondieron en forma compleja a su premisa, como sí lo hizo a su manera López Moreno. En todo caso, esa compilación, que trató de abarcar el desenvolvimiento urbano de Guadalajara durante casi medio milenio, complementó, de alguna manera, el estudio de aquí; sin embargo, esa complementación quedó reducida a un recuento lineal de hechos que en poco superó el nivel de la factualidad. Sólo el tercer ensayo, el de Beatriz Núñez, planteó la problemática a tratar, y estableció la estrategia para lograrlo.

EL ÁMBITO SOCIAL (LO POLÍTICO Y LO ECONÓMICO)³⁸

Si el estudio de la historia de los personajes públicos y de las instituciones ha sido atributo de los historiadores tradicionales, el análisis de

36. Eduardo López Moreno, *La cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana, Guadalajara, México. Estudio de la evolución morfológica de la traza a partir de la ciudad fundacional*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1992.

37. Águeda Jiménez, Jaime Olveda, Beatriz Núñez, *El crecimiento urbano de Guadalajara*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco / Ayuntamiento de Guadalajara / CONACYT, 1995.

38. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México: Juan Pablos Editor, 1975, pp. 113-117. Para el teórico italiano, lo social es la conjunción de lo económico y lo político, en estricto sentido. Aquí seguimos su idea.

las relaciones de poder y su comprensión dentro del conjunto de la dinámica social, se ha convertido en prerrogativa de sociólogos y antropólogos. De la misma manera, en el examen profundo de las relaciones materiales, los preeminentes son los economistas, ya que, en general, los historiadores de raíz costumbrista sólo describen las formas de la economía, y más si ellas son antiguas. En el caso de los historiadores de Jalisco esta fórmula no hace excepción: el *corpus* bibliográfico que seleccionamos para elaborar este texto así lo muestra.

El primer trabajo de tipo político dentro del grupo que consideramos fue uno que apareció en 1974, con el título de *El nacimiento de Jalisco y la gestación del federalismo mexicano*, de David Piñera.³⁹ En él, su autor hace un examen histórico formal de las instituciones públicas más representativas que ha habido en México, con especial referencia a las propias de la Nueva Galicia, desde el periodo colonial temprano hasta la adopción del federalismo como forma de gobierno, durante las primeras décadas del siglo XIX. El autor se planteó responder la siguiente pregunta: ¿por qué el federalismo es la forma de gobierno que ha adoptado México, y en particular Jalisco? Pero la pregunta no fue planteada con toda objetividad, porque en el fondo de ella residía la idea de la añeja disputa, de orden político e ideológico, entre la ciudad de México, como centro, y Jalisco –o más bien Guadalajara– como periferia. Como fuere, ahí queda la reflexión de ese autor.

En 1978 apareció el primer estudio histórico-económico de las últimas tres décadas consideradas en este ensayo. Se trata del *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940*,⁴⁰ de Mario Aldana. Su autor presenta una descripción panorámica de la situación de Jalisco durante los años pertinentes, tomando en cuenta los recursos naturales y humanos del estado, y examinando la agricultura, la industria, el comercio, los transportes y las comunicaciones. En este sentido, la masa de datos acumulada en ese trabajo no deja de ser interesante por sí misma y oportuna para ulteriores estudios. Sin embargo, el lector se queda con la gana de saber más sobre la complejidad de las relaciones que de hecho se es-

39. David Piñera Ramírez, *El nacimiento de Jalisco y gestación del federalismo mexicano*, Guadalajara: Poderes de Jalisco, 1974.

40. Mario Aldana, *El desarrollo económico de Jalisco 1821-1940*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara (Instituto de Estudios Sociales) 1979, segunda edición.

tablecieron entre los diversos sectores económicos; o bien, qué cambios de fondo se precipitaron en esos mismos sectores debido a la revolución de 1910.

Tres años después, en 1981, fue publicada una pequeña y sucinta descripción de la transición del Partido Nacional Revolucionario al Partido Revolucionario Institucional.⁴¹ La mitad del texto, cuarenta páginas, fue ocupada por las consideraciones de los autores; en la otra mitad aparecen una serie de apéndices. Como sea, ese cuaderno anunciaba la próxima aparición de numerosos ensayos de corte político y mayor envergadura sobre el periodo en cuestión.

Entre 1981 y 1982 apareció la *Historia de Jalisco*.⁴² Esa obra fue el resultado de un gran esfuerzo colectivo, por medio del cual se trató de ofrecer al lector un panorama, lo más completo posible, de la historia del estado. Empero, la obra no logró el equilibrio⁴³ deseable y, además, tuvo una circulación restringida. Como quiera que fuese, a lo largo de los cuatro tomos que constituyen esa visión de la historia de Jalisco, se encuentran una serie de capítulos que tratan aspectos económicos y políticos, lamentablemente no integrados, correspondientes a diversos periodos históricos, cuya utilidad, hoy, es la consulta de datos, fechas o hechos que generalmente tienden a escapar de la memoria.

El sistema fiscal de Jalisco (1821-1888) de Jaime Olveda,⁴⁴ aparecido en 1983, es un texto raro, en el sentido de que su autor trató un tema que en general los historiadores no frecuentan, el fiscal, y en este caso específico, la formación del sistema fiscal jalisciense durante casi un siglo que se caracterizó por su inestabilidad casi endémica. El valor de ese trabajo es éste, precisamente: mostrar la importancia y recovecos en la formación de un sistema fiscal, tan esencial para el funcionamiento de cualquier sociedad.

41. Jaime E. Tamayo y Mario Aldana Rendón, *Del PNR al PRI en Jalisco*, Guadalajara: EDUG / Universidad de Guadalajara, 1981.

42. José María Muriá (coord.) *Historia de Jalisco*, Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 4 tomos. T. I (1980): *Desde los tiempos prehistóricos hasta fines del siglo XVII*; t. II (1981): *De finales del siglo XVII a la caída del federalismo*; t. III (1981): *De la primera república centralista a la consolidación del porfiriato*; t. IV (1982): *Desde la consolidación del porfiriato hasta mediados del siglo XX*.

43. Con *equilibrio* queremos señalar que, en lo posible, todo texto de historia, sin importar extensión y características, debe tener un mínimo de armonía, profundidad, vinculación, etcétera.

44. Jaime Olveda, *El sistema fiscal de Jalisco (1821-1888)* Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno del Estado, 1983.

Ya mencionamos en el apartado *La ciudad y lo urbano*, que en 1986 Celia Gallo hizo publicar un libro que trataba el periodo de fines del siglo XIX en Guadalajara,⁴⁵ es decir, el porfiriato. Aquí lo citamos nuevamente porque buena parte de sus argumentos son de orden político. En efecto, la autora aborda la disputa entre liberales y conservadores, sus consecuencias en el orden político, así como el descontento que diversos grupos sociales expresaron en la medida en que el sistema fue creando mayores espacios de exclusión.

Entre 1987 y 1988 se publicó otra obra con pretensiones totalizadoras, similar a la *Historia de Jalisco*, nos referimos a *Jalisco desde la Revolución*, que coordinó Mario Aldana.⁴⁶ Aprovechando la celebración de los 75 años de iniciada la Revolución Mexicana y las aspiraciones ilustradas de ciertos políticos encumbrados, su coordinador trató de lograr un recuento panorámico de lo sucedido en el estado a lo largo de dicho periodo. Sin embargo, el resultado fue similar al de los cuatro tomos de la *Historia de Jalisco*, es decir, no alcanzó el equilibrio deseable, y los diversos ensayos pudieron haber obtenido mejores logros; y como sucede en general con las obras que se pretenden magnas, terminó siendo un mero sitio de consulta. En este sentido, el interés de mencionar esa colección aquí, reside en señalar que varios de sus catorce tomos tratan temas de orden político y económico del periodo en cuestión.

Es también oportuno mencionar en este apartado el libro de Rafael Diego, *La primigenia Audiencia de la Nueva Galicia, 1548-1572*,⁴⁷ porque además del esfuerzo realizado en términos del trabajo paleogeográfico, su estudio introductorio muestra, aunque de manera harto ge-

45. C. Gallo Pérez, *op. cit.*

46. Mario Aldana Rendón, (coord.) *Jalisco desde la revolución*, Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1988, 14 tomos. T I: *Del reyismo al nuevo orden constitucional, 1910-1917*; t. II: *La conformación del Estado moderno y los conflictos políticos, 1917-1929*; t. III: *La consolidación del Estado y los conflictos políticos*; t. IV: *Los movimientos sociales, 1917-1929*; t. V: *Movimientos sociales, 1929-1940*; t. VI: *La Iglesia y el Gobierno Civil*; t. VII: *La escuela de la revolución*; t. VIII: *Literatura y prensa, 1910-1940*; t. IX: *Historia política, 1940-1975*; t. X: *Arquitectura y desarrollo urbano*; t. XI (I): *La expansión educativa, 1940-1985. Educación primaria, secundaria y media superior*; t. XI (II): *La expansión educativa, 1940-1985. La universidad de Guadalajara y la educación superior*; t. XII: *Narrativa literaria y pintura, 1940-1980*; t. XIII: *Crecimiento industrial y manufacturero, 1940-1980*; t. XIV: *El comercio y su conformación, 1940-1987*.

47. Rafael Diego Fernández Sotelo, *La primigenia Audiencia de la Nueva Galicia. 1548-1572*, Zamora: El Colegio de Michoacán / Cámara Nacional de Comercio / Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibi, 1994.

neral, una fase política que, si bien lejana, no deja de ser interesante e importante, es decir, los intrínquilos que hubieron de ocurrir para constituir el primigenio poder político de la naciente Nueva Galicia.

Por último, vale la pena presentar el trabajo de Antonio Ibarra, de reciente factura, *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara, 1770-1804*, cuyo autor lo concibió como modelo cuantitativo para el estudio de la organización económica colonial a escala regional. En dicho modelo se inscribe la descripción detallada de la economía de la época, realizada por el intendente José Fernando Abascal y Souza en sus *Relaciones* sobre Guadalajara, entre 1802 y 1803. Además, el texto, constituido por seis capítulos, maneja dos vertientes analíticas: el modelo histórico de desarrollo regional y el modelo econométrico del mercado regional.⁴⁸

BIOGRAFÍA Y ELITES

Salvo algunos opúsculos dispersos aquí y allá, que más bien parecen panegíricos exaltados de supuestas cualidades de los pretendidos hombres ilustres que retratan los discursos que contienen, el género biográfico prácticamente no ha prosperado entre los historiadores de temas jaliscienses. La notoria excepción de la regla la constituye *Gordiano Guzmán*, aparecido en 1980.⁴⁹ En ese texto, su autor no sólo rescata del olvido algunos rasgos distintivos de la personalidad del famoso cacique sureño, sino que describe las circunstancias de su vida, realizando un fresco de época bastante completo, correspondiente a las primeras décadas de la vida pública mexicana del siglo XIX.

El primer libro de historia que aborda la formación de las elites en Jalisco es *La educación en Guadalajara durante la Colonia, 1552-1821*, de Carmen Castañeda, aparecido en 1984.⁵⁰ En ese trabajo, que fue en realidad su tesis doctoral, la autora realizó una revisión muy completa de lo que fue la educación en la Guadalajara colonial, así como algunas

48. Antonio Ibarra, *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara, 1770-1804*, México: BUAP / UNAM, 2000.

49. Jaime Olveda, *Gordiano Guzmán: un cacique del siglo XIX*, México: SEP / INAH, 1980.

50. Carmen Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia 1552-1821*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco / El Colegio de México, 1984.

otras actividades concomitantes que ella consideró de índole cultural. Ese libro resultó muy interesante porque ofreció una idea de las escuelas tapatías del periodo (de primeras letras, colegios, seminarios y la universidad misma), describiendo su organización y analizando al mismo tiempo sus propósitos, gobierno, programas y métodos.

El segundo libro que aborda asimismo el tema de las elites, fue editado por la misma Carmen Castañeda, bajo el título de *Elite, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglos XVIII y XIX*.⁵¹ Con un trabajo de ella misma, dos de Rodney D. Anderson, uno de Dawn F. Deaton, y un comentario de Cynthia Radding, esa compilación –cuya riqueza residió, precisamente, en el examen a varias voces del tema en cuestión–, mostró diversas facetas de la estratificación social, de los roles de los grupos sociales, de la percepción de esos mismos grupos por la sociedad de entonces, de su papel en la actividad política –como las funciones de las elites y las formas de protesta social rural– y económica; todo ello durante el siglo XIX, y especialmente en la coyuntura de la guerra de Independencia. Por otra parte, la descripción de los objetos de estudio –elites sociales y grupos subalternos– delimitado con rigor por cada autor, ofrece un panorama bastante completo de la sociedad tapatía y jalisciense de la época, de las características de los grupos que la componían a partir de su ubicación en la escala social, así como de sus formas de contestación.

En 1991 Jaime Olveda hizo publicar otro trabajo que llamó *La oligarquía de Guadalajara*.⁵² Como lo sugiere su nombre, en ese libro su autor se propuso mostrar cómo se formó ese grupo dominante de Guadalajara, sobre todo desde el punto de vista económico, prácticamente desde el inicio de la colonización de lo que más tarde sería la Nueva Galicia –con las prebendas materiales otorgadas por la corona española a conquistadores y colonizadores de la primera hora–, hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque Olveda en su recuento sólo habla de oligarquía, es evidente que ella o cualquier otro que haya ejercido hegemonía sobre el conjunto de la sociedad

51. Carmen Castañeda (ed.) *Elites, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglos XVIII y XIX*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco / Gobierno de Jalisco / Departamento de Educación Pública, 1988.

52. Jaime Olveda, *La oligarquía en Guadalajara*, México: CONACULTA, 1991.

neogallega, jalisciense o tapatía, puede ser considerado elite, tanto más cuanto detenta medios materiales considerables y ejerce una influencia determinante en los demás órdenes sociales, en especial en el político. Como fuere, su autor logró ofrecer un recuento de los poderosos de Guadalajara, y con ello dejó señalados una serie de senderos a desbrozar para profundizar en ese tema tan interesante de la historia local y regional.

Al año siguiente, en 1992, apareció otro libro que también trató el tema de las elites, pero de una manera muy diferente a las mencionadas. Bajo el título de *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853)*, su autor, Brian Connaughton,⁵³ se propuso explicar los mecanismos utilizados por las altas autoridades eclesiásticas para reafirmar su liderazgo social a finales del siglo XVIII y principios del XIX. En este sentido, vale la pena recordar que la Ilustración minó enormemente las bases sociales de sustentación de la Iglesia, lo que en América implicó, a mediano plazo, la independencia de las colonias, por lo que esa institución social tuvo que hacer enormes esfuerzos para asegurarse de no perder del todo sus prebendas, materiales e ideológicas. Utilizando un modelo teórico referencial que somete a su objeto de estudio, este autor define, por una parte, los componentes esenciales de la ideología defendida por la Iglesia –aun desde la época colonial temprana, periodo en el que su papel fue esencial en términos de la articulación regional y de los beneficios obtenidos–; y por otra, las recomposiciones discursivas que hubo de practicar contra sus oponentes liberales, ya en la época independiente. En suma, ese trabajo es importante no sólo porque muestra el comportamiento de ciertas elites, sino porque también hace notar la influencia de la Iglesia en el proyecto de nación que se formaba en México en la primera mitad del siglo XIX.

Por último, vale la pena hacer notar que meses después de publicado el libro de Connaughton, en 1993 apareció, como ya se señaló, el ensayo de Román Gutiérrez,⁵⁴ cuya importancia estribó en develar el papel central jugado por la orden franciscana en la articulación regional. Pero, en el tema de elites, este trabajo es de mencionar

53. Brian Connaughton, *Ideología y Sociedad en Guadalajara (1788-1853)*, México: UNAM / CONACULTA, 1992.

54. J. F. Román Gutiérrez, *op. cit.*

porque muestra, aunque en forma un tanto marginal, el significativo rol jugado por los mismos religiosos en tanto que grupo productor de ideología, que ejerció gran hegemonía en un momento dado, ayudando significativamente a estructurar a la sociedad colonial por medio de su obra evangelizadora y educativa.

OTROS TRABAJOS

Entre 1997 y 2000 aparecieron tres libros de corte historiográfico, muy interesantes, pero cuyos temas no se integran del todo en los apartados precedentes, por lo que se mencionan ahora.

El primero que apareció fue el de José Olmedo, titulado *Los zapateros de Guadalajara*.⁵⁵ Se trata de un estudio específico del gremio de los zapateros en esa ciudad, entre 1751 y 1824, gracias al cual es posible comprender con gran detalle el nacimiento, desarrollo y declinación de ese gremio. Hurgando en sus antecedentes más remotos, los colegios romanos, las guildas germánicas y los gremios españoles, Olmedo se remonta a los orígenes del cuerpo zapatero en Nueva Galicia, practicándole una detallada radiografía. Además, utilizando el método comparativo para ver hasta dónde el oficio es local y hasta dónde es un trasplante ultramarino, este autor logra hacer una historia del oficio, que propició la aparición y consolidación de una tradición aún presente.

Luego, en 1998, apareció la tesis doctoral de Agustín Vaca, *Los silencios de la historia: las cristeras*.⁵⁶ Se trata de un trabajo novedoso, en el sentido de no contar con antecedentes en la comarca. Utilizando un importante *corpus* de entrevistas realizadas a mujeres que participaron de alguna manera en la guerra cristera, haciendo una revisión acuciosa de la imagen que de ellas proyecta la literatura pertinente —que no es poca, por cierto—, y elaborando marcos referenciales a partir de diferentes fuentes bibliográficas, su autor elaboró un trabajo de historia reciente sumamente interesante, bien escrito, que resultó de

55. José Olmedo, *Los zapateros en Guadalajara. Nueva Galicia, 1751-1824*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara / CEMCA / INAH, 1997.

56. Agustín Vaca, *Los silencios de la historia: las cristeras*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 1998.

una calidad digna de mención, muy por encima de una cantidad azorante de panfletería feminista que circula a derecha e izquierda. En ese texto, Vaca enseña la versatilidad e ingenio de las muchas mujeres que debieron enfrentar ese conflicto armado: su capacidad de organización, de toma de decisiones, de participación en la vida pública, más allá de los sentimientos religiosos o el considerarse apoyo de los cristeros.

El tercero de los tres libros que mencionamos en este apartado fue hecho a tres voces –las de Jean-Pierre Berthe, Thomas Calvo y Águeda Jiménez– y publicado en el año 2000, con el título *Sociedades en construcción. La Nueva Galicia según las visitas de los oidores (1606-1616)*.⁵⁷ Este tipo de trabajo, el último de la selección que realizamos, es en parte inédito, en el sentido de que la única publicación similar que le precede es la de Rafael Diego Fernández, antes citada, sobre la primigenia Audiencia de Guadalajara.⁵⁸ El mayor mérito del trabajo de los tres autores en cuestión, es que rescataron del olvido y paleografiaron una serie de documentos oficiales, que dan cuenta del proceso de formación y organización de la sociedad neogallega al despunte del siglo XVII.

Por lo demás y dado que toda selección es arbitraria, antes de concluir este apartado nos parece oportuno mencionar una serie de publicaciones –no representativa ni exhaustiva–, que se inscribe, de diversas maneras, en ese gran afluyente que es la historiografía jalisciense, el cual no deja de crecer, día con día.⁵⁹

¿AIRES DE FAMILIA?

Más que considerar las filiaciones académicas, que en el caso de Jalisco no son muchas, vale la pena buscar los aires de familia en las formas de hacer historia.⁶⁰ En este sentido, hay que decir que, hasta hace

57. Jean-Pierre Berthe, Thomas Calvo y Águeda Jiménez. *Sociedades en construcción según las visitas de oidores (1606-1616)*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CEMCA, 2000.

58. Rafael D. Fernández, *op. cit.*

59. Véase anexo I. “Publicaciones que se inscriben en la historiografía jalisciense y del occidente de México”.

60. Desde nuestro punto de vista, la matriz básica de la formación de historiadores jaliscienses ha sido la Universidad de Guadalajara, donde se sigue enseñando la disciplina, aunque no se ha logrado desarrollar, por los motivos que sean, una academia de historia digna de la segunda más grande uni-

poco tiempo –no más de siglo y medio, si se considera la ya longeva historia de la humanidad– el oficio de historiar prácticamente se sustentó en la erudición, en ese vasto saber de hechos pretéritos que muy pocos fueron capaces de ostentar. A su modo y con sus limitaciones, Jalisco tuvo a sus historiadores eruditos. El más importante y famoso de ellos fue, sin duda, Luis Pérez Verdía, quien con gran elegancia, y el rigor entonces posible, escribió su *Historia particular del Estado de Jalisco*,⁶¹ que sigue siendo un lugar de referencia para legos e iniciados.⁶² Luego de ese historiador hubo otros, prolijos y no tanto, que practicaron una historia entre erudita y provinciana, y que de alguna manera llenaron ese hueco que existe en toda sociedad: el de la necesidad de conocer su pasado. José Cornejo Franco, Arturo Chávez Hayhoe, José I. Dávila Garibi, Juan B. Iguíniz, Luis Páez Brotchie y otros más, fueron, durante muchos años, los oficiantes de Clío en Jalisco y los que informaron a la sociedad jalisciense de su pasado.⁶³

Al cambiar los tiempos y las formas de concebir el conocimiento, los eruditos de todas las disciplinas han ido a la baja, paulatinamente se han convertido en una especie en proceso de extinción. Los cambios de orden epistemológico también han afectado la práctica de la disciplina. De hecho, en la actualidad el horizonte de sus posibilidades temáticas y conceptuales no tiene límites, ellas constituyen una verdadera miríada

versidad del país. Hace años, algunos de sus egresados se emparentaron con otro muy importante semillero de historiadores, el del binomio Colegio de México / Colegio de Michoacán, y alguno terminó en el CIESAS de Occidente. Otro grupo surgido de la primigenia institución, fomentó la práctica de la historia en el hoy Centro INAH Jalisco, y a su vez, una parte de él emigró luego al actual Colegio de Jalisco. Hay también las filiaciones extranjeras, de las cuales son bien identificables una norteamericana, con sus variantes, y otra francesa. Empero, en cualquier caso, hasta ahora no se ha logrado desenvolver una tradición de práctica histórica en Guadalajara, como sí lo comienza a hacer la antropología. Por otra parte, convendría echar una ojeada a los trabajos recientes de investigación que se traducen en tesis de maestría y doctorado, para conocer cómo se están formando los futuros historiadores, en qué medida influyen los parámetros dictados por los “mecenas” institucionales, así como los derroteros propios de cada centro de enseñanza.

61. Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, Guadalajara: Imprenta “Gráfica”, 1951 [1910] 3 vols., segunda edición.
62. A noventa años de su aparición, la *Historia particular del Estado de Jalisco* es más citada por los historiadores profesionales que la *Historia de Jalisco*, publicada hace apenas dos décadas. Una muestra: de los 43 trabajos historiográficos tratados en este ensayo, sus autores se refirieron 24 veces a la obra de Pérez Verdía, mientras que sólo lo hicieron 14 a la *Historia de Jalisco*.
63. Véase anexo II: “Los historiadores de Jalisco: entre la *Historia particular del Estado de Jalisco* y la *Historia de Jalisco*”

cognoscitiva, de tal suerte que hacer historia hoy, implica, cada vez más, realizar una actividad con reglas estrictas y rigurosas.

Como tendencia general, esta nueva forma de hacer historia es notoria en los productos de los historiadores que han abordado temas jalscienses a lo largo de las últimas tres décadas. La erudición ha dejado espacio a la comprensión-elaboración compleja de las tramas históricas, lo que puede verse, en parte, en los trabajos aquí citados. Por ejemplo, en los de Anderson, Greenow, Fábregas, Van Young, Calvo, Serrera, Connaughton, López Moreno o Rodolfo Fernández,⁶⁴ se aprecia una crítica rigurosa y sistemática de las fuentes con las que trabajaron, lo que propició una comprensión más profunda de las relaciones entre los actores, los procesos sociales y el espacio. Sin embargo, no a todos los estudios sustentados en amplias fuentes documentales se supo extraer todo el jugo que se podría –o no se quiso–, aun los que examinan documentos de primera mano.

Pese al cambio de aires en el quehacer historiográfico de los últimos años, aún persiste, con tozudez, la idea de que el dato es el sustento de la “verdad histórica”. En efecto, en varios de los trabajos examinados continúan primando los nombres de individuos o de grupos, las figuras de “los grandes personajes”, los acontecimientos, las instituciones, los eventos y hechos memorables, y todos los demás datos historiográficos que ostenten valor de “hecho realmente ocurrido”, casi verificable, prácticamente irrefutable.⁶⁵ Más aún, en forma sistemática, todos los trabajos revisados revelan una cuidadosa elaboración, una disposición de los hechos pretéritos de la manera más verosímil posible –como cuando se arma un laborioso rompecabezas– y una acuciosidad de información que a veces resulta abrumadora. Empero, la creación de sentido en el lector no resulta tan compleja, y en

64. R. Anderson, *op. cit.*, pp. 44 y ss.; Greenow, *op. cit.*, pp. 7-13; Fábregas, *op. cit.*, pp. 18, 19, 35, 213 ss.; Van Young, *La ciudad y el ...*, *op. cit.*, pp. 15 ss. y 99 ss.; Calvo, *Poder, religión y ...*, *op. cit.*, pp. 383, 384; R. Ma. Serrera, *op. cit.*, pp. 5, 14-16 y 33 ss.; B. Connaughton, *op. cit.*, pp. 15,16; López Moreno, *op. cit.*, pp. 13, 22, 55; y Fernández, *Latifundios...*, *op. cit.*, pp. 7, 143, 150,155, 156.

65. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Olveda, *El sistema...* *op. cit.*, pp. 16, 23, 35; y *La oligarquía...* *op. cit.*; 31, 91, 263, 264; Bakewell, *op. cit.*; 72, 73, 161, 208; Castañeda, *La educación...* *op. cit.*, pp. 101, 206, 229; Jiménez, *Haciendas ...* *op. cit.*, pp. 67, 86, 89, 113, 116, 117; Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 105, 132, 182; así como Olmedo, *op. cit.*, pp. 27-38, 43, 44 y 99 ss. Y en más de un caso el factualismo puede tornarse ramplón, sobre todo cuando se reviste de ideología: véase, por ejemplo, Tamyó y Aldana, *Del PNR al...* *op. cit.*, pp. 12, 14, 15 y 23.

consecuencia el recuento histórico no es tan penetrante, como realmente lo es la historia, es decir, la realidad social en su constante devenir. Y en este aspecto lo que hace más atractivos unos discursos sobre otros no es tanto la trama de la historia misma, sino la capacidad disuasiva del argumento, la desenvoltura del discurso escrito.⁶⁶

Por fortuna, varios de los trabajos aquí examinados sí se construyeron criticando a las fuentes que les sirvieron de sustento; establecieron un marco conceptual del que se valieron; fueron acuciosos en el manejo de su aparato bibliográfico; y en sus conclusiones dejaron puertas abiertas para responder a preguntas que sus propias pesquisas plantearon.⁶⁷

Otra característica que sigue vigente en los trabajos de varios de los autores cuyas obras aquí se han tratado, es el determinismo. En los modelos conceptuales que manejan, aunque no sean del todo conscientes, la determinación de la causa indefectiblemente provoca el efecto. Para un físico clásico esta máxima es inapelable, pero en el caso de ciertos historiadores, sobre todo entre los que sustentan sus indagaciones en el *factualismo*, el dato pasado determinó el siguiente, *a fortiori*; aquél es causa de éste, aunque sepamos que la realidad social es mucho más compleja que simples causas y efectos.⁶⁸

Con acierto, Eric van Young nos recuerda que en la experiencia mexicana son centrales la geohistoria y el regionalismo.⁶⁹ De hecho, de dos o tres décadas a la fecha, en la medida en que el país ha profundizado su transformación, las reivindicaciones regionales –una de cuyas expresiones es, precisamente, la producción de múltiples historias regionales– se han sentido con más vigor. Empero, una cosa son las justas reivindicaciones regionales, en nombre de un federalismo equitativo,

66. En este punto, por ejemplo, destaca la pluma de Moreno, *Haciendas de...* *op. cit.*

67. Véanse los trabajos de Greenow, *op. cit.*; van Young, *La ciudad y el ... op. cit.*; Calvo, *Poder, religión...* *op. cit.*, y *Guadalajara y su... op. cit.*; Connaughton, *op. cit.*; y Fernández, *Latifundios...* *op. cit.*, y *Mucha tierra...* *op. cit.* J. F. Román, *op. cit.*; Ibarra, *op. cit.* No hay que olvidar que buena parte de los cuarenta y tres trabajos aquí examinados no son historiográficos en estricto sentido, sino que fueron hechos a caballo con otras disciplinas (geografía, antropología y sociología, básicamente), lo que enriqueció sus argumentos.

68. Véase Olmedo, *op. cit.*, pp. 63, 233, 244; Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 9, 10 y 539-540; Castañeda, *La educación...* *op. cit.*, pp. 80, 110, 111, 305, 328.

69. Eric van Young, "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas", en Pedro Pérez Herrero (comp.) *Región e historia en México (1700-1850)* México: Instituto Mora / UAM, 1991, p. 101.

y otra es el regionalismo politiquero, discursivo, ideológico, que pretende situar a “la patria chica” y/o a “la querencia” como centro absoluto de la vida pública. En varios de los trabajos puestos a examen, de manera velada o ramplona aparecen sentimientos de exaltación regionalista.⁷⁰ Sin duda, existen los sentimientos de pertenencia a tal o cual grupo o situación social, los cuales pueden llegar a generar acciones militantes o productos específicos,⁷¹ pero de ahí a hablar de la existencia de una conciencia regional hay un trecho enorme, tanto más en cuanto que la supuesta “conciencia regional” no se define.⁷²

Una expresión del sentimiento regionalista es evidente en dos de las obras aquí tratadas.⁷³ En concreto, no nos referimos, por supuesto, a los discursos históricos específicos en ellas contenidos, que se deben a la pluma de diversos autores y probablemente no todos reivindicadores de exaltados o moderados sentimientos regionalistas –ello rebasa con mucho los límites de este texto–, sino a la concepción misma de esas obras, cuya talega fue nacer bajo el patrocinio de “ilustres gobernantes” jaliscienses; obras que fueron pensadas como óperas magnas, y en ese sentido ahistóricas, con la intención subyacente de hacer ver, a propios y extraños, que los jaliscienses tienen su propia historia, única, exclusiva. Esto sin contar que algunos de los textos de esas obras manejan una jerga discursiva que pretende dar un carácter histórico a sus narraciones, aunque en realidad los torna más pesados, gracias al anacronismo de muchos de sus giros, por ejemplo: la “pública subasta”, o el “santo varón”.

Para los historiadores de oficio no es recomendable olvidar que todos los eventos humanos son de naturaleza histórica. Para las generaciones en formación puede resultar poco aleccionador y aun peligroso, enseñarles la historia por medio de entelequias. En este sentido, *no* hay que olvidar, tampoco, que Jalisco es un producto histórico.

70. Para el caso jalisciense véase Piñera, *op. cit.*, pp. 4, 5, 11 y 59; y para el caso de Los Altos, J. A. Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 17 ó 539.

71. Pensamos en el libro de Fernando Martínez Réding, *Los tapatíos*, Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara, 1987. En ese ensayo se reivindica un modo de vivir de “gente conocida”, una manera de ser propia –lo cual tiene como telón de fondo formas ideológicas más o menos conocidas–, donde aparecen indiscutibles pretensiones exclusivas, por no decir excluyentes.

72. Olveda, *La oligarquía... op. cit.*, p. 14

73. Nos referimos a *Historia de Jalisco* y *Jalisco desde la Revolución*, ya citadas.

Otra expresión de la disposición regionalista de algunos de los autores aquí tratados es el apriorismo práctico, que se manifiesta, por ejemplo, en la aceptación –acrítica– de las divisiones formales de los distintos periodos de la historia: de hecho, prácticamente reproducen los esquemas de la llamada “historia patria”, la oficial. Entre los regionalistas los lugares comunes no fallan.⁷⁴

Por otra parte, vale la pena hacer un breve comentario a ese otro rasgo de familia que caracteriza a muchos de los historiadores regionales: la microhistoria. La mayor innovación de esa perspectiva analítica es que privilegia la historia de los terruños y las querencias, pero precisamente ahí mismo reside su mayor peligro, pues en nombre de ella, los historiadores que siguen esa metodología de trabajo, pueden extraviarse en la visión reducida del campanario parroquial. Por otra parte, pero en el mismo sentido, no hay que perder de vista que, quienes han logrado hacer buena microhistoria, como el propio Luis González, han tenido en su formación, y por lo tanto en sus modelos conceptuales, la macroperspectiva histórica, que propicia la sana comparación de los hechos, lo que ayuda a evitar descubrir el hilo negro cada tercer día.

Concluimos este apartado señalando que, desde nuestra perspectiva, la práctica de los historiadores que han trabajado temas jaliscienses se ha constituido en tres vertientes más o menos delineadas: la de la microhistoria, con sus peligros parroquialistas; la que nosotros llamamos neopositivista, dura como el dato que la sostiene; y la de los nuevos enfoques, que cada día junta más adeptos y que ha ganado espacios al acercarse a la teoría social, en especial la antropológica. Con todo, aún no se vislumbra en el horizonte cuándo la práctica de la historia en Jalisco dejará de idolatrar a la provincia.

74. Como muestra de apriorismo aquí va esta frase: “La apertura de la Universidad de Guadalajara [...] representó la incorporación de la Nueva Galicia a la cultura superior en el pleno sentido de la palabra...” José A. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 285. En el paroxismo regionalista, una reputada institución académica, pretendiendo emular la gran iniciativa editorial de José Joaquín Fernández de Lizardi, edita una hoja informativa que circula en la comarca, con el muy ocurrente nombre de *El despertador regional*.

FIN DE RECORRIDO

Hace ya décadas, un novel etnógrafo, que luego tornó famoso, se encontraba absolutamente sorprendido durante una de sus primeras experiencias de terreno que realizó entre los Bororo del Brasil, pues éstos, continuamente y después de jornadas que podían resultar extenuantes, se congregaban en torno al fuego situado frente a la choza principal de su aldea a musitar un sonsonete ininteligible que duraba hasta el amanecer. Sólo mucho tiempo después, ese etnólogo comprendió que aquel pueblo, carente de historia escrita, fomentaba cotidianamente el recuerdo de los antepasados: era su manera de nutrir y vigorizar la memoria colectiva, de mantener su propia historia, lo que a su vez recreaba la identidad grupal.⁷⁵

Dado que sólo los humanos somos capaces de recordar los hechos pretéritos, tanto los pueblos sin historia escrita como las sociedades que sí la tienen, requerimos de la memoria del pasado para explicar el presente y para establecer los parámetros de referencia generales que influyen –más de lo que se piensa– en nuestro comportamiento cotidiano: es una especie de *continuum* que liga al pasado con el presente y por ende con el futuro. En ese sentido, toda práctica de la historia, aunque sea general y hecha por medio de grandes trazos, resulta contemporánea: “El presente reescribe constantemente el pasado. Las observaciones de hoy tiñen de intenciones y significados los hechos de ayer.”⁷⁶

De la misma manera, cada generación matiza con sus propias preocupaciones e intenciones la parte de la memoria colectiva que utiliza, esto es, de la historia. En el caso de los historiadores de Jalisco aquí considerados, de hecho, durante las últimas tres décadas se ha desarrollado y constituido la que podría ser llamada primera generación de “historiadores científicos”, en el sentido de que han practicado y fomentado el oficio de historiar en el marco de una disciplina institucionalizada, cuya validez primera es observar los modos de recrear la disciplina, es decir, técnicas, métodos y reglas marcadas por las propias academias de historiadores reconocidas.

75. Claude Lévi-Strauss, *Des symboles et leurs doubles*. París: Plon, 1989, pp. 108-109.

76. Del editor de *Nexos*, núm. 285, septiembre de 2001, p. 31.

Durante los últimos treinta años se ha desenvuelto una generación de historiadores en Jalisco, que coincide, por cierto, con el periodo generacional considerado por los demógrafos. Pero esta generación de historiadores, cuya prueba es el *corpus* bibliográfico manejado en este ensayo, no se dio, digámoslo así, naturalmente. En efecto, por un lado, a partir de los años setenta comenzó a aumentar sin precedentes el gasto público, parte del cual llegó a las universidades e instituciones de educación superior e investigación científica, hecho que explica que se haya expandido con vigor la práctica de la historia académica. Por otra parte, el inicio del debilitamiento del poder centralizado en el país, permitió que muchos comenzaran a pensar en otra “realidad nacional”, en otra nación, constituida por regiones, provincias e historias particulares, hartos diferentes a las de la hegemónica visión centralista del devenir histórico de México.

Tal vez llevando demasiado lejos la manera solitaria de realizar su trabajo –que es cualitativamente diferente al del antropólogo o el del sociólogo–, y aun con trazas de práctica *amateur* entre algunos de sus miembros, la generación de historiadores de Jalisco aquí tratada ha hecho la historia de su provincia. En esa tarea, las influencias historiográficas externas poco se han dejado sentir, ya que, aparte de las emulaciones de algunos autores y trabajos hechos desde la perspectiva de la centralista ciudad de México, las influencias de otras escuelas historiográficas apenas se perciben;⁷⁷ la de mayor presencia ha sido la corriente francesa de historia y después la anglosajona, más precisamente la norteamericana –pero tal discusión, por razones de espacio y orientación temática, será objeto de otra reflexión. Por otra parte, el acento en la perspectiva regional, en ocasiones ha sido llevado demasiado lejos, lo que ha propiciado que varios de los productos historiográficos hayan derivado en una historia de tipo comarcal que a veces

77. No creemos que sea posible hablar, en estricto sentido, de una “Escuela Mexicana de Historia”, como sí se habla de una “Escuela Mexicana de Antropología” que, aunque hija de influencias externas, ha logrado delimitar con mayor precisión objetos de estudio y desarrollar estrategias epistemológicas propias. En este sentido, véase “Una historiografía petrificada”, *Estudios del Hombre*, núm. 6, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997, pp. 61-77, ensayo que bosqueja un primer mapa de filiaciones conceptuales y metodológicas de los historiadores jaliscienses.

frisa en el localismo. Como dice al respecto Van Young, esa historia es “a menudo valiosa pero menos refinada...”⁷⁸

En fin, la generación de historiadores jaliscienses aquí tratada ha seguido un par de derroteros que ella misma ha ayudado a ampliar. El primero es el de la escuela geográfica francesa, como se dijo, que funcionó como acicate del trabajo de aquellos, al proponerles reflexiones sobre ámbitos espacio-temporales recreados, donde sus trabajos florecieron. El segundo, pleno de nuevos enfoques metodológicos, especialmente aportados por los antropólogos, que son numerosos en Jalisco, y destacados, cada vez es más frecuentado por los historiadores de esta provincia, lo que está enriqueciendo sus resultados de investigación.⁷⁹

* * *

En las páginas precedentes tratamos de elaborar una visión, hecha a vuela pluma y por medio de grandes trazos, de lo que ha sido el *ser historiador en Jalisco* a lo largo de las tres últimas décadas. Ésta, nuestra apreciación, es apenas una primera idea de los historiadores de Jalisco y de la manera en que han practicado su oficio. Estamos seguros de que, para llegar al fondo de este tema, será necesario realizar un examen completo de su producción, de los temas tratados, de las orientaciones teóricas y metodológicas asumidas, de la profundidad y penetración de sus argumentos, de su sistematización y rigor, etcétera. Y aunque sólo se mencionó someramente en este texto, tal vez en el futuro logremos profundizar en esas reflexiones y ofrecerlas al lector.

Por lo pronto, baste decir que es posible que en este inicio de siglo la nueva generación de historiadores jaliscienses comience a despuntar. ¡Enhorabuena! Y ojalá que con sus trabajos superen a sus mentores, único camino para hacer una mejor historia en Jalisco.

78. Eric van Young, *La ciudad y el...* op. cit., nota 6, p. 17.

79. Nos referimos a trabajos como los de Guillermo de la Peña “Evolución agrícola ... op. cit.”; Andrés Fábregas, *La formación histórica...* op. cit.; Rodolfo Fernández, *Latifundios...* op. cit.; de él mismo: *Mucha tierra...* op. cit.; Patricia Arias, *Los vecinos...* op. cit.

ANEXO I
PUBLICACIONES QUE SE INSCRIBEN EN LA
HISTORIOGRAFÍA JALISCIENSE Y DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

- 1981 José Luis Razo Zaragoza, *Historia temática jalisciense*, parte I, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
Mario Aldana, *Jalisco durante la república restaurada*, Guadalajara: EDUG / Universidad de Guadalajara, 2 tomos.
- 1985 Jaime Olveda *et al.*, *La prensa jalisciense y la Revolución*, México: INAH / Unión Editorial.
- 1989 Jean Meyer, *El Gran Nayar*, México: Universidad de Guadalajara / CEMCA.
Ricardo Ávila, Rubén Páez, (coords.) *Anuario 1989*. Laboratorio de Antropología, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- 1990 Daniel Vázquez, *Guadalajara: ensayos de interpretación*, Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
Nicolás Valdés Huerta, *Ciudad colonial Bolaños*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, segunda edición.
- 1992 Marina Anguiano, *Nayarit, costa y altiplanicie en el momento del contacto*, México: UNAM.
Adrián Blazquez, Thomas Calvo, *Guadalajara y el nuevo mundo. Nuño Beltrán de Guzmán: semblanza de un conquistador*, Guadalajara, España: Institución Provincial de Cultura “Marqués de Santillana”.
Ricardo Ávila *et al.* (coords.) *Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a François Chevalier*, Guadalajara: CEMCA / UNAM / Universidad de Guadalajara.
- 1993 Thomas Calvo *et al.*, *Xalisco, la voz de un pueblo en el siglo XVI*, México: CIESAS / CEMCA.
Alma Dorantes, *El conflicto universitario en Guadalajara 1933-1937*, Guadalajara: Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado / INAH.

- Ricardo Ávila, Tomás Calvo Buezas (comps.) *Identidades, nacionalismo y regiones*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara / Universidad Complutense de Madrid.
- 1994 Wolfgang Vogt, *La cultura jalisciense. Desde la colonia hasta la revolución*, Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara.
- Esteban Barragán López *et al.*, (coords.) *Rancharos y sociedades rancheras*, Zamora: CEMCA / El Colegio de Michoacán / ORSTOM.
- Eduardo Williams (ed.) *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del occidente de México*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Ricardo Ávila (coord.) *Transformaciones mayores en el occidente de México*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- 1995 María Teresa Cabrero, *La muerte en el Occidente del México prehispánico*, México: UNAM.
- 1996 Marianne Bélard, Philippe Verrier, *Los exvotos del occidente de México*, México: El Colegio de Michoacán.
- Thomas Hillerkuss, *Diccionario biográfico del occidente novohispano. Siglo XVI*, vol. I, A-C, Guadalajara: Ediciones Cuéllar.
- Phil C. Weigand y Acelia G. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxi-car*, Zamora: El Colegio de Michoacán / Secretaría de Cultura de Jalisco.
- 1998 Luis Felipe Cabrales Barajas, Eduardo López Moreno (comps.) *La ciudad en retrospectiva*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Armando González Escoto, *Historia breve de la Iglesia de Guadalajara*, Guadalajara: UNIVA / Arzobispado de Guadalajara.
- 1999 Fernando Martínez Réding (coord.) *Jalisco en el umbral del siglo XXI*, Guadalajara: Diálogo.
- 2001 Javier Hernández Larrañaga, *Guadalajara: identidad perdida. Transformación urbana en el siglo XX*, Guadalajara: Editorial Ágata / El Informador / Secretaría de Cultura de Jalisco / Patronato del Centro Histórico de Guadalajara / Biósfera Jalisco-Colima.

Ivonne del Valle Wiarco, *El discurso sobre “el otro” en la Crónica Miscelánea ... de fray Antonio Tello*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Algunas de las revistas editadas durante los años tratados, y aunque no todas lograron tener continuidad son las siguientes:

Encuentro, Guadalajara, El Colegio de Jalisco.

Estudios Sociales, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Cuadernos de Estudios Jaliscienses, Zapopan, El Colegio de Jalisco.

Estudios Jaliscienses, Zapopan, El Colegio de Jalisco.

Descripciones Jaliscienses, Zapopan, El Colegio de Jalisco.

Estudios del Hombre, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Cuadernos de Divulgación. Ciencias Sociales y Humanidades, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Relaciones, Zamora, El Colegio de Michoacán.

ANEXO II

LOS HISTORIADORES DE JALISCO ENTRE LA *HISTORIA PARTICULAR DEL ESTADO DE JALISCO* Y LA *HISTORIA DE JALISCO*.

Benítez, José R.

Conquista de la Nueva Galicia; Fundadores de Guadalajara, 1942, Ed. Imprenta

Conquistadores de la Nueva Galicia, Guadalajara, 1942

Como me lo contaron te lo cuento, Guadalajara, 1963, Ed. Banco Industrial de Jalisco.

Cornejo Franco, José

Testimonios de Guadalajara, México, 1942

La calle de San Francisco, Ed. Banco Industrial de Jalisco, 1945

Cuarto centenario de la fundación del obispado de Guadalajara, 1548-1948, Guadalajara, 1948

Guadalajara, México, 1959, Litógrafos Unidos

“Cronología de los gobernantes del Estado de Jalisco”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, vol. XX, núm. 3, 1961

La vida colonial en Nueva Galicia, “Eco”, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, núm. 10, 1962

Crónicas de la conquista del Reino de Nueva Galicia en territorio de la Nueva España, Guadalajara, 1963

Obras Completas, Guadalajara, 1979, Ed. Gobierno del Estado

Chávez Hayhoe, Arturo

Guadalajara en el siglo XVI, vol. II, Guadalajara, 1954

Guadalajara de ayer

Guadalajara de antaño, Guadalajara, 1960, Banco Industrial de Jalisco

Dávila Garibi, José Ignacio

Don Juan Ruiz de Cabañas y Crespo, 1952

Memorias tapatías, Ed. Banco Industrial de Jalisco, 1953

Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara, México, 1957-1963, 4 vols. Ed. Cultura

Iguíniz, Juan Bautista

“*La Antigua Universidad de Guadalajara*”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo III, núm. 3, México, 1944

“*Los gobernantes de Nueva Galicia. Datos y documentos para sus biografías*”. *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, vol. VII, núm. 4 México, 1948

Guadalajara a través de los tiempos. Relatos y descripciones de viajeros y escritores desde el siglo XVI hasta nuestros días. 2 vols., Guadalajara, 1950-51

La Antigua Universidad de Guadalajara, México, 1959.

Catálogo biobibliográfico de los doctores, licenciados y maestros de la Antigua Universidad de Guadalajara, México, 1963

Lancaster-Jones, Ricardo

El primer mayorazgo tapatío, Guadalajara, 1957, Academia de Genealogía y Heráldica Mota Padilla.

“La biblioteca jalisciense”, en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre 1952,

Haciendas de Jalisco y alrededores, Guadalajara, 1974, Financiera Aceptaciones

López Portillo y Weber, José

La rebelión de la Nueva Galicia. Tacubaya, 1939

La conquista de la Nueva Galicia, México, 1935

Orendáin, Leopoldo

Cosas de viejos papeles, Guadalajara, 1970, 3 vols.

Orendáin, Leopoldo y Salvador Reynoso

Cartografía de la Nueva Galicia, Guadalajara, 1961, Banco Industrial de Jalisco

Páez Brotchie, Luis

La Nueva Galicia a través de su viejo Archivo Judicial. Índice analítico de los archivos de la Audiencia de la Nueva Galicia o de Guadalajara y del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco., México, 1939

Jalisco, Historia Mínima, tomo I, Guadalajara, 1940

Guadalajara Novogalaica, Guadalajara, 1942

“La importancia de nuestros archivos”, en *Revista de Estudios Históricos*, Guadalajara, I de enero de 1943

Guadalajara, Jalisco, México. Su crecimiento, división y nomenclatura durante la época colonial 1542, 1821, Guadalajara, 1951

Guadalajara de Indias, Guadalajara, 1957, Banco Industrial de Jalisco

Ramírez Flores, José

El Real Consulado de Guadalajara. Notas Históricas. Guadalajara, 1952

Razo Zaragoza, José Luis

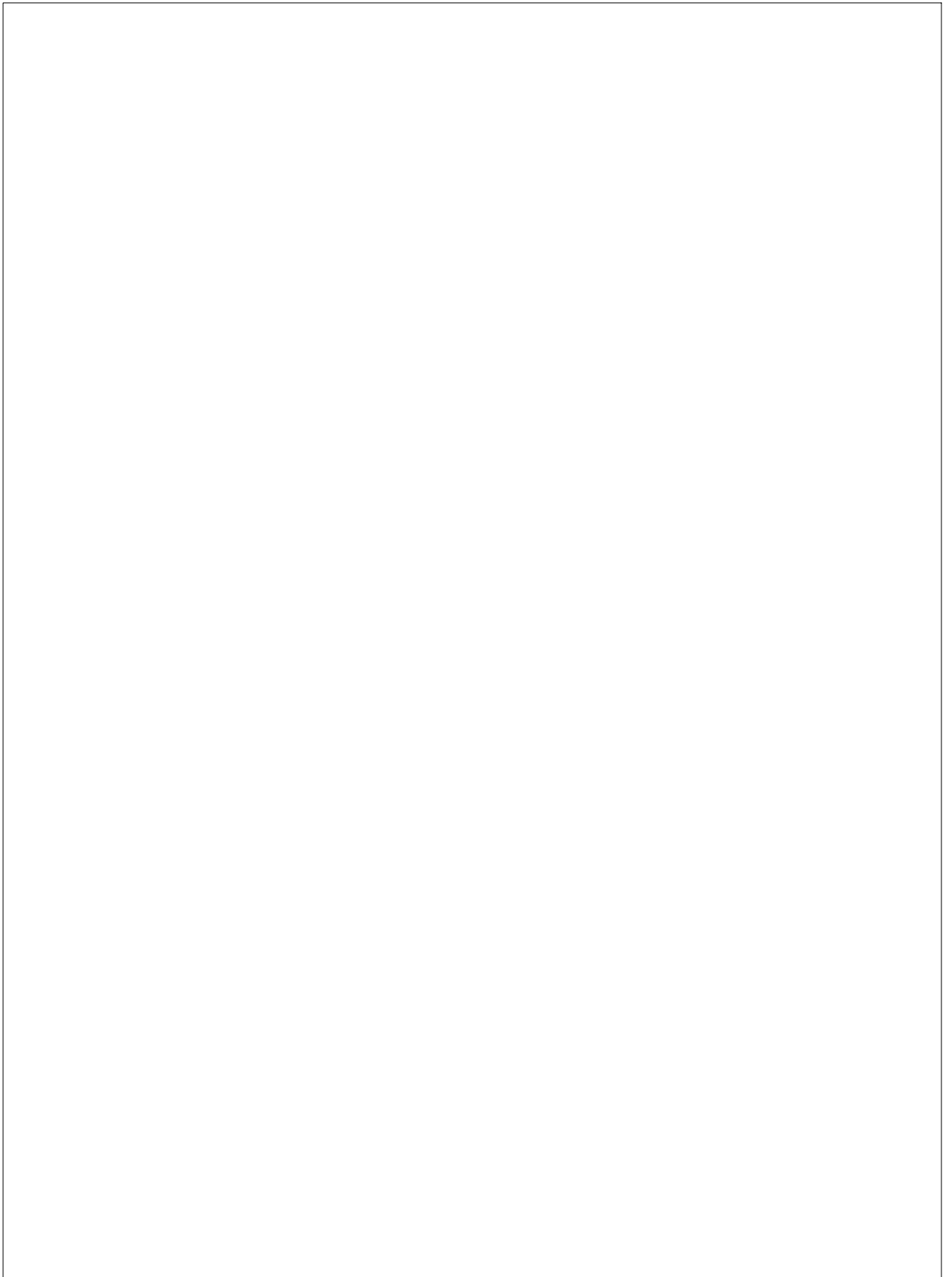
Crónica de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara y sus primitivas constituciones, Guadalajara, 1963

Guadalajara, Guadalajara (s/f) Universidad de Guadalajara e Instituto Jalisciense de Antropología e Historia (IAH).

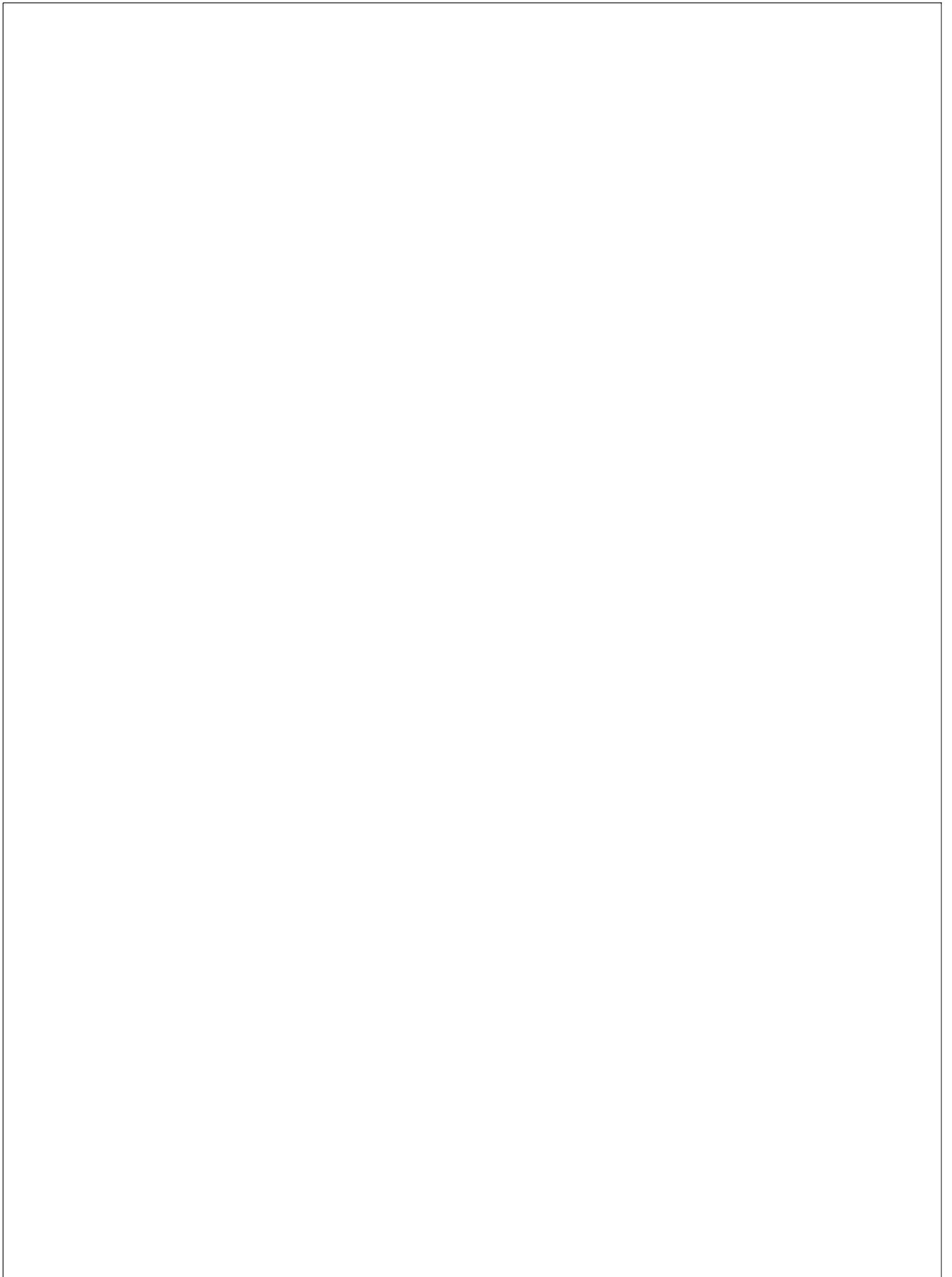
Historia temática jalisciense, Guadalajara, 1981, Fac. Filosofía y Letras

Villaseñor Bordes, Rubén

El Mercantil Consulado de Guadalajara, Recopilación de documentos inéditos y datos impresos para servir a la historia del comercio colonial tapatío. Guadalajara, 1970.



DOCUMENTOS



El arte de hacer cántaros en San José Tateposco, Jalisco*

Paul Taylor[†]

San José Tateposco es una pequeña comunidad del municipio de Tlaquepaque, contiguo a Guadalajara. Sus 441 moradores (1930) son casi todos indígenas, con una mínima dosis de sangre española. Se desconocen sus orígenes, y la organización tribal y lengua indígena han desaparecido sin dejar rastro. El pueblo posiblemente haya sido fundado a finales del siglo XVIII. La ocupación tradicional, además de las usuales actividades agrícolas en pequeña escala, es la alfarería. Los artesanos elaboran seis productos distintos, en varios tamaños: 1) *cántaros*, vasijas de boca angosta para el agua ; 2) *ollas*, vasijas redondas de boca ancha; 3) *lebrillos* (también llamados lavamanos) o jofainas redondas, usadas para lavar ropa, bañarse, etcétera; 3) *tecomates* o vasijas con cuerpo globular, de boca estrecha, llamadas así por su gran semejanza con la parte inferior de un tipo común de calabaza empleada para guardar tortillas, acarrear semillas durante la siembra, etcétera; 5) *macetas* o tientos campaniformes para las plantas de ornato y 6) *tinajas* o vasijas similares a las ollas, pero con asas grandes y un esbelto cuello perpendicular. De los seis tipos de vasijas producidas en Tateposco, los cántaros son los más importantes desde el punto de vista comercial, y prácticamente cualquier día del año, salvo los domingos, puede observarse a alguien trabajando las piezas de barro¹.

* Traducción del inglés de Pastora Rodríguez Aviñoá

1. Se hacen también braseros –una especie de estufa-, pero en escaso número. En la elaboración de todos estos productos, se emplean moldes con objeto de dar forma al barro. El uso de moldes, en contraste con el método de espiral empleado por los indios pueblo del suroeste de Estados Unidos, me espoleó a llevar a cabo el estudio presente acerca del método para hacer cántaros. Los datos se obtuvieron en noviembre de 1931 y en julio de 1932. Mis informantes principales fueron Paulino y Victorio Ramos, quienes, junto con sus familias, explicaron en detalle, con entera generosidad, los

Se usan tres clases de material extraído del subsuelo: 1) Un barro pesado, muy duro una vez seco, y pegajoso mientras está húmedo, que viene en dos tonalidades de calidad similar: el que se extrae de los cerros, situados al norte y noroccidente de Tateposco, llamado *tierra colorada*, es rojizo, jaspeado de rojo y café; y su equivalente, sacado del potrero denominado La Bolsa, al suroeste de Tateposco (por el lado meridional de Los Puestos), que presenta un ligero tono café, jaspeado de pequeñas vetas negras. Curiosamente, este barro recibe asimismo el nombre de *tierra colorada* o *bermeja*, en parte debido a su equivalencia con el barro que es verdaderamente de color rojizo. Los dos tipos se denominan también *barro duro* o *tierra tiesa*. 2) Una tierra más maleable y uniforme, conocida como *tierra blanda*, que es muy oscura cuando está mojada y cobra un tono grisáceo cuando se seca, que se mezcla con la *tierra tiesa* en proporciones iguales, a guisa de temple para evitar cuarteaduras que aparecerían inevitablemente de usarse esta última por sí sola. 3) Un barro que es revuelto, o una mezcla de una calidad a medio camino entre la *tierra tiesa* y la *tierra blanda*, se encuentra también en La Bolsa, pero con vetas diferentes. Su aspecto se asemeja a la *tierra blanda*, volviéndose grisáceo al secarse, pero con parches oscuros. Cuando se mezcla con *tierra tiesa*, las proporciones utilizadas son tres partes de *tierra revuelta* por una de *tierra tiesa*.

La *tierra tiesa* obtenida en el potrero suele ser extraída de un pequeño arroyo que lo atraviesa, exponiendo las capas de los materiales deseados de un metro más o menos de grosor. La arcilla se desprende con un pico, y cada pedazo se examina para aquilatar la calidad, la presencia de arena, etcétera, antes de ser colocado en un *chiquihuite*. Las excavaciones se convierten en verdaderas minas; se observó una que tenía hasta siete galerías, y algunas penetraban hasta varios metros de la orilla. El techo se hallaba sostenido por pilares no minados. La pérdida de vidas humanas por derrumbes no es en modo alguno un suceso desconocido. Las madrigueras del cerro son poco profundas, pues la arcilla yace cerca de la superficie. El transporte de ésta hasta el pueblo suele hacerse en costales a lomo de burro, aunque algunos hombres los acarrean a la espalda.

diferentes pasos de lo que estaban haciendo. El cálculo de los tiempos empleados en las distintas operaciones, como se presentan en el texto, es fruto de varias observaciones del mismo proceso; en el caso de los procesos más dilatados— moler y quemar el barro—, los seguimos con sumo cuidado pero una sola vez; esa única operación constituye la base del tiempo que damos en el texto. La elaboración de cerámica es una operación familiar, la esposa ayuda continuamente y los niños lo hacen de vez en cuando. No se hace una vasija sola de principio a fin, sino que el trabajo se lleva a cabo por tandas. El tiempo transcurrido entre procesos se halla regulado por el tiempo de secado que requiera el material, o pueda aguantar, para estar listo para la siguiente operación. Paulino Ramos y su esposa pueden moldear tres docenas de cántaros en un día, que en 1932 se vendían entre cinco y ocho centavos cada uno. Por supuesto, esta tasa de producción no se mantiene día tras día, ni tampoco hay interés alguno en lograrlo.

Antes de su limpieza y molienda, la arcilla se pone a secar al sol; se guarda dentro de la casa durante la temporada de lluvias y afuera durante las secas. Una vez lista, se mezcla en las proporciones adecuadas sobre un lugar recién barrido de tierra dura enfrente de la casa y el montón se empareja dándole forma circular. A continuación, la mezcla se pulveriza mediante golpes con un majador o golpeador. La molienda de unos seis cestos de material lleva unos cuarenta minutos. Se procede entonces a la limpieza de la arcilla aventándola al aire. El cernidor utilizado en esta tarea es de *popote* o *sacamecate*, cuyos tallos se atan en sentido paralelo, con pequeños intervalos entre ellos. El tamaño del cernidor es de unos 45 por 73 centímetros, e incluso más grande según las preferencias individuales. Algunos alfareros arman sus propios cernidores, otros los compran. El método de cernir consiste en colocar la arcilla con la mano derecha en contra del cedazo que se mantiene inclinado con la mano izquierda, dejando que el polvo fino vaya cayendo sobre el piso limpio. Los terrones que no pasan por el cedazo se van apilando y se mezclan con la siguiente tanda de arcilla que se muele. Conscientes de que la arcilla más dura se pulveriza con dificultad, se añade una proporción menor de ese material cuando se emplean residuos que cuando se hace una mezcla nueva. Las brizas de zacate u otras impurezas que puedan haber traspasado el cedazo se remueven a mano. Si amenaza lluvia, la arcilla pulverizada es llevada de inmediato a la casa; en caso contrario, y si el trabajo va a proseguir sin interrupción, se deja en el mismo lugar y se va tomando a medida que se requiere.

La arcilla pulverizada se prepara para ser moldeada mediante el sistema de amasarla. Se separa una tanda del montón principal, se extiende sobre el suelo liso y duro, se traza un hoyo en medio para verter el agua contenida en ollas y cántaros, y se amasa entonces el material con las dos manos, como si fuera masa para hacer tortillas. La mezcla, que suele tener el tamaño de una hogaza grande de pan, se denomina macho (un término al parecer totalmente irrelevante; no había razón alguna para llamarlo así salvo que, como nos comentaron, “nuestros abuelos así le decían”). El macho grande que absorbe toda la arcilla pulverizada mezclada con agua, termina por ser dividido en dos piezas durante el amasado, después de lo cual se dejan aparte a la espera del resto del proceso. El amasado del macho ocupa más o menos once minutos. Los cántaros que se han agrietado o quebrado durante su secado al sol, se humedecen y se amasan de nuevo sin añadir materiales adicionales.

Como paso inmediatamente anterior al vaciado o moldeado, se elaboran a la vez una docena de *textales* basados en el macho. Si se hace un número mayor, el material se pone muy duro para el momento en que los últimos *textales* son utilizados. Sobre una piedra grande, plana y lisa, se coloca un poco

de polvo para evitar que el barro húmedo se adhiera, y se extiende en forma pareja con ayuda de una pequeña piedra bien pulida. Se desgaja un pedazo del macho – la cantidad depende del tamaño del cántaro que se va a elaborar– y se le añade un poco de agua para amasarlo de nuevo. Una vez que el barro presenta una consistencia homogénea, se golpea con el puño con objeto de aplanarlo y, por último, se moldea con la palma de la mano hasta darle la forma de un *textal*, o pedazo de barro en forma de tortilla que, en el caso del cántaro (cuartillo) más grande y de mayor demanda en el mercado, alcanza 35 centímetros de diámetro y cerca de tres de grosor. El tiempo necesario para hacer un solo *textal*, a partir de una pieza de macho ya cortada a la medida, es aproximadamente de un minuto y cuarto; a veces todo el macho se vuelve a trabajar, luego se separa, y se hace un *textal*, un proceso que lleva unos dos minutos. El cántaro se forma sobre un molde; se trata sencillamente de otro cántaro que no tiene la base o el fondo aplanado, sino redondeado para evitar que el barro se pegue. En general los moldes se dejan sin barniz, o sólo se le aplica en partes, y llevan las iniciales del propietario para fines de identificación.

Una vez que se tienen listos un montón de *textales*, se inicia el proceso de moldeado. Se agarra un *textal*, se coloca en la palma de la mano izquierda, se espolvorea por un lado con barro pulverizado sacado de una olla, y se coloca sobre la parte superior del molde, con el lado espolvoreado hacia abajo para evitar que se pegue. Inmediatamente se presiona el barro sobre el tercio superior del molde o plantilla, palmeándolo con las dos manos; el alfarero va dando vueltas en torno al molde a medida que continúa la palmeada. De esta forma, el alfarero mismo gira en lugar de hacerlo el molde, como sucede cuando se utiliza un torno. Acto seguido, se toca el borde del barro para verificar que tiene el grosor adecuado y seguir dándole forma. Mientras palmea, el alfarero da cinco o seis vueltas, girando en contra de las manecillas del reloj en torno al molde, y, para finalizar los últimos toques, da media vuelta o una vuelta completa siguiendo ahora la dirección de las manecillas del reloj.

El moldeado continúa con un *talache*, una herramienta de barro cocido con una base redonda y plana de unos diez centímetros de diámetro, un pico ahusado y retorcido para adaptarse a la mano, y que cuenta entre uno y tres agujeros superficiales bajo la veta espiral del pico en los que se insertan los dedos para sostener con firmeza y retener un poco de agua que se va soltando poco a poco para humedecer el *talache*. (El pico empleado para extraer la arcilla se llama también *talache*. En San Ignacio Cerro Gordo, Arandas, no se utiliza el *talache* para tornearse los cántaros, sino una paleta de madera. En

algunos lugares, la parte superior del cántaro se hace sobre un molde separado, y posteriormente se une con la porción inferior). Al mismo tiempo que moja el instrumento, el alfarero de Tateposco se mueve con rapidez alrededor del molde, palmeando sin cesar los dos círculos concéntricos alrededor del objeto de barro, a una palmada arriba le sigue al instante otra dos centímetros más abajo. Este procedimiento continúa, con el alfarero trabajando de arriba hacia abajo para extender el barro de forma pareja sobre el molde. A medida que el proceso toca a su fin, los golpes ligeros que por su dispositivo de succión contrarresta cualquier tendencia a que el barro se pegue al molde, se alterna con un movimiento suave de la mano para bruñir la pieza con el *talache* mojado y la mano. Esto sirve no sólo para bruñir la superficie sino también para cerrar los poros del barro. Cualquier grieta que aparezca se cierra mediante la aplicación de una pizca de barro sacado del canto. Durante este proceso, se dan unas trece vueltas alrededor del molde, de manera idéntica a la anterior. Una vez que el barro, ahora campaniforme, se halla extendido con el grosor apropiado, el molde y la pieza de barro se alzan y se colocan a secar sobre un molde más pequeño, con el fin de que no permanezcan en el suelo. Toda la operación desde espolvorear el *textal* hasta que se recoge el molde lleva aproximadamente tres minutos y cuarto.

Después de unos cinco o diez minutos, en cuyo lapso se trabaja en otros cántaros, se puede sacar el barro por sí solo del molde y colocarse, con la parte campaniforme hacia abajo, en el suelo. Si se deja demasiado tiempo en el molde, pueden aparecer cuarteaduras. En otros quince minutos o media hora, se dan unos golpecitos a la parte superior del barro con una pequeña pala de madera para aplanar el fondo, y diez o quince minutos más tarde se mete a la casa para que siga secándose a la sombra antes de emprender el siguiente proceso.

Una vez que el barro campaniforme se ha secado durante unos diez o quince minutos más, se invierte y coloca sobre la embocadura abierta de un pedestal de alfarero, o *yagual*, hecho especialmente con objeto de mantener la pieza de barro en alto para facilitar el trabajo. El *yagual* es sencillamente un cántaro grande con bocas circulares amplias de diferentes tamaños en cada extremo. Las bocas sirven asimismo de base o receptoras de cántaros en proceso de manufactura. Primero, se forma una cenefa pellizcando pedazos de unos dos centímetros del barro campaniforme con el pulgar y el índice de las dos manos, y los pedazos se van echando al fondo del cántaro a medio moldear. Esta cenefa es más gruesa y más difícil de secar que el resto, y muestra gran propensión a cuartearse; después de desgajarlos, los fragmentos se convierten en bolas, se mojan y se colocan aparte. El alfarero,

enseguida, agarra una pala pequeña de madera, la sumerge en agua, y comienza a pasarla alrededor del cántaro como anteriormente, palmeando suavemente el barro hacia adentro mediante golpes naturales con la parte inferior de la palma abierta de la mano izquierda que se utiliza a guisa de yunque. Gira aproximadamente nueve veces mientras continúa un golpeteo rápido, primero sobre la parte superior de la pieza de barro, luego más abajo, regresando hacia arriba y hacia abajo varias veces, hasta que el hombro del cántaro adquiere la forma requerida, dejando una abertura circular ligeramente más amplia que la boca terminada. El golpeteo es seguido de un rápido bruñido de toda la superficie con un olote mojado y la mano también mojada, utilizando golpes verticales y horizontales. En este proceso se invierten entre siete y nueve vueltas, en la última de éstas la superficie suele ser pulida con ambas manos mojadas, las palmas abiertas se mueven en ágiles movimientos circulares. Esto sirve para dar forma final al cántaro y cerrar los poros. Cualquier defecto detectado, se recubre con barro previamente suavizado y se bruñe. El proceso, desde los golpes ligeros hasta el bruñido final, suele llevar entre cuatro y cinco minutos y medio, pero la duración y el número de vueltas pueden variar en forma considerable.

El cántaro ya formado se levanta en la mano izquierda, se le hace girar y se le somete a una última y breve inspección mientras las yemas de los dedos de la mano derecha se pasan rápidamente sobre su superficie, cerrando con las uñas cualquier poro que haya podido permanecer abierto.

Tras unos cuantos minutos que permiten que el barro se seque, y durante los cuales se repite el proceso descrito con otros cántaros, sigue la operación final de elaborar el cuello y la boca. La bola de barro arrancada a pellizcos de los bordes del cántaro se amasa con movimientos rápidos y se le da la forma de una dona, con un agujero amplio en el centro. Por un lado, en dirección al centro, se forma un reborde para poder unir la pieza más fácilmente con el hombro. Esto se hace comprimiendo la "dona" que forma el cuello contra la armazón del cántaro, en torno al cual el alfarero da unas cinco vueltas durante el proceso. A continuación, con una tira de cuero de cerdo flexible, de tamaño variable, mojada en agua y sostenida con las dos manos, los dedos hacia dentro y los pulgares hacia fuera, se le van dando al cuello y a la boca sus curvas características, y se completa la unión con el hombro. Se ejecutan unas siete vueltas. El tiempo desde el momento en que se agarra la bola de barro hasta terminar el cuello y la boca es de un minuto y medio. De nuevo se alza el cántaro en la mano izquierda para una inspección final, se le voltea pasándole la mano con suavidad con las yemas de los dedos de la mano derecha, y se le pone a secar.

El día en que se fabrican los cántaros y el día siguiente, se dejan a secar en lugares protegidos del sol fuerte y del viento. Al día siguiente de esto, se ponen a secar al sol, volteándolos de vez en cuando para que se sequen de forma pareja; al anochecer, están listos para ser quemados. Justo antes de meterlos al horno, se pintan. Una tierra mineral roja extraída del cercano Potrero San Juan, que puede ser disuelta en agua o mantenida en una suspensión, proporciona el barniz. El mineral es primero pulverizado sobre la piedra plana y lisa empleada para hacer los *textales*, con la misma piedra pequeña utilizada antes para extender el barro empolvado sobre la piedra. Luego se mezcla con agua y se amasa, tras lo cual se coloca en un lavamanos amplio y se remueve con la mano, presionándolo contra los lados de la vasija hasta que se disuelve. A continuación, el cántaro recibe su primer baño de barniz, vertiéndole encima una taza de la pintura desde la parte de arriba y dejándola deslizar mientras se hace girar sin cesar el cántaro sobre la mano. Luego, se le frota con un trapo empapado en la mejor solución residual, lo que contribuye a distribuir el color por igual y con una capa de grosor adecuado. Sólo se barniza el exterior, ni siquiera la porción completa de la boca. Las razones ofrecidas para usar el color es que “le añade lustre y valor”. En Tateposco, se ha abandonado por entero la inscripción de los nombres de personas u otros diseños con brochas. Mis informantes sabían que sus padres pintaban los cántaros de esa forma, y un anciano continuaba pintando ciertos diseños con el barniz rojo. Pero esa práctica es cosa del pasado; mis informantes no lo habían hecho nunca, porque, en su opinión, “no le añade valor y la gente no lo pide”.

El horno es cilíndrico, con una altura de casi dos metros y un diámetro externo de un metro y medio. El diámetro puede ampliarse considerablemente para darle mayor capacidad, pero la altura no varía. Los cimientos descansan en un círculo de piedras grandes, sobre las que se aplica adobe. Se dejan dos boquetes enfrente uno del otro en la base para la inserción del combustible. Unos cuantos arcos de ladrillo o adobe, con espacios entre ellos, proporcionan el soporte para los cántaros y permiten el paso del calor y las llamas.

La carga de un horno del tamaño descrito, en el que caben unas siete u ocho docenas de cántaros de un cuartillo, lleva aproximadamente una hora. Un hombre dentro del horno va colocando las vasijas en la posición correcta, en general boca arriba o abajo, para que no se deformen durante la quema, aunque el ahorro de espacio es el factor principal para determinar la posición. Otros individuos, incluidas mujeres y niños, ayudan pasándole los cántaros.

Una vez cargado a tope, el horno se sella con pedazos grandes de cántaros rotos para que retenga el calor.

Se emplean dos cargas de ramas ligeras y zacate grueso bien seco. Se requiere una llama súbita muy caliente, no el calor incandescente generado por el estiércol seco que se utiliza en algunos pueblos vecinos especializados en la elaboración de pequeños objetos de barro. El fuego se alimenta desde los dos boquetes del horno, al principio lentamente para evitar que se resquebrajen los cántaros. Al final se encienden haces de matorrales, y poco a poco se retiran. Cuando el fuego ha prendido bien, se sube y se baja el combustible dentro del horno una y otra vez mediante una especie de pértiga larga para mantener un fuego crepitante. Del techo sale un espeso humo negro, que cubre todo con una capa de espeso hollín oscuro. Cuando el hollín que cubre las vasijas rotas colocadas a la entrada del horno, adquiere un color blanquecino, es un indicio claro de que la horneada ha terminado. Como toque final, se ponen un par de haces de zacate ante la entrada, y se les prende fuego; se pretende que la ceniza cierre algunas de las grietas más grandes, y de este modo el calor se distribuya mejor y se conserve más tiempo. El tiempo de quema es de una hora a una hora y cuarto, dependiendo en parte de la calidad del combustible empleado.

Los cántaros se sacan del horno una vez que se ha enfriado, en general al día siguiente de la quema. Los cántaros que se quemaron en las hileras superiores son de un uniforme color rojo ladrillo; los de más abajo muestran algunas manchas negras. Se apartan los que no estén bien quemados, para volver al horno tan pronto como se lleve a cabo una nueva quema.

Historia y fiesta en Ocotlán¹, Jalisco: la representación social del espacio

Agustín Hernández Ceja

*Volver al barrio siempre es una huida
casi como enfrentarse a dos espejos
uno que ve de cerca/otro de lejos
en la torpe memoria repetida.*

El barrio, Benedetti/Merino.

La construcción social y simbólica del espacio, del territorio, por quienes lo ocupan y se apropian de él, lleva implícito un conjunto de experiencias vitales que permiten el desarrollo del sentimiento de pertenencia e identidad, así como su configuración y permanencia. El espacio por sí mismo carece de importancia, pero no las formas en que se simboliza, se usa y comparte. De esta manera tiene sentido su análisis, puesto que los individuos lo han dotado de sentido. Ahora bien, tal sentido sólo puede ser relevante para el grupo social que comparte el territorio y una historia común. También, el tiempo, como elemento inherente al espacio, nos permite hacer referencia al momento en que se viven las experiencias. No es mi intención hacer una apología del tiempo y del espacio, sino contextualizar sus representaciones sociales.

Los habitantes de cada nación, estado, municipio o localidad, conceden un significado especial a aquellos espacios que mantienen, por lo menos, tres rasgos comunes: los que se consideran identificatorios, relacionales e históricos². En ese sentido, hay espacios dentro de un territorio que nos vinculan más a él que otros, según la experiencia social e individual.

1. La ciudad de Ocotlán se encuentra ubicada en las inmediaciones de los ríos Zula y Santiago, en la región centro oriente del estado de Jalisco conocida como la Ciénega, a 80 kilómetros de la ciudad de Guadalajara, Jalisco.
2. Ver, Marc Augé, *Los no lugares*, Barcelona: Gedisa, 1993, pp. 58 y 59.

Las elites de las patrias y las matrias elaboran y conceptualizan imaginarios de identidad a partir del territorio y los difunden entre la población a través de los medios de comunicación a su alcance. Sin embargo, tales imaginarios adolecen del consenso social y se subordinan a los construidos por la población misma. Recordemos que la idea de patria que “compartimos” los mexicanos se construyó como un término cuyo significado monovalente engloba tanto el territorio nacional como el sentimiento de pertenencia a la nación y la devoción a los héroes de la Independencia de México; mientras que la idea de patria, que esboza Luis González, llama la atención, de manera relevante, sobre las características socioculturales que imperan en cada municipio de la nación, así como en las múltiples localidades que lo integran. Aunque quienes habitan estos últimos lugares comparten la idea de patria, tiene mayor significado el pequeño territorio que comparten y el santo patrono del lugar, a quien festejan de diversas maneras.

Así, en la actualidad, la celebración festiva que realizan los habitantes de Ocotlán, durante los meses de septiembre y octubre de cada año, se puede entender, entre otras formas, como un ritual del espacio; de manera especial por lo que representa la ciudad: “el lugar del Prodigio”. Pero ¿cómo se construyó este lugar y qué tiene que ver con las festividades? ¿Qué sucesos e interpretaciones se recrean cada año en dicha fiesta? ¿Qué prácticas y discursos sociales del presente se vinculan con el pasado? Para responder estas interrogantes, recurrimos a la historia oral y escrita, y nos apoyamos en el método antropológico para aportar algunas interpretaciones sobre la historia de Ocotlán.

EL LUGAR ANTROPOLÓGICO

Su antiguo nombre fue *Tasnahui* (forma sincopada de *Tasnanahui*) cuyo significado es lugar de pinos, ocotes o teas, según la interpretación que le dieron los indios trilingües en 1585, cuando todavía la lengua coca se hablaba y era de uso corriente en la región. En la época de la conquista fue sustituido por el topónimo náhuatl Ocotlán, que significa exactamente lo mismo que *Tasnahui*.³

Antes de la conquista española, Ocotlán perteneció al reino independiente de Cónan, cuyo territorio se extendió sobre la orilla del río Chiconahuapan (hoy Santiago), y sus habitantes hablaban la lengua coca.

3. J. Ignacio Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, T. 1, México: ed. Cultura, 1957, pp.119 y 120.

La presencia española en Ocotlán tuvo lugar en el mes de marzo de 1530, cuando el conquistador Nuño Beltrán de Guzmán y sus tropas se enfrentaron con los indígenas del lugar y los sometieron. Años más tarde, en 1540, iniciaron la conversión espiritual de los nativos los frailes de la orden de San Francisco de Asís, “quienes fundaron en el pueblo de Poncitlán un convento llamado San Pedro y San Pablo”;⁴ después, en 1573, se le concedió a la orden de San Agustín la doctrina de Ocotlán debido a que ésta carecía de un ministro de asiento.⁵

Durante el periodo colonial se construyó el hospital de la Purísima Concepción, que tenía entre otras funciones: la catequización, para lo cual tenía una capilla, dar trabajo y sustento a los indígenas, y ofrecer posada a peregrinos y viajeros.

Se crearon las cofradías del Santísimo Sacramento, Santo Entierro e Inmaculada Concepción; pero, en la actualidad ninguna existe.

Antes de la llegada del ferrocarril (1888), las condiciones socioeconómicas y laborales eran similares en la región. Es decir, las principales actividades para lograr la subsistencia se centraban en la agricultura y la pesca. Actividades que no se han abandonado en la actualidad, a pesar de la creación de industrias, talleres artesanales y fábricas, las cuales juegan un papel importante en la generación de empleos.

La puesta en servicio del ferrocarril imprimió un auge y una dinámica comercial relevante entre las localidades de la región; pero Ocotlán se convirtió en el centro comercial más importante, pues como nos dice J. Jesús González Gortázar, fue considerado por el volumen de carga que se movía como el segundo puerto de la república, ya que de distintos lugares del lago de Chapala llegaban a Ocotlán productos y mercancías que luego eran distribuidos hacia Guadalajara y la capital del país, por ejemplo: “productos lácteos de la sierra del Tigre, carbón del cerro de García, hortalizas de la ribera sur, artesanías y muchas cosas más”.⁶

T. Philip Terry, en 1909, comentó sobre los viajes a Ocotlán que:

El tranvía de Ocotlán lleva al pasajero de la estación del tren (5 centavos) hasta la pequeña plaza coronada de naranjas en el centro de la villa. De allí se caminan dos minutos hasta el embarcadero, cercano a un gracioso y viejo puente de piedra cons-

4. Alejandro Cerda Carrillo, *Ocotlán a través de su historia*, México: Club Rotario de Ocotlán, A.C., 1991, p.100.
5. Ver, Diego de Basalenque, *Los agustinos, aquellos misioneros hacendados*, México: SEP, p.165.
6. Véase del autor, “Chapala, el gran lago de México”, en *Aquellos tiempos en Chapala*, Guadalajara: Agata, s/f, pp. 5-17.

truido por los españoles. Hay cargadores para el equipaje de mano, 12 a 25 (centavos), entre el carro y el embarcadero”.⁷

También nos dice Montes de Oca que:

En la época de bonanza de Ocotlán por tener el embarcadero como “puerto” del lago, había en aquel hasta cien canoas de vela, para carga, cincuenta medianas de remos, un vapor y los botes listados. (...) Iban a Tizapán, Tuxcueca, Cojumatlán, La Palma, San Luis Soyatlán, San Cristobal, Jamay, San Pedro Caro, Pajacuarán, La Palmita, Ibarra y La Barca.⁸

Sin embargo, tal hegemonía comercial la perdió en la década de los años 1930 con la construcción de carreteras, las cuales se proyectaron del otro lado de la laguna, beneficiando a los municipios de Jocotepec, San Luis Soyatlán, Tuxcueca y Tizapán el Alto, en el estado de Jalisco.

De igual manera, Montes de Oca nos dice cómo vestía la gente a mitad de este siglo:

Las gentes de las clases proletarias usan calzón y camisa de manta, pantalón de mezclilla, blusa de manta o dril, guaraches, sombrero de palma, ceñidor de cuero, sarape de diferentes colores (“liebritas”, “roba burros”, nombran los campesinos a la frazada). Enagua de percal, camisa y saco, rebozo, zapatos y guaraches, zarcillos y aretes, anillos y medias corrientes, es la indumentaria de las mujeres humildes. Los hombres de las clases pudientes y media traen ropa de dril blanco, debido al calor, conforme a la moda reinante.⁹

Ocotlán se ha desarrollado, por un lado, gracias a la instalación de las industrias Nestlé (1934), transnacional que procesa y produce lácteos, y la textil Celanese Mexicana (1947), además del despliegue de la industria mueblera, la cual actualmente está conformada por más de 200 grandes, medianas y pequeñas empresas; y por otro lado, a su ubicación geográfica y a sus recursos naturales, además de su red de vías de comunicación: se puede llegar por las carreteras Guadalajara-La Barca y la de Tototlán que la

7. José María Muriá y Angélica Peregrina, *Viajeros anglosajones por Jalisco. Siglo XIX*, México: INAH, programa de Estudios Jaliscienses (col. Regiones de México), 1992, p. 310.

8. Montes de Oca, *Ocotlán en el primer centenario de la aparición del Señor de la Misericordia*, México, 1947, p. 24.

9. *Ibid.*, p. 16.

conecta a Los Altos, también por la autopista Guadalajara-México. Aunque cuenta con una vía ferrocarrilera Guadalajara-México, ésta ya no cuenta con servicio para pasajeros desde el mes de febrero de 1998, en que se canceló el servicio nacional.

La llegada de la industria a Ocotlán cambió la fisonomía de la ciudad. De ser un pueblo de campesinos y pescadores ha devenido en una ciudad de empleados y obreros. Según el Censo de 1990, la población ocupada del municipio alcanza la cifra de 19 239. El sector primario (agropecuaria) tiene 2 331; el sector secundario (o de transformación de materias primas) 8 557; y el terciario (servicios) 7 902. En la ciudad de Ocotlán se concentra la mayoría de la población ocupada, la cual alcanza la cifra de 17 569: el sector primario tiene 1 181; el secundario 8 266, y el terciario 7 720.

Ocotlán se ha venido conformando con inmigrantes de localidades y municipios aledaños desde finales del siglo XIX, de los estados de Michoacán y de Jalisco. Su ubicación geográfica, entorno natural, desarrollo urbano y crecimiento industrial le han servido para atraer inversionistas, mano de obra calificada y profesionistas. Hasta 1994, contaba con un par de centros universitarios de estudios tecnológicos, pero desde esa fecha la Universidad de Guadalajara, a través del Centro Universitario de la Ciénega (CUCI), ha ofrecido sus servicios de educación profesional en las áreas de ingeniería y económico-administrativas. La cobertura de tal centro alcanza 16 municipios,¹⁰ y tiene tres sedes: una en La Barca, otra en Atotonilco el Alto y una más en la ciudad de Ocotlán, donde se encuentra la rectoría del CUCI. Aunque en nivel de estudios la presencia de la universidad ha reducido la emigración hacia la ciudad de Guadalajara y evitado la desintegración familiar; en el ámbito laboral, la mayoría de los egresados se topan con escasas fuentes de trabajo reales, ya que se preparan en una profesión que no van a ejercer de inmediato debido a las escasas oportunidades de trabajo en la región. Por ejemplo, en el mismo centro universitario, la mayoría del personal administrativo de apoyo¹¹ tiene una preparación profesional como ingenieros, abogados y contadores, pero desempeña otras funciones. Estos casos son comunes en otros ámbitos laborales.

10. Los municipios que integran la región Ciénega del estado de Jalisco, según el criterio de la Universidad de Guadalajara, son: Atotonilco el Alto, Ayotlán, Chapala, Degollado, El Salto, Ixtlahuacán de los Membrillos, Jamay, Jocotepec, Juanacatlán, La Barca, Ocotlán, Poncitlán, Tizapán, Tototlán, Tuxcueca y Zapotlán del Rey.

11. Es el caso de las secretarías y bibliotecarias.

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DEL TERRUÑO

Entre los ocotlenses es sabido que dos hechos ocurridos en el año de 1847 reescribieron las páginas de la historia del pueblo y son el origen de la festividad anual que realizan los habitantes en honor del Señor de la Misericordia. El primer suceso fue un fenómeno natural: el dos de octubre, un movimiento telúrico acabó con las viviendas del poblado y ocasionó la muerte a muchas personas: “Tres horas antes de que el Astro Rey tocara a la mitad de su camino, los habitantes todos de Ocotlán sintieron el estremecimiento de la tierra, ocasionado por un fuerte temblor trepidatorio que se prolongó por cinco minutos, extendiéndose la conmoción a diez leguas en contorno, por todas las fincas rurales que pertenecen a esta feligresía”.¹² Los habitantes de aquel tiempo interpretaron tal suceso como un castigo divino, pues “las costumbres se habían relajado a tal grado que se violaban todas las leyes divinas y humanas.”¹³ Incluso, en 1840 “La Junta Municipal de Ocotlán, por orden de la Junta Departamental, prohibió las representaciones teatrales y los bailes indecorosos, con el fin de no corromper las costumbres.”¹⁴

El segundo suceso ocurrió al día siguiente. Por la mañana, frente a la capilla de la Purísima, mientras se celebraba una misa en honor de los difuntos del día anterior, “se operó (...) una espantosa revolución de nubes por el horizonte; se limpió poco después el cielo, quedando al Noroeste del pueblo dos ligeras nubecillas que separándose con lentitud, apareció en el centro de aquellas, de un azul purísimo una gran Cruz y enclavado en ella la Imagen perfecta de Jesucristo”.¹⁵ Este segundo acontecimiento significó para los pobladores de Ocotlán el perdón y misericordia de Dios. Según el Arzobispo de Guadalajara, José de Jesús Ortiz, en una carta fechada el 29 de septiembre de 1911, señaló que el último suceso es HISTÓRICAMENTE CIERTO y que no pudo ser obra de alucinación, o de fraude, puesto que se verificó a plena luz del día, a la vista de más de dos mil personas y sin acuerdo alguno, que hubiera sido materialmente imposible”. A esta argumentación le antecedía el testimonio rendido ante el Dr. D. Luis Silva, Canónigo Magistral de la Catedral el 3 de octubre de 1897, fecha en que aún existían personas que presenciaron la Aparición y quienes declararon “con las formalidades respectivas

12. Lic. J. Reyes Zavala, citado por Margarito Ortega, en: *El prodigio de Ocotlán*, Guadalajara: s/ed., 1988 (1945), p. 9.

13. *Idem*.

14. José López Martínez, *Historia de Ocotlán*, México, 1947, p.69.

15. *Ibid.*, p. 16.

para que su dicho se estime como verdadero”. Fueron treinta las personas que dieron su testimonio.¹⁶

Esta misma historia la expresan cinco pinturas murales que se encuentran en el interior del templo del Señor de la Misericordia, las cuales narran: El temblor del 2 de octubre de 1847 (La Expiación), El Prodigio, El Juramento, un Testimonio ante las Autoridades Eclesiásticas y el Testimonio ante el Notario Público en las festividades del Cincuentenario de la Aparición.

De igual manera, frente a la capilla de la Purísima, a un constado de la parroquia, se sitúa un monumento dedicado al Señor de la Misericordia, en cuya base se esculpieron las escenas mencionadas en el párrafo anterior. Es necesario decir en este instante que tal monumento eterniza y glorifica el pasado histórico; pero, además, preside al pueblo y lo representa. Existe una relación profunda entre el pueblo y la imagen. “La imagen da identidad al pueblo. Tocar la imagen es tocar al pueblo mismo. De ahí que el pueblo defiende el ser sujeto de las expresiones devocionales a la imagen y se resista a los cambios cuando éstos vienen de personas ajenas y que no las comprenden, aunque sean sus pastores; él quiere ser sujeto de su propia vida”.¹⁷

Antes de esos acontecimientos la parroquia y el pueblo de Ocotlán estaban dedicados a Santo Santiago; pero, después de la Aparición, los habitantes decidieron jurar tener como patrono al Señor de la Misericordia y recordar los sucesos el día 3 de octubre por medio de una celebración religiosa y festiva.

Destruído el pueblo por el temblor, se repuebla. El doctor Alejandro Cerda comenta que:

En esos tiempos a Ocotlán se le eximió de dos problemas muy serios: 1) todo tipo de impuestos: entonces toda la gente de alrededor del pueblo se viene a Ocotlán para evitar los impuestos; 2) el derecho de sangre y las levas: en ese tiempo México estaba en guerra contra Estados Unidos. Entonces agarraban las encomiendas de llevar indios a pelear, y Ocotlán estaba eximido de esos dos. No pudieron sacar gente de Ocotlán para llevar a la guerra. Entonces fue como se reconstruyó.¹⁸

16. Cfr. López Martínez, *op. cit.*, pp. 75-98. José G. Montes de Oca nos dice que hubo dos testimonios sobre la Aparición antes de 1897: el primero de ellos fue el 14 de octubre de 1847; el segundo, el 4 de marzo de 1848. En el primero comparecieron 25 testigos oculares mayores de edad y de reconocida probidad; en el segundo, se presentaron 15 testigos por orden de D. Diego Aranda, Obispo de la diócesis. Cfr. José G. Montes de Oca, *op. cit.*
17. Ver, “La devoción a las imágenes de Cristo en la religiosidad popular del sur de Jalisco”. José Sánchez Sánchez. Fotocopia de ponencia presentada en el “1er. Encuentro de investigadores del fenómeno religioso en el occidente de México”, llevado a cabo en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, 1998.
18. Entrevista con el doctor Alejandro Cerda, cronista de la ciudad de Ocotlán. 11 de diciembre de 1997.

La interpretación de un fenómeno natural y de un fenómeno religioso trajo como consecuencia un movimiento socio-religioso (la fiesta) que estuvo encabezado por las principales autoridades civiles y religiosas. Molina del Villar nos dice que desde los primeros siglos coloniales las posturas y actitudes de la Iglesia, que veía la concurrencia de sismos como un castigo celestial, expedito y merecidísimo por los pecados del hombre, se manifestaban en procesiones y actos religiosos para calmar la ira divina. Del Villar señala que durante los siglos XVIII y XIX

Al acaecer un sismo, una sequía o una epidemia, las autoridades civiles, eclesiásticas y la sociedad organizaban conjuntamente procesiones, novenarios (...) y fiestas a santos patronos. Por ejemplo, en una procesión se congregaban tanto las autoridades de gobierno: el virrey, los miembros de la audiencia y del ayuntamiento, como el Arzobispo, las cofradías y diversos grupos sociales, tales como el gremio de los comerciantes, panaderos y artesanos, y también los indios. Al parecer, en estas demostraciones públicas las respuestas de las autoridades y de la sociedad a raíz del desastre se entremezclaban.¹⁹

La religión permeaba la vida social de los habitantes y adquiriría mayor importancia en una situación de emergencia originada por un fenómeno natural. Pero ¿hasta qué grado la respuesta social ante tales situaciones de emergencia responde a una acumulación de experiencia, o por el contrario, se trata de una acción espontánea explicable por un olvido colectivo de los desastres?

En la historia de los sismos, Ocotlán aparece el día dos de octubre de 1847, y después el 15 de enero 1889, el 22 y 23 de enero de 1900 y durante los años 1912, 1913 y 1914 se tiene noticia de otros temblores oscilatorios.²⁰ Aunque el temblor, según los datos que hemos expuesto, no pertenecía al cúmulo de experiencias de los habitantes ocotlenses, la población tenía otro tipo de infortunios como las epidemias, por ejemplo de *matlaltzahuatl* que asoló toda la Nueva España en 1736.²¹

19. Ver América Molina del Villar, "Aproximación histórica y social al estudio de los desastres naturales. Siglos XVIII y XIX", p. 50, en Virginia García Acosta (Coord) *Estudio histórico sobre desastres naturales en México*, México: CIESAS, 1994.

20. Véase, Virginia García Acosta y Gerardo Suáres Reinoso, *Los sismos en la historia de México*, México: UNAM./CIESAS./FCE, 1996.

21. Véase, Alejandro Cerda Carrillo, *op.cit.*, 1991, p. 117.

UN JURAMENTO FUNDA LA FIESTA

Margarito Ortega nos dice que después de la Aparición, los habitantes juraron tener al Señor de la Misericordia como patrono y celebrar cada año una festividad con el mayor esplendor posible.²² Pero ¿qué significa el juramento y por qué en la actualidad lo renuevan cada año sólo los hombres? Según el doctor Alejandro Cerda:

El juramento funda e instituye la fiesta y el que lo hagan los hombres es una tradición.

Cuando ocurrió el temblor la gente se estaba yendo. No había trabajo ni casas. Al día siguiente hay la Aparición, y la gente dice que venía a traer misericordia al pueblo de Ocotlán por lo que había pasado y entonces ellos se ponen a hacer el juramento.

El juramento consiste en: a) cambiar de Patrón: antes el patrón del pueblo era Santo Santiago, y el pueblo se llamaba Santiago de Ocotlán; b) quedarse en Ocotlán a reconstruir el templo, y celebrar la fiesta de Ocotlán cada año. Se supone que la institucionalización de la fiesta es el juramento, el juramento ocurrió al día siguiente de la Aparición. Si nosotros pensamos en el juramento de Ocotlán debemos pensar que empezó al año siguiente, de la manera que sea, pobremente si tu quieres, pero debió haber empezado luego, luego.

Pero en el derecho canónico no está permitido que se cambie de patrón en ningún pueblo ni en ningún templo, y dice (el derecho) que cuando un templo se destruye debe seguir conservando el mismo nombre del patrón.²³

Ahora bien, en la carta del Arzobispo de Guadalajara (1911) en la que declaró el hecho de la aparición como históricamente cierto también ordenó que:

Para que nunca se olvide de la misericordia del Señor con aquel pueblo, queremos y mandamos que todos los fieles se congreguen en la forma que fuere posible y después de purificadas sus conciencias con los Santos Sacramentos de la presencia de Dios y por si y por sus descendientes que año por año celebraran el aniversario del 3 de octubre con el esplendor posible y sobre todo con misiones, acciones de gracia y actos de fe, de esperanza y de caridad que sean la expresión de su reconocimiento y la multitud y grandeza de los favores recibidos. Mandamos al Señor Cura del lugar que copie esta carta en el Libro de Gobierno, que la lea a los fieles en el primer día festivo que ocurra y le dé la mayor publicidad por medio de la imprenta, para que llegue a conocimiento de todos y que de acuerdo con sus feligreses, proceda a fijar el día del Juramento que ordenamos de todo lo cual nos dará cuenta con la debida oportunidad.²⁴

22. Margarito Ortega, *op. cit.*, 1988, p. 51.

23. Entrevista con el Dr. Alejandro Cerda, cronista de la ciudad. 11 de diciembre de 1997.

24. López Martínez, *op. cit.*, 1947, p. 99.

Supongo que la práctica del juramento se hace oficial a partir de ese momento y por órdenes de las autoridades de la Iglesia Católica, pero desconozco al autor, la fecha de la redacción y si antes de tal carta se realizaba la práctica de manera informal y cómo se hacía.

Durante el siglo XIX otros juramentos se habían desarrollado. Por ejemplo, el 25 de marzo de 1806 los habitantes del pueblo de Zapotlán, Jalisco, juraban tener como patrón al Señor San José y celebrar sus fiestas año con año. En realidad estaban haciendo un segundo juramento, pues el primero se realizó en octubre de 1749, año en que “se obligaron los zapotlenses con formal escritura, a solemnizar al Santo Patriarca a quien eligieron patrono y por cuya intercesión, que imploraron, se aplacó la justa ira de Dios”.²⁵ También, en 1821, año en que nuevamente se condecoraba a la imagen de la Virgen de Zapopan con el título de Presidenta y Generala de las Armas de la Nueva Galicia, el Sr. Cabañas realizaba junto con la comunidad zapopana un solemne juramento, “obligándose el Ayuntamiento de la ciudad, por si y por sus sucesores, a celebrar anualmente el aniversario de esta jura con misa solemne y sermón en la propia catedral iglesia”.²⁶

EL NACIMIENTO DE LOS GREMIOS OCOTLENSES

La aparición de los gremios en el escenario de la fiesta del Señor de la Misericordia se encuentra estrechamente relacionada con el repoblamiento de Ocotlán después del temblor de 1847. José López Martínez nos dice que en abril de 1848, los gremios de comerciantes y agricultores se matricularon en una junta de fomento que contribuyó a subsanar en parte las consecuencias económicas que había traído la catástrofe.²⁷ Por un lado, el fin de esos organismos o gremios fue el de ayudar a la población en sus problemas económicos, pero, por otro, asumieron un carácter religioso, pues se han venido encargando de la organización de la fiesta del santo patrono desde aquel tiempo.

En la actualidad, los gremios se identifican por días y se integran por uno o más gremios. Cada gremio puede estar constituido por una o más empresas, fábricas, talleres, profesiones, oficios, ranchos o comunidades de, o fuera de Ocotlán. Los diferentes gremios que se juntan para organizar un día de la fiesta tienen la responsabilidad de realizar “la compostura” del templo,

25. J. Ignacio Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, T.4, México, ed. Cultura, 1967, p. 159.

26. *Ibid.* P. 342.

27. López Martínez, *op.cit.*, p. 76.

es decir, decorarlo por un día; pagar la pólvora y la música, y efectuar una procesión desde algún punto de la ciudad. En tal procesión participan hombres y mujeres, algún grupo de danza y una o varias bandas de música que contratan para la ocasión. De esta manera los diferentes gremios del lugar expresan su devoción al Señor de la Misericordia.

MOVIMIENTOS RITUALES DURANTE LA FIESTA

Presento a continuación una breve descripción de dos tipos de movimientos rituales que permiten acceder a la comprensión del orden social de Ocotlán. Por un lado, “la Entrada de los Gremios” que se realiza el día 20 de septiembre, y por otro, las procesiones que lleva a cabo el gremio del “Comercio chico” (locatarios de los mercados de la ciudad, el día 27 de septiembre).

La entrada de los gremios,²⁸ inicio de la fiesta

Los trece gremios,²⁹ las autoridades civiles y eclesiásticas se reúnen por la tarde en la Estación del Ferrocarril –al norte de la ciudad y como a un kilómetro de distancia del centro– para continuar con una tradición: *la entrada de los gremios o de la música* (cursivas mías). Desde fines del siglo XIX y principios del XX, la población ocotlense se reunía en la estación del ferrocarril para esperar a la Banda de Música que provenía de Arandas; ésta amenizaba las fiestas patronales en aquellos tiempos, pues el municipio carecía de una. Cuando llegaba la Banda, se hacía una especie de procesión hasta el templo. Así que a este evento se le conoció como la Entrada de la Música. Tal acto, nos dice Margarito Ortega, “fue formando una costumbre, y tanto que cuando ya Ocotlán contaba con una Banda Musical y ya no era necesario traer la de Arandas, prevaleció la costumbre de reunirse en las afueras de la población los dirigentes de las fiestas, y acompañados de la Banda hacían el mismo recorrido”.³⁰

28. Me referiré a la Entrada de los gremios también como desfile o recorrido para no causar monotonía en el texto.

29. Gremios: 21 de septiembre, Industrias Ocotlán; 22, Albañiles, sastres, peluqueros, modistas y fotógrafos asociados; 23, Herreros, zapateros, mecánicos, magisterio y empleados autopista; 24, Muebleros, carpinteros y molineros; 25, Gremio Nestlé; 26, Tablajeros, carniceros, birrieros, huaracheros y menuderos; 27, Panaderos, pescadores, neveros y compañeros; 28, Comerciantes en pequeño; 29, Transportistas y empleados de los distintos medios de comunicación; 30, Cuitzeo, La Estancia y rancherías; 1 de octubre, Agricultores y lecheros; 2, Comerciantes, profesionistas y empleados, y 3, Gremio Celanese.

30. Margarito Ortega, *op. cit.*, p. 53.

A las 17:30, se rompe la rutina diaria con la Entrada de los gremios, desfile inaugural de la fiesta. Al frente de los gremios van las autoridades civiles y eclesiásticas. La tradición de que las autoridades civiles y religiosas desfilen, en el caso de Ocotlán, se remonta al siglo pasado. Dávila Garibón dice que

(...) un respetable sacerdote que fue durante muchos años Ministro de Ocotlán, en algunas temporadas Cura sustituto de la misma parroquia, me ha asegurado que antiguamente los principales vecinos del lugar se reunían cada año en las casas consistoriales para formar el programa de fiestas del Señor de la Misericordia, que las autoridades locales asistían oficialmente a dichas fiestas, y que una vez concluida la función religiosa, el Párroco y los ministros salían del templo a acompañar al Director Político y a los miembros del Ayuntamiento hasta el ángulo poniente sur de la Plaza de Armas donde las autoridades le despedían, pasando la política al portal y devolviéndose la eclesiástica al curato; que estas prácticas todavía se observaron durante la administración del Sr. Cura D. Domingo Rosas (en el año de 1885).³¹

Tras las autoridades desfilan los trece gremios encargados de organizar la fiesta: primero el gremio del día 20 y 21 de septiembre, luego el del día 22, hasta llegar al del día 3 de octubre. El orden de los gremios se establece por antigüedad. El más próximo al tres de octubre es el más antiguo. En ese sentido, el gremio de agricultores o el de comerciantes debería organizar el día tres de octubre; sin embargo, ese día lo organiza el gremio más fuerte económicamente para que el día del Señor de la Misericordia se celebre con mayor esplendor. Así, en alguna ocasión ese día estuvo a cargo del gremio de transportistas, y en la actualidad le corresponde a la empresa Celanese. Este último día y el que da inicio a la fiesta son los más importantes para la población: el principio y el fin, el alfa y omega, la Iglesia y la Industria.³²

Cada gremio se identifica con un estandarte que algunos niños cargan o bien desfilan debajo de él, y se hace acompañar de uno o más conjuntos musicales, un carro alegórico (en años anteriores los carros alegóricos representaban pasajes bíblicos, pero este año (1997) tuvieron como tema “La Aparición del Señor de la Misericordia”), una danza autóctona o una banda de guerra. Los niños que desfilan bajo el estandarte del gremio representan a quienes se inician en esta tradición y en quienes se deposita la confianza de continuar con la celebración festiva. En la conciencia colectiva existe la idea

31. *Estudio histórico sobre la parroquia de Ocotlán*, Editado por J. Jesús Barajas Sandoval, 1997, p. 32.

32. Sobre la relación Iglesia- Industria, véase Casillas Celis, tercer capítulo de tesis de maestría

de que los hombres desfilan porque fueron, son o serán los cabezas de la familia y porque ellos tienen la responsabilidad de ésta. En este sentido, presenciaremos un *rito de paso*,³³ en el que los padres que participan en el ritual de la Entrada tienen la obligación de presentar y transmitir el culto del Señor de la Misericordia a sus hijos.

Los agremiados portan sobre el pecho uno o más distintivos del (de los) gremio (s) al (a los) que pertenece (n).

Es importante señalar que sólo los hombres que pertenecen a los gremios desfilan. Infinidad de personas, más mujeres que hombres, los miran desde las banquetas, sobre carros, balcones o azoteas de la ruta. Lanzan porras y vivas a sus conocidos y al Señor de la Misericordia. Bailan y cantan la canción de moda que los grupos musicales tocan. Cuando aparecen los carros alegóricos, asumen una actitud seria y piadosa.

La televisora local, “Cablemás”, transmite por circuito cerrado todo el evento religioso y profano. Coloca en distintos lugares de la ruta a su personal. Aunque quizá no haya muchos televidentes en casa en este momento, la grabación es importante como dato histórico y como material de consumo, pues algunas personas, por ejemplo las de los gremios, acuden a las oficinas de “Cablemás” para obtener una copia de la Entrada debido a que no la ven porque desfilan.

Al entrar las autoridades religiosas al templo, las campanas del mismo inician su repique, y cuando el último de los gremios termina su recorrido, el repique cesa y los agremiados pronuncian en coro la fórmula del JURAMENTO dentro del templo: “JURAMOS solemnemente, por la Santa Cruz y los Santos Evangelios, en nuestro nombre y en el de las generaciones venideras celebrar cada año, el tres de octubre, una festividad religiosa de mejor modo posible, en recuerdo de la Maravilla obrada por el Señor en favor de su pueblo de Ocotlán, el 3 de octubre de 1847”.³⁴ El templo ya luce la compostura del gremio del día 20 y 21 de septiembre.

Actualmente, en la Entrada y el Juramento sólo participan los hombres. Nos dice Casillas Celis que en 1986, el Juramento lo hacían sólo los hombres y las puertas del templo se mantenían cerradas. Esto último ha cambiado, aunque las puertas del templo están abiertas durante el Juramento, el interior de la parroquia sigue siendo una zona prohibida para las mujeres.

33. Véase, Arnold Van Gennep, *Los ritos de paso*, Madrid: Taurus, 1986 (1909).

34. Margarito Ortega, *op. cit.*, p. 51.

El doctor Alejandro Cerda señala que:

Es tradición que sólo los hombres desfilen porque anteriormente los gremios estaban conformados por hombres y el hombre era el que trabajaba. El hombre es el que desfila y hace el juramento por él y su familia. La mujer no trabajaba. Últimamente han entrado mujeres, pero no es la tradición. El caso es que si la mujer desfila, todo el pueblo desfila, entonces quién vería la procesión. Nadie la vería. Además no cabrían en el templo.³⁵

No obstante esta información, en la crónica de la fiesta de 1944, el presbítero Margarito Ortega dice que después de hacer el juramento los hombres: “También el elemento femenino espera que los varones le cedan el puesto, y también de rodillas van a los pies de Jesús, repiten la fórmula Sda. del Juramento, reciben la bendición con el Santísimo y entonan el himno.”³⁶ Esta información me hace dudar sobre la tradición de que sólo los hombres hagan el juramento.

Luego de ese rito, mientras los campaneros en las torres de la parroquia dan la primera llamada para la diaria ceremonia de las vísperas vespertinas que serán oficiadas por algún sacerdote invitado, el templo se llena con personas familiares e integrantes de los gremios a los que les tocó hacer el arreglo del templo ese día.

La plaza principal de Ocotlán, sus calles concéntricas, el módulo de feria, la explanada de la Casa de la Cultura, el malecón y los puestos de cena, los bares, los restaurantes y salones de baile, y algunas casas particulares se van llenando de personas. Otro tipo de celebración se hace presente y con ella las risas, las bebidas alcohólicas, las voces y luces estridentes de la ciudad, la transformación social e individual en la relajación de las costumbres y la liberación de los sentidos y sentimientos. De esta manera se seculariza la fiesta, y su carácter religioso cambia al comercial y profano, un elemento clave para el afianzamiento de la economía local.

En la plaza, escenario central de la fiesta, algunos jóvenes deambulan de un lado hacia otro acompañándose de un mariachi, una banda de música, un grupo norteño o algún trío. Dice la gente que son los que vienen de Estados Unidos y traen “sus buenos dólares”. Una que otra familia contrata algún conjunto musical para amenizar la convivencia. Esto mismo sucede en la terraza. A las diez y media de la noche se enciende el castillo, y por un mo-

35. Entrevista con el Dr. Alejandro Cerda, 11 de diciembre de 1997.

36. Margarito Ortega, *op. cit.*, p. 58.

mento parece que todo el mundo pone atención, pero no, es sólo una parte. Al concluir los juegos pirotécnicos, un buen número de personas se retira a su casa, especialmente las familias que viven lejos del centro; en tanto que otras continúan con la diversión hasta el amanecer.

En el módulo de feria la mayoría de los juegos mecánicos están llenos. Por el Malecón hay muchos puestos de comida, dulces, fritangas, artesanías y productos varios, parece un tianguis nocturno. Frente al Malecón y a un costado de la feria, hay un espacio al aire libre delimitado por mallas de alambre donde se improvisa un salón de baile y se presentan los grupos musicales de la región, especialmente los que tocan la música grupera de moda. Los jóvenes de este lado del Zula, según su vestimenta y apariencia, son de escasos recursos económicos; a diferencia de los que deambulan y se estacionan por la plaza principal, quienes van a las discotecas o bares del centro y lucen prendas nuevas de reconocidas marcas comerciales y cadenas y medallas de oro. Unos y otros no se mezclan. Respetan el territorio del otro y hacen evidente el conflicto y la exclusión social.

UN DÍA DE FIESTA CON EL GREMIO DEL COMERCIO CHICO³⁷

A las cinco de la mañana del día 27 de septiembre, afuera del mercado Juárez, el gremio del Comercio Chico instala un altar por la calle Leandro Valle, frente a una de las entradas del mercado. Aproximadamente unas cincuenta personas participan del acto litúrgico. Hace frío. La banda de música de Mezcala se integra al gremio al término de la misa. Toca un par de piezas ahí y luego encabeza la procesión del gremio, cuyo destino es la parroquia del Señor de la Misericordia. Las calles de Leandro Valle e Hidalgo conforman la ruta.

La música de la banda entorpece el silencio de una ciudad que duerme con los brazos cruzados. Las personas que van detrás de la banda casi no hablan entre sí, ni tampoco rezan. Una vez en el templo, la banda y los agremiados entonan las mañanitas al Señor de la Misericordia. Después de esto, la procesión regresa al mercado Juárez, el punto de partida, pero esta vez la actitud de los integrantes es diferente. Mientras la banda toca cumbias y melodías rítmicas, los agremiados bailan, aplauden, gritan y silban al compás de la música. Una persona del gremio distribuye ponche entre los participantes. La pequeña dosis de alcohol que contiene la bebida es suficiente para ir mermando el frío.

37. Se integra por locatarios de los mercados del municipio.

Afuera del mercado Juárez, donde se ha realizado la misa, los agremiados bailan tres o cuatro melodías y luego la banda y los dirigentes del gremio se van con la música al mercado de San Andrés, luego al de San Antonio y por último regresarán al Juárez. Las calles por donde fue y vino el gremio en procesión lucieron desiertas y silenciosas. No hubo ningún espectador.

Por la tarde, a las 16:00, los integrantes del gremio nuevamente se vuelven a reunir, pero ahora en la calle de Luis Moya y Ramón Corona, para llevar la compostura al templo. El gremio llama a sus integrantes por medio de cohetes. La danza azteca "Señor de la Misericordia" y la banda de música de Mezcala, contratada para amenizar las diferentes actividades del gremio durante este día, atienden al llamado y hacen acto de presencia. La banda toca "Viva mi desgracia" dentro del local donde se guarda la compostura; entre tanto, los danzantes se forman en dos filas y al sonido del *teponascle* sus integrantes empiezan a danzar. A las 17:30 inicia la procesión con rumbo al templo del Señor de la Misericordia, que lucirá nueva compostura por la noche. Algunos adornos, como un conjunto de macetas, se llevan en una camioneta y otros se cargan en la procesión. Ésta inicia en la calle Luis Moya, luego prosigue por la 1910 y finalmente por la calle Hidalgo, hasta la parroquia. La procesión la ven sólo las personas que tienen algún asunto por esa ruta. La jornada del día termina con la quema del castillo del gremio.

MOVIMIENTOS RITUALES Y "AL FONDO HAY LUGAR"

Durante el periodo festivo, la gente se organizó para manifestar su devoción a su santo patrón. Una de las expresiones recurrentes fue el movimiento ritual diferenciado, ello debido a que los personajes que lo realizan aunque pertenecen a un mismo municipio, se agrupan a través de gremios para manifestarse. A partir de la observación de los movimientos rituales y del significado que tienen para sus participantes, presentamos las siguientes consideraciones.

Los movimientos rituales que llevaron a cabo los habitantes de Ocotlán durante el periodo festivo tuvieron un carácter religioso, pues su objetivo fue honrar a su santo patrón; pero se diferenciaron entre sí por sus participantes, por las intenciones y motivaciones que expresaron en sus recorridos, por el tipo de ofrendas, porque la ruta fue distinta dependiendo de la espontaneidad del grupo, o bien fue cíclica y oficial. No obstante, a diferencia de movimientos rituales como los que se realizan al santuario de la Virgen de Guadalupe, en el D. F., a Talpa de Allende, o bien a Zapopan, en el estado de Jalisco, donde las motivaciones e intenciones que obligan a los participantes a hacer el movi-

miento se fundan en un conjunto complejo de peticiones, mandas o entrega de exvotos que tienen que ver además con sacrificios y penitencias; los movimientos rituales que se presentan en Ocotlán tienen por objetivo casi de manera exclusiva expresar la devoción al Señor de la Misericordia y cumplir con el compromiso y deber de estar en la ciudad cada año y participar en las fiestas, algo que queda manifiesto en el texto del juramento.

Resulta relevante observar que las peregrinaciones a los santuarios de las Vírgenes de Guadalupe, Talpa y Zapopan se pueden realizar durante cualquier temporada del año, y los peregrinos reconocen en tales vírgenes un poder milagroso. En oposición, la devoción al Señor de la Misericordia no proviene de un atributo milagroso, sino de su perdón, protección y arraigo al “terruño”. Así que el tiempo en que tienen sentido sus movimientos rituales corresponde al período festivo.

Los movimientos rituales se presentaron de manera diferenciada, por ejemplo los gremios de la ciudad organizaron por lo menos dos recorridos durante el día que les tocó celebrar al santo patrón: una para llevar las mañanitas y otra, por la tarde, para llevar los arreglos del templo y ofrendas de flores y velas. En tales recorridos sólo participaron los integrantes de los gremios que organizan la fiesta; además, se hicieron acompañar de una banda de música, un grupo de danzantes, o ambos. Los movimientos rituales tuvieron distintos puntos de partida dentro de la ciudad, pero una sola meta: la parroquia del Señor de la Misericordia

También, durante el período festivo, la gente ocotlense que habita fuera de la ciudad, sea en las comunidades del municipio, fuera del estado de Jalisco o de la República Mexicana, inicia un movimiento ritual desde su lugar de origen hasta la ciudad de Ocotlán y a la parroquia. Por ejemplo, el día 27 de septiembre, los hijos ausentes de Ocotlán que residen en Estados Unidos representan su recorrido internacional con otro que inicia en la estación del ferrocarril y termina en la parroquia. De igual manera, el mismo día 27, por la mañana, llega un grupo de ocotlenses que viven en la ciudad de México y realizan el mismo recorrido. Cada año este contingente ofrece un cristo de proporciones humanas, hecho de flores, como muestra de su devoción y religiosidad. Finalmente, el día primero de octubre, las personas que pertenecen al gremio de agricultores y que viven en rancherías y localidades lejanas del municipio, salen de su propia comunidad en la madrugada e inician el recorrido a pie hacia la ciudad. Llegan por diferentes direcciones y se reúnen en la misma estación del ferrocarril para entrar a la ciudad y dirigirse a la parroquia. A diferencia de los otros gremios y grupos, el de los agricultores manifiesta un sacrificio personal, pues caminan descalzos su propia ruta entre

piedras y matorrales del campo. Algunos de éstos realizan hasta cinco horas en su recorrido alumbrándose con pequeñas linternas de pilas magnéticas.

La única diferencia entre los movimientos rituales que hemos expuesto, es que la Entrada de los Gremios se realiza dentro de la ciudad, o territorio sagrado, y los segundos inician en un lugar ajeno al territorio sagrado y se dirigen a él; pero, las intenciones y motivaciones son las mismas. Es decir, manifestar su identidad territorial y su devoción a su santo patrono. A los primeros movimientos los identificamos como procesiones y a los segundos como peregrinaciones. Con esto no digo nada nuevo, aunque sé que otros estudiosos de tales fenómenos encuentran mayores diferencias entre uno y otro.³⁸

Coincido con Grimes cuando dice que

Los desfiles como las procesiones y las peregrinaciones son ritualizaciones del espacio, pero los desfiles no proceden de promesas y votos como sí ocurre a menudo con las peregrinaciones, ni son para prestar testimonio como las procesiones. Aunque en los desfiles, como en las procesiones y las peregrinaciones destilan ciertos valores y exaltan ciertas virtudes, su principal propósito es ser vistos. Aunque las procesiones dan testimonio, aquellos que hacen de testigos no son necesariamente diferentes de los que participan en la procesión. Los desfiles exigen que los participantes y el público sean distintos; las procesiones no. Aunque una procesión tiene típicamente un público diferente de los que la integran, no requiere de espectadores. Y las peregrinaciones necesitan aún menos al público. Pero un desfile fracasa a menos que sea un espectáculo.³⁹

Por un lado, la Entrada de los gremios que describimos y analizamos es una procesión en tanto que exhibe motivos sagrados —como se vieron en los carros alegóricos y la devoción de los participantes—; también porque tiene una ruta procesional, y en ella se da un testimonio como creyentes y devotos del Señor de la Misericordia. Por otro lado, se presenta como desfile, pues se hace evidente la diferencia entre los participantes y el público, y se enfatizan las diferencias jerárquicas, toda vez que desfilan al frente de los gremios las autoridades civiles y religiosas. Quienes participan en estos movimientos rituales comparten una misma identidad religiosa y territorial, además de la devoción al Señor de la Misericordia, pero tanto la Entrada de los gremios como los otros movimientos rituales recrean el drama social de la vida ocotlense. ¿Cómo se da tal representación?

38. Véase Carlos Garma Navarro y Robert Shadow (coords.), *op. cit.*; y también Ángeles Gallegos, "Las peregrinaciones al santuario de la Virgen de Talpa: ritual y proceso social", en *Estudios Jaliscienses*, núm. 34, Guadalajara: El Colegio de Jalisco, noviembre de 1998.

39. Ronald Grimes, *Símbolo y ritual*, México: FCE, 1984, p. 61.

El discurso oficial expresado por el señor cura y aceptado por la población, sostiene que la Entrada de los gremios y el Juramento manifiestan la igualdad social entre sus habitantes y sus autoridades, y nos presenta una sociedad “estructurada y ordenada”; es decir, fragmentada, dividida jerárquicamente y conducida por los representantes de la Iglesia y del Estado. Dicha sociedad tiene un origen histórico común en el mito de fundación de la fiesta y la ciudad; mantiene una identidad cristiana y territorial que se recrea en el mismo mito; sobre el hombre recae la responsabilidad social y a través de los rituales se confirma, este día es el día de los hombres. Además, ello fundamenta la idea de sociedad patriarcal tradicional que enaltece la Iglesia Católica; la ruta de la Entrada inicia en la estación del ferrocarril y continúa por las calles principales de la ciudad, y esta ruta se ha consolidado como sagrada y oficial; tanto el Juramento como la Entrada poseen un carácter religioso y son los rituales más importantes del día, y del periodo festivo; necesitan ser vistos por los otros, aunque éstos sean ellos mismos; estas dos acciones son liminales y reafirman la estructura y el orden social. Finalmente, este día representa el compromiso y deber de la sociedad de continuar con este sueño de sociedad que se sostiene en la propuesta oficial de la Iglesia y de los representantes del Estado.

En los días siguientes encontramos otro modelo de sociedad religiosa que se recrea en los otros movimientos rituales, llámense procesiones o peregrinaciones en los que participan hombres y mujeres. En esos movimientos sus integrantes reafirman su identidad gremial y los hombres y mujeres negocian la inclusión de estas últimas en la fiesta; cada día un gremio organiza la fiesta y expresa su devoción y es el agente principal, aunque no hay espectadores; en realidad, tales movimientos rituales tienen muchos y distintos orígenes del recorrido, pero un sólo destino, cualquier punto del municipio puede ser el origen, no hay un inicio oficial; las actividades que realiza el gremio relativizan toda jerarquía y la solidaridad se hace presente; también traen consigo *ritos de paso* en los que hombres y mujeres inician a sus hijos en la organización de la fiesta, y se dan momentos de liminalidad para conformar la *communitas*. Estas acciones nos dan la idea de una sociedad integrada, sin diferencias sociales, genéricas ni jerárquicas, pues todos los integrantes del gremio comparten una misma condición económica y social.

Quienes participan en las prácticas rituales promovidas por la Iglesia obtienen la gracia divina que limpia sus pecados y hace posible la salvación de sus almas; ésta sólo puede conseguirse por medio de la fe en Dios y de los mecanismos de la Institución de la Iglesia, la cual tiene su razón de ser en la salvación de los pecadores y no en la de los santos. Debemos precisar que

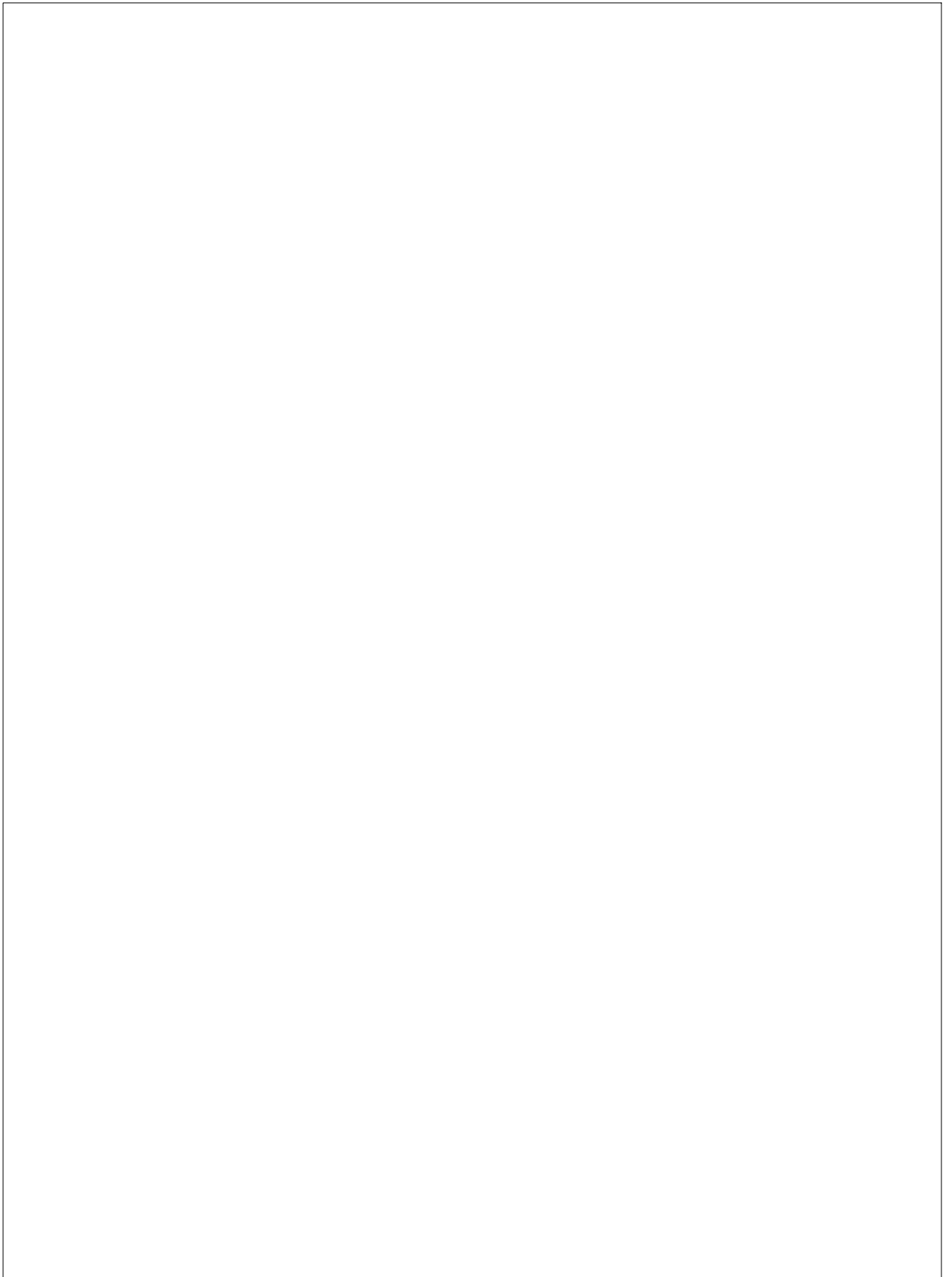
los ocotlenses no sólo viven en el lugar del Prodigio, sino también en el sitio del pecado que Dios castigó. Al reconocerse los ocotlenses como devotos del Señor de la Misericordia, también lo hacen como pecadores que expían su culpa durante todo el año, pero que, sin embargo, el compromiso de organizar la fiesta cada año, que implica muchos sacrificios, los redime, los purifica y los renueva. La fiesta es la institución de la alianza entre los ocotlenses y Cristo, síntesis del cielo y la tierra, de lo divino y lo humano, del sepulcro y la resurrección, eje y centro del mundo, de estos mismos significados se ha cargado la fiesta, en tanto que fenómeno creado.

IDEAS FINALES

Como lo vimos en párrafos anteriores, el juramento funda la fiesta y genera un compromiso entre los habitantes de la región y los sobrevivientes al sismo, en el sentido de repoblar el lugar y recordar tales sucesos con una celebración. Pero, claro, la conmemoración lleva implícita un entramado semántico y cristiano cuyo sustento es la tríada pecado-castigo-redención. Si bien el juramento instituye la fiesta, ésta refunda la sociedad nueva de Ocotlán. Es el elemento de la alianza con Dios, en torno de la cual la población se une y participa, reviviendo la forma en que renacieron como sociedad. Así que este lugar se ha cargado con significados religiosos y cristianos que expresan la cosmovisión de sus habitantes y el sentimiento de pertenencia al terruño, el cual los compromete a permanecer en él, sea física o espiritualmente. Ello “evita” que los jóvenes que emigran pierdan de vista las señales de su territorio y con ellas, las de su identidad. El fenómeno de la fiesta y la devoción al Señor de la Misericordia crean soldaduras que hacen que la identidad y el “matriotismo” no desaparezcan, pues cada año los ocotlenses regresan a la ciudad para celebrar la festividad y mantener el vínculo territorial y revitalizar su identidad.

Aunque el carácter festivo es originalmente religioso-cristiano, en la actualidad, la reinterpretación social de la alianza, a pesar de la autoridad católica de la ciudad, tiene múltiples y diversas manifestaciones profanas que dan sentido a la fiesta y a la vida misma de los ocotlenses.

RESEÑAS



Ivonne del Valle Wiarco, *El discurso sobre “el otro” en la Crónica Miscelánea... de fray Antonio Tello**

LA CRÓNICA...

La autora nos habla del contenido de la *Crónica...* y sus varios libros, así como del sitio donde se encontró, e infiere los motivos posibles de que ésta haya quedado en el olvido y su largo peregrinar hasta ser editada en su totalidad en el año de 1987 (pp. 8, 52)

En el primer capítulo “El contexto enunciativo”, la autora aborda la situación político-religiosa de la Nueva Galicia, la de sus habitantes, la del propio misionero y el contexto en que la *Crónica...* fue elaborada. Lo anterior con la finalidad de dar una certera interpretación a la obra del fraile, estableciendo la distinción entre la realidad a la que llegó Tello y aquella sobre la que escribió (p. 10).

El objetivo central de su investigación y análisis fue, en palabras de la autora, “encontrar las formaciones ideológicas en que Tello sustentó sus concepciones sobre *el otro*, en particular, el indígena de la Nueva Galicia (p. 45). Conviene señalar que en su análisis del discurso va aún más allá, como a continuación lo veremos.

Los capítulos que constituyen propiamente el soporte de este análisis son: el II “El discurso en Tello” y el III “El discurso sobre el otro” (pp. 41-96).



* Ivonne del Valle Wiarco, *El discurso sobre “el otro” en la Crónica Miscelánea... de fray Antonio Tello*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2001, 108 pp.

EL DISCURSO DE TELLO...

Cuando la autora se propone situar la obra de Tello en el *corpus* de la familia textual a la que pertenece, señala que es en definitiva un texto colonial, pues su elaboración queda inserta en este periodo, al concluirse en 1653; amén de que su temática corresponde a los referentes de descubrimiento, conquista y colonización de América (p. 41).

Con relación a la “formación textual”, es decir, al tipo de narración que conlleva o bien por su clasificación más inclusiva, el escrito del fraile tiene un carácter histórico-religioso, género discursivo, que enmarca la crónica. Sin embargo, la obra de Tello, a juicio de Del Valle, desborda esta taxonomía y propone, con base en las aproximaciones al discurso religioso colonial realizadas por Rosa Yáñez¹, una nueva categorización, la de “guerra espiritual” que va de 1541 en que se lee un requerimiento (“invitación” a que se rindan) a los indios rebeldes del Mixtón, a 1765 (fecha del confesionario elaborado por Francisco Cortés y Zedeño) tanto para la obra de Tello como para otros cuatro textos que comparten la formación textual y el modelo discursivo. “Los documentos en cuestión señala [Yáñez], son ‘prueba’ –indicadores de un proceso eminentemente oral– de la guerra espiritual contra los indígenas y sus creencias de tipo religioso; y guerra al fin y al cabo...” (pp. 41, 42).

La ensayista elige para el análisis discursivo los postulados teóricos de M. M. Bajtín, apoyándose en éstos más como una guía para saber qué analizar que el cómo, sin dejar de advertir los cuestionamientos que se han suscitado en torno a dichos supuestos teóricos. Asimismo, destaca la necesidad de recurrir a las aportaciones de terceros autores que, a diferencia de los teóricos rusos, sí aborden, desde sus particularidades, muchos de los discursos presentes en Tello (p. 46).

Debido a las características propias de la obra y su autor, Del Valle considera abordar otras disciplinas con el fin de situar el texto en su lugar exacto, tanto como en la época actual. Así, apunta, es necesario buscar en las fuentes historiográficas, o antropológicas, posturas e ideas que permitan abordar un texto colonial tan antiguo que posee múltiples aristas (pp. 45, 46).

Si bien en el escrito de Tello se ha podido detectar que una buena parte de éste ha sido una “copia” de otras fuentes –*Monarquía Indiana* de Torquemada, por ejemplo–, advierte que lo que interesa del análisis es la manera en que el religioso presenta esta información identificando: cuándo el fraile de-

1. Además de las crónicas se incluyen las artes, los vocabularios y confesionarios escritos en la Nueva Galicia. Rosa Yáñez, “Aproximación al discurso religioso colonial: letra, lengua y evangelio entre los grupos indígenas novogalaicos” (tesis doctoral), México: UNAM, 1997.

lega autoridad en lo dicho por otros; la frecuencia de sus citas de diferentes autores, y los momentos en los que se reconoce el autor en su narración. "Un ejemplo es el gran cambio (choque incluso), señala la ensayista, entre el libro quinto, sobre todo la segunda parte, y el resto de su obra. Quizá se pueda decir que en la pasión de ese tomo es donde Tello está más presente que en ninguna parte" (p. 47). La importancia y pertinencia de este trabajo radica en la *opera* misma, no atañe a Tello, en tanto que individuo, porque en todo caso, propone Del Valle, "él ni siquiera escribe a título propio, sino a nombre de su provincia religiosa". En esto reside el alcance de su obra puesto que, por una parte, se encuentra un cúmulo de información sobre la Nueva Galicia aun antes de la llegada de los españoles, y por la otra tiene un valor representativo respecto de la postura de uno de los grupos españoles con más ingerencia en los procesos de conquista y colonización: la orden franciscana (*idem*).

A partir del modelo teórico, la autora se echó a cuestras la tarea de revisar los cinco libros atribuidos a Tello, como la enunciación propuesta por Bajtín². Si algún día se ubicara el manuscrito faltante –el primero sigue extraviado–, indica ella, habría que revisar todo lo aquí expuesto tomando en consideración los nuevos contenidos (NOTA 23, p. 47).

Para Bajtín la unidad del enunciado está determinada por tres factores interrelacionados: 1) el sentido del objeto del enunciado, agotado; 2) el enunciado se determina por la intencionalidad discursiva o la voluntad discursiva del hablante; 3) el enunciado posee formas típicas, genéricas y estructurales de conclusión. Dentro del primer factor es importante subrayar que, para el ruso, la palabra inserta en un texto es dialógica por naturaleza, esto es, permite establecer la relación entre sujeto, objeto y referente, de tal suerte que la palabra existe en función de un referente. Los dos primeros incisos quedan ampliamente señalados en el capítulo correspondiente al "Discurso de Tello", donde Del Valle apunta que éste, en su carácter de cronista oficial de la orden, responde y con fuerza a la dura embestida de la Iglesia secular que poco a poco se iba quedando con lo que los frailes franciscanos tenían por suyo. Por otra parte, Tello cuida de presentar una impecable argumentación sobre la injusticia de que se hace objeto a los franciscanos. En este sentido la *Crónica...* recuerda a los "olvidadizos" la obra de los franciscanos y lo que a ellos se debe³ (pp. 48, 49).

2. La piedra angular de este modelo es el enunciado o la enunciación que puede variar desde un simple monosílabo hasta la novela más larga o el tratado científico más abundante.
3. Aquí sólo es posible mostrar algunos ejemplos que la autora da como demostración del análisis realizado en la obra de Tello.

De las tendencias discursivas de Tello, a partir de la elaborada clasificación señalada líneas arriba, la autora considera que tres de ellas se encuentran plenamente identificadas: *a*) el discurso en el que la “interrelación entre el discurso autorial y el reportado (indirecto) es la de mantener cada uno su integridad y autenticidad; *b*) el discurso en el que el autor que reporta “trata de romper lo compacto del discurso reportado... permeándolo con su propia entonación; *c*) el caso en que “el dominio verbal puede cambiar al discurso reportado que se vuelve más fuerte y más activo que el contexto autorial que lo enmarca (pp. 55-59). Es a partir de estas premisas que Del Valle logra desenredar la madeja sobre las formaciones ideológicas de Tello, especialmente cuando señala con detalle las referencias que en mayor o menor grado hace el fraile a otros autores y el peso de éstos en su discurso, así como al distinguir el propio discurso del franciscano. Un ejemplo:

Los que, a diferencia de Las Casas, Aristóteles y la Biblia si pueden equivocarse son, además de Torquemada, los cronistas no religiosos. Es el caso de Bernal Díaz del Castillo al que siempre presenta con comentarios agregados y con el que no se toma la molestia de señalar la procedencia exacta de su información (mucho menos de citarlo directamente) (p. 57).

Como bien lo apunta Del Valle, siguiendo el modelo teórico, es poco probable encontrar que un discurso se presente ‘puro’ en una enunciación. Generalmente una acción comunicativa implica varios géneros discursivos, entendidos estos como “tipos relativamente estables de enunciados” relacionados con una “esfera de uso de la lengua”. Por ello habrá tantos géneros discursivos como esferas de actividad humana.

La gran plataforma de la *Crónica...* es el discurso colonial, no solamente por su referente geográfico-temporal, sino porque el monje construye la identidad del colonizado desde la lógica del colonizador. A partir de él, Del Valle detecta varios discursos implícitos en la fuente, pero de estos encuentra características específicas en determinados libros. Evidentemente, el discurso religioso se encuentra presente en la composición de Tello, y es calificado por Maingueneau como “constituyente”; así este discurso no puede ser refutado en el franciscano porque sería tanto como suponer que la palabra “divina” puede equivocarse (p. 56).

En la *Crónica...*, apunta De Valle, hay tres grandes géneros discursivos significativamente relacionados: el histórico, el evangelizador y el jurídico, mismos que a su vez presentan tintes, matices y vertientes particulares. En

cuanto al discurso histórico, Tello intenta, por un lado, dejar memoria de los hechos concernientes a la formación de su provincia religiosa; por el otro trata de “escribir sobre el estado de la zona antes de las muchas mudanzas que, en poco más de un siglo, volvieron a la Nueva Galicia un paisaje casi irreconocible respecto a lo que encontraron los primeros españoles ahí llegados”; inmerso en este discurso son localizables los planos político y/o civil y el militar (pp. 59, 60).

El discurso histórico-político o civil presente en la obra del mendicante, se caracteriza por la constante inserción de elementos extratextuales (fechas, lugares, testigos, documentos de prueba) donde el fraile pretende garantizar la existencia real del hecho narrado en el manuscrito. Además, en el discurso histórico se encuentran implícitos otros dos: el etnográfico y el testimonial.

Una más de las características discursivas que revela la *Crónica...* es la perspectiva mítica:

En lo que se refiere a lo mítico en la historia civil, estos relatos tienen que ver con situaciones inverosímiles como la descripción de los veinte gigantes glotonos que solían abrumar con sus exigencias a los habitantes de Tala. En cuanto a lo religioso, remiten tanto a la hagiografía como a narraciones sobre demonios que muchas veces implican, como lo señalaba Galván, una interpretación de los mitos indígenas (p. 61).

Al parecer, señala la analista, en el discurso de evangelización –que incluye el milenarista y el hagiográfico, e inserto en éste último el martirologio y el apologético–, se advierten dos vertientes que atañen a las intenciones de Tello: *a)* legitimar la “guerra espiritual” contra el demonio y sus seguidores; y *b)* demostrar que esa evangelización correspondía únicamente y con todo derecho a la orden franciscana (p. 62).

Remitiéndonos al discurso milenarista del fraile, Del Valle señala que es en el libro quinto donde el franciscano expresa con claridad estas ideas. En ése establece su plan de trabajo y su postura es abiertamente escatológica (p. 36). Destaca algunos ideólogos milenaristas que son citados por Tello en ocasiones de manera indirecta. Lo que sí es evidente en la *Crónica*, apunta, es la alusión a los profetas Isaías y Jeremías, “dos profetas populares” entre los joaquinistas. En el tercer capítulo del libro quinto, Tello cita a Bartolomé de Pisa, reconocido seguidor de Joaquín de Fiora, y su *Libro de las Conformidades*, en el cual se habla del papel preponderante de los franciscanos hacia el fin de los tiempos (p. 37).

Para argumentar el pensamiento milenarista de Tello, la autora se apoya además de la *Crónica...*, en estudiosos como John Phelan, Elsa Cecilia Frost⁴, y Luis Weckmann, quienes han examinado este fenómeno en otros textos y autores, afirmando que la orden franciscana tuvo tintes milenaristas y que en el discurso de Tello se manifiestan estos rasgos. Es importante mencionar aquí un reconocido trabajo: *Evangelización, cultura y promoción social. Ensayos y estudios críticos sobre la contribución franciscana a los cristianos de México*, de Lino Gómez Canedo, fraile franciscano, quien realiza una severa crítica a Phelan y a Baudot, señalando con riguroso detalle los “equívocos” en que incurren al suponer la influencia milenarista en la labor franciscana.

Por otra parte, y compartiendo indirectamente la postura de Canedo, Christian Duverger y Elsa Frost, citada por Antonio Rubial García en el estudio preliminar de la obra de Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, señalan: el primero, que la aspiración de la orden franciscana se debía más a la búsqueda del ideal de devoción y pobreza del propio fundador, en contraposición a los vicios de la Iglesia secular, incluyendo las posibles desviaciones que se daban de vez en cuando en las órdenes mismas; mientras que Frost argumenta que el milenarismo medieval casi siempre estuvo relacionado con tendencias anarquistas y fue considerado heterodoxo, situación que nunca presentaron los franciscanos novohispanos. Así, parafraseando a Elsa Frost señala que no es posible pensar que los frailes tuvieran la intención de instaurar el reino milenarista, pues éste se plantea como un reino de igualdad, cuando se advierte en éstos un afán de mantener las jerarquías de la sociedad indígena en los pueblos que organizaron. Por ello, concluye Frost, todos los textos que los partidarios del milenarismo novohispano aducen, pueden entrar perfectamente en el ámbito de la escatología cristiana ortodoxa de corte agustiniano, donde “intentaron explicar el surgimiento inesperado y sorpresivo del nuevo mundo”.⁵

Aunque en la obra de Gómez Canedo encontramos algunas referencias a la *Crónica...* de Tello, específicamente los libros segundo al cuarto, no así al

4. Elsa Cecilia Frost, “El plan y la estructura de la obra” estudio en la presentación de *Monarquía Indiana* de Juan de Torquemada, volumen VII, México: UNAM, 1983.

5. Lino Gómez Canedo, *Evangelización, cultura y promoción social. Ensayos y estudios críticos sobre la contribución franciscana a los orígenes cristianos de México (siglos XVI-XVIII)*. México: Porrúa, 1993, pp. 151-157; Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica indiana*. Estudio preliminar de Antonio Rubial García, México, 1997, CONACULTA (Cien de México) p. 40; Christian Duverger, *La conversión de los indios de Nueva España*. Con el texto de los Coloquios de los Doce de Bernardino de Sahagún (1564), p. 27

quinto y sexto⁶, suponemos que no tuvo en sus manos la totalidad de la obra y queda en el aire la pregunta ¿fue Tello la excepción de la regla en la orden franciscana?, como lo señala del Valle; o bien, los autores antes citados ¿tienen razón en sus argumentos? Por otra parte es la santidad de la vida de sus hermanos lo que el fraile pone de manifiesto, así como su apego a los reglamentos y por supuesto el martirologio, que va desde las penitencias corporales hasta la misma muerte o tortura sufrida en manos de otros (p. 65).

En Tello, su ensayista advierte una reveladora predilección por la narración de acontecimientos militares con tintes heroicos. Es en los hechos de guerra donde "Tello se une a los españoles en un "los nuestros", no incluye a los religiosos, que parecieran haber formado una clase especial, distinta del resto de sus compatriotas" (p. 62). También se encuentra en este discurso militar su admiración y reconocimiento a la valentía de los indígenas.

OTREDAD. DISCURSO ETNOGRÁFICO

Inicia la autora este capítulo con las múltiples acepciones del concepto de *otredad*, que se manejan en la actualidad. Asimismo nos remonta hasta Herodoto y Jenofonte, quienes escribieron las primeras páginas de etnografía occidental. Para llevar a cabo su análisis discursivo sobre la *otredad* en Tello, Del Valle se vale de las premisas teóricas de Tzvetan Todorov, para quien la inclusión del otro puede hacerse desde tres posiciones: axiológica (juicio de valor), epistemológica (conocimiento o desconocimiento del otro) y praxeológica (acción respecto al otro) (p. 75).

En el plano axiológico, el parámetro primordial a través del cual Tello evaluó a los indígenas fue su aceptación o no de la nueva religión. Otros aspectos valorados por Tello en el indígena, siempre bajo la lente cristiana, fueron sus costumbres, el modo de vestir, las fiestas, la poligamia, el pecado nefando (sodomía), incluso su manera de alimentarse (pp. 75, 80, 81, 85).

En el plano epistemológico, el monje en ocasiones habla sobre los hábitos de los indígenas sin emitir juicios, es decir, asume cierta objetividad, incluso explica las razones de los indios para actuar de tal o cual manera, convirtiéndose en intérprete que trata de mediar entre una cultura (la que describe) y otra (la que lo lee). "Son raros los momentos en que el franciscano concede a los indígenas una humanidad parecida a la suya" (pp. 75, 77-78).

Frente a los indios que debía catequizar, señala Del Valle, se "olvidaba de sus premisas humanistas y defensoras de la libertad indígena que muy bien podía enarbolar cuando hablaba de aquellos a quienes no veía..." (p. 93).

Es aquí donde se encuentra referido el plano praxeológico, porque se advierte el acercamiento-alejamiento y la adopción-imposición de valores.

ALGUNAS CONCLUSIONES DE LA AUTORA

En la *Crónica...* hay varias contradicciones donde se manifiesta la pugna entre las distintas formaciones ideológicas de Tello. Si, por un lado, el fraile admiraba en sus compañeros la humildad, por el otro se advierte la enorme fascinación por los apellidos “hidalgos y las familias aristócratas de su tiempo”. Lo anterior, señala Del Valle, tiene que ver finalmente con dos hechos que de manera fundamental llevaron a Tello a evaluar a los indios de la Nueva Galicia: su capacidad para recibir la nueva religión, así como el nivel de desarrollo que había alcanzado su civilización. Entre todos los grupos indígenas, los que llevaron al profesante de la orden a la desesperación fueron los *coras*, contra los que arremetió una y otra vez. Esta situación causaba frustración en el franciscano, pues hasta que no hubiera sido convertida toda nación sobre la tierra el Milenio no podía empezar (p. 100).

Es el libro quinto donde las ideas milenaristas de Tello se convierten en un enorme contrapeso con relación al resto de la obra; en éste presenta una postura a veces en franca oposición con el sustento de algunas de sus afirmaciones más importantes vertidas en los otros libros (*ibidem*). Es posible que las reacciones de los indígenas llevaran al franciscano a realizar algunos “ajustes” en su forma de pensar. Si bien Las Casas es una de las fuentes más citadas por el fraile y el “tomo dos de su libro segundo testimonia su conocimiento de las opiniones encontradas en torno a la naturaleza de los indígenas y el trato que debía dárseles, también conocía las ideas de Ginés de Sepúlveda, para cuyos seguidores pidió Tello la hoguera”. Sin embargo, una vez llegado aquí y ante una realidad distinta a la que tal vez imaginaba, las posturas asumidas por la influencia de Las Casas, fueron reducidas a prácticas discursivas, mas no a las cotidianas (p. 101).

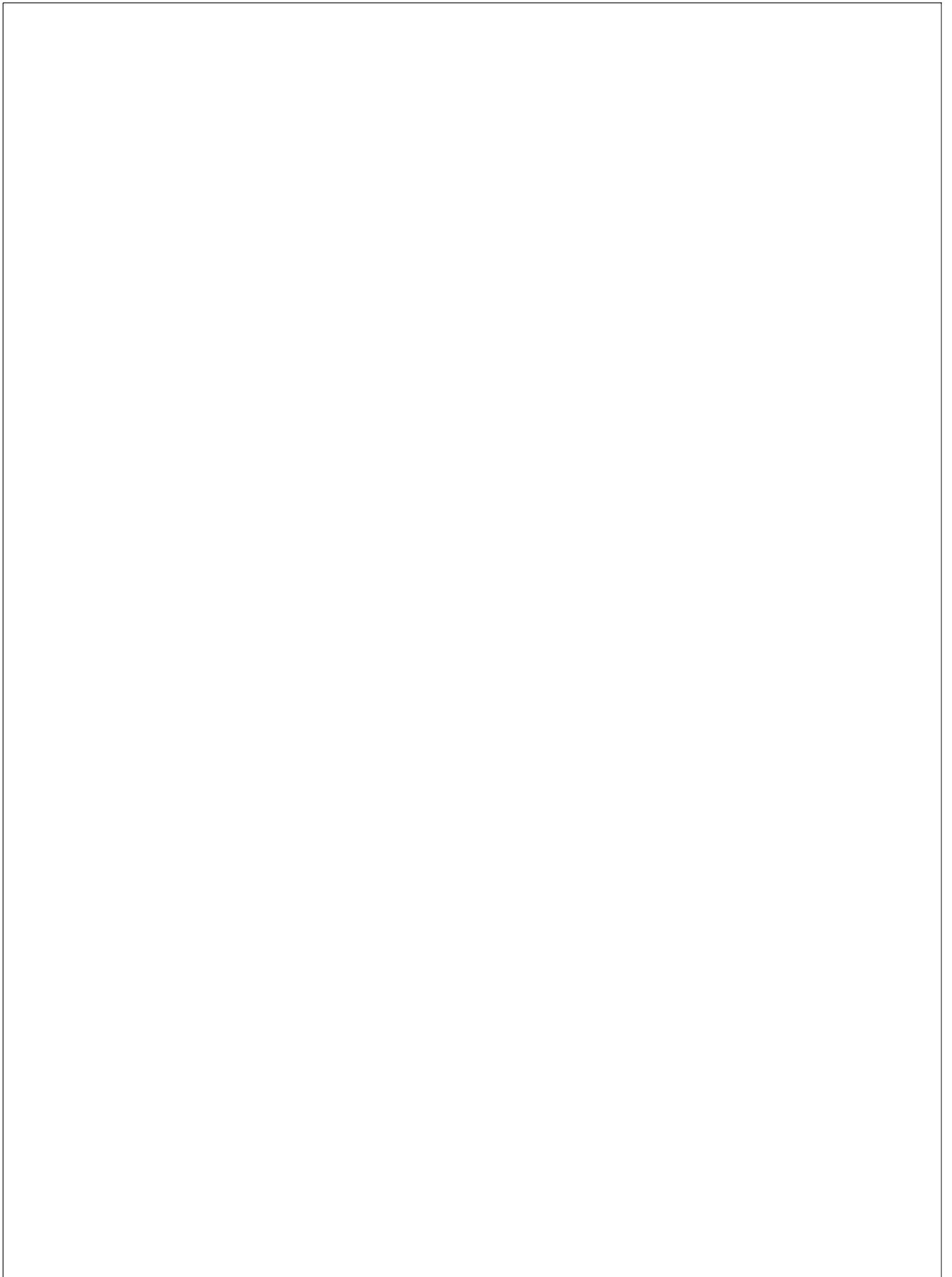
El análisis discursivo realizado por Ivonne del Valle es, desde luego, una novedosa incursión en la historiografía novogalaica, tomando en cuenta:

- La extensa obra de Tello, considerada una de las fuentes más importantes para los estudios de la Nueva Galicia. Desconocemos si ha sido trabajada en su totalidad desde cualquier otra óptica;
- La importancia de llevar a cabo la revisión íntegra de la obra de un autor, como una estrategia metodológica.
- La revisión objetiva –teórico-metodológica– que presenta la autora, es además de interesante, reveladora y desmitificadora de lo dicho anteriormente con respecto al fraile.

Por otra parte es significativa la apertura de Del Valle hacia otras disciplinas y autores que le permitieron realizar su trabajo desde el análisis discursivo complementado con la propuesta de nuevas taxonomías relativas a los documentos coloniales que presentan características similares. De la misma manera presenta otras posturas que son opuestas al proyecto de la autora, donde con sólidos argumentos afianza sus propósitos (pp. 75, 76). La relevancia de este trabajo se puede apreciar desde dos vertientes: una novedosa manera de analizar un documento colonial y la implementación de un aparato teórico metodológico flexible. Generalmente el investigador “tiembla” ante la posibilidad de incursionar teórica o metodológicamente en otras áreas, léase disciplinas, Ivonne del Valle lo hizo y, desde nuestra perspectiva, logró sus objetivos. Por lo demás, señala otras posibles lecturas en la *Crónica...* y ahí quedan sobre la mesa para legos y doctos...

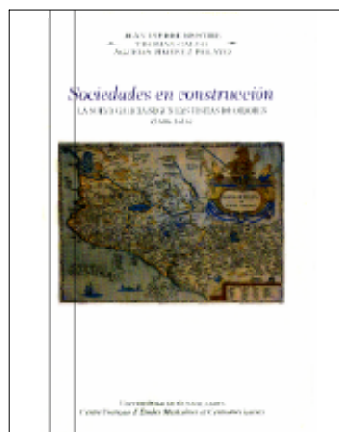
- Cabe recordar que este texto –inicialmente una tesis de licenciatura– ganó el premio “Wigberto Jiménez Moreno” del INAH en 1999 en la categoría de tesis.

Reseña de María Teresa Ruiz



Jean-Pierre Berthe, Thomas Calvo y Águeda Jiménez Pelayo, *Sociedades en construcción: La Nueva Galicia según las visitas de sus oidores (1606-1616)*¹

Siendo el sexto libro de la Colección de Documentos para la Historia de Jalisco, la presente publicación reúne la ardua labor paleográfica de tres especialistas del siglo XVII en la Nueva Galicia. La recopilación de documentos extraídos del Archivo General de Indias en Sevilla y el Ramo de Tierras y Aguas del Archivo de Instrumentos Públicos del Estado de Jalisco, en Guadalajara, permite al lector una valiosa información a través de tres visitas generales realizadas respectivamente, por oidores de la Audiencia de Guadalajara a diversas poblaciones de una jurisdicción por demás extensísima y complicada.



Como bien lo afirman Águeda Jiménez y Thomas Calvo en la introducción a este trabajo, la selección de estos documentos no es arbitraria; las visitas realizadas por Juan Paz de Vallecillo, Gaspar de la Fuente y Juan Dávalos y Toledo, entre 1606 y 1616, reflejan diez años en el desarrollo de la Nueva Galicia. Pero no es sólo eso, sino también una fuente de datos (hasta entonces poco accesible) complementaria entre las descripciones del territorio novogalaico del obispo Mota y Escobar (1606) y Domingo Lázaro de Arregui (1621), lo cual remite no sólo a una década, sino a quince años (si se corroborara con dichas descripciones) en la construcción económica y política de las sociedades durante el periodo colonial en el occidente de México.

1. Jean-Pierre Berthe, Thomas Calvo y Águeda Jiménez Pelayo, *Sociedades en Construcción: la Nueva Galicia según las visitas de sus oidores (1606-1616)*, Universidad de Guadalajara, Centre Français d'Études Mexicaines et Centraméricaines (Colección de Documentos para la Historia de Jalisco), Guadalajara, 2000, 375 pp., 4 planos, bibliografía, referencias, índices geográfico y onomástico, tabla de contenido (pasta suave).

Basándose en autores como Céspedes, Haring, Sánchez Bella y en las *Leyes de Indias*, se explica el mecanismo y la importancia que para el imperio significaba la visita. Teniendo su origen en la Edad Media, la visita general fue uno de los tres procedimientos, junto con la pesquisa y el juicio de residencia, usados por la Corona española para tener control, tanto en el ámbito administrativo como para tener conocimiento del desarrollo económico y social de sus súbditos a lo largo y ancho de una extensa porción continental.

Calvo y Jiménez son cuidadosos al distinguir las particularidades entre la visita general y el juicio de residencia; la primera era realizada con objetivos muy especiales (informar de la calidad de la tierra, si había maltrato a los indígenas, así como atender delitos comunes), y su duración se dejaba a criterio de su ejecutor; mientras, el juicio de residencia era un ejercicio rutinario, realizado por el sucesor apenas tomaba posesión de su cargo.

Los autores dejan ver que la visita no estaba tan lejos de un procedimiento de rutina, ya que funcionarios desde el virrey hasta (como ellos llaman) “chupatintas con algo de autoridad”, las realizaban como finiquito a su administración. En las Audiencias, se hizo común hacer visitas generales dentro de su jurisdicción cada tres años, turnando su realización al oidor con mayor antigüedad en el cargo. Aunque el visitador recibía un sobresueldo para gastos de viaje, por lo que no podía exigir dinero a indígenas como a vecinos, también podía levantar multas de los seguimientos judiciales que ejecutaba en cada población. El abuso de sus atribuciones por parte del visitador (especialmente en zonas ricas, como Zacatecas), fue una de las razones de la decadencia de las visitas en la Nueva Galicia a finales del siglo XVII.

Sin embargo, Thomas Calvo y Águeda Jiménez exponen que estos hechos no reducen la importancia de las fuentes, así como el papel que jugaron durante el reinado de los “Austrias menores”. De este modo, centran su atención en la personalidad y trayectoria de los visitadores que se presentan en este trabajo (Paz de Vallecillo, Gaspar de la Fuente y Juan Dávalos y Toledo), como una imagen positiva y todavía de eficiencia de la monarquía a la que representaban, y la cual los eligió y supo promoverlos en premio a sus esfuerzos. Aunque dan la posibilidad de argumentar una situación de gobierno separada de la metrópoli, insisten en considerar tal afirmación, aun bajo el riesgo de “elevar en un pedestal de papel a Paz de Vallecillo, Fuente y Dávalos”.

El trabajo está dividido en los documentos correspondientes a las visitas de los tres oidores mencionados. Berthe, Calvo y Jiménez no se contentan con la mera labor recopilatoria de los documentos; de la misma manera en que la labor paleográfica se realizó individualmente, cada autor hace un co-

mentario general a la visita que le correspondió, aportando datos biográficos que permiten entender la figura de cada visitador.

La visita del oidor Juan de Paz Vallecillo corresponde a Thomas Calvo. Dicha visita fue realizada del 22 de noviembre de 1606 al 5 de junio de 1607, abarcando las poblaciones de Lagos, Aguascalientes, Teocaltiche, Tepatitlán y Colimilla y Matatlán, en una primera etapa, para terminar recorriendo desde Tlajomulco y algunos pueblos de la ribera de Chapala hasta las zonas mineras de Hostotipaque y Guachinango, pasando por Mascota, Talpa y Cuautla, y en su regreso final a Guadalajara, por Tala y Tequila. Calvo resalta la figura de Paz de Vallecillo, a quien califica como uno de los mejores visitadores de la Nueva Galicia, cuya extensísima labor (un informe de 850 fojas) le permite ser promovido a puestos más importantes, hasta llegar a ser oidor de la Audiencia de México en 1615.

Del numeroso expediente, debido a su extensión y por encontrarse disperso, sólo son publicadas la relación de lo acontecido en la visita y la carta de Paz Vallecillo al Rey, la cual puede considerarse el único documento redactado personalmente por un visitador de todos los contenidos en esta obra, y prácticamente muestra una visión general de la visita. Lo más importante en estos documentos es la preocupación de Paz Vallecillo por la crisis de mano de obra en las minas, el despoblamiento de las comunidades indígenas a causa de abusos de religiosos y españoles, así como el juicio de residencia que tuvo que aplicar al ex alcalde mayor de Teocaltiche, Gaspar de Vera, debido a que el alcalde entrante era su primo (y a su vez, también era sobrino del presidente de la Audiencia), una situación que aunque llevaría a pensar en las funciones extraordinarias que podían darse en una visita, no fue tomada muy en cuenta por Thomas Calvo. Asimismo, resulta importante la serie de soluciones que el visitador Paz de Vallecillo propone al rey como solución a los problemas señalados.

A Jean-Pierre Berthe le corresponde la visita de Gaspar de la Fuente, realizada de noviembre de 1608 a noviembre de 1609, a las regiones del norte de la Nueva Galicia, desde lugares tan apartados como Charcas, Mazapil y Nieves, a zonas mineras de Fresnillo, Jerez, Colotlán y Zacatecas, entre algunas poblaciones cercanas a Guadalajara. De las tres visitas, fue la que mayor distancia recorrió, y se concentró en atender la problemática de las zonas mineras más ricas del territorio novogalaico. Berthe argumenta haber encontrado información escasa sobre la vida del oidor Gaspar de la Fuente, aunque hace una extensa descripción sobre sus raíces familiares, la cual gozaba de gran poder en Toledo, y del lujo en su funeral, ya que murió apenas 10 meses después de terminada la visita. Esto sugiere porqué el único documento presentado es la

síntesis de los autos levantados durante la visita, la cual fue redactada por el escribano (al igual que la relación de Paz Vallecillo y la de Dávalos y Toledo). De lo más importante, se encuentra la continua crisis del abasto de azogue, la negligencia en la construcción deficiente de minas, así como abusos de los españoles hacia los indígenas, especialmente en las zonas más inhóspitas.

La última parte, prácticamente la mitad del libro, corresponde a la visita de Juan de Dávalos. Águeda Jiménez hace una muy completa semblanza del visitador, quien entre otras muchas circunstancias, estando en plena visita, enterándose de un levantamiento indígena en la Nueva Vizcaya, toma la quijotesca iniciativa de dejar su tarea para pelear en aquéllas tierras, situación que hubiese hecho de no ser por el impedimento del general Urdiñola. El extenso documento paleografiado, fechado en 1616, resulta apenas la segunda parte de una visita realizada por el mismo oidor, la cual había dejado incompleta por razones de salud. Al igual que el texto de Gaspar de la Fuente, este documento revela la relación llevada a cabo por el escribano. Abarca las poblaciones de Tonalá, Colimilla y Matatlán, Mesticacán, Juchipila, Tlaltenango y se extiende hasta Jerez. Lo más importante en la labor de este visitador es, como lo señala Águeda Jiménez, la preocupación por las relaciones entre las repúblicas de indios y españoles. Sus autos se refieren a cuestiones de abigeato, amancebamiento y abusos cometidos por alcaldes mayores con las poblaciones indígenas mediante el repartimiento de mercancías. Cabe señalar que este documento, el más extenso de los presentados, fue el único perteneciente a un archivo de Jalisco, ya que el resto pertenece al acervo del Archivo General de Indias.

En términos generales, este trabajo no se queda en la mera labor recopilatoria, ya que tiene la preocupación de mostrar quiénes fueron las personas que realizaron tales visitas. Sin embargo, hay que tomar los datos biográficos de los visitadores como puntos de referencia en la vida profesional de un burócrata del imperio español hacia el siglo XVII. Tomar la personalidad de los visitadores para entender las visiones de ellos a través de los documentos resulta (salvo en el caso de Paz Vallecillo) poco indicado, ya que la mayoría de los textos fueron realizados por el escribano que acompañaba al visitador y que, a fin de cuentas, redactó las relaciones de las visitas. Ello lleva al lector a pensar hasta qué punto está la visión del oidor y dónde empieza la del escribano. Con esa salvedad, la obra indudablemente cumple sus objetivos al abundar en la documentalía del siglo XVII en la Nueva Galicia, una herramienta seguramente útil para el historiador cuyas investigaciones se centren en este contexto.

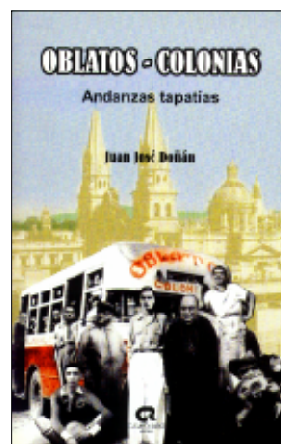
Reseña de Ignacio Sánchez Rolón

Juan José Doñán, *Oblatos – Colonias. Andanzas tapatías*¹

Cualquiera que sea su temática, el libro siempre amplía los horizontes cognoscitivos del lector. Los libros pueden constituir verdaderos mundos, sorprendentes universos con múltiples posibilidades para el intelecto, sobre todo si están bien escritos y son capaces de crear sentidos verosímiles. La noción misma de mundo o universo puede caber en un libro y a partir de ella elaborar argumentos, historias, recuentos, y todas las maneras de crear sentido.

Dentro de los varios géneros literarios, el de la crónica es uno de los más comunes y socorridos, debido a que la mayoría de quienes lo practican se limitan, en principio, a registrar determinados hechos que durante cierto lapso de tiempo ocurren en un ámbito social dado. Pero no por su aparente concurrencia este género es menor o simple. Al contrario, la crónica hace posible la reproducción conceptual de cualquier evento que ocurra en la realidad –sencillo o complejo–, sólo que la coherencia, sentido y riqueza del recuento de la crónica dependen de la capacidad de quien la elabore. Por otra parte, la crónica es en sí misma un documento etnográfico porque reporta lo que sucede en determinado contexto social, cultural; y en el mismo sentido es un documento etno e historigráfico, ya que el solo registro de eventos crea un documento que a la postre se tornará en fuente para conocer ciertas características de una equis sociedad y parte de su pasado.

Sobre ese fenómeno sociocultural llamado Guadalajara se han escrito muy numerosas crónicas, desde su fundación –incluidas sus sedes precedentes, es decir Compostela, Nochistlán y Tlacotán– hasta el presente. La variedad de ellas es grande, y reportan diversos hechos, situaciones y eventos. En



1. Juan José Doñán, *Oblatos – Colonias. Andanzas tapatías*. Guadalajara: Editorial Campo Raso, 2001, 268 p.

su gran mayoría, las crónicas de la modesta aglomeración que fue Guadalajara hasta antes del Porfiriato, fueron de tipo notable: reseñaban a los grandes personajes y los acontecimientos sociales fuera de lo corriente. Sin embargo, desde el momento en que la gran concentración humana del oeste mexicano se convirtió en urbe, las crónicas se tornaron menos heroicas, trasladándose al ámbito de la historia silenciosa, de la cultura cotidiana, de los hechos corrientes que se entrelazan con las anécdotas extraordinarias que ocurren en la vida de toda gran concentración humana. A ese ámbito de lo cultural pertenece la crónica de Juan José Doñán, *Oblatos - Colonias. Andanzas tapatías*, consagrada a muy numerosas y peculiares anécdotas ocurridas en Guadalajara.

El libro de Doñán, constituido en su mayoría por artículos periodísticos, reporta diversos hechos notables acaecidos en Guadalajara, cuya temporalidad más pretérita data del siglo XVI, cuando la luego llamada –con toda circunstancia y no menos pretensión– “Perla de Occidente” daba sus primeros pasos para convertirse en la capital indiscutible del oeste mexicano. Sin embargo, la mayor parte de los hechos recontados por el autor, ocurrieron en el siglo XIX y más precisamente en el XX. Se trata de cincuenta y dos historias cortas, agrupadas en cinco capítulos a los que precede una introducción. Los nombres de aquellos son: Señas particulares; Gustos, famas y aficiones; Galería familiar; Sala de visitas; y, Lo efímero permanece.

En “Señas particulares”, el cronista ofrece santo y seña, precisamente, de las características más distintivas de la urbe tapatía, de entre las cuales destacan, por ejemplo, la larga y tortuosa historia de la construcción de la catedral; la de algunos palacios tapatíos, así llamados; la del casi aniquilado parque Agua Azul; o la de la barranca, que entre otros nombres lleva el de Huentitán. Del segundo capítulo, “Gustos, famas y aficiones”, el autor destaca el tema del fútbol, ámbito pasional en la ciudad y en la provincia; el de sus equipos paradigmáticos, las *Chivas* y el Atlas; el de las tortas ahogadas, distintivo culinario local; y el de los homosexuales, que en la “Ciudad amable” tienen fama de proliferar. En “Galería familiar”, Doñán aborda, entre otras historias, la de Ixca Farías, maderista de toda la vida y gran conversador; la del notable pero casi olvidado “ingeniero y licenciado” Ambrosio Ulloa, constructor de muchas y notables fincas citadinas; la de María Félix, “sentimentalmente tapatía”, quien vivió parte de su juventud en Guadalajara; la del notable Efraín González Luna; la del no menos notable Mike Laure y sus Cometas; o las de algunos memorialistas, entre los que cabe destacar al famoso Firuláis –sujeto curioso y de dignidad enorme–, quienes a su manera contaron numerosos y peculiares hechos dignos de memoria ocurridos en la

gran ciudad. En el capítulo cuarto, “Sala de visitas”, el autor aborda el tema de algunos viajeros y visitantes ilustres que residieron durante algún tiempo en Guadalajara, estableciéndose entre ésta y aquellos un relación de aprecio mutuo, de entre los cuales se puede mencionar a D. H. Lawrence, J. Vasconcelos, A. Breton, y S. Novo. Finalmente, en el último capítulo, de título nostálgico –“Lo efímero permanece”–, el cronista describe estampas de la vida tapatía por medio de siete historias, las cuales dan cuenta de situaciones y características muy propias de la gran urbe, como la vida de sus plazas y sitios públicos, sus gustos musicales, su pasión por el fútbol, o lo barroco y poco útil de su clase política, todo lo cual, sin duda, lo comparte con otras ciudades del resto del país, pero sin que ésta deje de asomar distintivos propios.

Por encima de las breves e intensas historias que componen el texto, varias de las cuales son bastante conocidas por el público lego, aunque sea de manera superficial, Doñán evoca algunas historias –¿temas?– que el paso del tiempo y probablemente la voluntad de ignorancia han dejado casi en el olvido. Ejemplo de ello es la historia de Pedro Vázquez Cisneros, militante político de largo aliento, de filiación católica, modelo de congruencia y honestidad,² a decir del propio autor, potencial modelo de la mayoría de los actores políticos del presente y de todos los tiempos, cuya característica más sobresaliente es el súbito cambio de chaqueta y el histrionismo camaleónico. Este solo ejemplo del libro reseñado ilustra, primero, la importancia de la anécdota como pivote de la elaboración del recuento historiográfico, y segundo, indica la importancia de esa parte de la historia que es la “silenciosa” –la callada, o acallada. Por otra parte, varias de las historias que componen la crónica de Doñán están vivas, es decir, son parte de la vida cotidiana de Guadalajara y del *ethos* cultural de sus habitantes, lo cual, para el foráneo que se acerca a la realidad tapatía, constituye ya un primer documento etnográfico para el buen conocimiento de ella. Estas dos características –la etnográfica y la historiográfica– constituyen, quizás, el mayor mérito del libro del cronista tapatío y su mejor potencial para el largo plazo.

* * *

Oblatos – Colonias. Andanzas tapatías es un libro bien escrito, de manera sencilla y directa, sin recovecos, y además es ameno. Esta última cualidad sobresale, porque las historias que contiene remiten a ese ámbito abstracto

2. pp. 151-154.

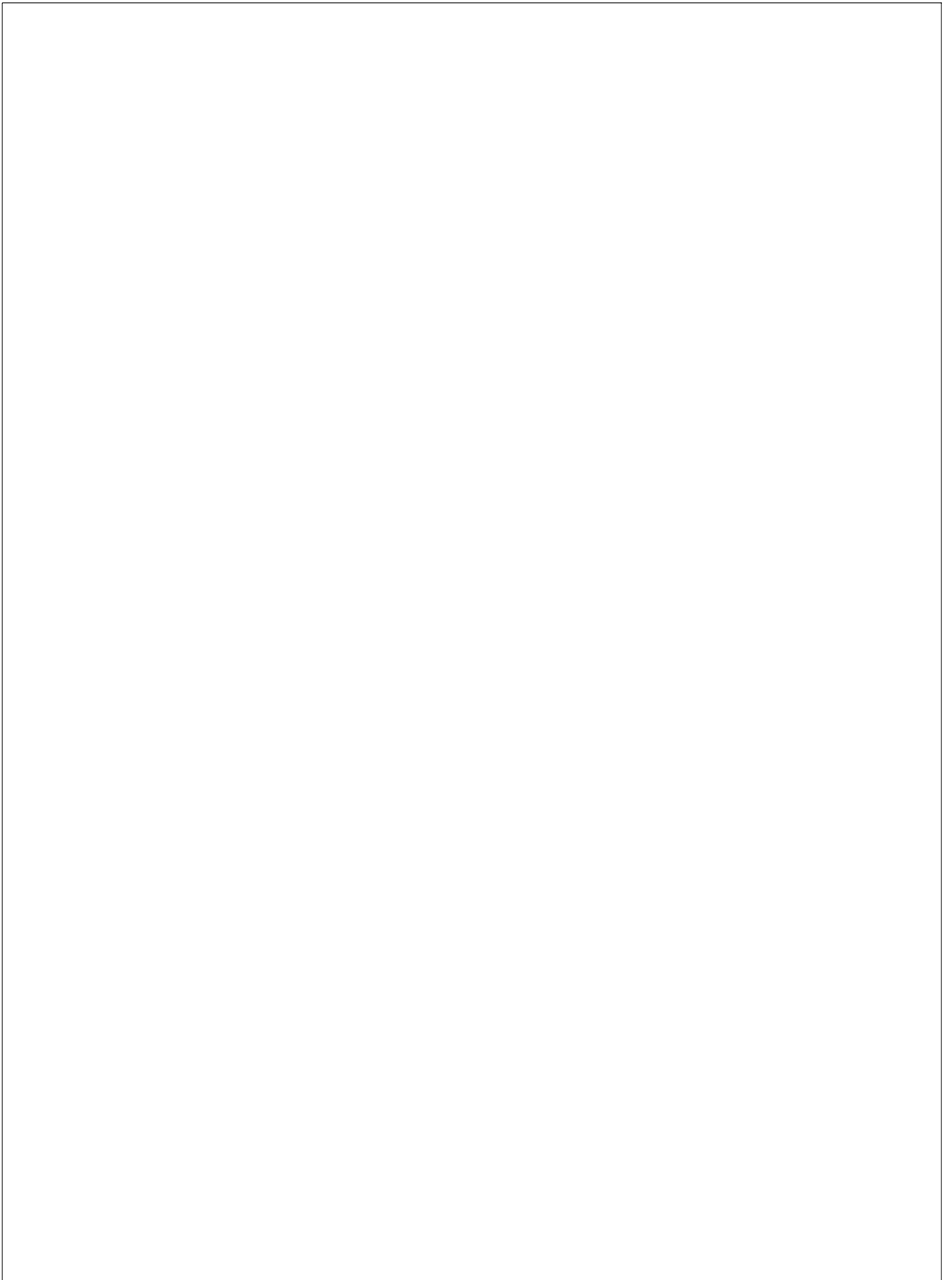
pero no por ello menos intenso y aun poderoso que es la memoria colectiva. Y aunque por momentos el discurso de Doñán se torna crítico y hasta socarrón, no se hace denso, no pierde fluidez. Como todo buen iconoclasta que luego de destruir ídolos echa las bases para construir otros, los argumentos del autor dejan traslucir un fondo nostálgico, lo que ocurre de continuo en casi todos los recuentos historiográficos.

La visión de Guadalajara que ofrece Doñán es la de un cronista independiente, extraoficial, que aplica la crítica donde le parece oportuno hacerlo, pero también con voluntad de objetividad y de reconocimiento de aquellos hechos y situaciones que el paso del tiempo sitúa en la herencia de la colectividad, como parte del patrimonio cultural digno de memoria. A fin de cuentas, la lectura *Oblatos – Colonias. Andanzas tapatías* resulta ser un instrumento que sensibiliza la memoria de quienes se interesan por el devenir de Guadalajara y su pasado, tal cual. También es útil para quienes buscan en los libros los argumentos que explicarían los hechos del presente. Y en ese sentido el trabajo de Doñán logra su objetivo, es decir, el de crear por medio de la crónica un universo lleno de posibilidades.

Además de su contenido, la lectura de *Oblatos – Colonias. Andanzas tapatías* es agradable pues su edición fue muy bien cuidada, al grado de incluir lo que ya en pocos libros se acostumbra, es decir, un índice onomástico que hace más fluida su consulta y re-lectura. Por lo demás, el solo reproche que podría hacerse al libro de Doñán, es que en algunas de las historias contadas ciertos argumentos se repiten, quizá sin necesidad; tal vez hubiera podido hacerse un trabajo autorial y editorial más detallado para evitar ese inconveniente, que no deja de ser menor.

Reseña de Ricardo Avila

EXORDIO



Las universidades de hoy. Su perspectiva futura. Estudios del Hombre núm. 12

Adrián Acosta Silva

Todo acto de presentación de una revista es en realidad, además de un ritual académico, una fiesta, un momento de celebración del pequeño milagro de supervivencia de una publicación que se ha mantenido en el tiempo, con todas, o a pesar de, las vicisitudes, restricciones, contratiempos, complicaciones y turbulencias asociadas al esfuerzo académico y editorial dedicado a la difusión y discusión de las ideas. Pero en especial, llegar al número 12 de una revista, y que sea este número el que se dedica al tema de las universidades, me parece objeto de una doble celebración: por la perseverancia de los editores de la revista y por el acierto de colocar a la universidad no sólo como objeto de investigación sino también, y quizá sobre todo, de análisis y discusión abierta hoy que esas instituciones del saber, como la sociedad mexicana y el mundo, ya no son lo mismo que eran hasta hace unos pocos años.

El número titulado “Las universidades de hoy. Su perspectiva futura”, preparado cuidadosamente por Jocelyne Gacel y Ricardo Ávila, es una clara provocación a la reflexión y al debate intelectual y político. Ocho artículos, tres documentos y dos reseñas, habitan el contenido de esa provocación. El equilibrio de los enfoques generales con textos que se refieren a la situación latinoamericana me parece un rasgo interesante, pues toca un espectro temático muy amplio de los problemas que atraviesa la educación superior en el mundo y en América Latina. Sin embargo, por razones de tiempo, voy a concentrar mis comentarios en algunos de los puntos que me parecen más interesantes y provocadores de acuerdo a lo que he trabajado en los últimos años.

El conjunto de textos reunidos permiten identificar una agenda de investigación y debate de la educación superior centrada en por lo menos cinco

puntos: globalización, la revolución silenciosa de la universidad, los nuevos públicos de la educación superior, la profesión académica, y la evolución y el impacto de la evaluación en la educación superior latinoamericana en los años 90. Los tres primeros temas tienen una clara adscripción norteamericana y europea, mientras que los dos segundos comparten como eje el contexto latinoamericano.

GLOBALIZACIÓN Y LA REVOLUCIÓN SILENCIOSA DE LA UNIVERSIDAD

Aquí se podría ubicar los dos primeros artículos de la revista, el de Jamil Salmi y el de Chris J. Martin.

El texto que inicia la revista “La educación superior en un punto decisivo” de Jamil Salmi, es un mapa interesante de los problemas de la educación superior en el marco de la emergencia de nuevos paradigmas económicos, políticos y sociales en el mundo. Salmi, perteneciente al “Grupo Temático sobre Educación Superior” del frecuentemente demonizado Banco Mundial, señala que son tres los principales retos del papel y las funciones de la educación superior: la globalización económica, la importancia creciente del conocimiento como conductor del desarrollo, y la revolución en la información y la comunicación. Estos tres retos “anuncian cambios radicales en las necesidades de capacitación, nuevas formas de competencia y nuevas configuraciones y modos de operación para las IES” (p.20).

La globalización es, ya se sabe, una bestia multiforme, ubicua y, al parecer, inevitable, como lo reconoce Salmi. Pero ella también va estrechamente ligada a la creación de conocimiento nuevo, que cada vez más se incorpora como un componente esencial en el intercambio económico y comercial del capitalismo del nuevo siglo. Los datos que ofrece el autor para probar esto son asombrosos: “en química, por ejemplo, había 360 000 sustancias conocidas en 1978. Este número se duplicó en 1988. En ese año ascendió tres veces el número de sustancias conocidas (1 700 000)”. Otro ejemplo ocurre en la industria de la computación, específicamente con las nuevas generaciones de microprocesadores: “Con sus 386 microprocesadores, Intel dominó el mercado por más de tres años a fines de 1980. Diez años después, su margen competitivo duró sólo diez meses con el Pentium II. Aún más dramático, el Pentium III fue suplantado por el microprocesador de AMD Athlon luego de estar en el mercado por sólo unas semanas”. La velocidad del cambio, por lo que se ve, tiende a incrementarse de manera espectacular, y ello se relaciona

estrechamente con la revolución de la información y la comunicación: “Hace sesenta años, una llamada de Nueva York a Londres costaba 300 dólares por minuto, hoy sólo se paga cinco centavos por minuto”.

Todo esto coloca en una nueva fase crítica a la educación superior. La nueva complejidad de las funciones universitarias y la necesidad de incorporar conocimientos y tecnologías, explica fenómenos como el del retorno a los estudios por parte de estudiantes adultos, la educación continua o la necesidad de expedición de acreditaciones y grados por parte de instituciones universitarias no convencionales, como son las universidades virtuales que ofrecen cursos *on-line* a bajo costo y con reconocimiento fuera de los territorios nacionales, las universidades de empresas, o alianzas de empresas con IES tradicionales. Tenemos así fenómenos nuevos en el viejo campo de la educación superior, donde las tradicionales fronteras de las esferas de lo público y lo privado se trastocan desordenada y rápidamente. Las universidades públicas exhiben comportamientos privados, y las universidades privadas desarrollan una clara función pública. Las viejas universidades públicas incorporan modos de gestión de las universidades y empresas privadas, mientras que las tradicionales universidades privadas que no operaban históricamente con fines de lucro rápidamente se han convertido en universidades *for profit*, lucrativas y competitivas en un mercado académico crecientemente expansivo y envolvente. Salmi ofrece un conjunto de datos que ilustran inequívocamente el poder expansivo y competitivo de estos fenómenos y su impacto en los sistemas nacionales e internacionales de la educación superior.¹

El texto de Salmi es provocador en varios sentidos, si bien sólo quiero señalar uno: al parecer, la expansión de las formas virtuales y continuas de educación se verá legitimada no por los Estados nacionales sino por el mercado. Un alumno que disponga de una computadora personal e internet puede cursar y acreditar un pregrado o un doctorado virtual pagando con una tarjeta de crédito, y ese curso puede ser certificado por Cambridge o el MIT. La legitimidad de sus estudios, su reconocimiento, puede pasar o no por las agencias nacionales del Estado, y para fines prácticos, ese alumno podrá recibir su acreditación de una institución extranjera. La legitimidad sufre entonces un proceso de relocalización de instancias y fuentes, lo que indica

1. Roberto Rodríguez, en un texto reciente, señala que para este año se calcula en más de 300 mil el número de estudiantes matriculados en alguna modalidad de educación superior *for profit*, donde destacan los 130 campus virtuales de la Universidad de Phoenix distribuidos en 35 estados y sus más de 100 mil estudiantes. R. Rodríguez, “La educación superior y el mercado. Configuraciones emergentes y nuevos proveedores”(inédito).

una tensión creciente entre los alcances nacionales de las agencias estatales de acreditación de habilidades y competencias, y la expansión incontrolada, globalizada, de una oferta de acreditaciones y certificaciones que circulan libre y prácticamente sin restricciones normativas o tecnológicas por el ciberespacio.

El texto de Chris J. Martin, “La misión de la universidad en el siglo XXI: ¿torre de marfil, parque de diversión, oficina comercial o pensar lo impensable”, apunta hacia otra dirección del mapa de los desafíos de la universidad contemporánea. El autor discute tres puntos: 1) que el objetivo fundamental de la educación es desarrollar las capacidades intelectuales en su sentido más amplio; 2) que para ello hay que buscar mejores formas para enseñar y aprender, lo que significa que la educación debe comprometerse con el mundo y abrir las puertas de su torre de marfil y 3) que el acceso a la educación debe ser universal, diverso y democrático.

Para Martin pueden identificarse tres posiciones en el debate contemporáneo de la educación superior: los “neorrealistas”, que quieren acercar a la universidad a las demandas económicas de la sociedad, y los “críticos”, que proponen mantener una saludable distancia entre la universidad y la sociedad en general. Estos últimos, los críticos, a su vez, pueden subdividirse entre los tradicionalistas, que desean preservar la distancia y la autonomía universitaria, y los radicales, que pretenden conservar una distancia considerable de la sociedad para poder criticarla mejor. Luego de hacer un análisis de cada una de estas corrientes, el autor concluye que los neorrealistas asumen que la educación es una cosa que puede ser intercambiada según las leyes del mercado, y que esa mercantilización de la educación universitaria es una amenaza para la concepción clásica de que la educación no es una cosa, sino un proceso socialmente construido. Las posturas críticas, por su parte, tanto las tradicionalistas como las radicales, contienen posiciones que, desde su punto de vista, no han logrado ofrecer una crítica consistente a las posiciones “neoliberales” y “neorrealistas” de la educación superior, atrapadas en las demandas de libertad académica de los tradicionalistas o en la retórica izquierdista sesentera de los “radicales”.

NUEVOS PÚBLICOS

Guy Neave es el autor de “Diversidad y fragmentación: ¿una nueva arquitectura para la educación superior europea?”, quizá el trabajo más claramente ensayístico y agudo de los textos incluidos en este número. Como lo ha

mostrado en innumerables textos anteriores, Neave es un autor que gusta de trabajar en las fronteras de la investigación en la educación superior. Y justamente una de esas fronteras es la referida a los nuevos públicos que se incorporan aceleradamente a las transformaciones de la educación superior europea en los años noventa.

Según señala Neave, el impulso a la diferenciación y a la estratificación de la educación superior está asociado a la creación de nuevos públicos. Con ello se refiere a los “estudiantes adultos” que se están incorporando o reinserando a las instituciones de educación superior europeas. Hoy, cuando se calcula que más de la mitad de la población adulta de los países industrializados está incorporada a alguna forma de estudios superiores, una vieja función de las universidades, la educación profesional o para el trabajo, tiende a opacar las renovadas necesidades de investigación y conocimiento que exige la competencia del capitalismo del siglo XXI.

Euroland, como le ha denominado en otros textos Neave a la Europa integrada, es un campo fascinante y privilegiado de surgimiento del fenómeno de internacionalización de la educación superior en la perspectiva de creación de un sistema continental de educación superior, donde las universidades enfrentan no sólo la demanda de un nuevo perfil de estudiantes-adultos, con nuevas condiciones y expectativas, sino también la urgencia de crear un marco formativo general para los estudiantes de pregrado y los graduados. Este es justamente el sentido de la “Declaración de Bolonia” de 1999 que, desde el punto de vista de Neave, requiere de una nueva institucionalización de la educación superior que rebasa los marcos nacionales.

PROFESIÓN ACADÉMICA Y SINDICALISMO

Orlando Albornoz y Clyde W. Barrow analizan el papel y el perfil de un actor clave de la educación superior: los profesores. En sus respectivos textos, exploran dos dimensiones de este actor: su perfil como profesional de la academia en América Latina (“La profesión académica: ¿profesionales que enseñan o profesionales de la enseñanza?”), y la dimensión sindical de esa profesión en los Estados Unidos (“La planeación estratégica y reestructuración de la educación superior estadounidense: el reto para los sindicatos académicos”).

Albornoz señala la necesidad de transformación del rol y perfil de la fuerza laboral de las universidades: los profesores. Esa transformación es vista desde las teorías del aprendizaje como el traslado del hipo-aprendizaje

al hiper-aprendizaje (*hypolearning* al *hyperlearning*), es decir, de un aprendizaje subutilizado o bajo, a un alto aprendizaje: en otras palabras, para utilizar las palabras del autor, se trata de modificar la figura tradicional de profesor/alumno a través del “aprendizaje centrado en el estudiante” o, en caso contrario, de mantener *ad infinitum* la típica relación entre el que enseña y el que aprende. Albornoz se inscribe por supuesto en la primera tendencia.

Sin embargo la heterogeneidad de la fuerza laboral de los profesores es muy grande. A pesar de su enorme crecimiento (entre 1980 y 1995 el profesorado en América Latina y el Caribe se multiplicó en más de dos veces, hasta alcanzar 728 mil profesores), sólo menos del 10% de esa cantidad posee grado de doctor. Además, existe una clara diferenciación y en algún sentido discriminación, entre los docentes y los investigadores, pues mientras que la tarea de aquellos es fundamentalmente invisible, la de los investigadores, los científicos, tiene el mérito del reconocimiento. Tenemos así una tensión entre las dos caras de la fuerza laboral de la educación superior: docentes que enseñan, investigadores que producen conocimiento. Según Albornoz, ello exige dar una nueva vuelta institucional no sólo al estudio de la profesión académica sino fundamentalmente a una reformulación del proceso de enseñanza-aprendizaje que ocurre en la educación superior latinoamericana.

Clyde Barrow, por su parte, explora el lado político de estas figuras de la educación superior: el sindicalismo académico en los Estados Unidos. Señala como la reestructuración laboral del campo de la educación superior en la década de los noventa en aquel país produjo básicamente la configuración de un mercado laboral dual: los profesores de tiempo completo con estabilidad y permanencia institucional, y los profesores de contratación laboral con tiempo variable. Ello tuvo como contexto general la crisis fiscal estatal iniciada desde mediados de los años ochenta y la privatización de la educación superior como mecanismo para responder a esa crisis fiscal. Ello generó una triple respuesta de los sindicatos académicos (que agrupan al 30% del total de profesores norteamericanos): “1) la política; 2) la organización sindical agresiva; y 3) el respeto irrestricto al contrato” (p. 159). En un contexto social, político y económico hostil a la educación superior pública, el autor analiza el comportamiento de esta triple respuesta en los últimos años, y concluye que aún no hay resultados definitivos y contundentes en este nuevo contrato laboral entre profesores, instituciones y gobiernos locales y federal.

EL IMPACTO DE LAS REFORMAS EN AMÉRICA LATINA EN LOS NOVENTA

El texto de Carmen García Guadilla, “Educación superior en América Latina al comienzo del siglo XXI”, es un diagnóstico y un esfuerzo por perfilar las tendencias de la educación superior latinoamericana para el siglo que recién comienza. Para ello, se centra en el análisis de los cambios observados en los sistemas nacionales en los años noventa, donde destacan tres rasgos fundamentales: la implantación de sistemas de evaluación y acreditación, la ampliación del sector privado y no universitario, y los cambios en los modelos de financiamiento público.

El texto de García Guadilla distingue la situación entre países que mal o bien establecieron procesos de reforma centrados en la evaluación como México, Chile, Brasil, Argentina o Colombia, y aquellos que no emprendieron ningún intento de reforma de sus sistemas nacionales como Venezuela, Ecuador o los países centroamericanos. El resultado parece ser que aquellos países que emprendieron una “primera generación” de reformas tendientes hacia la evaluación, la diferenciación y la diversificación de las fuentes de financiamiento, están en mejores condiciones para instrumentar una “segunda generación” de reformas universitarias, capaces de enfrentar los desafíos de la globalización y la internacionalización.

OTROS TEMAS

Los artículos de Jorge Guerrero (“Algunos problemas para transformar la universidad en organización inteligente”), y de Elsi Jiménez (“La utilidad de la asistencia a congresos académicos”), complementan el menú ofrecido por este número de la revista. El primero hace una reflexión desde la teoría de las organizaciones de los problemas que enfrenta hoy día la universidad, y propone que esa dimensión, la organizacional, es clave para adaptar a la institución a los desafíos de la sociedad y la economía del conocimiento. Por otro lado, el trabajo de Elsi Jiménez es una curiosidad digamos minimalista y empirista en el sentido clásico, sobre la relación entre los avances de la ciencia y el pensamiento con las actividades comúnmente denominadas, no sin afán peyorativo, “turismo académico”. A través de la “bibliometría” (número de citas, libros, revistas, asistencia a congresos, etcétera.), sugiere la autora, es posible indagar sobre el perfil de quienes producen el conocimiento y las delicadas redes de interacción que hacen posible el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Finalmente, en la sección de documentos se incluyen textos de Edgar Morin, Carlos Túñnerman y de Eduardo Aponte que permiten apreciar mejor, respectivamente, los “Siete saberes de la educación del futuro” que propone Morin, los desafíos de la educación superior para el siglo XXI, y las tendencias hacia la diversificación y la diferenciación de las IES en Norteamérica y la periferia. Son tres ventanas a campos temáticos clave del pensamiento y la acción educativa contemporánea.

GUÍA PARA COLABORADORES

1. Artículos, ensayos y reseñas se deben enviar impresos a doble espacio en cuartillas tamaño carta (28 líneas escritas y 65 golpes por línea). Si anexa disquete, utilice programas Wordperfect 5.1, Wordperfect 6.0 para MS-DOS o Word 6.0, Word 7.0 para Windows'95 o 3.1 o Word 2000 para Windows'98.
Si el autor envía su colaboración por correo electrónico, el *attach* debe tener extensión .doc; utilizar este medio no le exime de enviar su impreso con el disquete.
2. La extensión máxima para artículos y ensayos es de 35 cuartillas y la mínima de 25; para reseñas, la extensión máxima es de diez cuartillas y la mínima de cinco. Asimismo, el autor debe incluir el resumen de su ensayo, que constará de 60 palabras; de lo contrario, el editor tendrá el derecho a reducirlo.
3. Para artículos y ensayos, las notas bibliográficas y al texto se enumeran a pie de página, y no con el sistema de paréntesis intertexto. Sólo en casos particulares podrá incluirse una selección bibliográfica al final del escrito.
4. Para **reseñas**, las referencias que tengan que ver con el texto reseñado se cita intertexto y entre paréntesis; por ejemplo: “El poder o intensidad con que se siente algo, es una guía para saber si es verdad” (p. 45). Y las notas explicativas y otras que no se realcionen con la misma obra, figura a pie de página. El nombre del reseñador aparece al final del escrito. En el índice se consigna sólo el título de la obra descrita y su autor.
5. Dependiendo de la importancia y extensión de los textos propuestos para la sección de “Documentos” de esta revista, el consejo editorial se pronunciará sobre su edición.
6. Las citas textuales aparece entrecomilladas si no exceden de cuatro líneas, y con sangrado en banda sin comillas si rebasan dicha extensión. De incluirse a pie de página, se entrecomillan. Si las citas superan las 12 líneas, se fragmentan o se envían al final, en apéndice.
7. Los datos de las referencias bibliográficas deben de ser detallados y completos, de la manera que sigue:
 - a) Para **libros** de uno a tres autores: nombre completo del autor (es), separados por una y cuando se trate de dos autores, y si son tres se separan por comas, título y subtítulos en letra cursiva (cuando ambos aparezcan), número de la edición (posterior a la primera, más no de la impresión o reimpresión), lugar donde se editó, casa editorial, año y páginas inclusivas.

Ejemplo:

—Fernand Braudel y George Duby (comps.), *El Mediterráneo. Los hombres y su herencia*, trad. de Francisco González A., México, FCE, 1989, p. 45 (col. Popular; 426).

—María A. Carbia, *México en la cocina de Marichu*, 3a. ed., México, Época, 1969, pp. 72-75.

b) Para **obras con más de tres autores**, cítese únicamente al primero y enseguida registre la locución *et al.*

Ejemplo:

—Felipe Garrido *et al.*, *Celebración de José Luis Martínez en sus setenta años*, Guadalajara, México, U de G, 1990, pp. 45, 72.

c) Para **artículos incluidos en libros**: nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, la palabra en (normal y seguido), nombre del compilador o responsable de la obra en la que aparece el artículo, título en letra cursiva, lugar donde se editó, casa editorial, año y páginas inclusivas.

Ejemplo:

—Thomas Calvo, “El zodiaco de la nueva Eva: el culto mariano en la América septentrional hacia 1700”, en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condumex/INAH/Universidad Iberoamericana, 1994, pp. 65-66.

d) Para **artículos de publicaciones periódicas** (revistas): nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, nombre de la revista en letra cursiva, año (cuando aparezca), volumen, número, fecha de publicación, lugar donde se editó, casa editorial y páginas inclusivas.

Ejemplo:

—Alfonso Caso, “Los chichimecas”, *Historia Mexicana*, año II, vol. 5, núm. 3 (febrero-marzo de 1999), México, UNAM, pp. 50-62.

f) Para **artículos de periódicos**: nombre del responsable del artículo o nota (cuando aparezca), título entrecomillado, nombre del periódico y sección en letra cursiva, lugar, fecha de la publicación entre paréntesis, y de modo optativo las páginas inclusivas.

Ejemplo:

—Hugo B. Arreola Sánchez y Sergio Velázquez Rodríguez, “Energía solar. Una alternativa”, *El Informador. Presencia Universitaria* (Guadalajara, Jalisco, martes 10 de septiembre de 1996), pp. 6-7.

g) **Artículos en simposio** (memorias de congresos): nombre completo del autor, título del artículo entrecomillado, la palabra en (normal), nombre del compilador o editor de la publicación, título, entre paréntesis, ciudad y fecha en la que se llevó a cabo, lugar donde se editó la memoria, casa editorial, año y páginas inclusivas.

Ejemplo:

—Pablo Monterrubio Morales, “Morbilidad social y medicina en el Bajío zamorano”, en Jesús Tapia Santamaría (ed.), *Coloquio de Antropología e Historia Regionales* (Zamora, Michoacán., noviembre de 1989), Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993, pp. 381-398.

h) Para **documentos de archivos**: ciudad donde se encuentra el repositorio, nombre, división o sección dentro del repositorio (de lo general a lo particular), datos de ubicación: libro o vol., expediente, foja o folio, etcétera, entrecomillado el nombre del documento, su autor, lugar donde fue escrito y la fecha.

Ejemplo:

—México, AGN, ramo Civil, vol. 516, exp. 5, ff. 4r-4v, “Averiguación hecha a solicitud de Don Gabriel de Guzmán, cacique de Yanhuatlán, 1580”.

i) Para **escritos o documentos no publicados** que tengan que ver con mecanoscritos, mimeografiados, tesis, etcétera, cítese los títulos entrecomillados y seguido de una coma mencione el tipo de escrito referido.

Ejemplo:

—Joseph B. Mountjoy, “Informe entregado al INAH sobre la sexta (1994) temporada del proyecto arqueológico Valle de Banderas”, mecanoscrito [Guadalajara, Jalisco], junio de 1995.

—Luis Vázquez León, “El Leviatán Arqueológico. Antropología de una tradición científica en México”, tesis doctoral, Guadalajara, CIESAS/UdeG, 1995.

j) Por lo menos la primera vez, se debe citar en forma completa las **siglas y abreviaturas** de nombres personales o corporativos, ya sea que se mencionen intertexto o en la bibliografía.

Ejemplo:

—Archivo General de la Nación

AGN

—Arnoldo Villaseñor Robles - A. Villaseñor Robles - o A. Villaseñor R.

8. Los cuadros, gráficas, fotografías e ilustraciones en general se presentan en hojas aparte, intercaladas en el texto. En todos los casos serán originales claros y precisos. El consejo editorial se arrogará el derecho de publicar los originales que no cumplan con estas características. Cuando sea posible, deberán proporcionarse los negativos de las fotografías y transparencias.
9. Los títulos de los trabajos deben de ser breves, igual que los datos curriculares de los autores.
10. De toda colaboración se entrega original y copia.
11. La publicación de las colaboraciones recibidas se supedita a la decisión final del consejo editorial. Los trabajos se someten a tres dictaminadores.
12. Los trabajos propuestos no deben presentarse a otro editor o revista simultáneamente para su publicación.
13. El consejo editorial considera también propuestas para editar números temáticos. Para ello se requiere una explicación sucinta del tema sugerido y una lista preliminar de autores y artículos.
14. No se devuelven originales.

Política editorial

Estudios del Hombre es una revista abierta a la colaboración de investigadores, tanto nacionales como extranjeros, en los distintos campos de las disciplinas sociales y humanísticas. Las opiniones expresadas en los artículos y ensayos son responsabilidad exclusiva de los autores.

Dirigir la correspondencia a:

Ricardo Ávila Palafox
Revista *Estudios del Hombre*
Departamento de Estudios del Hombre
Universidad de Guadalajara
Apartado postal 39-185
Guadalajara 44290, Jalisco México
Teléfono (33) 38269820; fax: (33) 38272446
e-mail: dhombre@csh.udg.mx

Estudios del Hombre 13-14
se terminó de imprimir en agosto de 2002
en los talleres de Editorial Gráfica Nueva,
Pípila 638, tel. 3614 5599
Guadalajara, Jalisco, México.

Cuidado de la edición:
Pastora Rodríguez Aviñoá

El tiraje fue de 500 ejemplares



Este número de *Estudios del Hombre* fue ideado con el objeto de recapitular sobre el desempeño de las disciplinas antropológicas en Jalisco al cierre del siglo XX, sin tener en mente pretensiones heurísticas ni proyecciones al siglo iniciado. Los autores fueron convocados para hacer un recuento de las actividades académicas, las de sus

colegas y las propias, en la centuria que precede, sin pronosticar sobre lo que habrá de suceder en el siglo actual.

En algunos casos se trata de contribuciones puntuales y directas; en otros, los textos no se han ceñido a la recapitulación de manera específica, pero dejan claramente implícito el avance logrado. Asimismo, en uno de los trabajos, el de arqueología, la reflexión se extendió a todo el occidente de México, rebasando los límites territoriales de Jalisco que de todos modos no existía en el periodo. Empero, la mayoría de los trabajos refleja una amplia gama de estudiosos, de varios niveles de experiencia y registro sociales.

Los temas abordados en esta entrega, además del arqueológico, revisan, desde diferentes perspectivas analíticas, las lenguas indígenas en Jalisco durante el siglo recién concluido; el indigenismo que se ha dado en la misma entidad durante las últimas décadas; las diversas miradas antropológicas echadas a la provincia; el examen del fenómeno religioso; la sociedad y el medio ambiente; las estrategias familiares de sobre vivencia; la evolución de la historiografía jalisciense durante los años recientes; un interesante recuento de la forma de hacer cántaros en algún pueblo de Jalisco; y una historiografía pueblerina.

Autores y coordinadores esperamos que este número doble de *Estudios del Hombre* sea del interés del atento lector.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS DEL HOMBRE